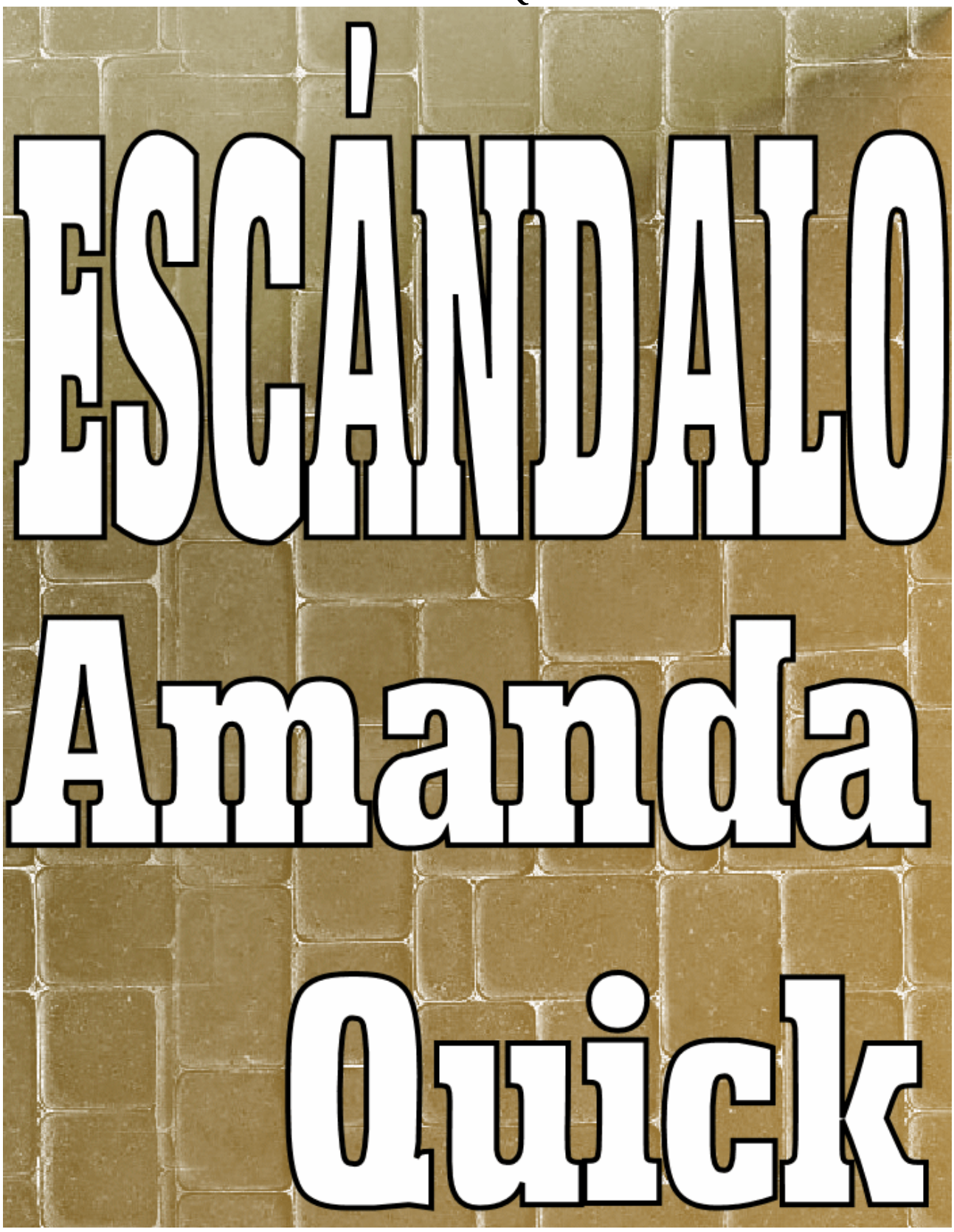
Escándalo
Amanda Quick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Escándalo

Con su reputación manchada para siempre por una indiscreción de juventud, la encantadora Emily Faringdon se resigna a una vida de soltería, hasta que se ve envuelta en una insólita correspondencia y se descubre cayendo en las redes del amor. Sensibles, inteligentes y elevadas, las cartas de ese hombre parecen confirmar que es todo lo que Emily ha podido soñar.

Pero Simón Augusto Traherne, el misterioso conde de Blade, no es en verdad lo que parece. Guiado por oscuras y ardientes pasiones, y por un trágico secreto enterrado en lo más profundo de su alma, Blade ha conseguido seducir a todo Londres, pero no a Emily... nunca a ella.

Sólo con él en la intimidad de la pasión, ella conocerá la verdadera razón de su conducta. Y sabrá que deberá llegar al corazón de ese dragón de ojos dorados antes que los vengadores demonios de sus pasados entrelazados destruyan el único amor que ella ha conocido en su vida

Dedicatoria: A Frank, con amor.

Librodot

Capítulo 1

La hija era la clave de su venganza. Hacía varios meses que lo sabía. En esa hija se vengaría de todo el clan Faringdon, pues de los cuatro hombres que estaban en deuda con él, Broderick Faringdon era el culpable principal de lo ocurrido hacía veintitrés años.

La joven era el instrumento que le permitiría cobrar su derecho de primogenitura y castigar al que se lo había arrebatado.

Simón Augusto Traherne, conde de Blade, detuvo al gran corcel castaño junto aun grupo de olmos desnudos y se sentó, silencioso, a contemplar la imponente casa. Hacía veintitrés años que no veía la mansión Saint Clair pero para su mirada cavilosa la encontró más o menos como el día de la partida.

El pálido sol defines del invierno otorgaba a las paredes de piedra el resplandor frío del mármol gris. La casa de campo lucía un rígido encanto; no era una mezcolanza de estilos arquitectónicos como la que exhibían mochas residencias de los alrededores. La habían construido en el estilo Palladian que estaba de moda eL siglo anterior y tenía un aire de grave y remota dignidad.

No era tan maciza como otras, pero mostraba en cada línea una elegancia imperturbable, aunque fría, desde las altas ventanas majestuosas hasta la amplia escalera que conducía a la puerta principal.

Simón advirtió que la casa no había cambiado, pero sin duda el paisaje de alrededor era distinto. Ya no se veían los austeros, distantes prados de hierba verde, salpicados aquí y allá por las clásicas fuentes, En su lugar había jardines floridos.

Muchas flores.

Era evidente que alguien se había entusiasmado sembrando de jardines los alrededores de la mansión.

Aun en medio del invierno, la casa cobraba un aire más hogareño. En la primavera y el verano las paredes grises de la mansión Saint Clair emergerían de un cálido manto de flores vivaces, cascadas de enredaderas y cercos recortados con formas caprichosas.

Resultaba ridículo. La casa nunca había sido tibia y acogedora. Era incongruente verla rodeada dc jardines alegres y brillantes, y setos de figuras absurdas. Simón sospechaba quién era el responsable de este atroz paisaje.

El zaino se aguó, inquieto. El conde dio unas palmadas distraídamente en ci cuello del potro con la mano enguantada.

-Ya hita poco, Laç, Seng -murmuró al animal, mientras ajustaba las riendas-. Pronto echaré a esos canallas de los Faringdon. Después de veintitrés años, por fin me vengaré.

Y la hija era la clave.

Sin embargo, Emily no era una inocente flor recién salida del aula escolar. Tenía veinticuatro anos y, en opinión de la anfitriona, Lady Gillingham. La joven tenía plena conciencia de que sus posibilidades de contraer un buen matrimonio eran muy escasas. Hubo veladas referencias a cierto escándalo en el pasado de esa joven. Y el episodio había marchitado cualquier esperanza de una alianza respetable.

Por eso Emily podía ser muy útil.

Simón ya no pensaba como un caballero inglés y creía que la causa era haber vivido tanto tiempo en el ambiente extraño de las culturas orientales. Por cieno, los amigos y los conocidos lo acusaban a menudo de mostrase enigmático y misterioso.

Quizá fuese cierto. Por ejemplo, para el conde la venganza ya no era una idea simple y directa sino una «ama que requería meticuloso cuidado y preparación. Según el estilo oriental. Exigía la distinción de toda la familia, no sólo de uno de sus miembros.

A un caballero inglés de noble cuna jamás se le habría ocurrido utilizar a una inocente joven para cobrarse venganza. Sin embargo, la idea no provocaba los escrúpulos de Simón. En absoluto,

De todas maneras. Según los rumores, la muchacha no era por completo inocente.

Mientras cabalgaba velozmente hacia La casa de campo en que se hospedaba. Simón sintió una helada satisfacción en lo profundo de su sen

Por fin, después de veintiún años de espera, la mansión Saint Clair y la venganza estaban a su alcance.

Emily Faringdon, sabia que estaba enamorada. No conocía personalmente al objeto de su amor, pero este hecho no disminuía en lo trAs mínimo su certidumbre. A través de las cartas adivinó que el señor S. A. Traherne era un hombre con quien su alma se comunicaba en un plano superior, Era un paradigma de la virilidad, un hombre perspicaz, de refinada sensibilidad, de visión e inteligencia. De carácter fuerte.

En suma, era casi perfecto.

Desafortunadamente las posibilidades de conocerlo eran mucho más remotas que las de un juego de azar, y menos podía hablarse de establecer una relación romántica con ese hombre.

Emily suspiró. Se puso Los anteojos con montura de plata y sacó la carta de S. A. Tralierne de la pila de correspondencia, periódicos y diarios que había llegado con el correo matutino. En los últimos meses se había nicho muy hábil para reconocer la escritura atrevida y elegante de Traherne y el raro sello con una cabeza de dragón. La abundante correspondencia y la gran variedad de suscripciones se amontonaban a menudo sobre el enorme escritorio de caoba, pero la joven siempre reconocía una carta de Traherne.

Utilizó con mucho cuidado el abrecartas para no dañar, el precioso sello. Cada parte de la correspondencia de Traherne era importante y Emily la atesoraba en una caja especial que había comprado con ese fin.

Mientras la muchacha rompía con sumo cuidado el sello de cera roja, se abrió la puerta de la biblioteca y el hermano entró en el cuarto.

-Buenos días, Me. Como de costumbre, veo que estás Inmersa en el trabajo. No sé cómo Lo haces, hermana querida.

-Hola Charles.

Charles Faringdon besó ligeramente a su hermana en la mejilla y se dejó caer con ligereza en la silla, al otro lado del enorme escritorio. Le dirigió la sonrisa distraída y seductora que parecía ser la marca de los varones Faringdon y cruzó las piernas enfundadas en impecables pantalones de montar.

-Realmente, no sé qué haríamos si tú no disfrutaras consagrándote trabajo y ocupándote de toda esa sórdida y aburrida correspondencia.

Emily aparté con renuencia la carta de Traherne y la cubrió discretamente con el último ejemplar de Lo revista del Caballero. Las cartas de Traherne eran un tema privado, personal, y no debían quedar expuestas a la curiosidad fortuita de otro miembro de la familia.

-Al parecer estás de excelente humor -dijo la joven con ligereza-. Supongo que te habrás recuperado del desencanto producido por tus pérdidas en el juego y te dispones a regresar pronto a la ciudad. -Espió a su apuesto hermano a través de los cristales redondos de sus gafas y sintió la conocida mezcla de irritación y afecto.

Emily amaba a Charles ante como al gemelo, Devlin, y al padre, complaciente y sociable. Sin embargo, era innegable que había cierta yeta de negligencia irresponsable, descuidada. En las actitudes de los hombres Faringdon: a veces era difícil soportarlas. Aun la bella madre de Emily, que había muerto hacía seis años, solía quejarse.

No obstante, Emily admitía que, con la sorprendente excepción de ella misma, los Faringdon eran una familia de gente apuesta.

Esa mañana, como siempre, Charles estaba magnífico con sus ropas de montar. La chaqueta exhibía el corte de Weston, Emily lo sabía porque acababa de pagar la cuenta. Los pantalones de montar, impecablemente diseñados, destacaban las excelentes formas del joven y las botas

brillaban hasta lo imposible. Emily se veía reflejada en ellas.

Charles era un típico Faringdon, alto, de cabellos tan rubios que brillaban al sol como oro y los ojos azules como un cielo de verano. Además de los rasgos de un joven Adonis. poseía el encanto de los Faringdon,

-Estoy bastante recuperado, como de costumbre -afirmó Charles alegremente En unos minutos parto en dirección a Londres. Es un bello día para cabalgan Si tienes alguna instrucción para Davenport, me complacerá entregársela. De regreso a la ciudad estoy obligado a pasar por el correo. De hecho hice una apuesta con Pearson.

Emily negó con la cabeza.

-No. Hoy no hay nada para el señor Davenport, Tal vez la semana que viene tome alguna decisión, cuando reciba las novedades acerca de los planes para la cosecha de judías de mis corresponsales en Essex y en Kent.

Charles frunció la clásica nariz

-iJudías! Emily, ¿cómo puedes ocupaste de cosas como la producción de judías? Es tan aburrido

-No más aburrido que los detalles de la manufactura dc hierro, la producción de carbón y las cosechas de trigo -replicó Emily-. Me sorprende que tu no manifiestes Ningún interés en esas cuestiones. Desde tus hermosas botas basta ese magnífico caballo de caza que compraste el mes pasado todo lo que disfrutas es el resultado directo de prestar atención a detalles tales como la producción de judías.

Charles rió entre dientes, alzó las manos con las palmas hacia afuera y se puso de pie.

-Basta de sermones, Em. Son aún más aburridos que las judías. De todos modos, el caballo es un espléndido animal. Nuestro padre me ayudé a elegirlo en Tattersall y ya sabes que papá tiene un ojo excelente pata los animales de raza.

-Sí, pero es terriblemente caro, Charles.

---Considéralo una inversión, -Charles le dio otro rápido beso en la mejilla- Bueno, si no hay novedades para
Davenport, me marcho. Volveré a verte cuando necesite descansar de las mesas de juego.

Emily le sonrió comprensiva.

-Dales mis saludos a papá y a Devlin. Desearía ir a Londres contigo.

Es cierto. Siempre dices que eres más feliz aquí, en el campo, donde estás constantemente ocupada. -Charles se dirigió hacia la puerta-. De cualquier modo, es jueves. Esta tarde tienes la reunión de la sociedad literaria, ¿verdad? No querrás perderla.

-No, creo que no, Adiós, Charles.

-Adiós, Em.

Emily esperé a que la puerta de la biblioteca se edran tras su hermano y levantó Di Revista del Caballero que cubría la carta de Traherne. Sonrió con secreto placer y comenzó a leer la elegante escritura que cubría el fino papel con membrete.

Estimada señorita Faringdon:

Me temo que esta será breve, mas espero que perdone mi apresuramiento cundo le comunique los motivos. La razón es que pronto llegaré a esa vecindad, Me hospedaré en la casa de lord Gillingham quien, según entiendo, es vecino de usted. Confío no ser atrevido si le manifiesto mi esperanza de que tenga usted la gentileza de brindarme la oportunidad de conocerla personalmente cuando llegue allí.

Emily se quedó helada. S. A. Traherne venía a Little Dippington!

No podía creerlo que leía. Apreté la carta con el corazón agitado y releyó las primeras líneas.

Era cierto. Él sería invitado de los Gillingham, que tenían una casa de campo no lejos de la mansión Saint Clair. Dejó la carta con dedos temblorosos e inspiré profundamente varias veces para controlar el torrente de excitación que la arrastraba.

La excitación se mezclaba con el terror.

La parte de ella que anhelaba conocer personalmente as. A. Traherne luchaba con la otra, que siempre había temido el encuentro. La tensión de esa lucha le provocó mareos.

Intentó desesperadamente aferrarse al sentido común, y concentrarse en la idea de que ningún romance nacería al conocer a Traherne en persona. En realidad, corría el riesgo de perder el precioso intercambio de correspondencia que se habla vuelto tan importante para ella en los últimos meses.

El peligro terrible consistía en que, mientras S. A. Traherne residiera en el pueblo, podría oír algo acerca del infortunado incidente en el pasado de Emily. Por supuesto, la anfitriona, lady Gillingham conocía bien esa ominosa mancha en la reputación de la joven. Vio mismo sucedía con todos los que vivían en él, cercanías de Little Dippington. Había ocurrido hacía cinco años y nadie lo mencionaba, pero sin duda no era un secreto.

Emily trató de ser realista. Si S. A. Traherne permanecía allí suficiente tiempo, tarde o temprano alguien mencionaría el Incidente.

-¡Demonios! -explotó Emily en la quietud de la biblioteca. Se avergonzó de su expresión poco femenina.

Una de las desventajas de pasar tanto tiempo sola en la casa con la única compañía de los sirvientes residía en que había adquirido ciertas malas costumbres. Por ejemplo, maldecía como un hombre cuando sentía la necesidad, y se había habituado a hacerlo con frecuencia. Se dijo que debía vigilar su lenguaje en presencia de 5. A. Traherne. Estaba segura de que un hombre de tan refinada sensibilidad censuraría la costumbre de maldecir en una mujer

Emily gimió. Sería muy difícil vivir de acuerdo con el elevado criterio S. A. Traherne. Con una punzada de culpa se preguntó sino lo habría un tanto con respecto a su propio refinamiento y su nivel intelectual.

Se puso de pie de un salto fue hacia la ventana y contempló el jardín. Honestamente no sabía si la carta de Traherne la regocijaba o la hundía en la desesperación, Sentía que se balanceaba al borde de un profundo precipicio.

S. A. venía a Little Dippington. No podía admitirlo. Las posibilidades y los riesgos sacudían su imaginación. No mencionaba cuándo llegaría, pero al parecer, sería pronto. Quizás unas pocas Semanas, O el mes próximo.

Tal vez Emily debía inventar una visita urgente a algún pariente lejano.

Sin embargo, Emily no creía que pudiera soportar la pérdida de esa oportunidad. Por desastrosa que fuese. Era espantoso que el encuentro con el hombre que amaba la aterrorizara de ese modo.

-iDemonios! -repitió Emily. Y advirtió que reja entre dientes, aunque tenía deseos de llorar. La maraña de emociones se le hacía casi insoportable. Volvió al gran escritorio y leyó el resto de la carta de S. A. Traherne.

> Le agradezco que me enviara la copia de su último poema Pensamientos en las horas oscuras, antes del amanecer Lo leí con gran interés, y debo decirle que me impresionaron particularmente los versos en los que usted compara una urna quebrada con un corazón roto. Muy conmovedor. Confío en que al momento de recibir estas líneas haya obtenido una respuesta favorable del editor.
>
> Eternamente suyo
> S. A. Traherne

Emily sabía que no podía escapar con la excusa de la Visita de un pariente imaginario. Aunque pasara lo peor; no soportaba perder la oportunidad de conocer al hombre que comprendía tanto su poesía y a quien sus versos resultaban conmovedores.

Plegó nuevamente la carta de S. A. Traherne y la deslizó dentro del corpiño del vestido de mañana de color azul claro. Echó urna mirada al enorme reloj y comprobó que era hora de seguir trabajando. Tenía mucho que hacer antes de asistir a la reunión de la Sociedad Literaria Vespertina de los Jueves.

Emily encontró la última carta de rechazo del editor cuando ya había despachado la mitad de la

correspondencia. La reconoció de inmediato porque había recibido muchas parecidas. Aparentemente, el señor Pound, sin duda un hombre de intelecto limitado y escasa sensibilidad, no consideraba que su poesía fuese conmovedora.

Peto de algún modo, la noticia de que S. A. Traherne pronto estaría en el pueblo suavizó en gran medida la decepción.

-Caramba, Blade, no entiendo por que quieres asistir a la reunión de la sociedad literaria local. -Lord Gillingham observó a su invitado y alzó las cejas hirsutas.

Los dos caballeros estaban de pie en ci patio de la villa esperando a que les trajeran los caballos.

-Me pareció que tal vez fuera divertido. -Simón golpeteó suavemente el látigo contra lo bota. Ya faltaban pocas minutos para conocer la señorita Emily Faringdon, y se sentía impaciente.

-¿Divertido? Blade, eres extraño, ¿sabes? Espero que se deba a la influencia de los años que pasaste en Oriente. Me parece que no hace bien pasar mucho tiempo viviendo entre extranjeros. Puede distorsionar las ideas de un hombre,

-También me brindó mí fortuna -le recordó Simón con sequedad.

-Bien, eso es cierto. -Gillingham se aclaré la voz y cambió de tema-. Les dije a las señoritas lnglebright que irías. Por cierto, serás bienvenido, pero debo advertirte que la sociedad no es más que un hato de solteronas añosas que se reúnen una vez ala semana y recitan los versos de unos malditos poetas. Ya sabes que las mujeres sienten gran inclinación hacia esa clase de tonto romanticismo.

-Eso dicen. De cualquier modo siento curiosidad por saber cómo se divierte la gente de campo en estos tiempos.

-Haz como gustes. Cabalgaré contigo hasta la finca Rose, te presentas y luego quedarás librado a tu suerte. No te importa queme vaya, ¿verdad?

-Por supuesto que no -murmuró Simón, mientras el mozo traía los caballos-. Es un capricho mío y estoy dispuesto a afrontar las consecuencias.

Simón saltó con agilidad sobre la montura de ¡Lap Seng y galopó por la carretera junto al anfitrión. Sentía crecer la ansiedad dentro de sí. Se esforzó en controlarla. Se jactaba de poseer un férreo dominio de sí.

Simón no tenía dudas de que la señoritas lnglebright y el resto de las solteronas le darían la bienvenida. Después de todo. No era apuesto en el estilo que habían popularizado los Byron, los Ashbrook y otros, pero era conde.

Simón tenía conciencia de que ese hecho, además de su enorme riqueza y poder, eran capaces de borrar cualquier defecto que tuviera su apariencia física y también de disimular una amplia variedad de pecados, criterios erróneos y distintos defectos de temperamento.

Con toda seguridad las damas de la Sociedad Literaria Vespertina de los Jueves se conmoverían al saber que el conde de Blade deseaba asistir a su humilde reunión.

En efecto, la casa Rose era bastante humilde. Se trataba de una vivienda diminuta, fuera de un pequeño terreno, cerca del pueblo y estaba rodeada por un pequeño jardín de rosas.

En la entrada había dos mujercitas de edades indefinidas. que recibían a otras tres mujeres que acababan de llegar a pie. Estaban allí, soportando el frío, vestidas con capas y pellizas gastadas, viejas, todas de colores apagados. Los sombreros anticuados se ajustaban debajo de las barbillas.

Simón contempló a las damas que estaban en la entrada mientras se acercaba con lord Gillingham. Tuvo la inmediata sensación deque estaba a punto de conocer a una bandada de temerosas palomas grises. Maldijo suavemente y se preguntó cuál de esas insípidas aves sería Emily Faringdon.

Sintió una extraña desazón y comprendió que también estaba sorprendido.

En cierto modo, a través de sus cartas, no había imaginado a Emily como una de estas severas mujeres de mediana edad. Había esperado a una joven que trasuntara una impetuosa energía y un

exagerado romanticismo.

Cinco miradas cautelosas lo espiaron bajo los sombreros anticuados. Ninguna de esas miradas parecía provenir de una persona menor de cuarenta años. Simón hizo una mueca, Estaba seguro de que la señorita Faringdon seria mucho más joven. Y más bonita. Los Faringdon eran tan conocidos por su apariencia como por su conducta irreflexiva.

-Buenas tardes, señoras. -Gillingham se quitó el sombrero con aire galante y sonrió jovial-. He traído a su invitado. Permitanme presentarles al conde de Blade. Sabrán que acaba de regresar de las Indias Orientales. Desea saber qué se hace en los círculos literarios de Inglaterra.

Simón demoró el gesto de quitarse el sombrero de castor de ala vuelta tratando de evitar lo que se avecinaba; de pronto advirtió que no había señales de bienvenida en ninguno de los cinco pares de ojos que lo enfrentaban,

Mientras Gillingham hacía las presentaciones. Simón entrecerré los ojos. No cabía duda, A las damas de la Sociedad Literaria Vespertina de los Jueves no les impresionaba su presencia. En realidad, juraría que los rostros expresaban recelo y suspicacia. Se podía pensar que las buenas mujeres de la sociedad preferían no verlo en absoluto.

Gillingham concluyó rápidamente con las formalidades,

-Las señoritas Inglebright, la señorita Bracegirdle, la señorita Hornsby y la señorita Ostly.

Las mujeres respondieron a las presentaciones cortésmente aunque con reserva. Simón notó que no había ninguna señorita Faringdon. Sin duda, se sentía aliviado, pero también preveía complicaciones. Tuvo la esperanza de que simplemente se hubiera retrasado.

-Es muy amable de su parte el haberse reunido hoy con nosotras, milord -dijo con bastante frialdad la señorita Bracegirdle, una mujer alta, huesuda, de cara larga.

-Si, por cierto -manifestó la mayor de las hermanas lnglebright. Sin embargo, el tono de su voz indicaba que hubiera preferido que el hombre fuera a cazar-. Cuán gentil de su parte el haberse interesado por nuestra modesta sociedad de pueblo. Me temo que. De todos modos, le pareceremos poco interesantes. Nada semejante a los brillantes salones de Londres.

-No, nada parecido a las reuniones londinenses -acordé rápidamente la regordeta y desaliñada señorita Ostly-. Aquí estamos bastante al margen de la moda, milord.

-En Londres no he encontrado salones literarios particularmente brillantes -replicó Simón con suavidad. extrañado por la recepción que se le brindaba. En esa situación había algo fuera de lugar-. Sólo unos pocos grupos de damas y caballeros elegantes que prefieren comentar los últimos escándalos más que las últimas obras literarias.

Las cinco mujeres se miraron con desasosiego. La menor de las lnglebright se aclaró la VOZ.

-A nosotras suele sucedemos, milord: a veces nos enredamos en charlas tontas. Sabe, así ocurre aquí en el campo. Los mejores chismorreos provienen de la gente de la ciudad.

-En ese caso, tal vez pueda ofrecerles los últimos on dits -replicó Simón, divertido. No iban a librarse de él con tanta facilidad. Se marcharía cuando él lo decidiera.

Las mujeres se miraron, aun más desconcertadas y enfadadas. En ese momento el sonido de los cascos de un caballo que se acercaba por el campo atrajo la atención de todos.

-Ob. Ahí viene la señorita Faringdon -dijo la señorita Hornsby, demostrando verdadero entusiasmo por primera vez.

Por fin, la huidiza señorita Faringdon, Simón miró por encima del hombro y vio a una yegua gris moteada que se acercaba al galope hacia el pequeño grupo. Sintió la tensión en la boca del estómago.

Lo primero que advirtió fue que la mujer montaba la yegua a horcajadas y no de lado, Luego notó que, sin duda, esta no era una Faringdon de cabellos de oro, Del sombrero de paja escapaban volando al viento unos brillantes rizos rojizos.

Algo brilló en el rostro de la dama. Simón estaba muy intrigado, Emily Faringdon usaba gafas con montura de plata. Durante unos momentos, el hombre no pudo apartar la mirada de la muchacha. Ninguna de las mujeres que conocía hubiese permitido que la vieran en público usando gafas. Ni aun muerta.

-La señorita Emily Faringdon -le confió lord Gillingham en un murmullo-.. Creo que es una

familia bastante agradable, pero todos ellos son jugadores, todos, los llama los Inconstantes. Irresponsables Faringdon, ¿sabes? Salvo a Emily. Claro. Es una buena muchacha. Lamentablemente, existe un Infortunado Incidente en su pasado.

-Ah sí, El Incidente. -Simón recordó los chismes que había sonsacado a su anfitriona. Era una información sumamente útil. Aunque aún no conocía los detalles, sabía bastante del pasado de Emily para contar con una poderosa ventaja técnica en la campaña que estaba a punto de emprender.

No podía quitar la mirada de Emily Faringdon. Observó con asombro que tenía la naricita salpicada de pecas. Y tras las chispeantes gafas los ojos eran verdes. Increíblemente verdes.

Lord Gillíngham tosió con discreción tapándose la boca con la mano.

-No debí decir nada. Pobre flor, ocurrió cuando apenas tenía diecinueve años. Ya pasó. Naturalmente, ahora nadie lo menciona. Confío en que usted tampoco lo haga, milord.

-Por supuesto -murmuró Simón.

Lord Gillingham se irguió en la montura y sonrió a Emily con amabilidad.

-Buenas tardes, señorita Emily.

-Buenas tardes, señor. Es un día encantador, ¿verdad? Emily detuvo a la yegua y sonrió con cálida a Gillingham-.

¿Se reúne con nosotros esta tarde? -Comenzó a desmontar sín ayuda.

---Permítame, señorita Faringdon. -Simón ya se había apeado y le entregó las riendas a Gillingham. Mientras se acercaba, su mirada se deslizó sobre Emily en una rápida evaluación. Todavía no podía creer que, al fin, habla hallado una mina de oro. Todos los Faringdon que había conocido hasta entonces eran altos, rubios y excesivamente apuestos.

Ahora contempló a Emily y lo único que pudo imaginar fue que un liada traviesa había hecho un trueque veinticuatro años atrás. Emily casi parecía un duende. Para empezar, esta Faringdon no tenía el aspecto de una diosa. Era baja, muy delgada y de busto insignificante. En realidad, todo en ella era ligero y delicado, desde la naricita respingona hasta la suave
curva de las caderas, ocultas por la gruesa tela del descolorido traje de montar.

Cuando Emily bajó la vista y miró a Simón el sol chispeé sobre los cristales de sus gafas. El hombre se sintió inmovilizado por aquellos inquisitivos ojos verdes. Sin duda era una mirada que brillaba con una extraña y refrescante mezcla de inteligencia vivaz y afable inocencia.

En ese instante Simón se convenció de que la señorita Emily Faringdon no seria aburrida en absoluto. Algo anticuada ciertamente, pero de ningún modo aburrida. Después de todo pensó, era como se manifestaba en las cartas: original.

Simón encerró con las manos la pequeña cintura de Emily. La sintió flexible y dócil entre los dedos. Sin embargo. a pesar de su tamaño parecía fuerte, Y llena de vitalidad femenina,

Maldición. Me he excitado con sólo, tocarla. Simón hizo una mueca y recobró de inmediato el dominio de sí.

Gillingham los presentó rápidamente, pero Emily no le prestó atención.

-Gracias, señor-dijo algo agitada, mientras se apeaba de la yegua. Se concentraba en el abultado bolso a la montura-. ¿Blade dijo? Es curioso, no tenemos la costumbre de invitar a condes a nuestras tertulias los jueves,

-Mi nombre es Simón Augusto Traherne -dijo Simón, marcando las palabras-. Señorita Faringdon, creo que usted me conoce como S. A. Traherne.

Emily Faringdon abrió la boca, sorprendida, y los enormes ojos verdes se abrieron espantados tras los cristales de los anteojos.

-¿S. A. Traherne? No. es imposible que sea usted el señor Traherne. -Retrocedió como si el contacto la quemara.

-Cuidado, señorita Faringdon -exclamó Simón, al ver que la yegua sobresaltada alzaba la cabeza,

Pero la advertencia llegó demasiado tarde. La bota de Emily golpeó accidentalmente el redondo vientre de la yegua. El pobre animal, ofendido por semejante trato, hizo un brusco movimiento hacia un lado. El bolso le golpeó los flancos.

Las gafas de Emily comenzaron a deslizarse por la nariz, Intentó devolverlos a su lugar y, al mismo tiempo, controlar a su caballo. Pero ya había comenzado a apearse y, cuando el animal resopló y dio otro salto hacia un lado. Emily resbaló sin poder evitarlo.

-Cielos -chilló la señorita Bracegirdle-. Se cae del caballo.

-Así parece -dijo lord Gillingham obviamente preocupa do.

Una de las señoritas Inglebright se precipitó a sujetar la rienda de la yegua.

Ese gesto terminó de espantar al animal. Se alzó sobre las patas traseras y agitó los cascos en el aire.

-¡Demonios! -murmuró Emily perdiendo por completo el equilibrio y cayendo en los brazos de Simón, que la aguardaban.

Capítulo 2

Emily deseó que el suelo de la casa Rose se abriera bajo sus pies y se la tragara. Se sentía mortificada. Humillada. Soportaba el tormento de su angustia emocional. Habría dado cualquier cosa por sucumbir al ataque de desesperación. Por desgracia su sensibilidad no era tan delicada.

AdemAs, estaba furiosa. Era absolutamente intolerable que el gran amor de su vida apareciera y la sorprendiera, ¡ay!. tan poco preparada en esa ocasión trascendental.

Bebió un poco de té para apaciguar los nervios y escuchó que las damas de la sociedad literaria local realizaban erráticos intentos de comentar los últimos artículos en una edición reciente de la Edinburg Review. La falta de entusiasmo en el tema resultaba evidente.

Emily apoyó la taza en el platillo con un repiqueteo. El sonido la hizo comprender el estado de sus nervios. Estuvo a punto de derramar el té sobre la alfombra.

-Creo que no debe sorprenderme la crítica al último intento de Southey -dijo la voz fría y profunda de Simón, interrumpiendo una fluctuante conversación acerca de Un recuerdo geográfico del Imperio Persa, la tediosa obra de John MacDonald-. Como de costumbre, el comentario de los editores se desvió del blanco. Sencillamente, no saben cómo abordar a Southey. Sin duda al parecer tampoco saben cómo encarar a Wordsworth o a Coleridge, ¿verdad? Se podría pensar que tienen algo contra los poetas del Lago.

La insulsa discusión, que había sido difícil iniciar, llegó otra vez rápidamente a punto muerto.

Simón sorbió el té y paseó una mirada expectante en torno del salón. Nadie habló, y entonces hizo un valiente esfuerzo para recomenzar la charla.

-Claro, ¿qué puede esperarse de ese montón de escoceses que se autodenominan críticos? Ya lo señaló Byron unos años atrás: los críticos de Edimburgo son un grupo de seres insignificantes, de espíritu mezquino. Concuerdo con esa opinión. ¿Qué piensan ustedes?

-¿Se refiere usted a los versos de Byron titulados BARDOS INGLESES Y CRÍTICOS ESCOCESES, milord? -preguntó cortésmente la señorita Hornsby.

-Así es -respondió Simón, ya impaciente.

La señorita Hornsby palideció como si la hubieran mordido. Algunas integrantes del grupo se aclararon la voz y se miraron nerviosas entre sí.

-¿Más té, señor? -ofreció valerosamente Lavinia lnglebright, y tomó la tetera.

-Gracias -aceptó Simón con sequedad.

Emily se sobresaltó al detectar el evidente enfado y la frustración del conde, y la conversación volvió a caer en el vacío. Sin embargo, no pudo evitar una risita fugaz. De algún modo, el efecto de completa frialdad que producía Simón en la Sociedad Literaria Vespertina de los Jueves resultaba divertido.

Era como tener un dragón en la sala de visitas. Sabían que debían ser sumamente corteses, pero ignoraban qué hacer con esa criatura.

Sentado en el sitio de honor, junto al hogar, S. A. Traherne parecía acaparar todo el espacio

disponible en aquel ambiente pequeño, remilgado y femenino. De hecho, lo subyugaba con la fuerza y la sutil amenaza de su masculinidad.

Emily se estremeció con una curiosa excitación mientras lo observaba disimuladamente. El conde era un hombre robusto, duro y esbelto, de hombros anchos. Los ajustados pantalones revelaban claramente los fuertes muslos. Emily sorprendió a Lavinia Inglebright lanzando ansiosas miradas de soslayo a
la elegante silla en la que el conde estaba sentado. Quizá la pobre Lavinia temía que el frágil mueble se desmoronara. La catástrofe social era inminente.

La imagen del conde sentado entre las ruinas de la silla de Lavinia Inglebright sería interesante, se dijo Emily. De inmediato descubrió que estaba volviéndose histérica. ¿Acaso esta interminable tertulia no iba a acabar jamás?

Lanzó un gemido y entrecerró los ojos buscando una mesa cercana donde poner a salvo la taza que tintineaba contra el platillo. Sin las gafas, veía todo como una mancha borrosa. Por supuesto, se las habla quitado y las había guardado en el bolso en cuanto el conde la depositó en el suelo. Pero el daño estaba hecho. Él la había visto con los anteojos puestos.

Al cabo de tantos meses de secretas esperanzas y anhelos, al fin había conocido al amor de su vida y tenía las gafas puestas. Sencillamente, era más de lo que podía soportar.

Y eso no era todo. Blade la había visto cabalgar a horcajadas, no de lado. Y también la había visto con un sombrero pasado de moda y con el más viejo de sus trajes de montar Como de costumbre, Emily no se habla molestado en cubrirse las pecas con polvo antes de salir esa tarde de la mansión Saint Clair. Aquí, en el campo, nunca la preocupaba el maquillaje. Todos en Little Dippington conocían su aspecto.

¡Dios, qué desastre

Además, tal como la muchacha imaginaba, S. A. Traherne era casi perfecto. Si bien la frialdad de la extraña mirada de reflejos áureos había desconcertado a Emily, se dijo que ese helado resplandor sólo podía concebirse en los ojos de un dragón.

Tampoco podía achacarle la inesperada dureza de sus rasgos. Sin duda no era culpa de Blade el que no hubiera rastros de suavidad en esa nariz audaz, en esos pómulos altos y en la severa línea de la mandíbula. Era un rostro de gran energía, pensó Emily. Una cara que denotaba enorme fuerza de voluntad. Un rostro sumamente masculino. El paradigma de la virilidad.

Cuán lamentable que fuera conde. El abismo entre ellos era más ancho que cuando lo creía sencillamente S. A. Traherne.

Emily se inclinó hacia adelante y la taza y el platillo tintinearon ominosamente

-Permítame ayudarla con la taza. Señorita Faringdon.

-Los dedos fuertes y cálidos de Simón rozaron los de Emily cuando tomo con destreza la taza de la mano de la muchacha.

- Gracias - Emily se mordió el labio y volvió a sentarse, ahora su humillación era ilimitada, Parecía que estaba a punto de dejar caer la taza en el regazo de alguien, quizás en el de Simón. ¡Demonios! Rogó que algo le permitiera escapar de esta horrible pesadilla.

- Le sugiero que se ponga las gafas, señorita Faringdon murmuro Simón mientras las damas comenzaban a discutir sin mucho fervor las críticas de Edinburg---. Es absurdo que, ande a ciegas. Usted y yo somos viejos amigos. No es necesario que se preocupe por la elegancia cuando está conmigo.

Emily suspiró.

-- Creo que tiene razón, señor. De todos modos, ya me ha visto usted con ellas, ¿verdad? -- Buscó los anteojos en el bolso y se os colocó. la severa cara de Simón, como modelada con un hacha, y los ojos extrañamente fríos aparecieron con toda nitidez. Descuhrió que la miraba sin disimulo, y creyó que podía leer sus pensamientos. ‘‘No soy lo que esperaba, ¿verdad, milord?

La boca de Simón hizo tina mueca divertida.

Es usted aun más interesante en persona que por carta, señorita Faringdon. Le aseguro que no estoy decepcionado, en absoluto. Espero que usted pueda decir lo mismo.

Emily abrió la boca, atónita. La cerró rápidamente.

¿Decepcionada? --tartamudeó--. Oh, no, en lo más mínimo. Señor Traherne. Quiero decir, milord. -. Se sonrojó. Y recordó que tenía veinticuatro años y no era una tonta escolar. Más aún había mantenido correspondencia con ese hombre durante meses.

Bien, hemos progresado --Simón parecía complacido. Bebió otro sorbo del té y la expresión de su boca indicó con sutileza- aunque también con claridad que no le agradaba el sabor.

Emily decidió comportarse Como lo que era: una mujer adulta, se esforzó por participar en la ardua conversacion que
se desarrollaba en el salón. Los otros finalmente habían logrado llevar adelante una insípida discusión acerca de la influencia de los poetas del Lago y Emily intentó aportar lo mejor de sí. Durante un rato, el conde bebió el té en silencio,

Emily sintió que había vuelto a la normalidad cuando Simón, en medio de la pacífica reunión, deió su taza y lanzó una bomba en la pequeña sala,

- -Hablando de Byron y su pares -dijo el conde con parsimonia--- ¿alguna de ustedes tuvo ocasión de leer el ultimo trabajo de lord Ashhrook. El héroe de Marlianna? Lo considero una pobre imitación de Byron - lo cual, sin duda no es mucho decir, Sencillamente, este hombre no es tan interesante como Byron, ¿verdad? Carece de un sólido sentido de la ironía, Sin embargo, es indudable que Ashhrook goza en estos momentos de bastante popularidad en ciertos círculos. Me interesaría conocer su opinión.

Este comentario, aparentemente inocuo, produjo un efecto inmediato. Las señoritas lnglehright tragaron saliva al unísono. La boca de la señorita Braeegirdle tembló de sorpresa. Las miradas de las señoritas Hornshy y Ostly se encontraron. Emily se miró las manos apretadas sobre el regazo.

Aun Simón, con toda su fría sofisticación, pareció algo sobresaltado por e[1] denso silencio que dominó la sala. Era muy diferente de los anteriores silencios, Aquellos fueron desagradables: este era hostil y acusatorio.

Simón miró a su alrededor con expresión de leve inquietud.

---¿Debo entender, acaso, que no han tenido oportunidad de leer la épica de Ashhrook?

-No, milord, no la hemos leído -Emily apartó los ojos. consciente del furioso rubor en sus mejillas. Volvió a tomar la taza y el platillo en un desesperado intento de mantener ocupados sus dedos temblorosos,

-Les aseguro que no se pierden nada -dijo Simón con languidez. Los ojos color oro expresaban una amenazadora curiosidad. como los de un dragón que ha descubierto a su presa.

Las damas de la Sociedad Literaria Vespertina de los Jueves volvieron repentinamente a la vida, Se lanzaron decididas a la discusión, como si la mención de Ashbrook las hubiera galvanizado. Las voces se elevaron y llenaron el saloncito con una larga y tediosa discusión acerca de Tutelaje, la obra reciente de Maria Edgeworth. Ni siquiera Edinbzetg, que en general alababa la obra de la señorita Edgeworth, había encontrado nada bueno en este último trabajo. Las señoras de la tertulia de los jueves la hicieron trizas.

Simón se apoyé en el respaldo de la silla con una sonrisa fría e inescrutable y dejó que la discusión se caldeara.

-Perdóneme -susurró a Emily-. Al parecer, dije algo indebido.

Emily se atraganté con el té.

-En absoluto, milord -tartamudeé entre breves jadeos y trató de recuperar el aliento. Se le llenaron los ojos de lágrimas-. Sólo que aquí no estamos muy familiarizados con las obras de Ashbrook.

-Entiendo. -Simón se acercó y dio unas palmadas de forma despreocupada sobre la espalda de Emily.

La joven se balanceé por la fuerza de las palmadas, pero pronto recuperé el equilibrio y el aliento.

Gracias, milord -agradeció con dificultad.

-Cuando sea necesario... -El conde se puso de pie con una expresión sardónica en los labios. De inmediato, otra conmoción atravesó la sala, esta vez con una evidente sensación de esperanza. El hombre levantó una ceja-. Señoras si me disculpan, debo marcharme. Le dije a lady Gillingham que

regresaría temprano. Confío en que tendré el inmenso placer de volver a reunirme con ustedes. Les aseguro que ha sido una velada muy instructiva.

Siguieron unos momentos de cortés desorden mientras Simón era conducido apresuradamente a la puerta de la casa. Hizo una gentil reverencia y caminé por el sendero hasta la salida, donde estaba atado su caballo. Montó, saludó y galopé hacia el campo.

Un sentimiento inmediato de alivio se difundió por todos los rincones del salón. Las mujeres se volvieron al unísono hacia Emily.

-Creía que no se iba a ir nunca -murmuré Priscilla Inglebright dejándose caer en la silla-. Lavinia, sírvenos a todas otra taza de té, ¿quieres?

-Ya mismo. -La hermana tomó la tetera y las demás mujeres volvieron a sus lugares-. Cuando lord Giliingham nos avisé que Blade deseaba visitamos hoy, nos asustamos. Era imposible negarse. Gillingham me dijo que el conde es muy poderoso en Londres.

-A su modo, creo que Blade es bastante agradable -dijo la hermana- pero no encaja en nuestro pequeño grupo.

-No, en absoluto -suspiré la señorita Hornsby-. Tuve la sensación de recibir la visita de un enorme animal que entré quién sabe cómo en nuestro salón.

-Un dragón -propuso Emily con suavidad.

-Es una descripción muy precisa: un dragón -concordé de inmediato la señorita Ostly-. Blade tiene un aspecto amenazador. ¿No es cierto? Esos extraños ojos tienen algo que la vuelve a una cautelosa. Dan escalofríos.

-Deberíamos sentirnos halagadas de que un conde venga a visitarnos, y creo que así fue; Pero francamente, me alivia que se haya marchado, Los hombres como él no tienen cabida en los pequeños salones rurales como el nuestro -manifestó Priscilla Inglebright-. Debe de ser agotador tener que convivir con un hombre así.

-Creo que su familia vivió cerca de aquí en otra época
-Lavinia hizo una mueca dubitativa. Emily se sobresalté.

-¿Estás segura?

-Oh, sí. Veinte años atrás. Hace poco que Priscilla y yo vinimos a vivir aquí. Según recuerdo, la familia del conde poseía una considerable extensión de tierra en los alrededores. -De pronto, Lavinia se interrumpió con una extraña expresión en los ojos-. Sin embargo, como dije, fue hace veinte años y en realidad no recuerdo los detalles.

-Bueno, debo decir que hoy la visita del conde fue sobremanera desconcertante -subrayé la señorita Hornsby-. Esperamos mucho tiempo el informe de Emily y debimos pasar la última hora comentando las críticas literarias más recientes.Resulta exasperante. Pero ahora podemos dedicamos a nuestros asuntos. - Se volvió hacia Emily con una mirada descolorida y expectante --- Emily, querida mía. ¿Qué novedades hay?

Emily se acomodo con fuerza los anteojos en la nariz y tomo el bolso ahora que S. A. Traherne se había marchado, tenía la cabeza más despejada.

- Señoras de la Sociedad Literaria Vespertina de los jueves me complace traerles buenas noticias- ---Mientras hablaba - buscó en el bolso y sacó unos papeles - Las acciones del canal que poseemos se han vendido con respetables dividendos. Recibí el informe del señor Davenport con el correo de la mañana - Me dice que ya ha recibido las ordenes de pago y las ha depositado en nuestra cuenta bancaria -

-- Oh. maravilloso -----dijo la señorita Bracegirdle con los ojos brillantes- - Al fin podré comprarla cabaña en el campo. Qué alivio saber que tendré un techo sobre mi cabeza; el año próximo cuando el último de mis pupilos vaya a la escuela.

Es tan estimulante -exclamó la señorita Hornshy--. Imagínatec, Marta agregó dirigiéndose a la señorita Oslly tenemos la posibilidad de aseguramos una pensión decente.

--Mejor aun -replicó Mafia Osllv--- considerando que ninguno de nuestros señores, evidentemente, se molestará en proporcionárnosla . Es un alivio no tener que esperar una vejez miserable,

Con esta perspectiva, muy pronto Lavinia y yo podremos abrir nuestro instituto para señoritas

jovenes --exclamó Feliz Priscilla inglehright----. Por mucho tiempo pareció un sueño irreal i zalle y ahora está casi a nuestro alcance.

-Gracias a Emily - agregó lavinia Inglehright, dirigiendo una cálida sonrisa a la más joven del grupo.

Emily, tiemblo al pensar que seria de nosotras si no hubieras propuesto ese maravilloso plan de juntar nuestro dinero, e invertirlo en acciones y fondos, ----La señorita Hornshy sacudió la cabeza-- En mi caso, por ejemplo, me aterra la idea de terminar como acompañante de algún familiar anciano, Mis parientes son individuos miserables- Todos. Se arrastran a la espera de una migaja de caridad.

-Estamos salvadas, y se lo debemos a Emily -dijo la señorita Braeegirdle-. Y si existe alguna manera de retribuírtelo, Emily, no dudes en decirlo.

-Me habéis pagado con creces al ser mis amigas aseguró Emily con fervor-, Nunca olvidaré lo que hicisteis por mí hace cinco años, cuando cometí ese desliz.

--Olvídalo, querida -replicó la señorita Eraccgirdle-- - -Todo lo que hicimos fue insistir en que continuaras acudiendo a nuestras reuniones de los jueves, como de costumbre

Y de ese modo demostrar que los habitantes honestos de Little Dipindong no dejarían aislada a la hija de los Faringdon a causa del Infortunado Incidente, pensó Emily y sintió una oleada de afecto. Estaría siempre agradecida a las damas de la Sociedad Literaria vespertina de los jueves.

Lavinia lnglehright se puso de pie con los otos resplandecientes.

-¿Sabéis? Creo que esto merece una celebración, Priscilla, ¿traigo esa botella de clatete que tenemos guardada?

-Una idea espléndida - -- exclamó Priscilla.

Simón se vio obligado a caminar junto al caballo durante casi media hora hasta que su presa se dignó aparecer.

El conde maldijo en silencio.Las cosas no habían tenido el suave comienzo que él había imaginado, cuando decidió asistir a la tertulia del jueves. Tuvo que optar por una retirada estratégica y esperar a que Emily regresara a la mansión Saint Clair.

Simón creyó que la reunión se disolvería poco después de marcharse él. Pero era evidente que las buenas mujeres del grupo al fin habían encontrado tema de conversación tras su partida. Comenzó a sentir frío aunque la tarde era tibia. Después de todo, ya estaban a fines de febrero.

Lap Seng gimió suavemente y alzó las finas orejas. Simón se detuvo y escuchó. A lo lejos oyó el galope de un caballo que se acercaba por el campo.

-A tiempo -gruñó, y volvió a montar. Hizo una mueca al oír la voz de Emily que se elevaba estridente, alegre y desafinada, cantando una canción.

"De qué sirve un hombre, les pregunto, mis gentiles damas?
Si fuéramos sensatas, los mandaríamos al infierno. Dicen que todas las criaturas son útiles, podemos usar su sangre.
Pero si queremos descubrir la utilidad de un hombre, queridas, Debemos mirar dentro de sus pantalones."

Simón se sorprendió riendo entre dientes a pesar del enfado. Al parecer, después de su partida, los miembros de la sociedad habían tomado algo un tanto más fuerte que el té.

Tiró de las riendas e insté a Lap Seng a abandonar la protección de los árboles, y se dirigió hacia el centro del camino, Cuando la yegua gris de Emily apareció brincando por la curva un momento después, el conde estaba listo.

Al principio Emily no lo vio. Estaba decididamente concentrada en la pícara copla. Los anteojos chispeaban al sol y los rizos rojos se balanceaban al compás de la canción. A Simón lo abrumó un repentino deseo de saber qué aspecto tendría esa masa ígnea de cabello suelta sobre los

hombros.

-¡Maldición! -murmuró sin aliento mientras esperaba a Emily, y comprendió que estaba precisamente en su camino. Lo que menos deseaba era sentir atracción física hacia la mujer Para lograr lo que se proponía necesitaba mantener la cabeza despejada. La venganza a sangre fría requería pensamientos fríos.

-Buenas tardes, señorita Faringdon.

Emily detuvo con dificultad a la yegua y lo miró sobresaltada.

-Milord, ¿qué está haciendo aquí? -Se sonrojé y en sus ojos de duende apareció una expresión de súbita alarma-. ¿Perdió el rumbo? Los Gillingham viven inmediatamente tras esa pequeña cuesta, Sólo debe girar a la izquierda, hacia el arroyo y marchar derecho hacia la colina.

-Gracias -contestó Simón-, Pero le aseguro que no estoy perdido. Estaba esperándola. Comenzaba a temer que había lomado otro camino para volver a su casa.

Emily lo miró confundida.

-Pero usted dijo que lo esperaban temprano en la casa de los Gillingham.

-Confieso que fue una excusa para marcharme temprano. Tuve la clara impresión de que mi presencia intimidaba a las buenas mujeres de la sociedad literaria.

Emily parpadeó como un búho.

-Me temo que tiene razón, milord. No estamos acostumbradas a recibir la visita de dragones... -lo miró horrorizada y se corrigió de inmediato-. Quiero decir, condes, en las tertulias de los jueves.

-Conque un dragón, ¿eh? ¿Es así como me ve, señorita Faringdon?

-Oh, no, milord-se apresuró a afirmar Emily-. Bueno, quizás haya un atisbo en los ojos.

Simón sonrió.

-¿Qué me dice de los dientes?

-Apenas una mínima semejanza. Pero le aseguro, milord, que no tiene importancia. Es usted exactamente como lo imaginaba a través de las cartas.

Simón exhalé con lentitud, conteniendo a duras penas su impaciencia.

-¿Le molestaría dar un paseo por aquí? Tenemos mucho de qué hablar.

-Indudablemente. Somos viejos amigos, ¿verdad?

.-¿Lo somos?

-Señorita Faringdon, corríjame si me equivoco, pero creo que hemos estado intercambiando correspondencia durante meses.

La muchacha quedó repentinamente confundida.

-Oh, sí, milord, Seguro. Así es. -Los rizos rojos de Emily se balancearon bajo el sombrero cuando ella asintió con energía-. Siento como si lo conociera desde hace años.

-El sentimiento es mutuo.

-Ocurre que, en verdad, nunca esperé conocerlo personalmente.

-Entiendo. ¿Le parece bien si damos nuestro paseo junto al arroyo? -Simón desmontó y se acercó decidido a la joven, conduciendo a Lap Seng.

Emily lo miré con indisimulado anhelo.

-Me encantaría milord, pero me temo que no es lo apropiado.

-No se preocupe. ¿Quién nos va a ver? Y aunque alguien nos viera juntos, no podría objetar nada. Pues hemos sido debidamente presentados en la reunión local de la sociedad literaria.

La pasajera vacilación de la joven se esfumó al instante. Le dirigió una sonrisa resplandeciente.

-Tiene mucha razón, milord. Debo decirle: apenas puedo creer que finalmente nos hayamos conocido. Es la culminación de todas mis esperanzas.

Comenzó a desmontar de la yegua y Simón se acercó para ayudarla. Ahora no perdió el equilibrio ni cayó en los brazos del hombre. Simón advirtió que estaba un tanto decepcionado. Una parte de él deseaba volver a sentir ese cuerpo suave, flexible, femenino, contra su propio cuerpo endurecido.

-Lamento haberla tomado desprevenida esta tarde -dijo el conde mientras llevaba los caballos hacia los árboles-. Tenía la esperanza de darle una sorpresa. Sé que le gustan las sorpresas.

-Eso es muy considerado de su parte -le aseguró la joven-. En efecto, me gustan las sorpresas. -

Hizo una pausa-. Casi siempre.

El hombre esbozó una sonrisa forzada.

-Pero no siempre.

-Se trata de que me hubiera gustado estar lo mejor posible cuando nos conociéramos -admitió Emily-. No puede usted imaginar mi sufrimiento desde que recibí su carta esta mañana. Supuse que tendría tiempo para prepararme. De cualquier modo, la diferencia sería mínima.

Simón la contempló y vio que sólo le llegaba hasta el hombro. Era pequeña pero sus movimientos tenían una gracia airosa y fascinante.

-Permítame decirle que tiene usted una apariencia excelente, señorita Faringdon. En realidad, quedé encantado en cuanto la vi.

-¿De veras? -La muchacha frunció la nariz, evidentemente atónita ante esa declaración.

-Así es.

Los ojos de Emily brillaron de placer.

-Gracias, milord. Le aseguro que yo también estoy encantada. Con usted, claro.

"Esto será demasiado fácil', pensó Simón.

-Pero yo no pretendía inquietarla, ni intimidar a las damas de la sociedad literaria. Debe perdonarme.

Sí, bueno, en realidad hoy no pensábamos comentar poesías o criticas literarias -explicó Emily mientras caminaba con agilidad junto al hombre.

-¿De qué iban a hablar?

-Inversiones. -La joven hizo un gesto vago descartando la idea.

Simón le lanzó una mirada perspicaz.

¿Inversiones?

-Sí. Me imagino que debe parecerle terriblemente aburrido. -La joven lo miró ansiosa-. Le aseguro que hoy era un día fuera de lo corriente. Tenía excelentes noticias acerca de las inversiones que hice en beneficio de mis amigas. Están muy preocupadas por sus pensiones, ¿sabe? No se las puede culpar.

-¿Se ocupa usted de obtener pensiones para ellas?

Tengo cierta habilidad en cuestiones financieras y hago lo que puedo. Las damas que ha conocido usted hoy han sido en extremo bondadosas conmigo. Es lo menos que puedo hacer como retribución. -Le dirigió una sonrisa tranquilizadora-. Pero le aseguro que, en general, nos enzarzamos en entusiastas discusiones acerca de los libros y de la poesía más recientes. Precisamente la semana anterior hicimos un profundo análisis de
Orgullo y prejuicio, el libro de la señorita Austen. Pensaba escribirle una carta sobre el tema.

-¿Qué le pareció la novela?

-Bueno, a su modo, creo que es bastante agradable. Es decir, indudablemente la señorita Austen es una magnífica escritora. Tiene un maravilloso don para trazar ciertos personajes, pero...

-¿Pero? -Sintió curiosidad a pesar de sí mismo.

-Es que los temas que trata son ordinarios, ¿no le parece? Escribe acerca de personas y hechos tan comunes.

-La señorita Austen no es Byron, se lo aseguro.

-Es así, sin duda -acordó Emily en un arrebato de entusiasmo-. Las obras de esta mujer son entretenidas pero carecen del estímulo, del exotismo de los trabajos de Byron, sin hablar del espíritu aventurero y los excesos pasionales. La sociedad literaria terminó hace poco El Infiel.

-Sin duda que les gustaría.

-Oh, sí. Una atmósfera maravillosa, notables - aventuras, un sentido estremecedor de las bajas pasiones. Me gustó tanto como Childe Harold. Espero impaciente el próximo trabajo de Byron.

-Todo Londres lo espera.

-Dígame señor, ¿escuchó usted la pronunciación exacta de la "t" en "infiel"? ¿Suena fuerte o suave? El jueves pasado discutimos ese tema durante mucho tiempo y ninguna de nosotras pudo estar segura, aunque la señorita Bracegirdle, que tiene un gran dominio de historia antigua, considera que debe ser suave.

-Es un dilema que aún no ha sido resuelto, que yo sepa -se excusó Simón. Todavía no habla leído el poema y no tenía intención de hacerlo. Sólo se había sumergido en la literatura romántica lo suficiente como para tender la trampa. Ahora que esa trampa estaba a punto de cerrarse, no le interesaba leer otro poema épico de pasión y aventuras. Tenía cosas mucho mejores que hacer.

-En realidad, creo que no tiene importancia -le aseguró Emily con tacto-. Quiero decir, con respecto a la "f".

Simón se encogió de hombros.

Quizá la tenga para Byron. -Habían llegado al arroyo y estaban fuera de la vista de quien llegara por el campo. El hombre giró automáticamente y comenzó a seguir el curso del agua.

Emily alzó la falda del descolorido traje de montar con una gracia natura] que otorgaba a la vieja vestimenta más elegancia de la que en realidad tenía. Contempló el paisaje con curiosidad.

-Discúlpeme, señor, pero al parecer usted sabe hacia dónde ir. ¿Acaso recuerda este camino desde la época en que vivía en las cercanías, cuando era niño?

Simón le lanzó una mirada oblicua. Claro, era inevitable que se hubiera enterado rápidamente de esa cuestión.

-¿Cómo sabía que mi familia tenía una casa aquí?

-Lo dijo Lavinia Inglebright.

-Ha pasado mucho tiempo desde entonces -dijo Simón con cautela.

-Sin embargo es una coincidencia sorprendente, ¿no le parece? Piense, milord: comenzó a escribirme cartas porque descubrió accidentalmente que compartíamos un interés por la literatura romántica. Y después supimos que vivió usted de niño cerca de Little Dippington. Y ahora nos conocimos. Es increíble.

-La vida está llena de extrañas coincidencias.

-Prefiero creer que es el destino. Puedo imaginado a usted de niño corriendo cerca del estanque, quizá con un peno. ¿Acaso tenía un peno, señor?

-Creo que sí.

Emily asintió.

-Así pensé. Yo vengo aquí con frecuencia. ¿Recuerda mi poema titulado Versos de un día estival junto al estanque?

-Con toda claridad.

-Lo escribí sentada junto a ese pequeño estanque que está allá -le dijo la joven con orgullo-. Quizá recuerde usted algunos versos.

Simón vio la expresión esperanzada de los ojos verdes y exprimió desesperadamente su cerebro tratando de recordar algunas palabras del dulce y olvidable poema que la muchacha
le había enviado poco tiempo atrás. Sintió inmenso alivio cuando su excelente memoria vino a socorrerlo. Rescató los dos primeros versos.

"Mirad aquel estanque donde las gotas de sol destellan y resplandecen.
Guarda tan maravillosos tesoros para mí
que sentarme y soñar me complace."

-Los recuerda. -Emily estaba azorada como si el hombre le hubiera entregado un tesoro de piedras preciosas. Se sonrojó y agregó en tono confidencial-: Comprendo que debo rehacer algunas partes. No me satisface del todo la rima de "resplandecen" con "complace". ¿No cree que sería mejor "oscurecen' o "esplendentes"?

-Bien -comenzó a decir Simón con prudencia-. Es difícil decirlo.

-Aunque en este momento no tiene importancia -le dijo Emily alegremente-. Estoy trabajando en un proyecto más importante y pasará tiempo hasta que vuelva a los Versos de un día estival junto al estanque.

-¿Un proyecto más importante? -Simón advirtió que la conversación se alejaba insensiblemente de su persona.

-Sí, lo he titulado La danza misteriosa. Será un largo poema épico al -modo de Byron acerca de

las aventuras y las oscuras pasiones. -Lo miró con timidez-. Además de los miembros de la sociedad literaria, usted es el único que lo sabe, milord.

-Me honra -dijo lentamente Simón-. De modo que aventuras y oscuras pasiones. ¿No es así?

-Oh, si. Se trata de una joven con los cabellos del color del atardecer, que va en busca de su amante desaparecido. Iban a casarse, ¿sabe usted? No obstante la familia de la muchacha no aprobaba al joven y le habla prohibido verse. El joven tuvo que marcharse. Antes de irse, el amante le dio a la muchacha un anillo y le aseguró que volvería para llevársela y casarse con ella a pesar de la familia.

-¿Acaso algo salió mal?

-Sí. El muchacho no volvió y la heroína sabe que él está en dificultades y la necesita con desesperación.

-¿Cómo lo sabe la muchacha? -preguntó Simón.

-Los amantes son tan íntimos, se sienten tan unidos por la noble y pura pasión mutua, que son capaces de comunicarse en un plano superior. La joven sencillamente sabe que el amado está en problemas. Abandona la casa y el lar y sale a buscarlo.

-Un tema bastante arriesgado. Quizás el joven sencillamente aprovechó el rechazo de los padres como excusa para abandonar a la muchacha. Tal vez se cansó de ella y aprovechó el rechazo de la familia; así pudo eludir sin complicaciones un compromiso que ya no deseaba. -Tan pronto como lo dijo, Simón se arrepintió. El abatimiento que se reflejaba en la expresión de Emily bastó para activar el fragmento de conciencia que le quedaba.

-Oh, no -exhaló Emily-. No es así, en absoluto.

-Claro que no -respondió Simón y sonrió con esfuerzo-. Sólo estaba provocándola. Perdóneme. ¿Cómo es posible que conozca la historia que nana su poema? Usted es quien la escribe.

-Justamente. Y le aseguro que tendrá un final feliz. Prefiero los finales felices, ¿sabe usted?

-Dígame, señorita Faringdon. Si alguien le entregara hoy diez mil libras, ¿qué haría con ellas?

EF entusiasmo se desvaneció como por arte de magia. En cuanto el conde hizo la pregunta, tras las lentes de los anteojos la mirada soñadora de Emily se volvió perspicaz. Esos ojos de duende resplandecieron con el brillo de una agudísima inteligencia.

-Compraría unas cuantas acciones en el nuevo proyecto del canal que acabo de conocer, y pondría una parte del dinero al cuatro por ciento. No obstante, estaría atenta con esta última inversión. La agotadora guerra contra Napoleón está llegando a su fin y es muy posible que los valores desciendan. Cuando se trata del dinero del gobierno, hay que estar preparado para cambiar rápidamente.

-Excelente -murmuró Simón con voz apenas audible-. Sólo quería asegurarme de que había dado con la mujer adecuada. Por un momento, dudé.

Emily parpadeó.

-¿Cómo dice?

-No tiene importancia Es una broma privada -Simón le sonrió--. Su consejero financiero es muy sensato, señorita Faringdon. Su estrategia y la mía son bastante parecidas.

-Oh, ¿acaso apuesta usted en la falsa?

-Entre otras Cosas. Tengo una amplia variedad de intereses financieros -Detuvo los caballos y los acá a dos árboles cercanos. Entonces tomó a Emily del brazo y la dirigió hacia una roca junto al estanque.

La contempló mientras se sentaba y acomodaba con gracia la pesada falda del vestido. Lo distrajo un instante el movimiento de la joven manipulando los gruesos pliegues. Pero se llamó al orden. “Es el momento de volver a mis propósitos” pensó Simón.

-No sabe usted lo que esto significa para mi -manifestó, y se sentó junto a Emily mientras contemplaba el estanque-. A menudo imaginaba este sitio. Y en esas imágenes, siempre estaba usted junto a mi. Después de leer su poema, comprendí que usted amaba este lugar tanto como yo.

La muchacha observó atentamente las orillas del estanque poco profundo y bordeado de guijarros, y frunció el entrecejo.

-¿Cree usted que lo logré, milord? ¿Está seguro de que reconoció el sitio preciso en la

descripción de mis versos?

Simón siguió la dirección de la mirada de Emily, y recordó cuántas veces había acudido en su solitaria juventud, buscando refugio del frío despotismo del padre y de las interminables demandas de la madre, siempre débil y sufriente.

-Sí, señorita Faringdon, Hubiera reconocido este sitio donde fuera.

-Es muy bello. Vengo aquí con frecuencia a estar sola; a pensar en mí poema épico La dama misteriosa. Ahora adquiere un significado más profundo para mí, porque sé que usted solía sentarse aquí a meditar.

-Me halaga.

-Sólo digo la verdad. Es extraño, ¿verdad? -Se volvió hacia el conde con las cejas unidas en una expresión fervorosa-. Sin embargo, me sentí cerca de usted desde el instante en que leí su primera carta. ¿No cree usted que el habemos conocido gracias al correo es una sorprendente jugada del destino?

-En verdad, sorprendente -Simón recordó cuánto tiempo había buscado el mejor modo de aproximarse a Emily Faringdon. Y por finjo había logrado: le escribió una carta con el pretexto de haber oído mencionar el interés de la joven en la poesía, y resultó el camino más rápido y fácil para trasponer el umbral de la mansión Saint Clair.

-Desde su primera carta supe que era usted una persona muy especial, milord.

-Fui yo quien recibió la impresión de que mantenía correspondencia con una mujer muy especial. -Simón tomó la mano de la muchacha y la besó con galantería.

Emily lanzó una vaga sonrisa.

-Soñé tanto tiempo con una relación como la nuestra
-confesó.

El conde la evaluó con una mirada de soslayo. Cada vez más fácil. La mujer ya comenzaba a enamorarse de él. Simón volvió a cenar de un golpe la puerta que se abría en su conciencia sobre ese mezquino sentimiento de culpa que jugueteaba en un rincón oculto de su mente.

-Dígame, señorita Faringdon. ¿cómo ve usted nuestra relación?

Emily se ruborizó, pero sus ojos brillaban de entusiasmo.

-Una relación muy pura, milord. Un lazo que surgió en un plano más elevado, ¿me comprende usted?

-¿Un plano más elevado?

-Sí. Según lo veo, nuestra comunicación es sin duda de un género intelectual. Es un noble interés de la mente, una relación que se desarrolla en el reino de lo metafísico. Una amistad basada en la sensibilidad compartida y la mutua comprensión. Se podría decir, milord, que nos liga una comunión espiritual. Una unión incontaminada por viles pensamientos o intereses. Nuestras pasiones son de la más elevada jerarquía.

-Por todos los diablos -dijo Simón.

-¿Milord?

Emily lo miró con tal inquisidora inocencia que Simón sintió deseos de sacudirla. A pesar de su poesía era imposible que fuera tu ingenua. Después de todo, tenía veinticuatro años y debía considerarse aquel Infortunado Incidente mencionado por Gilingbam.

-Me temo que sobrestimó usted mis nobles virtudes, señorita Faringdon -replicó Simón con sequedad-. No vine a Hampshire para alimentar una sombría relación metafísica con usted.

De inmediato se esfumó el brillo en la mirada de la joven.

-No le entiendo, milord.

Simón rechiné los dientes y volvió a tomar la mano de Emily.

-Señorita Faringdon, me trajo aquí un propósito bastante más mundano.

-¿De qué se trata, señor?

-Estoy aquí para pedir a su padre la mano de usted.

La reacción no fue la que se esperaría en una solterona de pasado tormentoso; debería estremecerse al escuchar que un conde iba a solicitar su mano a su padre.

-¡Demonios! -gimió Emily.

Simón se impacientó con la extraña mujer sentada a su lado.

-Esto lo precipita todo -declaró-. Señorita Faringdon, creo que lo que hace falta es un modo de destruir toda esa fantasía romántica acerca del amor en un plano más elevado que usted ha estado alimentando todos estos meses.

-¿De qué habla, milord?

-Por supuesto, de las bajas pasiones, señorita Faringdon.

-Se acercó y la tomó bruscamente en los brazos-. De pronto, me consume la curiosidad por saber si usted realmente las disfrutará.

Capítulo 3

Emily no lo podía creer: estaba encerrada en un abrazo inquebrantable. Habían pasado cinco años desde el día en que un hombre la había abrazado tan íntimamente. Y que fuera Simón el que la abrazara excedía su capacidad de comprensión. Simón era el compañero del reino metafísico, el amigo noble, sensible, de ideas elevadas, la escolta intelectual del alma.

Sólo en las horas más oscuras de la noche, en los sueños más secretos, se había atrevido a imaginario como un amante de carne y hueso.

-Oh, Simón -suspiró, lo miró, y la fascinación y el anhelo la hicieron temblar entre los brazos del hombre.

Simón no respondió. Los ojos dorados brillaban con una intensidad que en otro hombre hubiera resultado alarmante. No obstante, esa mirada expresaba más irritación e impaciencia que dulzura y amor. O quizás Emily lo imaginaba.

En silencio, el conde le quitó los anteojos y el sombrero y los depositó en la roca a su lado. Entonces, la boca del hombre se acercó lenta y deliberadamente a la de la muchacha y Emily olvido todo lo que no fuera la dura y apremiante calidez del beso.

Ese beso era como lo había soñado en las horas más oscuras de la noche, cuando se atrevía a imaginar fantasías imposibles.

En verdad, era mejor de lo que había soñado. No podía adivinar la maravilla de la boca de Simón en la suya porque nunca había vivido algo semejante. Estos besos no se parecían a los que había recibido cinco años atrás. La sensación de los brazos de Simón alrededor de su cuerpo y la perturbadora intimidad de su boca destruían las frágiles ilusiones románticas de toda la vida y le enseñaban el verdadero significado de la pasión en un instante de ardor.

La mano de Simón, enlazada a la cintura de la muchacha, comenzó a deslizarse hacia su pecho. Emily pensó vagamente que debía detenerlo de inmediato, pero se sintió incapaz de hacerlo. Este era S. A. Traherne, el hombre que ella había colocado en un pedestal, el que había amado desde lejos con una pasión noble y pura... el hombre de sus sueños.

Y en un cegador momento de lucidez sensual Emily comprendió que Simón también la amaba. La sorpresa la abrumó.

Los dedos de Simón continuaron recorriendo el escote del traje de montar, hasta que el pequeño y delicado peso del pecho de Emily descansó en la mano del conde. Emily lo oyó gemir mientras el pulgar recorría la suave curva. De pronto, el pezón se irguió dolorosamente bajo la pesada tela. Emily se estremeció y la palma de Simón se cerró posesiva sobre el pecho de la joven.

-Ven aquí, duende -murmuró Simón con voz áspera y ronca, acomodándola sobre sus muslos. La oprimió contra su pecho con la rodilla flexionada y un abrazo de hierro. La fuerza del hombre hubiera debido aterrorizarla, pero no fue así. Era su dragón y sabia que podía confiar en él.

Los dedos de la mujer recorrieron el pecho del hombre y Emily clavó las uñas en la tela de la chaqueta. “Huele bien”, pensó. Era una mezcla de olor a cuero, a caballo y a calor masculino. El aroma era extrañamente embriagador y ella se hundió más en la tibieza del amado.

-Abre los labios - la urgió Simón con suavidad.

Emily obedeció instintivamente. Sin previo aviso, la lengua del conde invadió con audacia la boca de la muchacha. La sorpresa la hizo ahogar y retrocedió. De pronto, Emily sintió el poderoso bulto de la virilidad de Simón contra su propio muslo. Sabia que su cara habla tomado un tono rosado intenso.

-Por Dios, Emily.

Durante un momento, el mundo se detuvo. La muchacha no podía respirar, menos aun responder.

-Emily, abre los ojos y mírame.

Emily alzó las pestañas como en un sueño y contempló la cara de rasgos fuertes de Simón. Estaban tan cerca que podía verlo sin ayuda de los anteojos. La fascinó la resplandeciente calidez que había arrasado la frialdad de esos ojos. La pasión iluminaba la bella mirada áurea, una llama salvaje de deseo masculino sujeta a un rígido control.

-Dragón -murmuré suavemente la joven, y tocó la mejilla dura de Simón con dedos amorosos-. Mi dragón de ojos dorados.

El hombre entrecerró los ojos y la miro.

-Los dragones tienen una peligrosa reputación entre las doncellas hermosas.

Emily le dirigió una sonrisa suave.

-Es inútil que intentes asustarme lanzando fuego y humo. Me siento segura contigo.

-¿Qué te hace pensar así?

-Te conozco bien. He leído tus canas infinidad de veces. Sin embargo, admito que no puedo creer lo que nos sucede.

-Tampoco yo. -El hombre cambió bruscamente de posición y Emily resbaló de su regazo. Simón se pasó una mano por el oscuro cabello-. Buen Dios. Debo haber perdido la razón.

-Sé lo que quieres decir. Estoy convencida de que esto es lo que los poetas llaman un dulce, un salvaje exceso de emoción. Es excitante, ¿no crees? -Emily se incorporó: se sentía algo tímida y temblorosa pero también extasiada.

-Es un modo de decirlo. Puedo imaginar otros.

-¿Cuáles?

-Estúpido.

El tono sardónico provocó una mueca en Emily.

-¿Ocurre algo malo? -Tanteé buscando los anteojos porque estaba lejos y no vela la expresión en los ojos de Simón.

-Aquí están. -El conde le alcanzó impaciente las gafas y la muchacha se las puso.

Emily comprobó al instante que el entrecejo de Simón estaba torvamente fruncido.

-Ocurre algo malo. ¿De qué se trata?

El hombre le lanzó una mirada burlona.

---¿Y me lo preguntas? ¿Después de lo que ha pasado hace un momento?

Emily ladeó la cabeza y lo observó.

Me besaste. Fue magnifico. La experiencia más maravillosa de mí vida. ¿Qué tiene de malo?

---Maldición. Mujer cinco minutos más y habríamos,.. Diablos, no importa.

- - Cinco, minutos más y quizá nos hubiéramos lanzado navegando a la deriva hacia las trascendentes orillas doradas del amor,..

- Buen Dios. No es momento de eufemismos poéticos.

- Simón contempló las tranquilas aguas del estanque. Comenzó a decir algo y se le crisparon los labios, Poco después una sonrisa cruel pasó fugazmente por la boca dura----. ¿Lanzamos navegando hacia las trascendentes orillas doradas del amor? ¡De qué libro has sacado eso!

-----Lo inventé yo ----dijo Emily no sin orgullo. Es una rima del poema épico en que estoy trabajando, La dama misteriosa. Todavía no hallo una rima para ‘‘orillas’.

--¿intentaste con amarillas’?

La muchacha lanzó una risita.

Estás provocándome - Dime la verdad. ¿Qué opinas de este verso?

Simón la miró por encima del hombro con un brillo en los ojos color oro que podía ser

apasionado; pero Emily sospechó que más bien era divertido.

---Es muy adecuado, señorita Faringdon. Venga aquí.

La muchacha volvió gustosa al abrazo pero esta vez el hombre sólo la besó apenas en la frente y en la punta de la nariz y luego la apartó nuevamente.

----Escuche, señorita Faringdon, porque tengo algo sobremanera importante que decirle.

¿Sí milord'?

---De aquí en adelante, cada vez que estemos a punto de lanzarnos navegando a la deriva hacia las trascendentes orillas doradas del amor, quiero que me abofetee. ¿Entiende?

Emily lo miró atónita.

-No haré semejante cosa.

-Sí, lo harás, si te queda algo de sentido común.

-Estoy segura de que no traspasará usted los límites de lo apropiado, milord.

-Ya los traspasé -dijo Simón entre dientes; la diversión se había esfumado con rapidez.

-Milord, la cuestión es -dijo Emily con expresión preocupada- que no confío en mi propio sentido común en situaciones como esta. Me aseguraron que no tengo demasiada sensatez. No se aflija, señor, estoy convencida deque usted sabrá exactamente qué hacer.

-En nombre de Dios, ¿qué significa eso de que no tiene sensatez en estos asuntos?

-Oh, nada, nada en realidad-se apresuró a agregar la joven; no deseaba hablarle del Infortunado Incidente a menos que fuera imprescindible. Pues en cuanto Simón se enterara de lo ocurrido cuando ella tenía diecinueve años, dejarla de hablarle de amor-. Sólo que mi familia considera que mi amor por la literatura romántica me ha afectado mucho -explicó débilmente. En parte, era verdad.

-¿Y es cierto?

Emily se sonrojó y miró la corbata del conde, que no parecía haberse desarreglado a pesar del reciente exceso de pasión.

-Debería usted saber la respuesta, milord. Me conoce mejor que nadie.

-¿Gracias a las canas? -Simón le tomó suavemente la barbilla con el borde del puño y la obligó a mirarlo a los ojos-. Es posible que tenga razón, ¿sabe? Tengo la clara impresión de que es una joven incomprendida. Pero se equivoca al suponer que sabe de mi tanto como yo de usted.

-No creo estar en absoluto equivocada, milord. -Lo miró convencida-. Merced a nuestras canas usted y yo hemos desarrollado una perfecta comunión intelectual y espiritual. Estoy segura de que nuestro intercambio, que se ubica en el nivel más elevado, nos llevó a una verdadera comprensión de las...

-Basta -la interrumpió, lacónico, el conde-. Señorita Faringdon, es un error suponer que se puede confiar en un hombre en las cuestiones pasionales.

Emily sondé sarna, sabiendo que el hombre se equivocaba

-No lo creo, Simón. En su caso, no. Yo confío en usted con lodo mi corazón.

-Maldición. -Simón movió lentamente la cabeza y le soltó la barbilla-. Al parecer su familia está en lo cieno. No tiene usted nada de sentido común en estos asuntos. Presumo que no la asustan los riesgos del juego del amor.

La muchacha se encogió ligeramente de hombros.

-Provengo de una larga línea de tahúres, milord. Lo llevo en la sangre.

-¿Y con cuánta frecuencia ha corrido usted este riesgo?
-preguntó el conde con tono repentinamente suave pero amenazador.

Emily dirigió la mirada hacia el estanque y eligió con cuidado las palabras. Sabía lo que el honor le exigía: que fuera honesta. Pero no soportaba arruinar el idilio contándole a Simón la historia.

-Nunca he estado enamorada En verdad, nunca. Ahora lo sé. Una vez, hace mucho tiempo, creí que lo estaba pero descubrí que me había equivocado. Desde entonces, no ha existido nadie que me indujera a correr ese riesgo.

-Interesante.

Emily volvió inquieta la cabeza y vio que el hombre la observaba con mirada fría y Posesiva.

-¿Milord?

Simón susurró algo y se puso de pie.

-No me preste atención. Es obvio que en este momento no pienso claramente. Creo que es la consecuencia de haber navegado muy cerca de la trascendente orilla dorada. Venga. La acompañaré hasta que estemos a la vista de mansión Saint Clair.

-¿Acaso he dicho algo malo, milord?

-En absoluto. le estoy convencido deque a partir de ahora todo irá sobre ruedas entre nosotros. Sólo necesitaba recibir Cierta información antes de seguir adelante, y ya la recibí.

-Entiendo. Muy prudente. -Emily se relajó y le sonrió, sin importarle que el corazón le asomara en la mirada. Sabía bien que no existía futuro para ellos, pero estaba decidida a disfrutar del presente tanto como pudiera-. Me decía usted en su última carta que lo hablan conmovido hondamente mis versos acerca de untas y corazones destrozados.

La boca del hombre esbozó una tenue sonrisa mientras tomaba del brazo a la joven y la conducía hacia donde esperaban los caballos.

-Si, me sentí conmovido, señorita Faringdon.

-Bueno, me alegra que le interesen -dijo Emily alegremente-. El señor Pound, librero y editor, no opiné lo mismo. Recibí un cruel rechazo de su parte con el cuneo de esta mañana.

-Sin duda que el señor Pound tiene peor gusto que los críticos de la Edinburg Review.

Emily rió encantada.

-Muy cieno. -Hizo una pausa y se puso seria, pues la asaltó un ramalazo de culpa. En realidad, debía advertir al conde de la condena que pesaba sobre el futuro de sus relaciones-. ¿Milord?

-¿Sí, señorita Faringdon? -Simón se atareaba con el caballo de Emily.

-¿Hablaba en serio cuando dijo que estaba aquí para pedir mi mano a mi padre?

-Sí, señorita Faringdon. Lo dije absolutamente en seno. -La alzó con facilidad hasta la montura.

La muchacha tocó la mano del hombre mientras él la retiraba de su cintura. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Pronto comprenderá usted que es imposible. Pero quiero que sepa que le estaré eternamente agradecida por este momento. Guardará el recuerdo en mi corazón para toda la vida.

-¿Qué demonios dice? -Preguntó Simón, y la miró ceñudo.

Emily no pudo soportar más la proximidad del hombre. Seguramente, le preguntaría la causa de sus lágrimas. Espoleó suavemente a su caballo, se volvió y galopé alejándose del conde por el camino hacia la mansión Saint Clair.

La fresca brisa secó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Simón logró contener su creciente curiosidad hasta que lady Gíllingham, con la graciosa indiferencia de costumbre, se levantó de La mesa y dejó que los caballeros bebieran el oporto después de cenar.

En cuanto la dama se retiró, los caballeros se relajaron. Se apoyaron en los respaldos de las sillas, estiraron las piernas bajo la mesa y tomaron sus copas. Lord Gillingham encendió un cigarro.

Simón se dispuso a hacer lo que los hombres hacen desde tiempos inmemoriales: hablar de una mujer con una botella de oporto delante. Aguardó una oportunidad, que no tardó en presentarse. Como había bebido varias copas de vino durante la cena, Gillingham estaba de humor para conversar.

-¿Te agradó la visita a la sociedad literaria? -preguntó Gíllingham, mientras entrecerraba los ojos a través del humo azul del cigarro.

-Me pareció interesante. -Simón hizo girar en la mano la copa de cristal tallado y observó el juego de la luz en sus facetas-. Es evidente que el entusiasmo por la nueva poesía romántica no se limita a Londres. Al menos entre las damas.

-No se sabe hasta dónde llegará -dijo Gillingham, y sacudió torvamente la cabeza-. Esa tontería romántica e

Una pésima influencia en las mujeres.

-¿Seguramente no en las buenas señoras de Little Dippington?

-Bien, quizá no perjudique a las mujeres mayores, como las hermanas lnglebright y las otras,

pero no es nada saludable para las jóvenes.

-¿Como es el caso de la señorita Faringdon? -preguntó Simón con suavidad.

-La maldita estupidez poética causó la ruina de esa pobre chica. Es una pena, Sin embargo, no tenía muchas posibilidades:
creció en ese nido de holgazanes y tahúres. Al morir la madre, era sólo cuestión de tiempo que se metiera en problemas,

-La madre murió aproximadamente hace seis años, ¿no es así?

-Una mujer encantadora. Claro, era hermosa. Los inconstantes Faringdon, tanto los hombres como las mujeres son sobremanera apuestos. Con excepción de la señorita Emily. Con ese cabello rojo y esas pecas, sabes... Además, los anteojos. Quizás hubiera podido disimular lo bastante sus defectos como para presentarse en sociedad, pero a la pobre nunca se le ofreció la oportunidad.

-¿A causa de la muerte de la madre?

-Y luego el Infortunado Incidente -explicó con tristeza Gillingham.

-¿Tan terrible fue ese Infortunado Incidente? -preguntó Simón con cautela. Pensó que ya era hora de conocer los detalles en toda su sordidez.

-Según el padre, bastante malo. Pobre chiquilla.

-¿Sucedió hace cinco años? -Tanteé Simón.

-Creo que sí. en ese momento, la señorita Faringdon tenía diecinueve años. Había perdido a la madre el año anterior, más o menos. Ese canalla del padre y esos hermanos disolutos no estaban nunca, la dejaban siempre sola en esa casa enorme. No se puede apartar durante mucho tiempo a un Faringdon de las malditas mesas de juego, ¿sabes? De todas maneras, la señorita Faringdon quedó librada a su arbitrio, tuvo que arreglárselas por su cuenta, con los sirvientes como única compañía. Sola, claro. Sin nadie que la aconsejara. La pobre estaba madurada para la catástrofe.

Simón tomó la botella de oporto y llenó el vaso del anfitrión.

-¿Y llegó a eso?

-¿Al desastre? Se desencadenó casi enseguida. Naturalmente, tomó la forma de un joven holgazán. Siempre es así, ¿verdad?

-Sí. -Simón sorbió el oporto y se preguntó por qué de pronto le parecía necesario interrumpir la conversación. Podía adivinar cómo finalizaba la historia y ya no tenía deseos de seguir oyendo. No obstante, había aprendido mucho tiempo atrás que cualquier fragmento de información era vital, en particular cuando se planeaba una venganza-. Ese joven, ¿vive aún en la vecindad?

-¿Ashbrook? Maldición, no. Después del incidente, no se le volvió a ver. Hace unos años oí que había recibido un titulo nobiliario. Ahora es barón. Y poeta. Merodea por los salones de Londres hace tiempo, y es posible toparse con él y con sus admiradores. Tal vez lo hayas visto en algún salón muy concurrido. Está muy de moda en estos momentos.

Los dedos de Simón cenaron involuntariamente entorno del vaso. Los aflojé con cuidado; no quería quebrar el frágil cristal.

Al oír el nombre de Ashbrook tuvo el repentino y claro recuerdo de tas cinco miradas acusadoras que lo enfrentaron esa tarde, cuando mencionó casualmente el último poema épico de ese autor La enormidad de su torpeza lo perturbe.

-¿De modo que fue Ashbrook el que arruiné a Em... quiero decir, a la señorita Faringdon?

-La convenció de que huyera con él. Muy triste,

-¿Una fuga de enamorados?

-La pobre señorita Faringdon creyó que era una fuga de amantes. Pero yo dudo que Ashbrook tuviera la menor intención de casarse con ella. Faringdon los pescó al día siguiente y se dice que Ashbrook no estaba allí para enfrentarse con el furioso padre. Obviamente, para entonces el daño estaba hecho. Los dos pasaron la noche juntos en una posada. Faringdon me lo confesé en privado.

-Entiendo.

-Un asunto triste. Emily es una dulzura. Aquí nadie menciona el incidente. No quieren herirla. Me gustaría que tú lo mencionaras.

-Por supuesto. -Simón tuvo una repentina visión de la expresión de Emily mientras trataba de explicarle la imposibilidad de que el conde la pidiera en matrimonio. Claro, corno todos los demás

estaba convencida de que su ruina social era absoluta. Todo lo que podía esperar en materia de romance era una relación pura, noble, superior., por correo. No podía extrañar que la presencia de Simón la afligiera.

Simón recordé que había visto a Ashbrook una o dos veces en algunas fiestas celebradas en Londres. El poeta se afanaba por dar una imagen de ardiente sensualidad e inclinaciones lánguidas y cínicas. Era evidente que las damas que revoloteaban a su alrededor lo hallaban fascinante. No era ningún secreto qué lo consideraban el epitome del nuevo estilo romántico popularizado por Byron.

-¿Por qué Faringdon no insistió en que Ashbrook se casara con la hija? -preguntó Simón.

-Es probable que lo intentan. Ashbrook se negó. No es posible obligar a un hombre, ¿sabes? En cuestiones de honor y cosas por el estilo. Además, los Faringdon no eran importantes en la esfera social. Claro, no tenían una posición sólida. Broderick Faringdon tiene un parentesco lejano con un barón empobrecido de Northumberland, pero nada más.

-Entonces, Faringdon abandonó el intento.

-Me temo que sí. En aquella época la pequeña señorita Faringdon carecía de hermosura o fortuna para inducir a Ashbrook a un compromiso duradero. Creo que el joven sólo jugó con tos sentimientos de la muchacha y ella pagó el precio de su torpeza, como suele ocurrirles a las jovencitas.

Simón contempló la bebida.

-Me sorprende que ni Broderick Faringdon ni alguno de los mellizos intentara desafiar a Ashbrook.

-Los Faringdon son capaces de arriesgar su suerte en las mesas de juego, pero no ponen su cuello en peligro.

-Ya veo.

-A fin de cuentas, es una pena -concluyó Gillingham tomando el oporto-. Gracias a Dios que están las damas de la sociedad literaria local.

Simón lo miró.

-¿Por qué dices eso?

-Todas ellas son un grupo de gente aburrida pero enteramente respetable. Se agruparon y tomaron a la señorita Faringdon bajo su protección. Manifestaron con toda claridad que no la aislarían aunque estuviera arruinada a los ojos del mundo. Yo diría que no hay una sola de las señoras de la sociedad literaria que no envidie a la chica. Infundió cien a excitación a la monotonía de sus vidas.

Simón pensó que el comentario de su anfitrión era sumamente perspicaz. Se preguntó si Gillingham sabía que Emily retribuía a sus benefactoras, asegurándoles la posibilidad de una vejez sin sobresaltos.

-De modo que, a causa de ese escándalo, la señorita Faríngdon nunca se ha casado. Sabes, me cuesta creer que no hubiera alguien dispuesto a olvidar el incidente y a pedir su mano. Es una pequeña seductora.

-Bueno, siempre puede contar con Prendergast -repuso Gillingham, pensativo.

Simón hizo una mueca.

-¿Quién es Prendergast?

-Un terrateniente acomodado. Posee una considerable cantidad de tierras en la zona. Su esposa falleció hace un año y Prendergast manifestó que está dispuesto a olvidar el pasado de la señorita Faringdon. No es lo que podría llamarse un príncipe azul, pero la señorita Faringdon tampoco es ya una niña. Y me parece que no tiene muchas alternativas.

Horas más tarde Simón abandonó el intentó de dormir Apartó las gruesas mantas, salió de la cama y se puso los pantalones, las botas y una camisa, tomó el abrigo y salió al vestíbulo.

La inquietud lo carcomía desde que se había acostado. Quizás una caminata lo relajara.

La casa estaba fría y oscura, Simón pensó en encender una vela, pero desistió. Siempre había

sido capaz de ver en la oscuridad.

Bajó en silencio las escaleras alfombradas y cruzó la sala que llevaba a las cocinas. Un momento después salió a la noche clara y helada

La luna que iluminaba el bosque le ayudé a encontrar el camino hacia la mansión Saint Clair Hacía años que no transitaba por esa región de noche, pero no había olvidado cómo llegar.

Diez minutos más tarde Simón recorría el largo y elegante sendero que conducía a la entrada de la mansión y sus botas hicieron crujir el suelo helado. Se detuvo al pie de la escalera, se volvió y atravesó los jardines, a un lado de la casa. Le sorprendió ver que habla luz en la ventana de la biblioteca.

Se le contrajo el estómago. Una noche, veintitrés años atrás, también brillaron las luces cuando Simón irrumpió en ¡a biblioteca y halló a su padre con la cabeza caída sobre el escritorio en medio de un charco de sangre.

Simón comprendió el motivo que ahora lo llevaba hasta la ventana de la biblioteca. Había venido a comprobar si el fantasma de su padre aún vagaba cerca del escritorio de caoba.

En su imaginación, Simón todavía podía ver la pistola en la mano del conde, aún vela la sangre, la carne desgarrada y la materia gris esparcida sobre la pared, detrás de la silla. Esa imagen horrenda lo habla acompañado durante años.

Pero en lugar del fantasma de un hombre que lo había perdido todo, que había buscado la salida más cobarde y abandonado a su hijo de doce años para que enfrentara la situación lo mejor que podía, Simón vio a Emily.

Estaba sentada en el borde de la silla y parecía pequeña y etérea, inclinada afanosamente sobre el enorme escritorio de caoba. El cabello rojizo brillaba a la luz de la vela igual que el pelo de Lap Seng al sol.

Tenía puesta una toquilla de encaje blanco y un recatado camisón de cuello fruncido. Los pies recogidos bajo la silla, estaban calzados con suaves chinelas de seda. Escribía diligente con una pluma en un libro encuadernado en cuero.

Simón pensó que una criatura tan romántica como Emily sin duda llevaría un diario. Si era cieno, el conde debía de tener un papel protagonista en la entrada de esa noche.

O quizás estaba componiendo nuevas estrofas de la dama misteriosa.

La observó durante unos momentos, y pensó que debía irse. Pero hasta que Emily no dejó la pluma, no se volvió para regresar por el bosque hacia la casa de los Gillingham. Vio que la muchacha apagaba la lámpara, tomaba un candelabro para iluminar las escaleras y dirigía a su cuarto.

La biblioteca quedó a oscuras.

Simón descubrió que seguía mirando la habitación en sombras. Entonces, emprendió de mala gana el regreso a casa de los Gillingham.

Comprendió que no había visto lo que esperaba. Una pelirroja Titania de ojos verdes había ahuyentado del escritorio al fantasma de su padre.

Durante la semana siguiente, Emily se sintió flotar en una nube. Nunca le habían brotado las rimas con tanta facilidad, Todo lo que veía o tocaba la inspiraba, en especial, Simón. Y veía con frecuencia al conde.

Emily sabia que pronto esa nube en la que navegaba se desvanecería y ella caería a tierra con un terrible golpe. Pero estaba decidida a disfrutar todo lo posible de ese viaje. Quería vivir esa experiencia trascendente y recordarla toda su vida.

Emily estaba enamorada y, al parecer, su amado se las ingeniaba para estar siempre a su lado.

El sábado por la noche encontró a Simón en una partida de naipes, en casa de los Hathersage. Jugaron en pareja al whist y ganaron. Era natural. Emily se ufanó: un equipo como el que formaban no podía perder

En la tarde del lunes, Simón asistió a la vejada musical de los Seward. El conde y Emily

intercambiaron en secreto una mirada divertida cuando la hija menor de los Seward se perdió en un pasaje del divertimento de Mozart. Al concluir la pieza, ambos aplaudieron con tanto entusiasmo que la joven Seward, tocó la pieza Otra vez.

Cuando Emily iba al pueblo a hacer compras Simón se encontraba, casualmente con ella e insistía en detenerse a conversar.

Cada vez que Emily salía a cabalgar, lo encontraba en el camino a la mansión Saint Clair,

Hacia el fin de semana, Simón apareció en la puerta del jardín de la vicaría en el preciso momento en que Emily se despedía de la señora Ludlow, la esposa del vicario. El conde montaba en Lap Seng, el corcel castaño. Saludó a la señora Ludlow con la debida cortesía, se apeó y se detuvo unos momentos a conversar con las dos mujeres.

Finalmente, se despidió de ambas, montó y sonrió a Emily.

-Señorita Faringdon, confío en que me reservará una pieza en la fiesta de los Gillingham mañana por la noche -dijo mientras tiraba de las riendas de su cabalgadura.

-Oh, sí, por supuesto -contestó Emily sin aliento. La muchacha pensó que sería la primera vez que bailaban y lo observó alejarse por el campo al galope de Lap Seng. Apenas podía contener el entusiasmo.

-Caramba, caramba -murmuré la esposa del vicario con gesto comprensivo-. Evidentemente Blade manifiesta un gran interés por usted, jovencita.

Emily se sonrojó, y la horrorizó imaginar lo que debía estar pensando la señora Ludlow. La esposa del vicario era una mujer bondadosa. Sin duda, compadecía a Emily porque sabía que tarde o temprano Blade se enteraría del incidente y pondría fin al romance.

-El conde fue muy atento conmigo -respondió Emily débilmente. Pero la réplica de la señora Ludlow la sorprendió.

-En otra época, la familia del conde vivió aquí -dijo pensativa la señora Ludlow-. Creo que eso fue hace más de veinte años.

Emily habla esperado que la mujer la aconsejaba amablemente, instándole a desalentar las atenciones del conde, pero parpadeó asombrada al oír lo que decía la señora Ludlow.

-Eso me dijo la señorita Inglebright.

-Al morir el padre, la madre y el hijo se marcharon. Fue una situación muy penosa. -La señora Ludlow estuvo a punto de agregar algo pero cambió bruscamente de idea. Sacudió la cabeza con energía-. No importa, querida. Eso sucedió hace muchos años y ahora no significa nada. Bueno, Emily, mañana por la noche lucirás tu mejor vestido, ¿verdad?

Emily sonrió y se pregunto si ahora llegaría el sermón de advertencia.

-Eso creo -dijo con un matiz de desafío.

-Estupendo. Los jóvenes deben divertirse mientras puedan. Ahora vete; estoy segura de que los pobres dcl Little Dippington estarán muy agradecidos con la ropa que has traído.

No hubo advertencia. Emily exhaló un suspiro de alivio y fue a buscar su caballo. Sin embargo, era extraño. Al parecer, nadie creía necesario aconsejarle que interrumpiera el romance con el conde. Y tampoco nadie creía necesario hablarle a Simón del Infortunado Incidente.

Emily se preguntó si los buenos vecinos de Little Dippington esperaban que ese amorío tuviera un final feliz.

Pero tarde o temprano, alguien tendría que decirle la verdad a Simón.

Finalmente, cuando Simón apareció en la siguiente reunión dc la Sociedad Literaria Vespertina dc los Jueves, Emily sintió que las cosas habían llegado demasiado lejos. En el fondo del corazón, comprendió que no podía permitir cl galanteo del conde porque cl futuro les estaba vedado.

La culpa comenzó a atormentarla. Sabía que no debía dejar que el romance continuara. Tarde o temprano, estallaría el escándalo. Si nadie hablaba, entonces la misma Emily tendría que hacerlo.

Nada en su vida la había atemorizado más que el momento de la verdad. Pero recordó lo que había sabido desde un principio: que su amor por el conde de Blade estaba condenado. Ya era horade terminar con esa farsa romántica.

Capítulo 4

Cuando terminó la danza escocesa Emily sabía que reía demasiado y estaba demasiado acalorada. Exhibía cierto exceso de alegría, y sabía por qué. Se preparaba para hacer lo que era necesario.

Hasta que no le hablara a Simón del escándalo, la conciencia no la dejaría en paz.

Esa tarde, mientras se vestía para la fiesta de los Gillingham, se prometió decir la verdad sin más dilaciones. Aunque se sentía fascinada por el ensueño en que vivía, sabía que se avecinaba el momento de la revelación. Tenía que terminar de una buena vez. A medida que pasaba el tiempo, aumentaba el riesgo de que Simón descubriera casualmente el escándalo y abandonara disgustado a Emily.

Había decidido ponerse su mejor vestido, el que le había confeccionado la modista del pueblo. Lo estrenaba esa noche. Era de muselina verde claro, bordeado de cintas amarillas y con varias vueltas de frunces. Los impertinentes pendían discretamente de una cinta sujeta al vestido.

Esos impertinentes eran un estorbo, pero esa noche Emily se negó a usar las gafas.

El profundo escote del vestido estaba hecho para realzar unos senos magníficos, y Emily lo habla encargado creyendo que acentuaría las curvas insignificantes de su cuerpo. Pero al probárselo descubrió que, a lo sumo, llamaba la atención sobre la escasez del busto.

-No es así -le aseguró Lizzie, su doncella, mirándola arrobada-. Le da a usted un aspecto gracioso y delicado. Como si en cualquier momento fuera a flotar en un rayo de luna.

Emily deseaba que la muchacha estuviera en lo cierto. Esa noche no se sentía particularmente liviana y graciosa. Sentía en el estómago una bola de plomo que crecía a cada instante.

El saloncito de los Gillingham estaba atestado de gente del pueblo vestida con sus mejores galas. Una o dos veces al año, lord y lady Gillingham invitaban a sus vecinos más humildes, y eso les había conquistado una reputación de personas bondadosas. El pretexto para realizar la fiesta lo constituía la estancia de Simón en la casa. Se servía champán y había un bufé con bocadillos dulces y salados.

Simón había concitado la atención general, sacando a Emily a bailar la primera pieza. Emily sabía que mucha miradas curiosas se concentraban en ellos, pero las había ignorado, dejándose acunar en ese ensueño romántico. Además, no llevaba puestas las gafas. Simón no solía prestar atención a la curiosidad ajena, de modo que también las ignoró.

Emily no podía concebir que algo hiciera mella en el tranquilo autodominio de Simón. Esa sensación de fuerza interior y seguridad que formaba parte fundamental de la personalidad de Simón a veces la intimidaba, pero también la seducía.

Emily alzó un momento los impertinentes y observó con disimulo a los invitados hasta que descubrió a Simón conversando con el vicario. La joven se dijo que, indudablemente, esa noche el conde era el hombre más atractivo del salón. Por supuesto, sabía que su opinión no era objetiva. Pero era innegable que Simón exhibía un peligroso atractivo con su austera vestimenta blanca y negra de gala en aquel sajón colmado de hombres vestidos con chaquetas y chalecos de colores vivos.

-Buenas noches, señorita Faringdon. ¿Desea que le traiga un vaso de limonada?

Emily contuvo un gemido al reconocer la voz destemplada de Elias Prendergast. Bajó los impertinentes, pues conocía de la cara chata y rojiza de ese hombre de barba tupida y patillas.

Tampoco necesitaba las gafas ni los impertinentes para saber que, en honor a la fiesta, el rollizo señor Prendergast se había puesto el corsé. Cada movimiento del hombre iba acompañado de un crujido.

-No, gracias -murmuró Emily, pensando que en realidad necesitaba una copa de champán. Abrió el abanico y comenzó a agitarlo con más energía a medida que Prendergast se le acercaba. El olor del hombre le indicaba que aun en esta ocasión había considerado indigno bañarse. Prendergast

pertenecía a la vieja escuela: sentía aguda desconfianza por la nueva moda que indicaba el uso frecuente del agua y el jabón. No obstante, se había rociado con abundante perfume.

-Señorita Faringdon, ahora que ha terminado mi período de duelo iba a hacerle una visita -dijo Prendergast dándose importancia-. Me parece que tenemos un asunto que discutir.

Emily le dirigió una sonrisa cortés.

-Creo que sería sobremanera inapropiado, señor. Estoy segura de que tendrá la gentileza de esperar el regreso de mi padre.

-Maldición, ese es el problema -explicó Prendergast bastante enfadado-. Su padre no permanece mucho tiempo en el campo. Es imposible prever su llegada. ¿No es cierto?

-Los negocios lo mantienen muy atareado en la ciudad. Es una fiesta encantadora, ¿verdad? - Con un gracioso gesto del abanico, Emily abarcó el salón, iluminado de lleno-. Claro, ya se sabe que lady Gillingham es una anfitriona encantadora.

Prendergast unió las cejas tupidas en una expresión torva y se aclaró la voz. El corazón de Emily dio un brinco, porque tuvo el horrible presentimiento de lo que iba a suceder.

-Mi querida señorita Faringdon, considerando que su padre se ausenta a menudo, yo me ofrezco a ser su consejero

-dijo Prendergast con tono severo-. Y me inquieta la frecuencia con que cieno huésped de nuestra ciudad está visitándola en los últimos días.

-Me deja atónita, señor. No imaginaba que usted pudiera dar pábulo a los chismorreos locales. Debe de ser agotador mantenerse al día con las novedades.

Pendergast resopló y la miró amenazador Se sabía que difunta señora Pendergast había sido una mujer asustadiza y más se hubiera atrevido a hacer un comentario tan arrogante

-Caramba, jovencita Señorita Faringdon disculpe que lo diga, pero sé muy bien que esa clase de atención romántica que Blade está derramando sobre usted puede enloquecer a una joven.

-No lo disculpo, señor En verdad me molesta que lo diga

-Al tiempo que la furia ardía en su interior, la sonrisa de Emily tomaba más Punzante y encendida Prendergast estaba echando perder el poco tiempo que le quedaba junto a Simón.

En la cara densa de Prendergast se congeló una expresión tormentosa y Emily lo advirtió con toda claridad sin ayuda de los impertinentes

-Sólo me mueve una profunda inquietud por su reputación, señorita Faringdon.

-Todos saben que mi reputación está irreparablemente dañada, señor. Le ruego que no se preocupe por ella.

-Caramba, no debería ser tan severa consigo -la reprendió Pendergast Es cierto que en su pasado hubo un escándalo bastante desagradable, pero usted era joven y tonta, y se equivocó. Son cosas que les suceden a las muchachas. Soy un hombre de mundo, no carezco de la experiencia para educar a una muchacha y estoy dispuesto a olvidar el incidente.

-Es muy amable de su parte, señor

-Modestamente creo que sí. Por supuesto que Blade no está en condiciones de hacer lo mismo. Tiene que preservar el nombre de la familia, ¿sabe usted?

Los dedos de Emily apretaron el abanico.

-Señor, le ruego que no se moleste en seguir dándome consejos

Pendergast se irguió cuan alto era tratando de impresionar a Emily, Pero lo acompañaron tos crujidos dcl corsé.

-Señorita Faringdon, en Cierta ocasión permitió que las pasiones la dominaran y atrajo sobre usted la ruina social. ¿Acaso ha olvidado la penosa lección que le dejó ese desdichado suceso?

-Le aseguro que no he olvidado nada -replicó Emily entre dientes-. Pero está comenzando a intimidarme, señor.

-Señorita Faringdon, me interpreta mal. Mis intenciones son completamente honorables. Sólo deseo ayudarla, brindar un desahogo respetable a sus inclinaciones desviadas -tomó la mano de la muchacha y la oprimió entre las suyas, húmedas y carnosas.

-Señor, le ruego que suelte mi nimio. -Emily trató inútilmente de soltarse del sudoroso apretón.

Prendergast ignoró los esfuerzos de la joven y le oprimió dolorosamente la mano. Se acercó

más y su víctima estuvo a punto de sucumbir al mal aliento y al pesado perfume que exhalaba. El hombre adoptó un tono confidencial.

-Señorita Faringdon, comprendo cabalmente lo difícil que debe de ser para una mujer apasionada como usted sujetar-se a los tristes rigores de la sociedad. Creo que sería mucho más feliz si se casara. En la santidad del lecho conyugal, podría dar rienda suelta a esos impulsos que ahora tiene que controlar.

-Señor, si no me suelta de inmediato tendré que hacer algo drástico.

Pero Prendergast no le hizo caso.

-Querida mía, necesita usted un hombre que modere sus emociones desbordadas. Le aseguro que yo soy ese hombre. Más aún, pienso visitar a su padre en la primera oportunidad e informarlo de mis intenciones,

-No -exclamó Emily con voz ahogada, horrorizada ante la idea.

-Con ese propósito -continuó Prendergast como si no la hubiera oído- le escribí a su padre una carta donde le informo del peligro en que se encuentra y le aseguro que cuidaré de usted hasta que él regrese para protegerla de las atenciones de Blade.

-Señor. Ocúpese de sus asuntos. No deseo que me proteja de las atenciones del conde.

-Querida mía -ese hombre no hace más que jugar con sus sentimientos, igual que ese holgazán que huyó con usted hace cinco años.

La furia de Emily desbordó. Cerró el abanico de un golpe y lo descargó con toda su fuerza sobre el dorso de la mano de Prendergast. El color de las mejillas regordetas se intensificó.

-Ah, señorita Faringdon, es usted una criatura de violentas pasiones. Casi no puedo esperar a que nos casemos. Le aseguro, querida mía, que yo sabré manejarla muy bien. Perfectamente bien.

-Le aconsejo que espere con calma que llegue esa ocasión irrepetible -le advirtió Simón con voz fría y marcando sus palabras.

Emily se volvió de un salto: el conde había aparecido de pronto junto a ella. Dirigió al dragón una luminosa sonrisa. “Tiene aspecto imponente, feroz”, pensó la joven, “y montones de dientes blancos y fuertes. Más aún, son todos de Simón, cosa que no podría decirse de los de Elias Prendergast”.

-Hola, milord -dijo Emily, feliz-. ¿Está divirtiéndose?

-Mucho. Creo que usted necesita esto -le ofreció una copa de champán.

-Qué perspicaz, señor. -Emily. agradecida, aceptó la copa.

-La señorita Faringdon prefiere limonada -declaró Prendergast.

-Está equivocado. -Emily bebió un sorbo-. En este momento, la señorita Faringdon se inclina por el champán.

Prendergast miró ceñudo a Emily, pero la muchacha ni se inmutó.

-Señorita Faringdon, discutiremos esta cuestión en un momento más apropiado.

-¿Qué cuestión? ¿Mi preferencia por el champán? Le aseguro que no hay nada que discutir.

-Me refería a otras cuestiones más apremiantes -susurré Prendergast. Inclinó la cabeza con un movimiento brusco-. Si me disculpan, debo hablar con un amigo. -Se retiró con gran dignidad, pero siempre acompañado por el crujido del corsé.

Emily sofocó un suspiro. Prendergast le resultaba odioso, pero en un aspecto tenía razón: ella debía cortar con Simón. Bebió otro sorbo de champán y miró al conde. Estaban muy juntos y él la observaba con esa familiar expresión burlona en los ojos brillantes.

-Parece que tengo un rival -murmuró Simón.

Emily negó con la cabeza, sacudiendo los rizos.

-No se preocupe por Prendergast. Desde que murió su esposa ese hombre ha sido una constante molestia. Simón, necesito hablar con usted.

-La escucho atentamente.

-Ni aquí ni ahora. -Miró furtivamente en tomo, y entrecerré los ojos para asegurarse de que no la oyeran-. Simón, necesito hablarle en privado.

-Eso suena prometedor.

-Me temo que no es cosa de broma, milord. En realidad, es algo bastante serio, Por favor,

¿cuándo puedo verlo? Esto ha llegado demasiado lejos y hay... -Emily se interrumpió, alzó los impertinentes, volvió a mirar rápidamente en derredor y agregó en voz baja y triste-: Hay algo que debe saber.

-Ah.

-En el comienzo de nuestra relación, sentí renuencia a hablarle de este asunto. Fue una cobardía de mi parte, pero creí que alguien se lo contaría.

-Querida mía, me asusta. Me siento como el personaje de una novela de Minerva Press. Tiemblo de horror ante lo desconocido.

-Milord, usted y yo sabemos que nada lo hace temblar de horror -replicó Emily contrariada-. Le aseguro que esto es bastante difícil. No se burle de mí.

-Ni en sueños. Bueno, ya que no puedo temblar de horror, reuniré todo mi coraje y me encontraré con usted para escucharla terrible sentencia. ¿Le parece bien en su biblioteca, a eso de la una? A esa hora, seguramente habrá llegado a su casa y los sirvientes estarán acostados.

Atónita, Emily dejó caer los impertinentes.

-¿En mi biblioteca? ¿Quiere decir que usted vendrá a Saint Clair? ¿Esta noche?

-¿Puede arreglárselas para estar en la biblioteca sola a esa hora?

-Claro. Por supuesto que puedo. A menudo trabajo en la biblioteca después que los sirvientes se acuestan. -La muchacha frunció el entrecejo y pensó cómo resolver las cuestiones prácticas-. Tengo que descorrer el cerrojo de la puerta principal para que usted pueda entrar.

-No es necesario. -El conde bebió un sorbo de champán y contempló a las parejas que paseaban por el salón-, Preocúpese solamente por estar en la biblioteca a la una. La veré allí.

Emily alzó los impertinentes y le miró la cara. Como de costumbre, la expresión de Simón no dejaba entrever nada. Le costaba entender que pudiera ocultar tan completamente su naturaleza sensible y apasionada tras una apariencia de fría compostura.

-Muy bien, milord. A la una en punto.

Emily tuvo que admitirlo: aunque sabía que esa noche se le destrozaría el corazón, el modo en que Simón había arreglado la cita clandestina era maravillosamente excitante. Pero claro, todo lo que tenía que ver con el conde era extraordinario. Ella jamás en la vida olvidaría este breve romance, y el fascinante recuerdo inspiraría siempre su poesía y sus sueños.

Minutos antes de la una de la madrugada Emily se sentó ante el escritorio de caoba y fijó la mirada en la botella de coñac. Se había puesto las gafas, pero pensaba quitárselas en cuanto Simón llegara.

La botella de coñac le pareció tentadora.

Los nervios y la ansiedad le habían provocado miedo; Emily miró la botella llena y se preguntó si le convenía servirse una copa para darse coraje.

Las agujas del reloj junto a la chimenea se movían tan lentamente que Emily creyó que se habían detenido. La única luz del cuarto provenía de un par de velas. El hogar estaba preparado para usarlo a la mañana siguiente, pero Emily no se atrevió a encenderlo, Alguno de los sirvientes podría notar que habla estado levantada hasta tarde, y solían preocuparse si trabajaba demasiado. Y la habitación comenzaba a enfriarse.

Emily percibió una súbita corriente de aire frío detrás de ella; se sobresaltó y se le puso la carne de gallina. Sólo llevaba puesto un camisón de volantes y se estremeció, pensando que tal vez había quedado alguna ventana abierta. Comenzó a levantarse de la silla.

En ese momento sinti6 la presencia de alguien en el cuarto.

Emily se puso de pie de un salto, tomó el abrecartas de encima del escritorio y abrió los labios para gritar.

Pero el grito nunca escapó de sus labios. Una enorme mano masculina le tapó la boca con firmeza y la apretó rápidamente contra un duro cuerpo de hombre.

La muchacha se relajó aliviada al comprender quién la sujetaba.

-¿No sería mejor que dejara el abrecartas y me dé la bienvenida? -dijo Simón; le destapó la boca y apagó la vela que sostenía en la otra mano.

-Simón. ¡Demonios! -Emily tiró el abrecartas, se volvió y lo miró a través de las gafas-. Me ha dado un susto terrible. ¿De dónde vino? ¿Cómo diablos hicieron para acercarse sin que lo oyera? Estuve vigilando esa puerta durante siglos.

Simón se desabotonó el abrigo y se apartó. Señaló con gesto indiferente un armario de libros que se deslizaba lenta y silenciosamente de vuelta a su lugar contra la pared. Emily descubrió la oscura entrada que bostezaba en la piedra tras la biblioteca y abrió los ojos fascinada y sorprendida.

-Un pasaje secreto. ¡Simón, son maravillosos! -Emily pasó rápidamente junto a Simón y se aproximó al pasaje que desaparecía velozmente. Todos sus propósitos de confesión, largamente planeados, se desvanecían ante esa promesa de grandes aventuras.

-Señorita Faringdon, contenga su entusiasmo. -Simón se acercó a ella, y la detuvo tomándola del brazo-. El armario podría cerrarse sobre usted. Pesa demasiado para que pueda moverlo con la mano. Tiene que usar el resorte oculto.

-¿Qué resorte oculto? ¿Dónde está? Oh, esto es magnífico. Es como en una de esas sangrientas novelas de Minerva Press que usted mencionó esta noche. Casi no puedo creerlo. Pensar que he pasado casi toda mi vida aquí y nunca conocí este secreto.

Cálmese. ---Era evidente que a Simón le divertía el irreprimible entusiasmo dc la muchacha; miró en tomo de la habitación y descubrió la botella de coñac--. Hay dos resortes explicó rodeando la mesita donde estaba la botella. ¿Dos?

--Uno en la entrada, detrás de la pared y otro escondido dentro del armario. ----El hombre sirvió dos copas de coñac mientras hablaba--. El que construyó la mansión Saint Clair previno la necesidad de contar con una vía de escape en caso de emergencia.

¿Pero cómo conocía este pasaje secreto? --Emily vio con tristeza que e[t] armario se cerraba nuevamente contra la pared.

-¿Todavía no lo ha descubierto? Me asombra. Lo conozco porque yo vivía en esta casa.

Estas palabras atrajeron por completo la atención de Emily. Se volvió con rapidez y vio que el conde sorbía el coñac apoyado con lánguida soltura contra el escritorio. Advirtió que se había cambiado la ropa de fiesta por pantalones, botas y una camisa de lino. Ni siquiera tenía corbata. Parecía un hombre que se relajaba en la comodidad del hogar.

Su propio hogar.

En silencio, Simón ofreció a Emily una copa de coñac. La propia joven pensó: Es como si él fuera el anfitrión y Yo la visita’’.

--¿Saint Clair era la casa de campo de su familia? -Emily sostuvo la copa con ambas manos y estudió la expresión de Simón-. Qué notable coincidencia.

---Otra más para anotar en su diario. -El hombre bebió un gran trago de coñac.

Emily, desorientada, se mordió el labio inferior.

- Usted debía de ser un niño pequeño cuando se marchó de aquí.

--tenía doce años.

-¿Por qué no me dijo que había vivido en esta casa?

El conde, se encogió de hombros.

-No me pareció importante.

Emily bebió otro sorbo y frunció el entrecejo. Tenía la clara sensación de que algo se le escapaba, pero por más que lo intentaba, no podía saber de qué se trataba. Otra vez se dejó llevar por la imaginación romántica.

-Milord, es obvio que estas extrañas coincidencias añaden un toque fantástico a nuestra relación, aunque esté condenada al fracaso -dijo Emily finalmente.

Simón le dirigió una mirada suspicaz.

-¿Condenada al fracaso, dijo? Le confieso que no estoy tan empapado de los elementos de la literatura romántica como usted. Explíqueme, por favor.

Emily bebió otro sorbo y comenzó a pasearse por la habitación. Las chinelas blandas no hacían mido sobre la alfombra.

-Milord, debo decirle que nuestra relación no tendrá un final feliz. Y es por mi culpa.

El conde la miró con los ojos entornados.

-¿Por qué?

Emily apretó la copa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. No pudo afrontar la mirada de Simón; se volvió hasta el otro extremo del cuarto, y recomenzó su paseo hacia el escritorio. Emily pensó: “Es mejor decirlo y terminar con todo esto de una vez”.

-Milord, debo confesarle que lo he engañado de un modo vergonzoso. Coqueteé abiertamente con usted. No puedo perdonarme el haberlo inducido a cortejarme y permitirle pensar que aceptaría gustosa su oferta de matrimonio.

Hubo un silencio breve y ominoso. Luego, Simón preguntó fríamente:

-¿Quiere decir que no aceptaría mi oferta?

-Oh, no, milord. No se trata de eso. -La joven lo miró angustiada, giró sobre los talones y caminó decidida hacía el extremo opuesto de la habitación-. Le aseguro que me sentiría sobremanera honrada por semejante proposición. Profundamente honrada. Pero, para ser honesta, no puedo permitir que la formule.

-¿Cómo piensa impedírmelo?

-Diciéndole la verdad. Esperaba que la conociera por otros labios hace mucho tiempo. -Emily frunció el entrecejo un momento-. En realidad, no comprendo por qué hasta ahora nadie le ha mencionado el Infortunado Incidente, pero ya que ¡os buenos vecinos de Little Dippington prefieren callar, yo debo confesarle todo.

-Sin duda será una confesión fascinante, si debe hacerla en secreto, a esta hora de la noche.

De la mesita llegó un tintineo de cristal. Emily arriesgó un rápido vistazo; vio que el conde se había servido otra copa de coñac y descubrió que ella también deseaba otra copa.

-Milord, tratará de ser lo más breve posible, y usted podrá continuar atendiendo sus asuntos. -Emily inspiré una profunda bocanada de aire y se armó de valor-. La espantosa verdad es que no debe pedir mi mano de ninguna manera por la simple razón de que soy una mujer perdida.

-¿Perdida por qué? A mí me parece que está en perfectas condiciones: sana como un caballo.

Emily entrecerró los ojos y se detuvo mirando el armario en el extremo más alejado del cuarto

-Usted me malinterpreta, señor -dijo con calma-. Lo que trato de decirle es que estoy socialmente desacreditada. Para ser precisa, existe un gran escándalo en mi pasado.

-¿Un escándalo?

-Un escándalo relacionado con un hombre. Es de tal proporción que, según mi familia, ningún hombre decente, aun un hombre como usted, obligado a velar por la pureza de su titulo, estaría dispuesto a pedir mí mano.

“Lo dije”, pensó Emily, sintiendo frío. “Ya está”. Esperó fa tormenta inminente. Ella habla permitido que el conde de Nade hiciera el ridículo durante más de una semana, y eso lo enfurecería.

-¿Acaso está hablando de esa estupidez que sucedió cuando usted tenía diecinueve años? -preguntó Simón con suavidad.

Emily sintió una súbita confusión.

-Milord, ¿ha oído hablar del Incidente?

-Querida mía, quédese tranquila: antes de llevar a cabo un plan retino toda la información posible. Es una vieja costumbre que adquirí cuando vivía en Oriente.

La joven se volvió y lo miró azorada: no entendía cómo podía tomarlo tan a la ligera.

-Milord, no fue un asunto de poca monta. Fue una fuga. Más bien, yo supuse que era una fuga de enamorados. Desafortunadamente, cometí la tontería de entregarme a un exceso de pasión romántica y lo pagué muy caro.

-Esto se toma cada vez más interesante.

-Demonios, Blade, no es broma. ¿No entiende? ¡Me escapé con un hombre! Mi padre nos descubrió pero ya era...

-se aclaró la voz con una tosecita- ...era demasiado tarde.

-¿Demasiado tarde? -El conde alzó una ceja, pero no pareció alarmado en absoluto.

-Tuvimos que pasar la noche en el camino -murmuró Emily. Apartó la mirada de los ojos

resplandecientes de Simón-. Mi padre me encontró a la mañana siguiente.

-Entiendo. Emily, dígame una cosa. ¿Por qué intuyo que usted no está arrepentida del Incidente?

Emily se puso a caminar nuevamente por el cuarto.

-Le aseguro que no lo sé. Pero le confieso que fue lo más excitante que me sucedió en esa época. -Suspiró desanimada-. Y mi padre me aclaró que seria la única cosa excitante que me sucedería en la vida porque, desde ese momento, ningún hombre decente me querría. Me llevó de regreso a casa y me dijo que debía dedicarme a estudiar la compraventa de ganado y las inversiones.

-¿Le gusta estudiar esas cosas?

--Oh, si. ¿Sabe?, a veces tiene cierta fascinación. -Hizo un ademán indefinido con la mano-. Pero eso no viene al caso, aunque no siempre es así. -Lanzó un suspiro-. Señor, supongo que a la luz de esta información usted desistirá de pedir mi mano en matrimonio.

-Rara vez abandono lo que me propongo, Emily. Se me considera un hombre consecuente hasta el fin. Puede preguntárselo a cualquiera en Londres.

-Bueno, en este caso será diferente -replicó la joven-. Los hombres de su posición no se casan con mujeres socialmente arruinadas. Milord, ahora que me confesé y usted no se disguste demasiado conmigo, quisiera decirle algo más.

-Emily, le aseguro que no pienso abandonarla. Me encantará escuchar lo que quiera decirme,

-Muy bien; se preguntará usted por qué me puse la bata para este encuentro clandestino.

-Supongo que tiene frío y sin duda la bata da más calor que ese vestido encantador que llevaba usted esta noche. Este cuarto siempre fue bastante frío.

Emily gimió. Por primera vez se preguntó si el conde no sería un poco tonto en lo referido a ciertos temas. Mantuvo la vista en el armario y continué de mala gana.

-Me puse la bata porque quiero proponerle una relación romántica ilícita.

-Querida, creo que no la entiendo. Ya entablamos una relación romántica legítima.

Emily se volvió y lo miró exasperada.

-Pensé que era usted un hombre de mundo. Por favor, escúcheme. Como es imposible que nos casemos y yo estoy perdidamente enamorada de usted, he tomado la decisión de ofrecerle una, una aventura.

-¿Una aventura? -El hombre la miró asombrado y burlón.

-te propongo que seamos amantes, cabeza dura -Emily contuvo el aliento con horror al darte cuenta de lo que acababa de decir. Cerró los ojos, avergonzada. Le ardía la cara-. Perdóneme, milord. No fue mi intención llamarlo cabeza dura Creo que los nervios me traicionaron; reconozco que tengo un carácter difícil, y & veces me dejo dominar por la irritación.

-Es obvio que usted es una mujer de pasiones descontroladas, como observé Prendergast,

-Y es evidente que usted es un hombre que se divierte con las cosas más insólitas. -Dejó la copa de coñac. Ya había bebido suficiente. Metió las manos en los bolsillos de la bata---. ¿Y bien? -insistió--. ¿Qué responde a mí proposición?

El conde se irguió lentamente y dejó la copa vacía. Cruzó fa habitación hacia donde se encontraba Emily y le rodeó los hombros con sus manos fuertes y cálidas.

-Emily, querida mía, por favor, créame que su encantadora oferta me honra profundamente.

El corazón de Emily dio un brinco.

-¿Pero?

-Pero creo que usted es una criatura de pasiones desbordadas y la domina sin fogoso temperamento romántico; por lo tanto, será mejor queme permita guiarla en estas cuestiones.

-¿Por qué? -preguntó Emily sin rodeos-. ¿Acaso cree que puede mantener la sangre fría en este asunto del mismo modo que trata de hacerlo con todo lo demás?

-Los que me conocen le dirán que, en efecto, puedo -y casi siempre lo hago- mantener mi sangre fría. De modo que ya lo sabe, Emily.

-Qué vanidoso. Eso es sólo una pose. Es inútil que trate de convencerme de que es impasible porque sé que no es cierto. No olvide, milord, que lo conocí mucho leyendo sus cartas. Nuestros pensamientos se encontraron y se mezclaron en una dimensión superior. Hemos penetrado

profundamente en nuestras respectivas almas.

-Crea lo que guste, querida. De todas maneras, tiene que admitir que soy mayor y he recorrido más mundo que usted.

-Sin duda. Yo he vivido metida en Little Dippington toda mi vida.

-Pues me concederá que tengo la ventaja de una experiencia más amplia, y tendrá que permitir que sea yo el que tome las decisiones referidas al futuro de nuestra relación.

-Si, Emily -respondió amablemente el conde-. Así se hará. -Inclinó la cabeza y le besó la punta de la nariz-. Creo que será mejor esperar hasta la noche de bodas antes de que sufra usted las consecuencias de otro ataque de pasión romántica sin control.

-En ese caso tendré que esperar una eternidad, milord
-replicó de inmediato la muchacha- porque le aseguro que no tengo la menor intención de casarme con Elias Prendergast y él es el único que lo propuso.

-No, querida mía, no es el único. Yo pediré su mano. Lo haré en cuanto su padre regrese a Little Dippington.

Emily lo miró confundida.

-¿Acaso me pedirá en matrimonio?. Pero acabo de explicarle que soy una mujer socialmente arruinada.

-Prefiero no seguir hablando de ese Infortunado Incidente del pasado -respondió Simón con frialdad.

-Comienzas a entender -El conde rozó suavemente la boca de Emily con la suya y retrocedió esbozando una media Sonrisa.

La muchacha tomó una de las manos grandes del hombre entre sus puños.

-¿Hablas en serio, Simón? A pesar de lo de mi pasado, ¿estás dispuesto a insistir en la proposición matrimonial?

-Oh, si, Emily. Estoy decidido a pedirte a tu padre en matrimonio.

Emily no podía creerlo. La inundó una oleada de entusiasmo gozoso.

-¿Y no deseas que iniciemos esta noche una aventura amorosa?

-Claro, Emily, es difícil resistirse a una mujer tan ardiente y apasionada como tú, pero prefiero esperar hasta nuestra boda para consumar la unión.

-Oh.

Simón rió suavemente al ver la penosa decepción que reflejaba la expresión de Emily. Se llevó a los labios una de las manos de la joven y le besó la muñeca sin dejar de mirarla a los ojos.

-Mi dulzura, eso no significa que no podamos saborear la fruta prohibida.

Emily lo miró con vehemencia y le rodeó el cuello con los brazos.
¿Significa que me besarás?

-Entre otras cosas. -El conde bajó la cabeza: los ojos de dragón tenían el color del oro fundido. Emily sintió la tibieza de fa boca del hombre en el hueco de su cuello.

-Oh, Simón.

-Me gusta oírte decir mi nombre de esa manera. Me gusta mucho. Casi tanto como sentirte temblar cuando te toco.

Simón la tomó con firmeza de la cintura y la alzó del piso. Emily lo miró extasiada y le rodeó los hombros con los brazos mientras el hombre la depositaba sobre el escritorio de caoba.

Simón la apoyó sobre el borde del escritorio y comenzó a desatar muy lentamente la bata de seda. El hombre la apresó en su mirada mientras apartaba con lentitud los bordes de la bata y descubría el camisón de muselina bordada de cuello alto.

Emily sintió que se sonrojaba de pies a cabeza Sin duda el hombre podía ver sus pezones erguidos contra la tela suave. Recordó que era mujer socialmente perdida y seguramente el conde esperaba que ella exhibiera cierta sofisticación.

La joven se aclaró la voz.

-¿Esto es lo que llamas besar? -dijo, esperando que su voz sonara indiferente.

-No, esto es lo que yo llamo saborear fa fruta prohibida.
-Le sonrió, mirándola a los ojos e inclinó la cabeza para cubrir la boca de Emily con la suya. Puso su mano sobre un pecho de la mujer.

Emily se puso rígida de sorpresa y gimió suavemente. Sus brazos se apretaron en tomo dcl cuello del hombre. Simón recorrió el pezón con el pulgar y lo transformó en un enhiesto capullo de deseo. Deslizó embelesado su boca por la de la muchacha. El calor del cuerpo del conde, tan cerca de ella, ahuyentaba el frío de la habitación.

Perdida en la maravilla y la excitación del beso de Simón, Emily apenas notó que las manos del hombre se deslizaban por sus piernas. El conde alzó el borde del camisón encima de las caderas de Emily y la tomó con firmeza de las rodillas. Le separó las piernas con lentitud y gentileza y en un movimiento sorprendentemente audaz se colocó entre ellas.

Emily abrió los ojos.

-Milord... Simón, yo...

-Tranquila, mi amor. -Hablé sin separar la boca de la de Emily. Deslizó los dedos por el interior de los muslos de la muchacha trazando un caprichoso recorrido-. Eres tan suave, Como seda tibia.

La joven trató de cerrar instintivamente las piernas y se topé con los muslos duros y musculosos del hombre, Sintió la textura áspera de la tela de los pantalones contra su piel desnuda y un estremecimiento de alarma le recorrió el cuerpo.

-Cierra los ojos y no pienses en lo que estoy haciendo
-le ordenó Simón con suavidad.

Las manos del hombre se acercaron al sitio más secreto del cuerpo de Emily. Ella cerró los ojos, sin aliento.

-Bésame, Emily. -La voz de Simón era ronca y acariciadora.

En un arrebato de culpa y miedo. Emily comprendió que fijaba toda su atención en el movimiento de las manos de Simón, aunque era de esperar que se ocupara de retribuir el beso.

Ansiaba que él no se decepcionara, y así la joven apresó la cara del hombre entre las manos y apreté con tanta fuerza su boca contra la de él que los dientes de ambos chocaron.

-Así es mejor, mi amor -murmuró Simón alentándola-. Pero tienes que relajarte un poco. Abre la boca para mí.

Emily obedeció con un estremecimiento. De inmediato la lengua de Simón la invadió profundamente y al mismo tiempo los dedos de t[4]1 encontraron la blanda tibien entre las piernas de ella.

Emily se paralizó. Intentó hablar y no pudo. Trató de tomar aliento y no pudo. Trató de imaginar cómo reaccionaria una mujer sofisticada, socialmente perdida, ante un contacto tan íntimo pero fue imposible. Sencillamente, todo esto era demasiado abrumador Sus sentidos se arremolinaban

Al parecer, Simón no esperaba de ella otra cosa que esos pequeños temblores que la sacudían de pies a cabeza. La boca del hombre se apretaba contra la suya mientras los dedos la sacudían con audaz gentileza.

Al sentir una marca de tensión y calor en la parte inferior del cuerpo, Emily olvidó lo extraño de la situación. Estrujó violentamente con los dedos la tela de la camisa de lino de Simón.

-Simón -pudo decir al fin; apartó un instante la boca de la de él y lo miró con los ojos agrandados, colmados de preguntas.

-Abrázame con fuerza, duende -le dijo suavemente Simón-. Te prometo que todo irá bien. Recuerda lo que dicen los poetas: si uno desea conocer la verdadera naturaleza del mundo metafísico, tiene que abrirse al mundo de la experiencia sensual, Ábrete, Emily. Entrégate a mí.

Emily obedeció sin entender y se sintió sumergida en la hondura de una oleada de emociones asombrosas, desconocidas. Cerró los ojos y se aferró a Simón como si su vida dependiera de ello.

Ahora los dedos del hombre estaban húmedos y se deslizaban con facilidad entre los pétalos que ocultaban los secretos de Emily. Entonces, esos dedos suaves, curiosos, encontraron un lugar especial. Indefensa, Emily se arqueó, sintiendo que la urgencia de su cuerpo estaba a punto de estallar. Tenía una necesidad desesperada de algo que no alcanzaba a definir. Finalmente, supo que

deseaba la caricia de Simón. Instintivamente, separó aún más las piernas y rogó en silencio que esas sensaciones maravillosas no acabaran nunca.

-Sí. -Simón la besó en el cuello y su mano la recorrió-. Sí, mi amor. Emily, demuéstrame que de verdad eres una criatura apasionada. -El hombre deslizó un dedo en el cofre húmedo dentro de Emily.

Emily jadeó. Abrió la boca en un grito penetrante de excitación y todo su cuerpo se sacudió. La boca de Simón se abatió sobre la de ella y ahogó el suave grito femenino de alivio.

Durante unos segundos, Emily se sintió flotar en algo que sólo podía describirse como un plano verdaderamente metafísico y luego se desplomó en blando montón sobre el pecho de Simón.

-Demonios -murmuró deslumbrada, con la boca apoyada en el hombro del conde.

Simón emitió un ruidito ahogado, mezcla de risa y gemido. Era imposible adivinarlo.

-Ah, Emily. En verdad, eres una criatura apasionada.

-Sacó lentamente las manos de entre las piernas de ella y le acomodé la ropa con delicadeza.

Emily alzó la cabeza del hombro del conde. Aún se sentía aturdida y le parecía que no distinguía con claridad el rostro de Simón.

Descubrió que, en algún momento, el hombre le había quitado los anteojos.

-Oh, Simón.

-Oh, Emily. -La besó en la punta de la nariz y le devolvió nuevamente las gafas.

Emily se las puso y vio que Simón le dirigía esa sonrisa tenue, inescrutable, aunque en los ojos entrecerrados ardía un fuego dorado. Nunca le habla parecido tan amenazador ni tan intensamente atractivo. Emily bajó la mirada y descubrió el bulto inequívoco que destacaban los pantalones ajustados.

¿Simón?

El fuego de la mirada de Simón comenzó a apagarse y miró a la muchacha con expresión triste y comprensiva.

-No te aflijas, Emily. Estoy bien. Pero creo que es mejor que me marche, porque cono peligro de sucumbir a la encantadora tentación que me has ofrecido esta noche. La larga caminata hasta mi casa y el aire frío de la noche resolverán mi problema. -Se apenó de la muchacha y tomó su abrigo.

-¿Te veré pronto? -Desesperada, Emily deseó que el hombre no tuviera que irse.

-Si no me equivoco, los miembros de la sociedad litera-ría y yo estamos invitados a tomar el té en Saint Clair mañana por la tarde. Estoy impaciente por venir.

Emily le dirigió su más luminosa sonrisa y saltó del escritorio. Se tambaleó y tuvo que sujetarse del borde para recobrar el equilibrio. De pronto, notó que se sentía maravillosamente, aunque algo incómoda por la humedad entre las piernas, y su cara adoptó una expresión risueña.

-Sí, es cieno. Mañana tomaremos el té. Si esta noche no deseas seguir saboreando el fruto prohibido, ¿me harías un favor?

El hombre la observó divertido mientras se ponía la capa.

-¿Qué favor?

-¿Puedes mostrarme cómo se abre el pasaje secreto?

El conde hizo una mueca y rió.

-Es evidente que te excita tanto conocer la forma de abrir el pasaje secreto como sucumbir a una noche de pasión prohibida.

Emily temió haberlo ofendido, Le dio unas palmadas en la mano para aplacarlo.

-Sencillamente, me encantan los pasajes secretos y las cosas por el estilo. Y me encantará citarlo en mi poema La dama misteriosa. Creo que tendrá un efecto delicioso.

-¿Quién soy yo para interponerme en el camino de tu musa literaria? -Simón le tomó la mano y la guió encima del armario.

Capítulo 5

Emily, ceñuda, leía la carta del señor Davenport, encargado de negocios de su padre.

Querida señorita Faringdon:
Le escribo para comunicarle que seguí sus instrucciones y vendí las acciones de South Sea y los bonos de India. Le complacerá saber que, en ambos casos, el precio fue sumamente satisfactorio.
Tenga la gentileza de comunicarme su decisión acerca de la inversión minera que mencioné en su última carta.

Su humilde servidor
B.Davenport

Emily sonrió satisfecha y garabateó una nota ordenando a Davenport seguir adelante con la inversión en el proyecto minero de Northumberland. Terminó y tiró del cordón de la campanilla que colgaba junto al escritorio. Al instante apareció Duckett, el mayordomo.

-Oh, es usted, Duckett. -Emily sonrió alegremente-.
Por favor, comunique al personal que los bonos del Mar del Sur y de la India han rendido sus frutos. El lunes se vendieron las acciones de ustedes y rindieron un beneficio considerable. Las órdenes de pago están en el banco.

Las facciones obstinadas de Duckett se iluminaron de gratitud y de placer.

-El personal estará encantado, señorita Faringdon. En verdad, encantado. Por favor, acepte nuestro más sincero agradecimiento. No sabe el alivio que significa saber que al retirarnos gozaremos de una vejez tranquila. -Vaciló brevemente-. Quiero decir, dadas las circunstancias.

Emily frunció la nariz.

-Duckett, puede ser sincero conmigo porque nos conocemos desde hace mucho tiempo. Si el personal de esta casa dependiera de que mi padre se acuerde de separar algo de dinero para las pensiones, todos ustedes pasarían una vejez miserable. Lo sé perfectamente.

-Es una manera dramática de decirlo, pero quizá tenga razón. -Duckett se permitió una de sus raras sonrisas-. De todas maneras, señorita Faringdon, le estamos infinitamente agradecidos por sus consejos y sus servicios con respecto a las inversiones.

-La agradecida soy yo, Duckett -dijo Emily con toda seriedad-. Me cuidan con todo esmero. No sé qué haría sin ustedes. Sin duda, me sentiría muy sola.

-Gracias, señorita Faringdon -dijo amablemente el sirviente-. Hacemos todo lo mejor que podemos.

La joven sonrió.

-Y lo hacen muy bien. Oh, Duckett, otra cosa, antes de que se retire.

-¿Sí, señorita?

Emily hizo una pausa buscando las palabras justas. Odiaba ofender las personas.

--¿La señora Hickinbotham tiene alguna... duda con respecto a los preparativos para esta tarde?

La mirada de Duckett se suavizó.

-En absoluto, señorita Faringdon. Le aseguro que la señora Hickinbotham aprendió todo lo referido a servir el té en su empleo anterior.

De inmediato, Emily se avergonzó de haber cuestionado la habilidad del ama de llaves.

-Claro, por supuesto. Creo que estoy algo ansiosa. Recibimos tan poco en Saint Clair. Y nunca antes habíamos invitado a un conde a tomar el té.

-Creo haber oído decir a la señora Hickinbothain que una vez, hace unos años, dirigió la preparación de un té al que asistía una marquesa.

-Estupendo -contestó Emily con humildad aunque bastante aliviada-. Gracias, Duckett.

-Señorita Faringdon, estamos para servirla. Le prometo que esta tarde todo irá sobre ruedas.

-Estoy segura de que tiene razón. Sólo una cosa más. Por favor, ¿puede preguntarle a la señora Hickinbotham si nos queda algo del té Lap Seng? Prefiero esa marca y no Congou.

-¿Lap Seng? Le preguntaré.

Librodot

-Gracias. Es para el conde, ¿sabe? Por alguna razón, le puso el nombre Lap Seng a su caballo, deduzco que debe de tener una preferencia especial por esa marca.

-¿A su caballo? -Duckett pareció un tanto sobresaltado pero se recobró de inmediato-. Entiendo. Ya mismo se lo diré a la señora Hickinbothaxn, señorita Faringdon. -El mayordomo salió en silencio del estudio.

Emily se quedó mirando la puerta cerrada y se dijo que uno de esos días tendría que preguntarle a Simón por qué había llamado Lap Seng a su caballo. Deseaba preguntarle tantas cosas, había tantos temas fascinantes que quería conversar con él. Sería maravilloso estar casada con el conde, porque compartían una comunicación intelectual, podían relacionarse en un plano trascendente, elevado: era un hombre de refinada sensibilidad.

Claro, la comunicación en una esfera más mundana también sería excitante. Emily comenzó a sentir calor, aunque el fuego estaba apagado.

Durante un momento, miró soñadora por la ventana. Nunca en su vida había experimentado nada parecido a la liberación que había sentido en ese mismo estudio la noche pasada. Ese sentimiento le había otorgado una comprensión profunda y enteramente nueva de algunos pasajes de sus autores favoritos.

También le había aclarado el significado de la expresión:
“Exceso de pasión”.

Un pequeño hormigueo de felicidad pura e incontaminada la recorrió cono la descarga de esas máquinas eléctricas que se usan en experimentos científicos. Todo eso era increíble. Era más de lo que podía comprender.

No estaba habituada a la buena suerte, excepto en cuestiones financieras -

-Demonios -susurró. De inmediato frunció el entrecejo. En verdad, tenía que dejar de maldecir: era muy poco femenino. Pronto sería condesa y seguramente las condesas no maldecían.

Tenía la esperanza de que las costumbres nobles y elevadas de Simón no lo obligaran a cumplir un compromiso demasiado prolongado. Un compromiso de un año era frecuente en la esfera más elevada de la sociedad. En general, había muchos detalles que resolver, detalles que caían bajo la imprecisa denominación de “arreglos”. Emily no se creía capaz de esperar un año.

De mala gana, Emily comenzó a trabajar con las cartas, los periódicos y las notas que se apilaban sobre el escritorio. Esa mañana no tenía el menor deseo de ocuparse de las inversiones. Pero los varones Faringdon gastaban el dinero a un ritmo tan veloz que ella no podía descuidar las finanzas ni un instante. A menudo la madre de Emily le había dicho que alguien tenía que vigilar al padre y a los mellizos. La señora Faringdon había insistido en ello hasta en su lecho de muerte.

Con escaso entusiasmo, Emily sacó de la pila la última edición de la revista El caballero y la abrió en el resumen mensual del mercado de valores. Revisó la variación cotidiana de los bonos del canal, de los de la India, los valores bancarios e hizo rápidas anotaciones antes de darle la vuelta a la página.

Luego recorrió con el dedo el resumen de los precios recientes del trigo, el centeno, la avena y las judías en las regiones del interior y los comparó con los que se pagaban en ultramar. Volvió a tomar la pluma y garabateó un par de notas. Trató de deducir la tendencia de los promedios del mes anterior de la harina, el azúcar, el heno y la paja.

Cuando terminó de copiar los precios recientes de los productos, Emily echó una breve ojeada al pronóstico meteorológico mensual. Como era invierno, las temperaturas cotidianas y la cantidad de lluvia caída no eran tan importantes como en primavera y verano. En un par de meses tendría que estudiarlas atentamente y tratar de prever el resultado de las cosechas. Después de extraer toda la información posible de la revista EL caballero, se dedicó a la correspondencia. Sir Alfred Chumley le informaba acerca de una nueva empresa minera carbonífera, y una tal señora Middleton preguntaba si Emily estaba interesada en un barco que partía pronto hacia las Indias Occidentales. Se esperaba que trajera considerables dividen-dos al regresar, como había ocurrido con el buque anterior.

La señora Hickinbotham encontró el té Lap Seng.

Emily observó ansiosa mientras Simón bebía el primer sorbo de la exótica infusión humeante. Cuando el hombre le sonrió sobre el borde de la taza, la joven tuvo deseos de abrazar a la señora Hickinbotham. Los ojos del ama de llaves resplandecieron, pero mantuvo la expresión impasible, hizo una reverenda y se marchó, dejando que el grupo de la sociedad literaria iniciara la reunión.

Emily había cambiado de idea tres veces acerca del vestido que llevaba puesto, hasta que finalmente Lizzie la convenció de ponerse uno de muselina fruncida con volantes en el cuello. Era de color amarillo claro con diminutas rayas blancas y Lizzie señaló que realzaba el color del cabello de Emily. Esta dudaba de que fuera conveniente realzar el color de su cabello, pero Lizzie le aseguró que le quedaba muy bien.

Las damas de la sociedad literaria llegaron llenas de expectativa. Para ese entonces se habían acostumbrado a la presencia del conde en las reuniones y las atenciones del hombre hacia Emily no habían pasado inadvertidas. A las buenas mujeres las intrigaba el romance floreciente que había nacido en el seno del grupo, y saludaron a Simón con amistosa cordialidad.

Como siempre, sentado entre las mujeres, el conde parecía una oscura bestia de ojos color oro en medio de una bandada de pájaros vocingleros. Sin embargo, el contraste no incomodaba a Simón. A esas alturas Emily estaba convencida de que el conde era imperturbable.

La conversación surgió sin esfuerzo, el servicio era impecable; en general, la velada transcurría con tal fluidez que Emily descubrió algo ignorado hasta el momento: su talento de anfitriona. Tengo que recibir visitas con mayor frecuencia, se dijo, mientras la charla proseguía animadamente.

-¿Cómo va el poema, Emily? -Preguntó la señorita Bracegirdle; acababan de debatir acaloradamente los méritos de una conferencia de Co]eridge acerca de Shakespeare. Nadie había asistido a la conferencia pero la opinión general concordaba en que Coleridge no había estado a la altura de lo esperado.

-Estoy agregando versos para incluir una nueva aventura -anunció Emily. Miró a Simón y un suave rubor le coloreó las mejillas-. Se me ocurrió una idea maravillosa: una escena en un pasaje secreto.

-Qué emocionante. -Era obvio que la señorita Ostly, a la que le encantaban las novelas de Minerva Press, estaba extasiada-. ¿Tal vez incluyas un fantasma? Adoro los fantasmas.

Emily alzó las cejas sobre la montura de los anteojos y consideró la posibilidad de agregar un fantasma a La dama misteriosa.

-Los fantasmas causan un efecto excelente en las historias de aventuras y romance. No obstante, es difícil encontrar una palabra que rime con fantasma. Siempre se termina usando “entusiasma” o “pasma”.

- O “cataplasma” -propuso Simón.

A la señorita Hornsby, que había tomado una copa de jerez en lugar de té, se le escapó una risita. Lavinia Inglebright disimuló un gesto de enfado. Abrió la boca para proponer una rima más adecuada pero la interrumpió el ruido de las ruedas de un carruaje y los cascos de un caballo en el sendero de entrada. Miró a Emily con sorpresa.

-Creo que tienes visita.

Emily se quedó muy quieta, y vio que la expresión de Simón seguía imperturbable. No solía recibir visitas y todos los asistentes a la reunión lo sabían.

-Sin duda son mi padre y mis hermanos. -De modo que la carta de Elias Prendergast había llegado a Londres y había producido una reacción inevitable-. No los esperaba.

-“Todavía no. Es demasiado pronto.”

Pero al parecer Simón supo exactamente lo que pensaba Emily porque le dirigió su inescrutable sonrisa y siguió bebiendo el te Lap Seng.

En el vestíbulo resonaron unas botas, un rumor de voces masculinas impacientes y un momento después la puerta del salón sé abrió de golpe.

Los tres magníficos varones Faringdon irrumpieron en el cuarto como remolinos dorados. Eran altos, apuestos y vestían trajes de montar a la última moda; aunque, por supuesto, el traqueteo del

viaje les había arrugado la ropa. De inmediato, los mellizos Charles y Devlin recorrieron con la mirada la habitación buscando una cara bonita; no la hallaron y se quedaron mirando a Simón con expresión adusta.

El padre de Emily, Broderick Faringdon, había comenzado a perder el cabello y el que le quedaba se estaba volviendo plateado, pero aun así se las arreglaba para mantener la misma elegancia que los hijos. Todavía resultaba muy atractivo a las mujeres, con la nariz de halcón, los ojos azules y ese aire disoluto.

-Buenas tardes, señoras, Blade.

Las damas murmuraron una retahíla de saludos corteses y Broderick Faringdon inclinó bruscamente la cabeza hacia Simón.

Emily percibió que una súbita frialdad se había adueñado de la habitación. Algo malo estaba sucediendo. El instinto le decía que pasaba otra cosa además del disgusto de un padre hacia un pretendiente rechazado. Volvió la mirada hacia Simón.

Sin embargo, el dragón se limitó a devolver el saludo al padre con una burlona inclinación de cabeza y siguió bebiendo su Lap Seng.

-Papá. -Emily se levantó de un salto-. No me avisaste que vendrías. No te esperábamos.

-No te avisé porque sabía que llegaría antes que el correo. Tengo un caballo nuevo, más veloz que cualquier otra bestia de cuatro patas. Muchachita, ven a saludar a tu padre como es debido.

Emily se acercó obediente y, como correspondía, le dio un beso breve en la mejilla. Luego retrocedió entrecerrando los ojos. Una vez pasada la sorpresa, la ganó el enfado por el modo en que habían interrumpido la reunión.

-Papá, realmente creo que tendrías que haberme avisado.

-Esta es mi casa, niña. ¿Acaso tengo que anunciarme como una visita?

A espaldas de Emily, la bandada de la sociedad literaria se ponía de pie dispuesta a marcharse.

-En verdad, debo irme -dijo Priscilla Inglebright-. Gracias por recibimos, Emily.

-Sí, ha sido una tarde encantadora -agregó resuelta la señorita Bracegirdle mientras tomaba el bolso.

Entonces las despedidas se aceleraron. Emily permaneció de pie junto a la puerta con una estoica sonrisa, pero por dentro ardía de indignación. El padre y los hermanos lo habían estropeado todo. Sólo Simón demoraba la partida.

En el vestíbulo, las mujeres recogían rápidamente los abrigos y se ataban las cofias. Momentos después, estaban instaladas en el carruaje ordenado por Emily, que las llevaría a sus respectivas casas.

En la habitación se hizo un silencio frío y ominoso.

“Demonios”, pensó Emily. Se volvió y enfrentó al padre.

-Bueno, papá, ¿a qué debo el honor de esta precipitada visita?

-Pregúntale a Blade. Creo que él conoce la respuesta.

-Broderick Faringdon miró furioso a Simón que terminaba tranquilamente el té-. ¿Qué diablos está buscando, señor?

Simón alzó apenas las cejas.

-Me parece evidente, Faringdon. Me invitaron a tomar el té y he disfrutado de una excelente taza de Lap Seng.

-No me distraiga con esa tontería del té. Blade, usted se propone algo.

Simón le dirigió una sonrisa helada y dejó la taza vacía. En sus ojos brilló algo parecido a la satisfacción o el triunfo.

-En ese caso, vendré mañana a las tres para discutirlo.

-No lo hará, diablos -replicó Faringdon.

La cara del padre se puso tan. roja de furia que Emily se asustó. Devlin y Charles miraban fijamente a la hermana corno si ella hubiera atraído la desgracia y se hubiese arruinado por segunda vez.

-Sí, le aseguro que vendré. -Simón se puso de pie con gracia letal: era más alto que cualquiera de los Faringdon-. Hasta mañana, Faringdon. -Se acercó a Emily, le tomó la mano y se la besó. La

miró con ojos radiantes-. Señorita Faringdon, gracias por el té. Lo he pasado muy bien. Pero así sucede siempre que estoy con usted.

-Adiós, milord. Gracias por concurrir hoy a nuestra reunión. -De pronto, Emily sintió deseos de sujetar al conde por los faldones de la chaqueta azul, impecablemente cortada y retenerlo junto a ella. No quería enfrentar a solas al padre y a los hermanos, pero era inevitable.

Momentos después, Simón recogió de manos de Duckett el sombrero de castor y los guantes York de color tostado y salió por la puerta principal, donde lo esperaba el coche de los Gillingham. Se oyó un golpeteo de cascos; el conde se había marchado.

Emily se cruzó de brazos y contempló enfadada al padre y a los hermanos.

-Espero que estéis satisfechos. Habéis estropeado mi reunión. Estábamos pasándolo magníficamente hasta que irrumpisteis aquí sin siquiera saludar.

-Ya te lo dije, niña, esta es mi casa. No necesito permiso para entrar en mi propio salón. Diablos, Emily, ¿qué está sucediendo aquí? -Broderick Faringdon enfrentó a la hija con los brazos en jarras-. Recibí una carta de Prendergast en la que me decía que el conde de Blade te estaba cortejando... ¡por Dios!

-Así es, papá. Pensé que te sentirías complacido y orgulloso.

-¿Orgulloso? -Devlin se sirvió una copa de vino de la botella que habían traído para Simón. Miró con lástima a la hermana-. Em, ¿acaso has perdido la razón? Sabes lo que ocurrirá cuando Blade se entere del incidente pasado. En primer lugar, ¿por qué no le impediste que te cortejara? Sabes cómo terminará esto.

Charles meneó la cabeza.

-Em, ¿por qué permitiste que las cosas llegaran hasta este punto? Tendremos que afrontar una escena embarazosa. Volverá a caer sobre ti esa antigua y turbia historia y te sentirás como una pobre estúpida.

-El conde ya está enterado del escándalo -gritó Emily con los puños apretados-. Ya lo sabe y no le importa. ¿Me oís? Le importa un bledo el escándalo.

Se hizo un silencio profundo. En ese momento, el mayor de los Faringdon, con gesto de fatiga, se sirvió una copa de vino.

-De modo que ese es el juego -dijo Faringdon con calma-. Presentía que estaba urdiendo un plan depravado. Ese hombre es sumamente peligroso. Todo Londres lo sabe. Ojalá se hubiera quedado en las Indias Orientales. ¿Por qué cuernos tuvo que regresar?

-¿Qué plan? -preguntó Emily-. Papá, ¿de qué hablas? Este hombre me pedirá en matrimonio. Me ama, aunque sabe que estoy socialmente perdida.

-Mi querida Emily, tu ingenuidad es desesperante.
-Broderick se desplomó en el sofá y sorbió un trago de vino-. Los hombres como Blade no se casan con las muchachas como tú. No tienen por qué hacerlo. Con su título y la fortuna que ha amasado en las Indias, Blade puede elegir a cualquiera de las bonitas vírgenes disponibles para el matrimonio que se presentan en sociedad cada temporada. ¿Por qué tendría que aceptar una mercancía deteriorada?

Emily se sonrojó luchando contra la antigua humillación.

-Papá, al conde no le importan esas cuestiones.

-Esas cuestiones les importan a todos los hombres -afirmó Charles con brutal franqueza.

-¿Es verdad? -replicó Emily con furia-. En ese caso, ¿por qué sueles llegar a semejantes extremos y te dedicas a seducir a cuanta pobre infeliz se cruza en tu camino y la transformas en "mercancía deteriorada"?

-Caramba -explotó Devlin-. Charles y yo somos caballeros. No vamos por ahí seduciendo a las damas de alto rango.

-¿Sólo a las jóvenes inocentes de clase baja? ¿Las que no tienen alternativa? Seguramente creéis que la inferioridad social de esas mujeres lo perdona todo.

-¡Suficiente! -rugió Broderick Faringdon-. Estamos alejándonos del tema. Emily, seré claro. Nos has puesto en una situación muy grave y sólo ahora comienzo a sospechar cuánto nos costará.

-¿Por qué crees que nos costará algo? -gritó Emily-. Me casaré. ¿Qué hay de malo en ello?

La copa del padre hizo ruido al golpear sobre la mesa.

-Maldición, muchacha, ¿no te das cuenta de lo que busca? A Blade ni se le cruza por la cabeza la idea de casarse contigo.

-Entonces, ¿por qué te pedirá mi mano?

Broderick Faringdon quedó en silencio un instante. El hombre había cultivado cierta inclinación a leer las intenciones de sus rivales cuando las apuestas eran elevadas.

-Sin duda nos propondrá un trato.

-Diablos, padre, tienes razón. -Charles se sirvió más vino.

-¡Maldición! Claro, tenía que haberlo imaginado -murmuró Devlin.

Emily miró azorada al padre.

-¿Un trato? Papá, por Dios, ¿de qué hablas?

Broderick sacudió la cabeza.

-¿Todavía no lo entiendes, niña? Blade no desea casarse contigo. Nos amenazará con huir contigo si no le damos lo que quiere. -Paseó una mirada pensativa por el elegante salón-. Y creo que ya sé lo que pedirá en retribución por hacernos el favor de apartarse de nuestras vidas.

Devlin lo miró con suspicacia.

-Padre, ¿qué crees que pedirá?

-La mansión de Saint Clair. -Broderick bebió de un trago el vino que quedaba en su copa-. Ese canalla perverso me odia. Ha esperado veintitrés años para obtener venganza y finalmente encontró la manera de lograrla.

Emily se sintió aturdida. Se desplomó rígida en una silla tapizada de brocado sin quitar la vista del padre.

-Papá, creo que es mejor que me lo expliques enseguida.

Durante largo rato Broderick contempló a sus tres hijos y lanzó un pesado suspiro.

-Ojalá tu madre estuviera con nosotros. Siempre fue capaz de afrontar estas situaciones desagradables. Podría haber dejado todo en manos de ella.

Devlin lanzó una mirada a Charles y luego fijó los ojos en el padre.

-Charles y yo entendemos parte de esta situación. Sabemos que de algún modo Blade intenta utilizar a Emily. Pero, ¿qué es esa historia acerca de Saint Clair? ¿Por qué querría quedarse con la mansión a cambio de dejar a Emily en paz? Ese hombre es rico como Creso. Podría comprar una docena de casas tan elegantes como esta.

Emily cruzó con fuerza los dedos.

-El conde dijo que esta casa una vez fue de él -dijo lentamente-. Vivió aquí de niño.

La expresión de Broderick se tomó suspicaz.

¿te lo dijo?

-Oh, sí, papá. Estamos muy unidos. -Emily entrecerró los ojos tras las gafas en gesto desafiante.

-¿Cómo de unidos? -preguntó Devlin con brusquedad. ¿Íntimamente unidos? Por Dios, Em, tese canalla ya te ha seducido? ¿Por eso cree que huirás con él?

-El conde se ha portado como un perfecto caballero

-manifestó Emily con orgullo.

-Bueno, al menos podemos agradecer que aún le queden a ese hombre unas briznas de conciencia -señaló Broderick con aire fatigado--. Pero no creo que sirvan de mucho.

-Papá -exclamó Emily con voz penetrante-. Explícarne inmediatamente qué sucede.

El mayor de los Faringdon asintió de mala gana.

-Tarde o temprano lo sabrías. El maldito canalla de Blade se aseguró de que así fuera. Para decirlo en breves palabras, no es como te conté una vez: yo no compré la mansión de Saint Clair tras una racha de buena suerte. Jugando a las cartas con el padre de Blade gané la casa y también el resto de la fortuna de los Traherne hace veintitrés años. El conde pagó la deuda, como corresponde a un caballero.

-¿Y? -lo retó Emily-. Papá, sé que hay algo más.

-Entonces, el tonto volvió aquí y se disparó un tiro en la cabeza.

Emily cerró los ojos horrorizada.

-¿Buen Dios del cielo!

Intervino Charles.

-No alcanzo a entender el problema. Hubo una deuda de honor, y el hombre la pagó. No es asunto nuestro que después se hubiera suicidado.

Emily se estremeció.

-¿Cómo puedes ser tan insensible? ¿No comprendes lo que debió de haber ocurrido?

Broderick lanzó un grosero juramento.

-No queda mucho que contar. El niño y la madre dejaron la casa y fueron a vivir al norte, no sé exactamente dónde. Por lo que sé, la madre no volvió a frecuentar la sociedad. Creo que murió hace unos años.

-¿Y qué sucedió con Blade? -preguntó Devlin.

-Un familiar, una tía, creo, reunió los fondos suficientes como para comprarle un nombramiento. Quizá lo hizo para librarse de él. Blade peleó en las Guerras de la Península durante un par de años. Luego, vendió el puesto y se dirigió a las Indias Orientales.

-Porque habla sido despojado de su fortuna -señaló Emily con fiereza-. Le robaste la herencia, lo despojaste de los derechos a la tierra y a la propiedad. Cuando el padre se mató, echaste de su hogar a Simón y a su madre sin un penique. Tuvieron que depender de la caridad de los parientes. Blade es tan orgulloso que eso debe de haberlo enfurecido. Papá, ¿cómo pudiste hacer algo semejante?

Broderick le lanzó una mirada fulminante.

-Señorita, nunca olvides que yo gané todo en un juego limpio. Así son las cosas. Un hombre no tendría que meterse en juegos de azar si no puede pagar.

-¡Papá!

-De cualquier modo a Blade le ha ido muy bien. En el club se comenta que vivió en una isla como un pachá. La Compañía de las Indias Orientales lo recompensó con una parte del comercio de té a cambio de ciertos favores que les hizo el conde. Ahora tiene una fortuna considerable. Dios sabe que no necesita nada de nosotros.

-¿Sin embargo, el conde considera que tú le debes Saint Clair? -preguntó Devhin.

Broderick asintió.

-Ese canalla vengativo... Durante varios años, sólo lo he visto un par de veces. Me buscó antes de partir para la guerra y otra vez, antes de embarcarse hacia Oriente. Todo lo que dijo en ambas ocasiones fue que algún día yo pagaría todo lo que les había hecho a él y a su familia. Juró que mi familia sufriría tanto como la de él. También prometió que recobraría la mansión Saint Clair. Yo creí que era una bravata.

-Y ahora cree que ha hallado el modo de obligarte a devolverle la casa -dijo Charles mirando con rabia a la hermana-. Sin embargo, el conde es rico; ¿por qué no ofrece sencillamente comprar la casa otra vez?

-Me imagino que ese es el nudo de la cuestión. El hombre considera que yo le debo la casa. Desea venganza, ya te lo dije. Y quizá sepa que yo no se la vendería aunque haga una buena oferta.

-¿Por qué no? -preguntó impaciente Charles-. De cualquier manera, casi nunca estamos en la casa. Claro, excepto en el caso de Emily.

Broderick volvió a pasear la mirada por la habitación, como apreciando la belleza de los muebles.

-Por Dios, esta es la casa más hermosa que jamás haya tenido un Faringdon. Es más bella que cualquiera que haya comprado mi padre, mi abuelo o incluso el barón, ese tacaño sinvergüenza. Y yo los he superado a todos ellos. Soy el primer Faringdon que llega a algo importante. Y esta casa es una prueba.

Devhin miró con ojos entrecerrados la cara pálida de Emily.

-En verdad, esta situación puede tornarse bastante sórdida. Blade no es hombre de amenazar en vano. Emily, ¿acaso has sido tan estúpida como para enamorarte de Blade?

-Claro que sí -murmuró Charles-. Mírala. Imagina que ese malvado en realidad quiere

desposarla. Y cuando le proponga huir con él, la convencerá con esa excusa. Esta muchacha le creerá, como le creyó a Ashbrook. Cristo, qué lío. Tendremos que encerrarla.

-No seas idiota -replicó Emily-. Puedo escaparme de cualquier habitación de esta casa. -Se irguió orgullosa mientras el furor le recorría las venas como fuego líquido-. Pero ya lo verás. Blade pedirá mi mano y me casaré con él.

-Niña, ese hombre no te quiere. Al menos, no como esposa. ¿Todavía no lo entiendes? -Charles sacudió la cabeza exasperado-. Mañana a las tres, en lugar de venir a pedir tu mano, le hará un chantaje a papá.

-Demonios, hará una propuesta respetable -replicó Emily, en tono alto y agudo a causa de la tensión-. Maldito sea, lo conozco.

Broderick suspiró con fuerza.

-No, Emily, no lo conoces. Nadie conoce a Blade. Tú no has oído los comentarios en el club. Ese hombre está envuelto en el misterio. Además, es demasiado poderoso. Se dice que incluso hombres como Canonbumy y Peppington están bajo su dominio. Pero se sabe con certeza: es tan rico como peligroso.

-Padre, no le digas esas cosas -murmuró Devhin-. Con eso sólo conseguirás volverlo más interesante a los ojos de mi hermana. Ya conoces su imaginación romántica.

-Emily, escúchame, tú eres una muchacha sensata en lo que se refiere a las finanzas -dijo Broderick en tono lisonjero.-. Espero que también en este asunto conserves la sensatez. Esto no es una novela romántica. Es la vida real. Está en peligro tu futuro. Aunque el juego de Blade es antiguo, te aseguro que no es el que suelen jugar los hombres de su clase. Por lo común, un sinvergüenza empobrecido propone abandonar la pretensión por la señorita de la casa a cambio de una importante suma de dinero.

-En este caso, la única diferencia -dijo Charles- consiste en que Blade no es pobre en absoluto.

-Estoy segura de que os equivocáis -replicó Emily entre dientes-. Papá, la oferta del conde es auténtica y yo pienso aceptarla, aunque te opongas. No puedes impedírmelo.

Broderick se masajeó las sienes.

-Querida mía, recuerda el desastre que ocurrió hace cinco años. No es posible que quieras sufrir nuevamente esa humillación y ese dolor. Pasaste días enteros llorando.

-No es lo mismo -gritó Emily-. El conde se casará conmigo.

-Por todos los diablos, es lo mismo -replicó Broderick-. Y Blade nunca se casará contigo. Pero cuando te des cuenta, estaremos... -se interrumpió bruscamente.

-¿Estaréis qué, papá? -Pero algo se aclaró súbitamente para Emily. Rara vez la cegaba el romanticismo cuando se trataba de asuntos financieros. Abrió los ojos porque acababa de comprender-. Ah, creo que acabo de entender hasta dónde llega la amenaza del conde. Él es muy astuto, ¿verdad?

-Caramba, Emily, no te rompas la cabeza tratando de entender los detalles -dijo rápidamente Charles-. Deja que nuestro padre se encargue de esto. -Intercambió con el ceñudo Devlin una mirada inquieta.

-No os preocupa que mi reputación corra peligro, ¿no es cierto? -dijo lentamente Emily-. Después de todo, en el pasado ya tuvisteis que atravesar ese infierno. Claro, en realidad, el riesgo consiste en que Blade me saque de aquí durante algún tiempo. Quizá meses, incluso un año o dos. Y si los tres os quedáis sin mi destreza financiera, podríais perder pronto Saint Clair en una partida de naipes.

-Maldición, Emily, no se trata de eso. Estoy preocupado por ti. Eres mi única hija. ¿Crees que deseo verte arruinada otra vez? -Broderick la miro.

Emily cruzó los brazos bajo el pecho y asintió satisfecha.

-En verdad, sois muy astutos. Apuesto que si no estuviera yo para recuperar periódicamente las fortunas de vosotros en el mercado de valores, no podríais mantener esta casa, ni el costoso tren de vida que lleváis, ni siquiera durante un año.

-Eso no es verdad -la interrumpió Charles, mordaz

Eres tú la que se preocupa por eso. Lo fundamental son tu reputación y tu felicidad.

-Gracias -contestó secamente Emily-. Eres muy considerado.

-Caramba, Em... -comenzó Devlin furioso.

-¿Sabes algo, papá? -murmuró pensativa Emily-. Lo más interesante es que el conde ha entendido lo importante que soy para el bienestar financiero de vosotros.

-Buena acotación -murmuró Broderick mientras se servía otra copa de vino-. Eso no significa que tu hermano esté equivocado -agregó rápidamente-. Niña, estoy afligido por ti. Muy afligido.

-Nosotros también -le aseguró Charles-. El dinero no tiene nada que ver.

-Me alivia oír eso -murmuró Emily-. Es hermoso saber que la familia se aflige por una. -Se levantó y salió de la habitación.

A sus espaldas, Broderick se sirvió lo que quedaba de vino. El padre y los hijos se hundieron en un sombrío silencio.

Emily fue directamente a su santuario: la biblioteca. Se sentó tras el gran escritorio de caoba y paseó la mirada distraída por los jardines. No se movió durante largo rato. Luego, abrió un cajón y sacó la magnífica caja donde guardaba las cartas de Simón, cuidadosamente atadas.

Era hora de despojarse del velo romántico que la cegaba desde hacía varios años. En una cosa el padre tenía razón: todo su futuro estaba en peligro. Era hora de pensar con seriedad en el problema que se presentaba.

De hecho, era hora de emplear para resolver esta situación la misma inteligencia penetrante que aplicaba a los asuntos financieros. Emily abrió la primera carta del paquete. La había leído innumerables veces y podía recitarla de memoria.

Mi querida señorita Faringdon:

Me he tomado la libertad de presentarme a usted por carta porque me llamó la atención el hecho de que compartimos los mismos intereses intelectuales. Escuché decir que está interesada en algunos poemas recién publicados por un editor llamado Pound. El señor Pound tuvo la gentileza de darme su dirección...

Después de pasar una hora releyendo las cartas y volviendo a pensar en todo lo que se habían dicho Simón y ella en los últimos días, Emily llegó a ciertas conclusiones inevitables.

La primera era que su familia estaba en lo cierto: el único propósito de Simón al entablar relación con ella había sido vengarse del padre de Emily. Ahora, la cadena de hechos que la muchacha había atribuido a un destino benevolente, mostraba su lógica implacable.

Pero, al releer las canas de Simón, Emily había llegado a una segunda conclusión. Era imposible que el hombre que había escrito esas líneas sensibles, inteligentes, fuera el monstruo que creía el padre de Emily.

La tercera conclusión ineludible era que Emily aún estaba enamorada del misterioso dragón de ojos color dorado que había llegado desde Oriente.

Emily recordó que provenía de un largo linaje de jugadores. Era el momento de arriesgarse en aras de su felicidad futura.

Tomó unas hojas de esquela, la pluma y escribió una nota breve.

Querido señor:

Debo verlo de inmediato. Por favor, tenga la gentileza de encontrarse en secreto conmigo en ese lugar cuyo nombre tratamos de rimar con “resplandece”. Le ruego que sea discreto y cauteloso y que no le hable de esto a nadie. Hay muchas cosas en juego.

Suya

Una amiga

Con el entrecejo fruncido, Emily plegó la nota y tocó la campanilla para llamar a un mensajero. Esperaba que la misiva fuera lo bastante imprecisa como para no revelar nada si el mensajero era interceptado. Había que ser muy cuidadoso cuando se concertaban encuentros clandestinos.

Simón la esperaba junto al estanque. Emily exhaló un gran suspiro de alivio cuando vio el caballo castaño flojamente amarrado a un olmo.

El dragón se aproximó a ella por entre los árboles, con expresión decidida en los ojos áureos. Emily se puso rígida.

-Señorita Faringdon, como puede ver, recibí su nota.

-El conde se acercó y la ayudó a apearse.

-Gracias, milord. -Emily cuidó que el tono de su voz no revelara ninguna emoción. El calor de las manos del hombre traspasaba la tela del vestido de la joven. Apenas se posó en el suelo, se apartó de Simón. Comenzó a caminar con agilidad hacia el arroyo-. No lo demoraré mucho. Se hace tarde.

-Sí, así es. -El hombre la siguió; llevaba unas botas de arpillera que no hacían ruido sobre la blanda capa de hojas secas que alfombraba la tierra.

Emily se sentó sobre la roca donde Simón la había besado la primera vez y le dirigió una mirada fugaz bajo el ala de su sombrero de paja. El hombre estaba serio. Se había limitado a pasar una pierna por encima de la roca, había apoyado el codo en la rodilla y esperaba.

Emily comprendió que ese hombre sabía esperar. Había esperado veintitrés años para vengarse.

-He hablado con mi padre y mis hermanos y me han aclarado algunas cuestiones -comenzó Emily lentamente.

La joven contempló el arroyo.

-Milord, quiero decirle que comprendo perfectamente los motivos que lo guían por este extraño camino de venganza. En su lugar, yo habría hecho algo semejante. En algunos aspectos nos parecemos.

-Veo que su padre ha sido muy locuaz.

-Me contó lo sucedido hace tantos años. De qué modo mi familia quedó en posesión de la mansión Saint Clair. Y me habló de la horrible tragedia de la muerte de su padre. Usted tiene derecho a buscar venganza.

-Querida mía, es usted muy comprensiva.

La joven se preguntó si el conde se burlaba de ella. El tono frío de la voz no revelaba nada. Emily suspiró y continuó:

ya no podía retroceder.

-Imagino que no tiene usted verdadera intención de pedir mí mano. Lo que se propone es huir conmigo, y hacerme su amante durante unos meses, hasta que mi padre le entregue Saint Clair. Sin duda, su promesa de matrimonio aplacaría mis inquietudes.

-¿Sólo durante unos meses?

Emily asintió.

-El tiempo suficiente para asegurarse de que mi familia llegue a un desastre financiero grave y eso la obligue a ceder la casa. Sin mí para orientar las inversiones y refrenar los excesos de mi padre y mis hermanos como solía hacerlo mi madre, eso ocurriría pronto. En especial, si usted los induce a comprometerse en una partida arriesgada. Sin duda, una vez que usted haya recobrado la mansión Saint Clair y yo haya caído en desgracia, me devolverá a mi familia.

-¡Eso es maquiavélico de mi parte!

-En realidad, es un plan brillante. -Emily tuvo que concederle ese mérito.

-Gracias -respondió Simón con suavidad-. Ya que usted lo ha descubierto, ¿debo suponer que mi plan se volvió inútil?

-Oh, no, aún puede resultar. Sólo necesita mi cooperación. Y usted sabe, milord, que cuenta con ella.

-¿Acaso me está diciendo que desea huir conmigo y vivir un tiempo como mi amante? -El conde tomó una ramita y jugueteó unos instantes con ella.

Emily juntó las manos.

-Si es mi única alternativa, sí. Milord, sabe que le profeso profundos sentimientos. Sin

embargo, preferiría que nos casemos. Desearía pasar toda mi vida con usted, no sólo unos meses, o un año.

-Entiendo.

-Sé que el matrimonio no estaba entre sus propósitos, pero lo invito a que examine algunos aspectos de este asunto que quizá no se le hayan ocurrido.

Durante unos segundos Simón no respondió. Entonces hizo chasquear la ramita entre los dedos.

-¿Qué aspectos?

La muchacha no lo miró.

-Comprendo que no soy precisamente la mujer que un hombre de su posición desearía como esposa. Carezco de belleza y de fortuna y es imposible que usted sienta cariño por ninguno de los Faringdon. Además, existe ese Infortunado Incidente. No obstante, creo que puedo compensar mis defectos de varias maneras.

-Señorita Faringdon, usted siempre me asombra. Estoy impaciente por oír el resto.

-Milord, hablo muy seriamente. Primero, me gustaría señalar que, si me caso con usted, habrá cumplido la venganza igual que si huyéramos juntos. Mi familia dependería económicamente de usted. Mi padre y mis hermanos tendrían que pedirle permiso para acceder a mi destreza financiera. ¿Acaso no sería suficiente venganza?

-Es un punto de vista interesante.

-Podría convertir a los Faringdon en títeres, siempre dependientes de usted.

Simón se puso pensativo.

-Eso es cierto.

Emily se mordió ansiosa el labio inferior.

-Milord, por favor, tenga en cuenta otra cosa. Creo que podrá comprobar que yo seria una esposa excelente. Yo lo entiendo a usted, ¿sabe? Siento que lo conozco muy bien a través de las cartas. En el aspecto intelectual tenemos mucho en común.

Sostendríamos interesantes conversaciones, cosa que pocos matrimonios pueden lograr.

-En resumen, con usted no me aburriría en la sobremesa, ¿es así?

-Estoy convencida de que, en el transcurso de los años, tendríamos muchos temas sobre los cuales conversar. Este tipo de compañerismo, ¿no sería acaso placentero para un hombre de su naturaleza intelectual?

-¿Propone usted que nuestra relación continúe en el ámbito elevado que la caracterizó en el comienzo? ¿Imagina el futuro de nuestra unión como una asociación intelectual entre dos personas de ideas afines?

-Precisamente -dijo Emily, entusiasmándose a medida que el hombre la escuchaba con mayor atención-. Milord, comprendo perfectamente que no está enamorado de mí. Lo entiendo, y también sé que no soportaría ningún exceso de pasión romántica de mi parte: le aseguro que no trataré de forzar ninguna de las dos cosas.

-Me deja atónito, señorita Faringdon.

-Y usted se burla de mí -replicó la joven, herida.

-En absoluto. Simplemente me pregunto cómo llegó a la conclusión de que me disgustaría cualquier exceso de pasión de su parte.

Emily se miró las manos apretadas entre sí, le ardía la cara.

-Hice un minucioso análisis de lo que ocurrió la noche pasada en la biblioteca.

--¿Qué cree que sucedió esa noche?

La muchacha ahogó un suspiro.

-En ese momento creí que usted rehusaba una unión ilícita en razón de su nobleza y su galantería. Imaginé que evitó hacerme el amor porque no deseaba aprovecharse de una mujer que lo ama, aunque esa mujer tenga un pasado sórdido.

-En otras palabras, supuso que me comporté como el caballero que digo ser.

La joven asintió de inmediato.

-Sí. Ahora comprendo que rehusó mi propuesta desvergonzada porque no está enamorado de mí.

-Entiendo.

-Y como en realidad no tenía intención de casarse, y es difícil que necesite huir conmigo, porque sin duda mi padre tendrá que acceder a sus demandas, no tenía motivo para fingir una pasión que no siente. En verdad, dadas las circunstancias, se comportó como un caballero. -Emily frunció pensativa el entrecejo-. Es decir, teniendo en cuenta que se trata de un caballero que planea una venganza. Blade, creo que es usted congénitamente noble y generoso.

-Me halaga.

-Déjeme terminar, milord. Resumiré las ventajas que obtendría casándose conmigo. Cumpliría su propósito de venganza sobre mi familia. Tendría una esposa con la que puede comunicarse en un plano elevado. Tendría la seguridad de que no lo molestaré con mis pasiones románticas sin control. Y hay algo más.

-Estoy realmente fascinado con mi buena suerte, pero le ruego que continúe.

Emily alzó la barbilla y enfrentó al conde. Contaba con este último punto para convencerlo.

-Bueno, milord, es obvio. Tendría usted el dominio total de mi talento financiero.

Los ojos de Simón brillaron un instante.

-Por cierto, esa es una idea atractiva.

-Piénselo, milord -dijo Emily con entusiasmo-. Sé que es muy rico, pero le recuerdo que aun las grandes fortunas están expuestas a alguna calamidad. Bastarían unas pocas decisiones equivocadas en una inversión, unas jugadas temerarias en cualquier garito, una mala racha en la Bolsa y todo se derrumbaría.

-Pero con usted a mi lado yo tendría la seguridad de recuperarme de cualquier pérdida que pudiera sufrir de aquí en adelante, ¿no es así?

Las esperanzas de Emily florecieron. Sintió que finalmente había logrado llegar a un acuerdo con el hombre.

-Sí, milord, exactamente. Considérelo como si se casara con una heredera. Mi talento en el manejo de valores y otros asuntos financieros constituye algo así como una seguridad económica para usted, como lo fue hasta ahora para mi familia.

-Querida mía, en otras palabras, ¿dice que casarme con usted sería una inversión muy atinada?

Emily se relajó por primera vez desde que el té fue interrumpido. Le dirigió una sonrisa luminosa.

-Precisamente, milord. Sin duda, el matrimonio conmigo sería la mejor inversión de su vida. -Se interrumpió, sintiendo ciertos escrúpulos. La sonrisa se desvaneció-. Claro, hay que considerar ese Infortunado Incidente. Sé que es un punto en mi contra. Sin embargo, ¿no cree que si me quedo en el campo y no frecuento la sociedad, quedaría olvidado?

-Señorita Faringdon, le aseguro que el Infortunado Incidente no me preocupa en absoluto.

-¿Cree usted que podemos ocultar el escándalo? -preguntó ansiosa.

-Si nos casamos, le prometo que el escándalo desaparecerá.

Capítulo 6

-¡Casarse con ella! Diablos, hombre, no habla en serio. ¿A qué cuernos está jugando ahora? -Broderick Faringdon, parapetado tras el macizo escritorio de caoba del estudio, miró atónito a su visitante-. Ambos, sabemos que un hombre con un título como el SUYO flO puede pensar en casarse con una chica de pasado turbio.

-Creo necesario advertirle que tenga cuidado con el modo en que se refiere a mi novia. El hecho de que sea el padre de Emily no me impedirá desafiarlo. De hecho, me encantaría retarlo. -Simón se acercó a la botella de coñac y se sirvió una copa del líquido ambarino.

Sabía que ese gesto demasiado familiar enfurecería a Broderick Faringdon que, por otra parte,

ya estaba bastante confundido y enfadado.

-¿Desafiarme? ¿Desafiarme, dice? Maldición, Blade, no puedo creer lo que estoy oyendo. No tiene sentido. Dígame qué se trae entre manos. Sé lo que se proponía en un principio:
bajo la amenaza de convertir a mi hija en su amante, quería chantajeanne para que le entregue Saint Clair.

-¿De dónde ha sacado esa idea? Le aseguro que mis intenciones son completamente honorables.

-Maldito sea, no lo son. He oído hablar de usted, señor:
se le conoce por su astucia. Aquí hay gato encerrado. ¿Por qué desea casarse con mi hija?

Simón contempló el paisaje por la ventana mientras sorbía el coñac.

-Mis motivos no son de su incumbencia. Digamos que estoy convencido de que Emily y yo nos llevaremos muy bien.

-Si se atreve a herirla de alguna manera, lo pagará. Se lo juro.

-Es un alivio saber que profesa a su hija algún sentimiento paternal. Pero pierda cuidado, no pienso golpearla. -Simón miró hacia la biblioteca por encima del hombro-. Es decir, a menos que me cause demasiados problemas -agregó, elevando apenas la voz.

__¿Imagina que le daré Saint Clair como dote? ¿Ese es su juego? -preguntó Broderick-. Si es así, olvídelo.

-Oh, Faringdon, usted me entregará Saint Clair. Tengo intenciones de obtener a su hija y también la casa.

-Maldición, no lo logrará. ¿Cómo piensa quitarme mi casa y a mi hija?

-Porque estoy considerando la posibilidad de usar a Emily como señuelo algunas veces. Es obvio que apenas vislumbre una oportunidad de comunicarse con ella, usted hará lo que yo le diga. Por otra parte, si utilizo mi derecho de esposo para prohibirle a Emily que lo vea, sabemos muy bien cuál será el destino de usted. En tres meses la mansión Saint Clair estará a la venta. Como máximo, en seis meses.

-Puedo mantener esta casa por mis propios medios, como lo hice cuando Emily era pequeña -replicó Broderick.

-Sí, es cierto. Al comienzo me pareció sorprendente. Lo primero que hice cuando llegué a Londres fue averiguar cómo se las arregló usted hasta que el talento de su hija comenzó a manifestarse. Ocurre que mi agente de negocios conoce al de usted. Una tarde, ante unas copas de vino, Davenport le contó todo.

-¿Cómo se atrevió a espiar en mis asuntos privados?

-La respuesta es bastante simple -continuó Simón agitando el brandy en la copa-. Gracias a los esfuerzos de su esposa para contenerlo, le llevó varios años despojar a mi padre de la fortuna por medio del juego. Además, en esa época sus hijos eran muy jóvenes y todavía no se habían unido a usted en la vida irresponsable que lleva.

-Maldito sea, su padre perdió la herencia en un juego limpio. Cuando gané, la casa dejó de pertenecerle y pasó a ser mía.

-No estoy seguro de que fuera un juego limpio.

Broderick se puso lívido.

--Señor, ¿me está acusando de haber hecho trampa?

-Cálmese, Faringdon, no estoy acusándolo. Después de tantos años, no puedo probar nada. Simplemente admito que tengo ciertas dudas. Desde todos los puntos de vista, mi padre era un excelente jugador y antes nunca había arriesgado tanto. Me pregunto qué pasó.

-Maldición.

La nota de furia impotente en la voz de Broderick hizo sonreír a Simón.

-Ni siquiera la fortuna de los Blade podía ser eterna. Sin embargo, cuando usted estaba al borde del desastre, tuvo otro golpe de suerte. Fue la muerte de la tía materna de Emily, ¿verdad? Afortunadamente, la mujer murió y dejó a su hija una importante suma de dinero. Pero la tía cometió el error de nombrarlo a usted albacea de la pobre muchacha. Cuando Emily tenía dieciséis años, usted ya había dilapidado la herencia. Y entonces, durante un tiempo, las cosas se pusieron

Librodot

difíciles, ¿no es así?

-¡Malvado, habla como si yo hubiera derrochado la fortuna de mi hija!

-Eso fue lo que hizo.

-La gasté en ella y en esta casa, que es el hogar de Emily
-gruñó Faringdon.

-Y en la vida londinense, los excelentes caballos, la ropa cara y las deudas de juego que acumulaba. Como dije, cuando su hija aún estaba en la escuela, la herencia se había esfumado. Aunque hubiese querido presentarla en sociedad, difícilmente habría reunido el dinero necesario. Pero, desde luego, usted no tenía intención de presentarla porque en ese entonces la muchacha comenzaba a revelar su notable destreza financiera. Davenport también le contó a mi agente cómo usted aprovechó esa habilidad.

-No tenía sentido presentarla en sociedad. No es la clase de muchacha que induzca a los hombres a pedirla en matrimonio.

-Y seguramente no desea ayudarla a aumentar sus posibilidades otorgándole una buena dote, ¿no es cierto?

__Maldición, la madre murió al año siguiente. Estábamos de duelo: era imposible hacer una fiesta de presentación. Entonces, Emily huyó con ese canalla de Ashbrook. Después de eso, fue imposible presentarla. -Faringdon frunció el entrecejo y lanzó a su enemigo una mirada astuta-. Mi hija estaba perdida, señor. ¿Le queda claro?: completamente perdida.

-Eso es discutible. -Simón dejó la copa vacía-. Bien. Deseo que usted y sus hijos abandonen la mansión Saint Clair el día de la boda. Fijaremos la fecha para la primera semana de abril.

Broderick tragó saliva.

-Faltan menos de seis semanas.

-No veo necesidad de demorarlo. Nos hemos puesto de acuerdo en el aspecto financiero. Y no creo que Emily desee un noviazgo prolongado y formal. Quiero pasar la luna de miel aquí, en Saint Clair; en consecuencia, usted y sus hijos deberán marcharse antes de esa fecha. El personal de la casa puede quedarse. Al parecer, Emily les tiene cariño y creo que están bien capacitados.

-Queda pendiente el tema de los arreglos -dijo Broderick, desesperado.

Simón sonrió con sequedad.

-No habrá tales arreglos. Tiene que confiar en mí en lo que respecta al cuidado de su hija.

-No puedo creer que esté sucediendo esto. -Broderick parecía un pez que acababan de sacar del agua. Le faltaba el aliento y tenía manchas de color extraño en la cara-. No es posible que usted desee casarse con ella después del escándalo de hace cinco años. Hombre, piense en su título.

La boca de Simón se endureció.

-Faringdon, le advertí que no tocara más ese tema. Insisto en mi advertencia. Bien, creo que con esto queda el acuerdo concluido.

-Por Dios, no, no queda concluido. Hablaré con Emily. Aunque tenga inclinación por las fantasías románticas, es una chica sensata. La convenceré de que usted no busca nada bueno.

-Desde luego, tiene derecho a intentarlo, pero dudo que pueda hacerla cambiar de idea -dijo Simón confiado-. Convénzase: la única esperanza que tiene de volver a ver a Emily es hacer lo que le digo.

-Maldición, este acuerdo es diabólico. Es mi única hija. Le abriré los ojos.

-En ese aspecto, puede hacer lo que prefiera. ¿Por qué no le preguntamos a Emily si está dispuesta a ver las cosas desde el punto de vista de usted? -Simón se acercó a la biblioteca, encontró el resorte oculto en el fondo del mueble y lo presionó.

La estantería se separó de la pared sin hacer ruido, y Emily, que seguramente había estado con el oído pegado a la madera desde el otro lado, cayó a los pies de Simón en colorido montón.

-¡Demonios! -murmuró Emily.

-Buen Dios, ¿qué es esto? -Broderick miró atónito, primero la abertura en la pared y luego a su hija.

Emily se sentó, trató de apagar la vela que llevaba, y al mismo tiempo se alisó la falda y se acomodó las gafas. Espió a Simón que se alzaba sobre ella.

-Milord, ¿cómo supo que estaba ahí?

-Querida mía, puede atribuir mi misteriosa percepción al hecho de que nos comunicamos en un plano elevado. Sin duda, en el reino metafísico la comunicación mental es frecuente. Tendremos que acostumbramos a esa experiencia.

-Oh, claro. -Emily sonrió encantada.

Simón se acercó y la ayudó a ponerse de pie. Sonrió al ver la mirada radiante de la muchacha y se preguntó si la suposición de que estaba al otro lado de la biblioteca no había sido un exceso de confianza de su parte. Pero ya la conocía lo suficiente como para saber que no resistiría a la tentación de escuchar a escondidas. En especial, sabiendo que había un pasaje oculto desde el cual podía hacerlo sin riesgo.

Emily suspiró filosóficamente y sacudió el polvo del vestido de muselina color durazno.

-Mi dignidad ha quedado un tanto resentida. Pero al fin la negociación ha concluido, ¿no es cierto? -Miró esperanzada al conde-. ¿Estamos comprometidos?

-Sí, mi querida, lo estamos -le aseguró Simón-. Como descubrirás pronto, estoy lleno de defectos, pero no soy estúpido. No podía desperdiciar la oportunidad de hacer la mejor inversión de mi vida.

Dos semanas más tarde, una mañana húmeda y triste, Simón estaba sentado en el estudio de su casa londinense, en Grosvenor Square y leía la carta de Emily que había recibido a la hora del desayuno. Como era habitual, contenía un vivaz relato de las discusiones en la última reunión de la sociedad literaria, que se habían consagrado devotamente a Byron. También había un largo párrafo que describía los versos agregados a La dama misteriosa y unos fugaces comentarios sobre el clima.

Cuando terminó de leer, Simón descubrió que se sentía algo decepcionado. Era evidente que Emily había luchado valerosamente contra la tentación de escribir algo que pudiera ser interpretado como un exceso de pasión.

Simón plegó suavemente el papel y permaneció sentado contemplando el fuego. Un momento después, se puso de pie para tomar la bella tetera china esmaltada que estaba sobre una mesa cercana. Vertió el Lap Seng en una finísima taza decorada con un dragón verde y dorado. Alzó la taza e hizo una pausa contemplando la figura de la bestia mítica.

Emily lo había llamado dragón. Y lo había dicho con los ojos llenos de apasionada fascinación y de dulce adoración femenina.

Simón paseó la mirada por la habitación. Sin duda, cuando Emily conociera su casa de la ciudad, diría que era el refugio ideal para un dragón.

Toda la casa estaba decorada con los colores a los que el conde se había aficionado durante su estancia en Oriente: rojo chino, verde oscuro, negro intenso y dorado resplandeciente.

La rica biblioteca estaba llena de recuerdos de las tierras exóticas por las que había viajado. La alfombra oriental de colores intensos creaba un fondo adecuado para los gabinetes pintados de laca negra y decorados con motivos fabulosos. El sólido juego de muebles y los sillones de teca estaban tapizados de terciopelo rojo y adornados con borlas de oro.

El escritorio era macizo, tallado con intrincados diseños y construido por hábiles artesanos. Lo había mandado fabricar en Cantón. Los incensarios de la India llenaban la habitación con el aroma que había hecho preparar en Bombay, según instrucciones detalladas. Cerca del hogar había enormes almohadones de brocado dorado, que tenían doble tamaño que una cama.

Y había dragones en todos lados, imágenes bellamente esculpidas de las míticas criaturas feroces de la tradición del Lejano Oriente. Los había verdes, negros, rojos y dorados y todos tenían incrustada una fortuna en piedras preciosas. Una mirada al estudio descubría animales fantásticos con ojos de rubí, escamas de oro, garras de ónix y colas tachonadas de topacio.

Simón sabía que Emily se sentiría fascinada por esas criaturas.

El conde inhaló el té humeante y aromático, reclinó la cabeza contra el respaldo púrpura de la silla y pensó en su inminente matrimonio. No sabía con certeza cuándo había decidido casarse con

Emily Faringdon. Sin duda, el matrimonio no estaba incluido en los planes que había trazado hacía varios meses. Pero a lo largo de los años había aprendido que la vida solía cambiar las decisiones de un hombre.

Estaba pensando en la respuesta a la carta de Emily cuando el mayordomo, singularmente feo, anunció a lady Araminta Merryweather. Irrumpió en el cuarto una mujer vivaz, de alrededor de cuarenta años, envuelta en una nube de perfume fino.

Como de costumbre, lady Merryweather vestía a la última moda. En esa ocasión llevaba puesto un vestido de merino azul claro con largas mangas ajustadas y delicados frunces. Su altura, poco común en una mujer, le confería un aire regio. Llevaba un encantador sombrerito encasquetado al descuido sobre los rizos que comenzaban a encanecer. Tenía los ojos del mismo tono áureo que los de Simón. Las agradables facciones patricias estaban enrojecidas por el frío.

-Simón, acabo de regresar a la ciudad y me he enterado de tu compromiso. ¡Nada menos que con una Faringdon! Por supuesto, vine inmediatamente a verte; apenas puedo creerlo. Es una sorpresa total: nunca me diste un indicio. Muchacho, cuéntame todo.

-Hola, tía Araminta. -Simón la besó en el dorso de la mano y la invitó a sentarse frente al fuego-. Me complace que hayas venido esta mañana a yerme. Pensaba visitarte mañana.

-No podía esperar hasta mañana -le aseguró Araminta-. Bien, quiero saber exactamente qué ha pasado. ¿Cómo es que te comprometiste con una Faringdon?

Simón esbozó una sonrisa débil.

-Yo mismo no estoy muy seguro. La señorita Faringdon es una criatura fuera de lo común.

La mirada de Araminta se puso pensativa.

-Pero tú eres demasiado astuto como para caer en las redes de cualquier mujer.

-Por supuesto, Simón. No te burles de mí, sé que tienes un propósito, porque siempre estás tramando algún plan. Afirmo que eres la persona más astuta que he conocido y no hay nadie en Londres que no esté de acuerdo conmigo. Aunque estoy segura de que confías en mi.

Simón volvió a dirigirle una pálida sonnsa.

-Araminta, eres la única persona en toda Inglaterra en la que confío por completo, lo sabes.

-Entonces sabes que no diré una palabra acerca de tus planes. ¿Acaso has desarrollado alguna trama monstruosa que derrotará a todos los Inconstantes e Irresponsables Faringdon?

-Hubo ciertos cambios en el plan original -admitió Simón-. Pero recobraré la mansión Saint Clair.

Las finas cejas de Araminta se arquearon.

-¿Es cierto? ¿Cómo lo vas a lograr?

-La casa será la dote de mi esposa.

-Oh, caramba. Sé que estás obsesionado con esa casa desde el día en que murió tu padre, ¿pero vale la pena cargar con el estorbo de una Faringdon para conseguirla?

-Emily no es cualquier Faringdon. Pronto dejará de ser una Faringdon: será mi esposa.

-No me digas que se trata de una unión por amor -exclamó Araminta.

-Más bien de una inversión. Así me dijeron.

-¡Una inversión! Esto es demasiado. Simón, por todos los cielos, ¿qué te propones?

-Tengo treinta y cinco años. -Simón contempló las llamas en el hogar-. Ya soy un hombre mayor. Tú misma me has estado diciendo que debería cumplir con mi deber y asentarme.

-Claro. Pero eres el conde de Blade y has acumulado una considerable fortuna en los últimos años. Estabas en condiciones de elegir una candidata más apropiada. ¿Por qué te decidiste por la señorita Faringdon?

Simón alzó las cejas.

-Creo que fue al revés: ella me eligió a mí.

-Cielos, no puedo creer lo que oigo. Supongo que, al menos, tiene la apostura de los Faringdon. ¿Es alta y rubia?

-No. Es más bien baja, pelirroja, tiene pecas, la nariz respingona y usa gafas. Tiene el aspecto de un duende inteligente y acostumbra decir “demonios” cuando está preocupada.

-Por Dios. -Lady Merryweather estaba realmente azorada-. Simón, ¿qué hiciste?

-Tía Araminta, en realidad, creo que Emily causará sensación cuando la presente en sociedad.

-¿Quieres presentármela? -Primero, Araminta adoptó una expresión de horror y luego comenzó a intrigarla el desafío-. ¿Quieres que transforme a un duende en un éxito social?

-No conozco a nadie más adecuado para que se encargue de eso. Me temo que será una cuestión delicada. Definitivamente, Emily necesitará alguna clase de orientación, porque nunca se ha presentado en sociedad, pero no deseo que se desanime ni se sienta abrumada con un exceso de reglas y rigores. Creo que eres muy capaz de apreciar sus cualidades poco comunes y encontrar el modo de sacarles el mejor provecho posible.

-Simón, no sé si existe una forma eficaz de volver presentable a un duende bajito y pelirrojo, que dice "¡Demonios!" cuando está inquieto.

-No te preocupes: estoy seguro de que encontrarás el modo. Tengo absoluta confianza en ti.

-Bueno, te aseguro que haré todo lo posible. Dios sabe, Simón, que es lo menos que puedo hacer por ti, después de todo lo que has hecho por mí. Si hace unos años no me hubieras rescatado de la pobreza, aún estaría enclaustrado en ese montón de ruinas de Northumberland.

-Araminta, no me debes nada -dijo Simón-. Soy yo el que te estará eternamente agradecido por haberme ayudado a cuidar de mi madre y por haber vendido tus últimas joyas para comprarme ese nombramiento.

Araminta hizo una mueca divertida.

-Ayudarte a iniciar una carrera fue la mejor inversión de mi vida. Las joyas y la ropa que puedo comprar ahora valen mucho más que las que tenía entonces.

Simón se encogió de hombros.

-Te lo mereces. Bien, volvamos al tema del comienzo:
la-presentación de mi esposa en sociedad. Como dije, dejaré el asunto totalmente en tus manos. Pero yo me encargaré de neutralizar un posible problema que veo asomar en el horizonte.

Araminta lo miró suspicaz.

-¿Qué tipo de problema, Simón?

-Mi novia es una muchacha bastante impetuosa y al parecer eso le acarreó un Infortunado Incidente unos años atrás.

-¿Un incidente? -preguntó Araminta en tono severo-. ¿Cuán terrible fue ese incidente?

-Emily se dejó dominar por un exceso de pasión romántica y huyó con un joven: así lo cuenta ella.

Araminta apoyó la cabeza en el respaldo mullido del sillón y cerró los ojos horrorizada.

-¡Buen Dios! -Volvió a abrir rápidamente los ojos y lanzó al sobrino una mirada sagaz-. ¿Fue irreparable? ¿Acaso el padre pudo encontrarlos antes de que ella y el joven traspasaran el límite?

-Todo indica que el muchacho involucrado no tenía la menor intención de casarse con Emily. De cualquier modo, la muchacha pasó la noche con él en la posada. Faringdon la encontró al día siguiente y la llevó de vuelta al hogar.

-¿Al día siguiente? ¿La encontró justo al día siguiente?
-Era obvio que Araminta estaba azorada-. Simón, no estarás hablando enserio. Confiésalo: estás burlándote de tu pobre tía.

-Hablo en serio, tía Araminta. Voy a casarme con una muchacha de pasado dudoso. Pero no te preocupes: te aseguro que me encargaré de que ese pasado desaparezca.

-¡Por Dios, Simón! ¿Cómo lo lograrás?

El sobrino se encogió de hombros con total despreocupación.

-Ya verás que mi título y mi fortuna resultan el quitamanchas más eficaz. Sabemos que es así. Y yo mismo cuidaré de limpiar hasta la última salpicadura que pueda aparecen

-¡Cielos!, estás divirtiéndose como un loco. -exclamó Araminta, mirándolo con repentina comprensión-. Esto es una gran aventura para ti.

-Como pronto descubrirás, sin duda, Emily tiene la virtud de poner pimienta en la vida de un hombre.

-Simón, seré franca: quizá la muchacha sea especial y sé que te atraen las personas originales,

pero tienes que pensar en lo que vas a hacer. Sencillamente, no puedes casarte con una joven que no es virgen, no importa lo encantadora que sea. Una cosa es que, después de casada, una mujer tenga discretos amoríos, y otra muy distinta es que los haya tenido antes de casarse. Eres el conde de Blade: tienes que pensar en tu nombre y en tu posición.

Simón apartó la mirada del fuego y observó a la tía con expresión divertida y burlona.

-Estás confundida, tía Araminta -dijo con suavidad-. No tengo dudas acerca de la inocencia de mi esposa. Te aseguro que Emily es pura como la nieve.

-Pero acabas de decir que hubo un escándalo en el pasado de la joven. Dijiste que huyó con un muchacho y que pasó una noche con él.

-Todavía no sé con exactitud qué pasó esa noche
-reflexionó Simón-. Pero estoy convencido de que Emily no compartió la cama con ese hombre.

-¿Cómo puedes estar seguro? -replicó Araminta, alzando las cejas-. ¿O acaso tú ya has compartido la cama con ella?

-No, lamentablemente, aún no lo he hecho. Te aseguro que estoy ansioso de que llegue mi noche de bodas. Creo que será una experiencia apasionante.

-Entonces, ¿cómo puedes estar seguro de que Emily es inocente? -preguntó Araniinta exasperada.

Simón sonrió.

-Es difícil de explicar. Sólo puedo decir que Emily y yo hemos establecido una comunicación que se desarrolla en una esfera superior.

-¿En una esfera superior?

-Me refiero al mundo metafísico. Tía Araminta, el problema es que tú no lees suficiente poesía moderna. Déjame decirte que en ese plano trascendente dos espíritus afines pueden encontrarse en un arrebato de puras emociones intelectuales y entonces, ciertos temas se tornan transparentes.

Lady Merryweather lo contempló atónita.

-¿Desde cuándo te interesan los planos trascendentes y las puras emociones intelectuales? Blade, te conozco bastante como para saber que te traes algo entre manos. Lo presiento.

-¿Sí? Qué interesante, tía Araminta. Quizá también tú puedas acceder a una esfera más elevada del conocimiento.

De ordinario lord Ashbrook no frecuentaba los mismos clubes que Simón. En consecuencia, era necesario buscar al joven poeta donde solía exhibirse: en los clubes más pequeños de Saint James a los que concurría la juventud elegante.

Finalmente, Simón encontró a su presa en un salón de juegos de naipes. Ashbrook jugaba con esa actitpd negligente que constituía el último grito de la moda.

De un vistazo, Simón comprendió que el poeta evidentemente era el sueño de cualquier doncella, suponiendo que esa
doncella pasara por alto cierta debilidad manifiesta en los ojos y la barbilla. Sin duda, Ashbrook era apuesto al estilo de Byron:
de cabellos negros, melancólicos ojos oscuros y un matiz fatigado y petulante en la línea de la boca.

Simón se entretuvo bebiendo vino del Rin y leyendo un periódico, sentado en un sillón, hasta que su presa abandonó las mesas de juego alrededor de la medianoche. Junto con otro hombre, Ashbrook se encaminó hacia la salida del club, murmurando algo acerca de buscar acción en el infierno.

Simón se puso de pie y los siguió lentamente; esperó hasta que Ashbrook llamara un coche y se introdujera en él. El acompañante del poeta estaba a punto de subir cuando Simón le tocó el hombro. El hombre que se volvió enfadado hacia Simón era mayor y de aspecto más disoluto que Ashbrook. También estaba bastante borracho. Simón lo reconoció: era un jugador llamado Crofton, que frecuentaba los garitos.

-¿Qué es esto? ¿Quién es usted? -preguntó Crofton en tono despectivo, con la cara

Librodot

contorsionada por la irritación.

-Necesito hablar con Ashbrook. De modo que usted tendrá que esperar otro coche. -Simón dio al hombre un ligero empujón, que lo hizo retroceder trastabillando.

-¡Maldición! -exclamó Crofton, tratando de recuperar el equilibrio.

-A Grosyenor Square -ordenó Simón al cochero; se metió en el coche y cerró la portezuela de un golpe.

En la oscuridad del coche, Ashbrook refunfuñaba acurrucado en un rincón.

-¿Qué significa esto? Usted es Blade, ¿verdad?

-Sí, soy Blade. -Simón se sentó mientras el carruaje se abría paso a través de las calles atestadas.

-¿Qué le hizo a Crofton? Teníamos planes para esta noche.

-Esto no llevará mucho tiempo. Después de dejarme en mi casa, usted podrá volver a buscar a su amigo. Mientras tanto, tendremos que ponernos de acuerdo en una pequeña cuestión.

-¿De qué diablos está hablando? ¿A qué acuerdo se refiere? -Ashbrook, casi ahogado por la rabia, sacó una pequeña caja de rapé del bolsillo y tomó una pizca.

-Ashbrook, puede felicitarme. Aunque tal vez aún no se haya enterado, voy a casarme.

La expresión de Ashbrook se tornó cautelosa.

-Lo he oído.

-En ese caso, también sabrá que la joven con la que voy a casarme no le es desconocida.

-Emily Faringdon. -Ashbrook volvió la cabeza para mirar por la ventana del coche.

-Sí, Emily Faringdon. Al parecer, hace unos años, usted y mi novia compartieron una breve aventura.

Ashbrook volvió bruscamente la cabeza.

-¿Emily se lo dijo?

-Emily es una joven muy sincera -dijo Simón con suavidad-. Creo que no sabría mentir aunque se lo propusiera. También sé que esa noche no ocurrió entre ustedes nada de carácter, digamos, íntimo.

Ashbrook gimió y volvió a mirar por la ventana.

-Fue un fracaso desde el principio.

-Emily es imprevisible.

-Señor, no quisiera ofenderlo, pero Emily no es imprevisible: es peligrosa. ¿Le contÓ todo, supongo?

-Todo -repitió suavemente Simón.

-El golpe que me dio con ese maldito orinal me dejó con dolor de cabeza durante tres días.

-¿Tres días? Emily es muy fuerte a pesar de su tamaño.

-Casi muero de un resfriado por haber pasado la noche en un camastro, en el vestíbulo. El canalla del posadero aseguró que no tenía ninguna habitación desocupada. Pero yo creo que la esposa lo obligó a decir eso. Dios sabrá por qué esa mujer se sintió inclinada a proteger a Emily. Antes de esa noche, jamás había visto a la muchacha.

-Muchas personas sienten deseos de proteger a Emily. Tiene muchos amigos. Pero de aquí en adelante, sólo yo tendré el privilegio de protegerla y le aseguro que así lo haré.

Ashbrook le dirigió una mirada furtiva.

-Blade, ¿qué está tratando de insinuar?

-Sólo quiero decirle que siempre que sulla el tema de su aventura con la señorita Faringdon, usted tiene que dejar en claro que nunca existió tal aventura.

-¿Acaso quiere que finja que jamás sucedió?

-Exacto.

-Sin embargo, sucedió, se lo aseguro. No quisiera discutirle, pero es imposible afirmar que no ocurrió.

-Le sorprendería saber todo lo que puede borrarse cuando uno cuenta con poder, fortuna y un título. Y con un poco de cooperación de ciertas personas.

Ashbrook lo miró fijo.

-¿Acaso imagina que puede hacer desaparecer el escándalo?

-Oh, sí, puedo hacerlo desaparecer.

Ashbrook vaciló y durante un momento pareció inquieto. Luego sonrió con insolencia y tomó otra pizca de rapé.

-¿Qué espera usted que haga si alguien toca el tema?

-Si alguien tiene la insolencia de preguntar, deberá responder que en aquel momento usted estaba muy lejos de Little Dippington y que no sabe nada acerca del escándalo. Puede decir que estaba en Cumberland, tras las huellas dc Coleridge, de Wordsworth y de los otros poetas del Lago.

-¿Tengo que hacerlo? -rcfunfuñó Ashbrook-. Esa gente es mortalmente aburrida.

-Me temo que tendrá que hacerlo.

Ashbrook observó a Simón en silencio unos minutos; era evidente que estaba calibrando al conde.

-Blade, se dice que usted es un individuo misterioso; que está lleno de oscuros designios que los demás no descubren hasta que es demasiado tarde. Sin duda se trae algo entre manos. ¿A qué está jugando con la chica Faringdon?

-Ashbrook, mis planes no le conciernen.

-¿Qué motivos tengo para ayudarlo a usted, mintiendo acerca de lo que ocurrió hace cinco años?

-Si no me ayuda, me veré obligado a hacer lo que tendría que haber hecho uno de los Faringdon hace cinco anos:
retarlo a duelo.

Ashbrook se incorporó sobresaltado.

-¡Diablos, no se atreverá!

-Si se toma la molestia de preguntar en la galería Manton, le dirán que mi puntería es excelente. Ashbrook, le deseo a usted muy buenas noches. Ha sido una velada muy instructiva. -Simón golpeó con el bastón en el techo del coche y el vehículo se detuvo.

Mientras Simón se apeaba, Ashbrook se inclinó hacia adelante. De súbito, sus ojos oscuros lo escrutaron con atención.

-Usted no lo sabía, ¿verdad? Hasta que no mencioné lo del orinal y lo de la noche que pasé en el vestíbulo, usted no sabía que entre Emily y yo en esa ocasión no sucedió nada. Fue una trampa.

Mientras se apeaba, Simón le dirigió una sonrisa fugaz.

-Se equivoca, Ashbrook. Desde el comienzo supe que no había sucedido nada serio. Mi novia tiene inclinación por la aventura, pero no es ninguna estúpida. Sólo me faltaba conocer los detalles del incidente. De paso, puede agradecerle el golpe con el orinal.

-¿Por qué?

-Porque es la única razón por la que ahora no lo mato.

Ashbrook volvió a apoyarse en el asiento y buscó otra vez la caja de rapé. En la sombra, los ojos brillaron de furia mirando a Blade.

-Maldición. Es cierto lo que se dice de usted: es un malvado de sangre fría. Creo que siento pena por Emily, ¿sabe?

Diez días más tarde, Simón estaba sentado otra vez en su estudio plagado de dragones, y disfrutaba de una carta de Emily cuando lo interrumpió nuevamente el mayordomo para anunciar visitas inesperadas.

-Milord, desean verlo dos caballeros de apellido Faringdon. ¿Está para ellos? -preguntó Greaves, precavido. Innumerables cicatrices antiguas, incluyendo un llamativo tajo causado por un cuchillo que había atravesado toda su mandíbula, acentuaban el aspecto feroz de las facciones del mayor-
domo. Simón había sido la única persona que se encontraba cerca para coser la herida y lo había hecho lo mejor posible. Sin embargo, el conde era el primero en admitir que, si bien las puntadas

habían cerrado la herida, carecían de cierto toque artístico.

De mala gana, Simón volvió a plegar la carta.

-Hazlos pasar, Greaves. Estaba esperándolos.

Momentos después, Charles y Devlin Faringdon entraron en la habitación con el aire más austero y decidido que podían adoptar dos hombres tan apuestos como ellos.

-Ah, son mis futuros cuñados. ¿A qué debo el honor de esta visita? -Señaló a los jóvenes dos sillas frente a la que él ocupaba.

-Señor, hemos decidido que resulta imperioso hablar con usted en persona -anunció Devlin-. Sabemos perfectamente que usted está tramando algún juego diabólico con toda esa farsa del compromiso con Emily. Creímos que mostraría sus cartas antes de la boda.

-Pero ahora, en verdad piensa casarse con nuestra hermana -concluyó Charles, sombrío.

-Ciertamente estoy decidido a hacerlo. -Simón apoyó los codos en los apoyabrazos de la silla cubiertos de terciopelo púrpura y juntó las yemas de los dedos. Observó a los Faringdon a través de los ojos entrecerrados-. No me atrevería a hacer algo tan poco caballeresco como desistir. De modo que pueden quedarse tranquilos, si eso los preocupaba: esa boda se realizará tal como estaba proyectada,

-Bien -dijo Devlin-. Charles y yo somos hombres de mundo: usted no puede engañarnos. Sabemos que se trae algo entre manos. Estuvimos pensándolo y hay un solo motivo por el cual desea casarse con Emily.

-¿Y cuál sería ese motivo... ? -preguntó Simón con suavidad.

Charles proyectó la barbilla en gesto desafiante.

-Usted se percató de que nuestra hermana puede proporcionarle otra fortuna por medio de las inversiones. De ese modo, lo tendría todo, ¿no es así?: la mansión Saint Clair, la
venganza contra nuestro padre y la promesa de una segunda fortuna en bonos.

-Intenta utilizar a nuestra hermana del modo más inescrupuloso -afirmó Devlin-. Y la pobre es tan estúpida que no tiene idea de las verdaderas intenciones de usted.

Simón reflexionó unos instantes.

-¿No podéis creer que me caso con vuestra hermana sencillamente porque le he tomado afecto y porque sé que será una excelente esposa?

-Blade, no puede engañarnos -replicó Devlin-. Usted no la ama. El único motivo que lo induce a olvidar el escándalo es la promesa de obtener otra fortuna.

-Maldito sea, es así. No somos estúpidos, ¿sabe? Usted podría hacer algo mucho más provechoso que casarse con una joven tonta que se ha procurado la ruina -agregó Charles en tono cómplice-. Hablando con franqueza, nuestra Emily es mercancía en mal estado.

Simón se puso de pie en actitud negligente y dio unos pasos hacia Charles. Se acercó, estrujó en el puño la corbata del joven, impecablemente anudada, y lo alzó en vilo. Charles abrió los ojos.

-¿Qué diablos...?

El final de la pregunta se perdió mientras Simón giraba rápidamente con un movimiento de las antiguas artes marciales que había aprendido en Oriente. El conde sabía que ese método poco ortodoxo, capaz de matar, dejaría atónito a cualquiera de los jóvenes que solían practicar boxeo en la academia Jackson para Caballeros. Pero se asombrarían aún más si conocieran las complejas técnicas para desarrollar la disciplina y el control mental que le habían enseñado los monjes junto con la destreza física.

Charles fue despedido girando hacia la chimenea. El joven Faringdon dio contra la repisa y se golpeó la barbilla sobre el mármol negro; se derrumbó lentamente sobre la alfombra con una expresión incrédula en los hermosos ojos.

-¡Dios mío! -Devlin se puso de pie de un salto y dio un paso hacia su hermano-. ¿Qué le ha hecho?

Simón atrapó a Devlin a mitad de camino y lo envió volando sin dignidad junto al hermano. Devlin golpeó contra la pared, se dobló sobre sí mismo con un gemido sofocado y cayó sobre la alfombra, junto a Charles.

Aturdidos y furiosos, los dos hermanos contemplaron a Simón mientras trataban de

Librodot

recuperarse.

-¡Maldito canalla! ¿Por qué ha hecho eso? -susurró Devlin, poniéndose de pie con dificultad.

-Por supuesto, eso fue por insultar a vuestra hermana. ¿Por qué creíais? -Simón, negligente, revisó su corbata: estaba en perfectas condiciones-. También, por no haber desafiado a Ashbrook hace cinco años, como hubierais debido hacer.

-Emily no lo hubiera permitido -gruñó Charles, mientras se frotaba la barbilla, se acercaba tambaleante a la silla y se dejaba caer pesadamente en ella-. Nuestra hermana nos dijo que era tan culpable como Ashbrook. Nos dijo que algún día, Ashbrook sería un gran poeta y que no debíamos privar al mundo de semejante talento.

-Emily no tendría que haberse preocupado por ese problema -replicó Simón observando con desagrado a los dos jóvenes torpes-. Vosotros deberíais haberos encargado de resolverlo.

-Nuestro padre nos advirtió que teníamos que acallar de inmediato el escándalo. Retar a Ashbrook no habría hecho más que aumentarlo -murmuró Devlin.

-En realidad, fue Emily la que defendió esa noche su propio honor. Pero Emily siempre tuvo que cuidarse sola, ¿no es cierto?

Devlin miró a Simón con gesto torvo.

-¿De qué habla? Por Dios, Emily pasó la noche con ese hombre, ¿no es verdad? Ella se deshonró.

-No, no fue así. Emily golpeó a Ashbrook en la cabeza con un orinal, y el poeta tuvo que pasar la noche en el vestíbulo.

-Bueno, nosotros sabemos que eso fue lo que en realidad ocurrió -replicó impaciente Charles-. Emily nos lo contó a la mañana siguiente. Pero de todos modos, su reputación ya estaba destruida. Al menos, eso fue lo que afirmó nuestro padre.

-A partir de ahora -dijo friamente Simón- el incidente nunca sucedió. Y me ocuparé en persona de destruir a cualquiera, absolutamente a cualquiera, que diga lo contrario. ¿He sido claro, caballeros?

Los mellizos tragaron saliva, contemplaron a Simón con la boca abierta y luego intercambiaron miradas confundidas.

-Señor, usted no puede borrar así como así esa mancha en la reputación de Emily -dijo por fin Charles con cautela.

-Pronto se convencerán de lo contrario -replicó Simón.

Capítulo 7

-Eso es todo, Higson. Puede irse. -Simón hizo una mueca al percibir el insólito acento de impaciencia de su propia voz cuando despidió al ayuda de cámara. De ningún modo podía permitir que su férreo autocontrol se debilitase sólo porque esa era la noche de la boda.

-En ese caso, señor, me tomaría la libertad de felicitarlo por su matrimonio. -Higson, un hombre bajo, robusto, de aspecto sólido, tenía cierto parecido con un dogo, y había estado al servicio del conde durante los últimos diez años, porque tenía todas las cualidades necesarias. Se detuvo un instante junto a la puerta. No se inmutó ante el tono brusco de Simón: más bien lo contempló con un brillo divertido en los ojos pálidos. Podía tomarse esa confianza, porque en algunas ocasiones había peleado contra los piratas junto al amo.

-Gracias, Higson -dijo Simón, lacónico.

Higson hizo una reverenda y se retiró.

De inmediato, la mirada de Simón se dirigió a la puerta que comunicaba con el dormitorio de Emily.

Sintió un nudo en la boca del estómago. En el último rato no había oído movimientos provenientes de la otra habitación. Era evidente que su esposa estaba esperándolo en la cama.

Su esposa. Simón contempló la puerta y recordó el aspecto de Emily esa misma mañana,

cuando había entrado en la atestada iglesia del pueblo.

Caminó con prudencia por el pasillo, pues se había negado terminantemente a usar las gafas. Pero esa ligera vacilación en el andar y la tímida luminosidad de los ojos verdes le habían conferido el aire de una princesa encantada que se aventuraba en un mundo desconocido. Y el vestido blanco bordeado con cintas de plata realzaba esa impresión. Simón, azorado, se había sentido protector y, al mismo tiempo, sobremanera posesivo.

Todo el pueblo había concurrido a la iglesia vestido con sus mejores ropas. Sin duda, Little Dippington había aprobado esa boda. Todos los miembros de la sociedad literaria tenían los ojos húmedos.

La inesperada fascinación del conde por su flamante novia le había hecho ignorar casi la presencia de Broderick Faringdon y los hermanos de Emily. Los tres contemplaron la ceremonia con el gesto adusto que cabía esperar: cualquiera podría decir que Emily sería llevada a Australia contra su voluntad y no que iba a convertirse en una rica condesa.

Claro, pensó Simón dirigiéndose hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones, en lo que a los Faringdon se refería, Emily estaba perdida para ellos como si en realidad se encontrase al otro lado del mar. Después de esa noche, pertenecería por completo al marido. Ya no sería una Faringdon. Simón no quería que ninguno de los Faringdon lo olvidara.

Simón echó una mirada en torno de la alcoba que antaño había pertenecido a su padre con la mano puesta en el picaporte. Un profundo júbilo lo inundó: otra vez Saint Clair y todo lo que contenía estaba en manos de los Traherne.

“Papá: puedes estar seguro de que yo no lo perderé como tú”, juró Simón al fantasma de su padre, que siempre moraba en alguna parte de su alma.

Veintitrés años eran una larga espera, pero había valido la pena. Y la venganza apenas comenzaba. Tan satisfactorio como hoy había sido recuperar Saint Clair, sería ver a los Faringdon hundirse inevitablemente en la ruina financiera.

Simón abrió la puerta y entró en la oscura alcoba contigua a la de él.

-¿Emily? ¿Por qué no le pediste a la doncella que dejara una vela encendida? ¿Tienes vergüenza, mi amor? -Simón avanzó por la habitación mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad-. No es necesario. Recuerda que tú y yo nos comunicamos en una esfera superior.

Se detuvo a los pies de la cama con baldaquino e hizo una mueca al comprobar que no había ningún duende pelirrojo bajo las mantas.

-¿Emily?

Entonces vio la nota prolijamente plegada sobre la almohada. Una ráfaga de miedo lo sacudió. Simón rodeó la cama y tomó el papel. Lo llevó hasta la puerta abierta para leerlo a la luz que entraba desde su propio dormitorio.

Mi querido Simón:

Si hallaste esta nota, significa que te sentiste obligado a cumplir con los deberes conyugales. ¡Cuán propio de ti acatar los preceptos del honor y la responsabilidad, aunque tus inclinaciones personales te indiquen lo contrario! Pero te aseguro que es absolutamente innecesario.

Puedes estar tranquilo: no tengo intenciones de molestarle con mis pasiones excesivas ni esta noche, nj ninguna otra, hasta el momento en que tú sientas una chispa de sincero afecto y amor hacia mí. Aunque pasen años, estoy dispuesta a esperar todo el tiempo que haga falta.

Tu amante esposa

-¡Por todos los diablos! -Simón estrujó la nota en el puño. Entonces una sonrisa maligna reemplazó al gesto irritado. Tendría que haberlo imaginado: su noche de bodas sería fuera de lo común. Los duendes son criaturas impredecibles.

Se preguntó dónde se habría ocultado y recordó que su propio duende sería incapaz de abandonar la antigua costumbre de escribir todas las noches en el diario.

Simón salió al vestíbulo en sombras y se dirigió a la escalera. La casa estaba en completo

silencio. Sólo estaban Emily, él y los sirvientes, y estos últimos sin duda se habrían acostado hacía rato.

Simón se había negado a que los nuevos parientes se quedaran en la casa aun esa noche. Había informado a los Faringdon que debían procurarse otro hospedaje en cuanto finalizara la ceremonia de la boda. En realidad, a Simón no le importaba dónde pasaran la noche. Sin embargo, estaba seguro de que habían partido de inmediato hacia Londres y eso lo satisfacía. Cuanto antes regresaran a las salas de juego, antes caerían en la ruina.

Simón llegó a la cima de la escalera y vio que salía luz debajo de la puerta de la biblioteca. Soltó una risita y cruzó el piso de mármol. No era tan difícil seguir las huellas de una huidiza esposa duende.

Simón abrió la puerta del estudio y entró en la habitación. Emily, sentada al escritorio, escribía afanosamente en un libro encuadernado. Al oír la puerta que se abría, alzó la mirada. Tenía puesta la bata de seda y el cabello oculto en una toquilla blanca. Miró al conde y los ojos se agrandaron tras las lentes.

-¡Simón!

-Buenas noches, querida. ¿No crees que es un lugar inadecuado para pasar la noche de bodas? -Simón cerró la puerta y se acercó a la chimenea. Se arrodilló para encender el fuego que ya estaba preparado. Esto no es tan cómodo como tu dormitorio.

-Simón, ¿qué estás haciendo aquí? -Emily se levantó de un salto-. ¿Encontraste mi nota?

-Oh, sí, la encontré. -Simón se puso de pie, sacó del bolsillo la nota arrugada y la arrojó a las llamas. Se volvió y sonrió a Emily por encima del hombro-. Mi amor, fue muy considerado de tu parte respetar mis sentimientos respecto de estas cosas.

Emily se ruborizó y bajó la mirada.

-Es que no quisiera importunarte con mis pasiones excesivas.

Simón apoyó un brazo en la repisa de la chimenea y contempló a su esposa. Se había casado con una mujer que estaba

convencida de que podía asustar al marido con su pasión. Sólo Emily podía dar semejante giro a la noche de bodas.

-Mi querida, tendría que haberte aclarado que tu pasión no me importuna. Estoy ansioso por cumplir mis responsabilidades conyugales.

-Es muy amable de tu parte, pero es obvio que esta noche sólo cumplirías con tu deber al hacerme el amor, y yo no lo soportaría.

-Entiendo. ¿Y no creíste poder explicármelo en persona? ¿Tenias que dejarme una nota?

-Pensé que sería más sencillo si te dejaba la nota informándote que no esperaba nada de ti. -Juntó las manos frente a ella y las contempló-. Es un poco incómodo explicar estas cosas personalmente, ¿me comprendes?

-No para nosotros, por cierto -replicó Simón con gentileza-. Tú misma señalaste que nuestra comunicación se desarrollaba en un plano superior. Nosotros tenemos la libertad de tratar temas a los que otros matrimonios sólo pueden referirse por medio de circunloquios.

-Simón, ¿crees que es cierto? -Alzó la mirada buscando la del esposo.

Simón vio la ansiedad y la esperanza en los ojos de Emily y sonrió para ocultar una sensación de fría complacencia.

-Sí, Emily, estoy seguro. -Se acercó a la mesa donde estaba el coñac y alzó el botellón-. Pensé que tú también lo creías así. Después de todo, fuiste tú quien me lo explicó.

-Bueno, esperaba que fuera cierto -dijo Emily, candoroso-. Pero cuando comprendí los motivos que te llevaban a casarte conmigo ya no estuve segura de que sentías la misma comunicación pura, metafísica que yo siento. Al menos, no en este momento.

-¿Pero esperabas que llegara a sentirlo?

-Oh, sí, Simón. Cifro todas mis esperanzas en que así suceda. Precisamente por eso me atreví a proponerte que nos casáramos. Pero hasta entonces no deseo que te sientas en modo alguno obligado a cumplir con tus deberes de marido. Ya me siento bastante mal por haberte convencido de llegar hasta este punto.

Simón se atraganto con el coñac y tosió.

-Emily, te aseguro que no me sentí obligado a casarme contigo. Rara vez hago algo que no desee hacer.

-Lo sé, pero en estas circunstancias, me permitiste que acumulara argumentos en favor de la unión entre nosotros. Me pesaría en la conciencia si, además, insistiera en que cumplieras tu obligación de esposo en la cama. Ya me has dado bastante con t4apellido. Sería injusto y ambicioso esperar más de ti.

-Querida, muy considerado de tu parte. -Simón la miró con solemnidad: Emily parecía trágicamente decidida a adoptar una actitud noble y resistir su dulce apasionamiento. No obstante, solamente verla excitaba a Simón más que ninguna otra mujer en los últimos años. A duras penas pudo controlar un repentino y salvaje impulso de arrojar a Emily sobre la alfombra y hacerla suya en ese instante.

Lo recorrió una intensa ráfaga de deseo. Simón se asustó al comprender que su inconmovible autocontrol estaba en peligro. Ninguna mujer le había hecho perder el dominio de sí.

-¿Simón? ¿Sucede algo malo?

El hombre movió la cabeza y dejó la copa medio vacía. ¡ Diablos! Tenía que hacerse cargo de la situación. Sin importar lo que Emily creyera, él había decidido casarse, había adoptado esa forma de venganza que destruiría a toda una familia. Acostarse con Emily era sencillamente el próximo paso en esa venganza. En ese mismo instante Broderick Faringdon debía de estar rechinando los dientes porque, después de todo, Faringdon era un hombre, un padre. Comprendería que, desde la mañana siguiente, su hija pertenecería a un enemigo del único modo en que una mujer puede pertenecer a un hombre: los Faringdon la perderían para siempre.

Pero Simón recordó que tenía que enseñar al duende a rendirse a su propia, mágica pasión.

-No, mi querida -dijo el conde, reflexivo-. Sólo estaba pensando en un hecho fundamental que te ha pasado inadvertido.

-¿Cuál?

-Afirmas que nosotros podemos comunicarnos en un extraño terreno metafísico.

-Lo creo con todo mi corazón, Simón. Si no fuera así, jamás te hubiera convencido para que nos casáramos. Lo juro.

El conde asintió.

-Y desearías que esa comunicación entre nosotros se profundice y se consolide, ¿no es cierto?

-Oh, sí. -Los ojos de la joven brillaban como gemas-. Lo deseo con toda mi alma. Es mi meta más anhelada y estoy dispuesta a esforzarme para alcanzarla.

-Te aseguro que es una meta valiosa y que yo la comparto contigo.

-Simón, no sabes lo feliz que me hace oírte decirlo.

-Bien. He estado pensando en este problema. Creo que deberías tener en cuenta un método para, digamos, acrecentar nuestra relación metafísica: tendríamos que llevarla lo más rápidamente posible al terreno físico.

Emily lo miró asombrada.

-¿Extenderla al terreno físico, milord?

-Claro. Es lógico que lo físico y lo metafísico estén íntimamente ligados, ¿no crees?

-Bien...

-Lo que suceda en un plano sin duda produce efectos en el otro. ¿No estás de acuerdo?

Emily frunció el entrecejo, reflexiva.

-¿Crees que lo que ocurre en el nivel metafísico es una proyección de lo que sucede en el plano físico? Es una idea fascinante. Y tienes mucha razón, milord. Tiene lógica.

-A la luz de esta teoría, te propongo que consideres las ventajas de permitirme cumplir esta noche con mis deberes maritales.

-Oh, Simón, pero no podría...

El conde alzó una mano pidiéndole silencio.

-No en tu beneficio, sino en el mío.

-¿En tu beneficio? -La muchacha pareció confundida.

-Claro, si estoy en lo cierto, el resultado sólo puede redundar en nuestro mutuo beneficio. Nuestra capacidad de comunicación trascendental se vería sobremanera acrecentada. Emily, estoy tan ansioso de consolidar nuestra unión metafísica como tú.

Los bellos ojos de Emily desbordaban de profundo y auténtico anhelo femenino. Mantenía las manos tan unidas entre sí que los nudillos estaban blancos. La suave boca temblaba.

-Simón, ¿en realidad crees que ese será el resultado?

Simón pensó que ninguna mujer lo había mirado con tan sincero deseo. Todo su cuerpo reaccionó con feroz violencia. El deseo corrió por sus venas como una droga poderosa. Su memoria ardió con el recuerdo de la primera vez que había llevado a la culminación a la que hoy era su esposa. Emily le pertenecía y pronto, todo su calor y su pasión femenina estarían irrevocablemente en su poder.

-Sí, Emily, creo que ese será el resultado. -Simón advirtió que su voz había enronquecido y las palabras le salían con dificultad-. Mi querida, te aseguro que no me opongo a realizar el experimento. ¿Lo intentamos y vemos qué sucede?

-Oh, Simón. -Emily bordeé el escritorio y corrió a arrojarse en brazos del hombre-. Mi señor, eres tan noble, tan generoso. No puedo creer que tenga la dicha de haberme casado contigo.

Simón sonrió entre los rizos rojos que escapaban de la toca blanca. La expectativa lo hacía latir de deseo.

-El afortunado soy yo.

-No, no, yo soy la afortunada. Quizá no merezca un marido tan maravilloso como tú, después del modo en que me perdí hace cinco años, pero te tengo y me siento agradecida. Debe de ser el destino.

-Sin duda. -La besó en la frente y le quitó con suavidad la toca y los anteojos. El cabello se derramé como fuego sobre los hombros de la muchacha. El conde le besó los párpados y las pestañas se agitaron como mariposas.

-¿Simón? -La mujer lo miró y lo tomó de las solapas de la bata negra de brocado.

-Calla, mi amor. Por esta noche, ya hemos hablado demasiado. Llegó el momento de aprender a comunicamos de otra forma. -El conde posó la boca sobre los labios abiertos de la muchacha y oyó la suave queja atrapada en la garganta de Emily.

Simón gimió con suavidad y deslizó la lengua dentro de la tibia boca de Emily. El hambre que sentía era tan intensa que no podía pensar con claridad. Tuvo la vaga idea de que debía tomar a su novia de la mano y llevarla escaleras arriba, pero le pareció que la alcoba estaba demasiado lejos. La deseaba ahora. Nunca había deseado con tanta fuerza a una mujer. El anhelo lo hacía arder.

Y ella lo deseaba: podía sentirlo. El dulce deseo de Emily la hacía temblar entre sus brazos. El anhelo la sacudía y la noción de que ese anhelo la debilitaba colmé a Simón de una increíble sensación de poder.

El hombre le desaté la bata y la dejó caer por los hombros de la joven. La prenda cayó a sus pies, pero Emily no se movió. Simón la contemplé y vio los pequeños cfrculos oscuros de los pezones erguidos que empujaban la fina tela del camisón.

-Me deseas -susurré el conde contra el cuello de la joven.

-Más que a nada en la vida. Te amo, Simón. -Enlazó los brazos en torno del cuello del hombre y le besó la barbilla con timidez-. Te juro que seré una buena esposa.

El hombre la condujo a la alfombra, junto al fuego. Ella lo siguió sumisa, escondiendo la cara ardiente en la bata de Simón. Él oyó que lanzaba un leve suspiro y se estremecía otra vez.

-¿Tienes frío? -le preguntó, acomodándose junto a ella.

-No. -La muchacha lo miró y luego ocultó rápidamente los ojos tras las pestañas-. No, el fuego es suficiente. No siento frío, pero por alguna razón, estoy nerviosa.

El conde sonrió y deslizó una mano bajo la solapa del canilsón. Luego inclinó la cabeza y la besó en la base del cuello.

-En estas circunstancias, es una reacción comprensible.

-¿Sí? -Lo miró, ansiosa.

-Es que no estás habituada a la comunicación en el plano físico.

-¿Y tú?

La pregunta sobresalté a Simón y lo sorprendió más aún su propia respuesta.

-No -dijo con tono denso. Nunca en su vida le había ocurrido algo así-. El anhelo jamás había sido tan intenso y desordenado-. No, mi amor, esto es nuevo para mí

La sonrisa de Emily fue temblorosa.

-Entonces, exploraremos juntos este reino extraño como viajeros en una misteriosa expedición.

-Sí, por cierto -exclamó el hombre.

Mientras desataba los lazos del camisón y se lo quitaba con lentitud, los dedos de Simón temblaban levemente. Lanzó un profundo suspiro cuando se apoyé sobre el codo y contemplé el tesoro que acababa de descubrir. Estaba extasiado con la graciosa y femenina curva de los pechos pequeños, fascinado por la forma sensual de las caderas, hechizado por la esbeltez de las piernas.

-Emily, eres encantadora. -Acercó una mano y recorrió con ella el círculo rosado que coronaba uno de los blancos pechos. Luego tomó el pezón entre el pulgar y el índice y lo masajeó con suavidad. Lo sintió erguirse y llenarse como una fruta madura y jugosa. Incapaz de resistirlo, Simón inclinó la cabeza y atrapé la fruta entre los dientes.

Emily emitió un sonido ahogado y se arqueé contra la boca del hombre. Agité salvajemente los dedos en el aire.

-¡Simón!

El hombre percibió la tensión que vibraba en ella y vibró al unísono. Su cuerpo respondía en frenético clamor. Deslizó la mano por la cadera de la muchacha buscando los rizos rojos entre las piernas. Cuando hallé la fluida y cálida miel, creyó que se volvería loco. Ahora el hambre voraz lo consumía, todo su cuerpo ardía.

Simón, me siento tan extraña.

Aturdido, alzó la vista y vio la nueva expresión de lánguida sensualidad en el rostro de Emily. Le tomó la mano y la guié bajo su bata de noche.

-Lo sé, mi amor: también yo. Tócame, Emily. -Con un movimiento de hombros se deshizo de la bata-. ¡Tócame! -oprimió con fuerza la mano de la muchacha contra su virilidad inflamada.

Los ojos de Emily se abrieron sorprendidos y maravillados.

-Simón, ¿te encuentras bien?

-No, pero pronto tú me aliviarás. -La besé en los labios para darle tranquilidad, pero le impidió retirar la mano-. Mi dulzura, eso me hace sentir tan bien... Ah, sí, aprisióname entre tus dedos. Sosténme. -se movió con suavidad entre los dedos de ella, sintiendo una tortura tan exquisita que pensó que iba a transformarse en una hoguera.

Cuando Emily no intentó retirar la mano y comenzó a intrigarla la respuesta del cuerpo de Simón, este le solté la mano. Tocó la sedosa piel de los muslos, trazando un azaroso recorrido que terminó en los turgentes pétalos que ocultaban los secretos de la muchacha. Con lentitud, deslizó un dedo en la estrecha abertura. En ese instante descubrió con el pulgar la pequeña espiga de sensible carne femenina.

Emily lanzó un grito y su mano se cerró, convulsivo, sobre el miembro de Simón. El conde contuvo el aliento, mientras su control estallaba y se fragmentaba fatalmente. Entonces comprendió que no podría esperar un minuto más. El efecto de la joven sobre él era demasiado potente. No deseaba humillarse culminando entre los dedos de ella, derramando su simiente sobre el suave abdomen de Emily.

-Emily, llegó el momento. Que Dios me ayude, no puedo esperar más. -Rodó encima de ella y se inclinó para separarle los muslos. Guié su miembro hacia la pequeña gruta húmeda.

-¿Simón?

-¿Confías en mí, pequeña?

-Oh, sí, Simón. Confío en ti por completo. -Lo miré a través de las pestañas, con los brazos rodeando la espalda del hombre.

-Emily, te prometo que siempre te protegeré. Recuérdalo. Pase lo que pase, tienes que saber que siempre te cuidaré.

-Sí, Simón.

Simón la contemplé unos instantes y pensó que nunca había visto nada tan maravilloso como la imagen de Emily navegando en las orillas de su propia pasión. Deslizaba la punta de la lengua sobre el turgente labio inferior. Un sonrojo encantador le cubría
las mejillas. El conde sentía el cuerpo de la joven firme, elástico y exquisitamente erótico. Recordé que tenía que ser cuidadoso con ella. Era virgen y él no deseaba lastimarla.

Pero el ansia de hundirse en la tibieza de Emily le nublaba los sentidos. La abrió con los dedos, separando levemente los pétalos antes de penetrar en ella con lentitud. Entonces luché por controlar el poder que se desató en su propio cuerpo. Le brotó el sudor de la frente y le humedeció el pecho.

-¿Simón? -El tono de Emily expresaba confusión. Ahora sentía una tensión diferente: la ansiedad sensual había sido reemplazada por un especie de temblor.

-La primera vez puede ser difícil para ti -logró decir Simón-. Eres muy pequeña, estrecha.

-No sé si me gusta esta parte, Simón.

El conde gimió.

-Trata de relajarte. Confía en mí, pequeña. Abrázame y entrégate a mí.

-¿En verdad crees que esto acrecentará nuestra comunicación en un plano superior? -preguntó la joven con un matiz de desesperación.

-Sí. Por Dios, sí. -El hombre ya no podía contenerse. La penetró profundamente con un poderoso impulso. Al mismo tiempo, la abrazó contra él, le cubrió la boca con la suya y bebió con avidez de los labios de la muchacha el grito de sorpresa. Sintió que Emily le clavaba las uñas en la espalda.

-¡Demonios, Simón! -Emily cerró los ojos con fuerza. Respiraba con agitación y le temblaba todo el cuerpo.

Simón permaneció un momento inmóvil, aspirando grandes bocanadas de aire, mientras esperaba que Emily se habituara a la invasión. Pero la muchacha no se movió: era evidente que sentía temor de hacerlo.

-Emily. Emily, mi dulzura, mírame -rogó Simón. Se sentía a punto de perder el dominio-. ¿Te he lastimado?

Emily agité las pestañas y las alzó. Sus ojos de gema habían perdido todo rastro de sensualidad. En su lugar había una expresión valiente y decidida.

-¿Se acabó?

Simón murmuró una maldición. Ella era tan pequeña, tan frágil y suave. El hombre se sintió pesado, extraño, incapaz de detener la transpiración mientras trataba de recuperar el dominio de sí.

-No -murmuré el conde-. Todavía no terminó.

-Qué mala... -Emily se pasó la lengua por los labios- ...suerte.

-Maldición, Emily. He sido torpe, lo siento. Tendría que haber procedido más lentamente.

-Eso hubiera ayudado -respondió Emily, sin aliento-. Pero no debes culparte, mi amado Simón. -Le dio unas palmadas en la espalda tratando de tranquilizarlo-. Al parecer, este tipo de comunicación requiere cierta práctica.

Simón sofocó una exclamación que podía ser una risa o un gemido, no estaba seguro. Sus sentidos galopaban como caballos pura sangre lanzados a la carrera.

-Sí, algo de práctica -dijo Simón-. Tú y yo practicaremos- a menudo, -con suma cautela, apelando a la última brizna de voluntad que pudo reunir, Simón comenzó a moverse dentro de ella. Se retiró casi por completo del estrecho pasaje y luego la penetró nuevamente con lentitud.

Simón sintió que Emily se retorcía vacilante debajo de él y trataba de habituarse a la extraña sensación de tener un hombre dentro de ella. El leve y delicioso movimiento fue demasiado para el conde y lo lanzó fuera del límite.

-¡No, Emily! ¡Quédate quieta...

Ya era demasiado tarde. Se derramé dentro de ella con un grito áspero y sofocado, aplastándola contra la alfombra, abrazándola como si no fuera a soltarla jamás. El calor de las llamas que danzaban en el hogar se mezclé con el calor del cuerpo de Emily. Simón se rindió al poderoso orgasmo, perdido en el cuerpo de la mujer como nunca antes en su vida.

Se sostuvo en el aire durante un momento infinito, y luego, con un gruñido sordo, cayó encima

de Emily. Permaneció así largo rato, con el cuerpo húmedo de transpiración y todos los músculos relajados. Tenía la nebulosa percepción de que
nunca en su vida se había sentido tan colmado y satisfecho. Retuvo con lentitud el aliento y abrió los ojos.

Emily le sonrió vacilante, con la mirada desbordando de curiosidad y sorpresa.

-¿Y bien? -preguntó, cuando vio que él alzaba las pestañas.

Simón la miró y se sintió sobremanera aturdido.

-¿Bien, qué?

-¿Crees que dio resultado?

Simón comprendió que había perdido el hilo de la conversación. Trató de retomarlo.

-¿Qué dio resultado?

-Nuestro experimento para consolidar la comunicación metafísica. Simón, ¿te sientes más cerca de mí en el plano trascendental?

-¡Por Dios! -El conde parpadeé y rodó lentamente hacia un lado abrazando a la joven contra su pecho desnudo. Contemplé el alto cielo raso durante unos momentos, tratando de aclarar las ideas.

-¿Simón? -Emily le tocó con timidez el vello del pecho. Sí, por todos los diablos! -gruñó, pensando que la
última cuestión que podía interesarle en ese momento era la comunicación metafísica.

-Me alegro -dijo la joven con sencillez y apoyé la cabeza en el hombro del conde.

Simón miró los rizos rojos de la muchacha que brillaban con el resplandor de las llamas. “Como si fueran de cobre bruñido”, pensó. Entonces, lo golpeó la realidad con toda su fuerza.

-Esta es nuestra noche de bodas.

-Sí.

-Nuestra noche de bodas... y acabo de hacerte mía sobre el piso de la biblioteca. ¡Por Dios.., la biblioteca!

-Prefiero pensar que acabas de hacerme el amor en el piso de la biblioteca -dijo Emily en medio de un gran bostezo.

-Debo de haber perdido la razón. -Simón se sentó de golpe y se pasó los dedos por el cabello-. Tendríamos que haber estado arriba, en tu cama. O en la mía.

-No te preocupes, Simón. No me importa en qué lugar pasamos nuestra noche de bodas. -Emily sonrió soñolienta- Puedo abstenerme de contar los detalles en mi diario.

-¡Buen Dios! Ni se te ocurra contar los detalles en tu diario. -El conde se puso de pie y se cubrió rápidamente con la bata. Luego se inclinó, ayudé a Emily a incorporarse y le pasó el camisón por la cabeza. Vio que estaba manchado con los residuos del amor y con la evidencia de la virginidad de la muchacha y comprendió que habían hecho el amor encima de la prenda. La arropé enseguida con la bata de seda. Lo asaltó un leve arrebato de culpa.

-Emily, ¿estás bien?

La joven frunció la nariz.

-Me siento pegajosa y un poco magullada. Pero, por otra parte, estoy muy bien. ¿Y tú? Simón, ¿te sientes bien?

-Sí, me siento bastante bien -le respondió Simón con aspereza. La alzó en los brazos y se encaminé hacia la puerta.

No obstante, no se sentía del todo bien. Se sentía extraño y no le gustaba esa sensación. Esta mujer le había hecho perder por completo el dominio de sí.

Eso nunca le había ocurrido antes. Tendría que haber controlado la situación desde el principio hasta el fin. Tendría que haber manejado la situación con mucha mayor sutileza. Y en lugar de eso, había caído en la vorágine de una pasión que arrasó su control.

Simón hizo un gesto contrariado al comprender que aunque no lo supiera el duende pelirrojo había tomado el control esa noche. Desde que hallé la nota sobre la almohada, el conde había bailado al son que había tocado la esposa. El se preguntó si la muchacha tenía alguna noción del poder que había ejercido esa noche. Las mujeres solían reconocer rápidamente su propio poder y una Faringdon sería mucho más veloz para aprovechar la ventaja.

Sin embargo, Simón recordé que Emily ya no era una Faringdon. Ahora era suya.

-Simón -Emily lo miró dubitativo mientras él la llevaba escaleras arriba- ¿estás enfadado?

-No, Emily -le contestó, mientras atravesaba los escalones cubiertos por la alfombra roja-. No estoy enfadado.

-Tienes una expresión extraña en el rostro. -La joven sonrió, serena-. Espero que se deba a los efectos de nuestros esfuerzos para comunicamos en el plano físico tanto como en el metafísico. Es agotador, ¿verdad?

-Condenadamente agotador -replicó Simón.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, colmada de expectativa, Emily corno escaleras abajo a tomar el desayuno, pero comprendió de inmediato que el encantador vestido mañanero de color rosa no tendría quién lo apreciara. Simón no estaba esperándola para alabar el cuello plisado o el bordado de la falda que tanto trabajo habían costado a la modista del pueblo. Le informaron que el conde había salido a cabalgar muy temprano.

Emily se sintió decepcionada y observó cómo el mayordomo le servía el café. La noche anterior, cuando Simón la había llevado hasta la cama y luego se había marchado a su propio cuarto, también había sufrido una desilusión. Pero se consoló pensando que así ocurrían las cosas en el mundo de la gente elegante. Todos sabían que rara vez los matrimonios pasaban la noche juntos. En los matrimonios por conveniencia solía ocurrir que cada uno de los esposos exigía un alto grado de intimidad.

No obstante, aunque la muchacha se sentía en parte culpable por haber arrastrado a Simón a un matrimonio de conveniencia, al menos en lo que a él se refería, había esperado que la relación entre ellos fuera muy distinta. En particular después de lo sucedido la noche anterior.

A medida que regresaban las imágenes de esa noche, Emily sintió que la recorría una sucesión de pequeños estremecimientos. Ahora se sonrojó al recordar cómo se sentía al yacer desnuda en brazos de Simón, junto al fuego. Vibraron sus nervios al evocar el resplandor extraño y mágico en los ojos dorados del esposo
mientras la aplastaba contra la alfombra. Aunque perturbador, había sido asombrosamente excitante la sensación de la penetración de él, de que en verdad se había vuelto parte de ella.

La experiencia era por completo distinta de lo que Emily podía haber imaginado. En realidad, sus sentidos habían sido un torbellino en medio de la embestida. Por cierto, no había vivido la sorprendente sensación de alivio que había sentido cuando Simón la había acariciado íntimamente la primera vez, pero lo ocurrido la noche anterior era mucho más profundo. Durante un momento, habían formado un solo ser.

Mientras bebía el café, Emily pensó que Simón había tenido razón: semejante unión física los llevaría a acrecentar la comunicación en el plano superior. Era imposible que algo tan asombroso, tan potente y mágico dejara de afectarlos en la esfera metafísica. Tenía que haber una conexión entre ambos reinos.

Dio a Simón un voto de confianza por haber comprendido ese hecho e insistido con noble determinación en cumplir sus deberes de esposo en nombre de la experimentación metafísica. Era evidente que estaba decidido a contribuir para que el matrimonio funcionara. Y Emily acababa de entender que tarde o temprano el conde la amaría tan profundamente como ella lo amaba.

En especial ahora que la comunicación entre ellos se había profundizado tanto en el plano físico como en el metafísico.

Aunque estaba habituada a desayunar sola, ese día el silencio que reinaba en el comedor le pareció demasiado melancólico. No sentía deseos de remolonear. Estaba pensando que habría sido agradable que Simón la invitara a cabalgar con él, cuando entró Duckett. La expresión amarga de su

rostro se había acentuado en un gesto de desaprobación.

-Perdón, señora -dijo Duckett, austero- su padre envió a un muchacho a la cocina con un mensaje. Al parecer, requiere su presencia en el jardín del sur.

Emily lo miró atónita.

-¿Mi padre? Pero si partió de inmediato hacia Londres con Charles y Devlin en cuanto terminó la boda.

El gesto de Duckett se hizo más lúgubre aún, si eso era posible.

-Sin embargo, está aquí, señora. Me temo que, en realidad, está esperándola en el jardín del sur.

-Qué extraño. ¿Por qué no entra en la casa?

Duckett se aclaró la voz y dijo con cierto matiz de satisfacción:

-Creo que milord, el duque, ha prohibido al padre de usted que entre en la casa sin expresa autorización de su señoría, señora. Tengo entendido que el conde se lo dijo ayer, al finalizar el servicio.

Los ojos de Emily se agrandaron de asombro. Sabía que el padre y el marido se detestaban. Pero aquel día en el estudio, cuando ella había escuchado a escondidas mientras discutían el futuro de ambos, los dos hombres habían llegado a un acuerdo. Simón había manifestado que si Broderick Faringdon aceptaba su demanda, podía seguir viendo a Emily. Estaba segura de que eso era lo que habían acordado.

-Tiene que haber algún malentendido -dijo Emily al mayordomo.

Duckett prefirió ignorar ese hecho indiscutible.

-No podría afirmarlo, señora. ¿Envío a alguien a decirle al señor Faringdon que usted no puede recibirlo?

-No, Duckett, por Dios. -Emily se puso de pie de un salto-. Como puede observar, estoy absolutamente disponible. En realidad, me alegra que mi padre aún esté en el pueblo. Ayer no tuve ocasión de despedinne de él y de mis hermanos porque estuve muy atareada. Ni siquiera comprendí que se habían marchado a Londres hasta que Blade me lo dijo, Y en ese momento ya era demasiado tarde.

-Sí, señora. -Duckett hizo una inclinación de cabeza-. Enviaré a Lizzie arriba a buscar un abrigo para usted. La mañana está un poco fresca.

-No importa, Duckett. -Emily contempló el luminoso sol de abril que entraba por la ventana-. No necesitaré nada. Será un día agradable.

-Como desee, señora. -Duckett se aclaró la voz-. Señora, comprendo que no me corresponde decir nada más acerca del tema, pero...

-Sí, Duckett. ¿De qué se trata?

-Sólo me pregunto si la señora pensó en la conveniencia de... eh... encontrarse con el señor Faringdon en el jardín del sur.

Emily rió.

-Por Dios, Duckett, voy a encontrarme con mi padre, no con un merodeador o con un asesino.

-Por supuesto, señora. -El gesto de Duckett expresó su desacuerdo-. Pensé que quizá su señoría, el conde, tenga un punto de vista distinto acerca de lo apropiado de la situación.

-Oh, Duckett, por favor, lo que dice no tiene sentido. Estamos hablando de mi padre. -Emily rodeó la mesa. Dirigió al mayordomo una sonrisa tranquilizadora mientras salía por la puerta-. No se preocupe por lo que Blade pueda decir al respecto. El conde y yo compartimos una forma especial de comunicación. Nos entendemos perfectamente.

-Comprendo. -Duckett no pareció convencido.

Emily no prestó más atención a las vacilaciones del mayordomo. Duckett no podía saber lo que había ocurrido la noche anterior entre Simón y ella. En consecuencia, era incapaz de comprender la naturaleza de la profunda relación metafísica que Emily compartía con el esposo.

Emily decidió aclarar el malentendido de inmediato. Por cierto, era imposible que Simón

Librodot

hubiese querido apartarla de su padre después de la boda; no era necesario. La amenaza sólo había servido como una herramienta de negociación que el conde usó para obtener un trato justo.

En efecto, el día era soleado pero había un toque de frío en el aire. Emily había vivido siempre en el campo y conocía las señales: se acercaba una tormenta. Esa noche llovería.

Contempló satisfecha el jardín del sur y se encaminó hacia el extremo más distante. Comenzaban a abrirse las dalias y las rosas tempranas en gran profusión y el ambiente estaba impregnado con el denso perfume de las flores. El centro del
jardín estaba adornado con una fuente coronada por un querubín. Tras la fuente habfa un alto cerco.

Broderick Faringdon esperaba tras el cerco. Apareció con ademán furtivo y miró rápidamente a ambos lados.

-Papá. -Emily sonrió a su apuesto padre y se apresuró a acercarse-. Estoy tan contenta de que hayas venido a despedirte. Ayer me apenó mucho no haber podido deciros adiós a ti y a mis hermanos. Había tanta agitación y tanta gente alrededor. Fue una boda adorable, ¿no es cierto? No faltó ningún vecino y todos parecían felices por mí.

-Sí, Blade te mantuvo ocupada, ¿verdad? -asintió Broderick, sombrío-. Te tuvo corriendo para todos lados, eso hizo. Te hizo bailar, beber y saludar de modo que ni notaras como echaban a tu familia. Heme aquí, obligado a deslizarme como un ladrón en la noche para despedirme de mi única hija.

Emily inclinó la cabeza a un lado.

-¿Él te echó? ¿De qué hablas, papá?

Broderick movió la cabeza en ademán de amarga pesadumbre.

-Mi pobre niña inocente. Todavía no imaginas en qué te has metido, ¿verdad?

-Papá, por favor, no te preocupes por mí. Sé lo que estoy haciendo y estoy muy satisfecha con mi matrimonio.

Broderick la miró con suspicacia.

-¿Sí? Me pregunto por cuánto tiempo. De cualquier modo, creo que el daño ya está hecho, ¿eh? Blade no lo dejaría pasar.

-¿Qué daño? Papá, me gustaría que seas más claro.

Broderick la observó con atención, y una chispa de esperanza le brilló en los ojos.

-Es inútil esperar que Blade te dejara en paz anoche, ;no es cierto? ¿Existe alguna posibilidad de anulación?

Emily se puso roja.

-Por favor, papá. ¡Qué cosas dices!

-Bueno, caramba. No es momento para sonrojos de don-ella. Esta es una cuestión de negocios. -Broderick pareció más esperanzado aún-. Muchacha, dime la verdad. ¿Todavía
estás intacta? Porque en ese caso, aún no es tarde. Podemos invalidar el acuerdo.

-Papá, en verdad. -La vergüenza de Emily se convirtió en irritación. Se irguió orgullosa-. No quiero una anulación. Soy una mujer casada, y feliz.

-Maldición. Entonces, no hay esperanzas.

-¿No hay esperanzas de qué? ¿Qué intentas decirme?

Broderick lanzó un dramático suspiro.

-Es el fin, mi querida niña. Di adiós a tu amante padre, porque no lo verás más.

-No seas ridículo. Por supuesto que nos volveremos a ver. Simón y yo iremos a Londres después de la luna de miel. Tendré muchas oportunidades de visitarnos a ti y a los mellizos. Creo que os veré más a menudo que aquí, en Saint Clair. De todos modos, vosotros tres sólo veníais a visitarme cuando tenían una mala racha con los naipes.

-No, Emily. Todavía no sabes con qué clase de monstruo te has casado. Blade decidió separarte por completo de tu familia.

-Papá, creo que has entendido mal -se apresuró a aclarar Emily-. Es cierto que el conde se empeñó en recuperar Saint Clair y para dar tuerza a su pretensión amenazó con separarme de vosotros. Pero ya obtuvo lo que deseaba. Se restableció la justicia.

Broderick, deprimido, se sentó con fatiga en el borde de la fuente.

-No lo conoces, Emily. La recuperación de la casa es sólo el comienzo. No descansará hasta no haber destruido por completo a los Faringdon.

-Papá, silo que te preocupa son las finanzas -comenzó Emily con lentitud- no es necesario. Estoy segura de que ahora Blade estará satisfecho con la venganza. Quizá no apruebe que yo os consienta demasiadas extravagancias, pero por cierto no se opondrá a que yo continúe manejando tus asuntos económicos.

-Ah, mi inocente corderito. Sencillamente, no conoces la naturaleza de la bestia con la que fuiste inducida a casarte.

También yo confiaba en que nos permitiría seguir como antes. Fue la única razón por la que acepté su oferta. Pero ayer, una vez que te tuvo amarrada, me dijo que no permitiría que siguieras atendiendo ningún asunto de los Faringdon.

Emily hizo una mueca.

-No me enteré de esa decisión. Papá, no creo que hayas entendido bien. Ya te dije, tal vez no acepte tus excesos económicos, pero no te apartará completamente.

-Chiquilla mía, qué tonta, ingenua criatura eres.

-Broderick movió la cabeza, se puso de pie y abrió los brazos-. Quizás esta sea la última vez que yo contemple tu dulce rostro. Ven y despídete de tu padre con un beso. Emily, recuérdanos a mí y a tus hermanos con bondad. En verdad nos preocupamos por ti.

Emily comenzó a alarmarse.

-Papá, me gustaría que dejaras de decir semejantes tonterías.

-Adiós, querida mía. Te deseo una vida feliz, pero me temo que estás tan condenada como nosotros.

-Papá, creo que estás confundido. -Emily se apartó con dificultad del abrazo del padre-. Sabes que nunca aceptaría separarme para siempre de mi familia. Y Simón jamás insistiría en algo así.

Broderick la abrazó con fuerza, como si realmente temiera no volver a verla. Luego la soltó y la miró con los ojos entrecerrados.

-Emily, si en verdad no deseas abandonarnos

-Por supuesto que no os abandonaré -le aseguró impulsivo-. Papá, sabes que os amo, a ti y a mis hermanos, ¿verdad?

-Si eres sincera, si en realidad quieres cumplir con tu deber hacia nosotros, tendremos que ponemos de acuerdo en algunos asuntos prácticos -se apresuró a decir Broderick- Necesitamos hallar un modo en que sigas atendiendo nuestros negocios y le envíes instrucciones a Davenport. Estuve pensando y se me ocurrió que la manera más fácil de solucionar el problema es encontrarnos en secreto regularmente.

-¿Encuentros secretos?

-Claro. Escúchame con atención. Alguno de los mellizos, o bien yo mismo, nos arreglaremos para ponemos en contacto contigo dos veces al mes. En esas ocasiones, puedes darle instrucciones a Davenport. Por supuesto, tendremos que ser sobremanera discretos, pero creo que podremos solucionarlo, en especial cuando tú estés en el pueblo. Allí tendremos más oportunidades, contaremos con los parques, los teatros y los jardines públicos.

-Pero, papá...

-No te preocupes, Emily. Funcionará -dijo Broderick alegremente-. Sin duda, Blade pronto perderá interés en ti. Después de todo, ya hizo lo que hacía falta, y tú no eres su tipo, ¿verdad? Sólo te considera un medio para lograr su objetivo.

-¿Qué objetivo? -preguntó la joven.

-Por supuesto, la destrucción total de los Faringdon, ¿qué otra cosa? Pero lo burlaremos. Pronto estarás sola la mayor parte del tiempo y eso se ajusta a la perfección a nuestros planes, ¿no te parece? Las cosas volverán a ser como antes de que el conde apareciera.

Emily abrió la boca para decirle al padre que su relación con Simón era mucho más profunda, más trascendente de lo que al parecer Broderick creía. Pero antes de que pudiera explicárselo, la interrumpió la aparición de Blade.

Lo miró con expresión atónita mientras Simón cruzaba con negligencia desde el otro lado de la

cerca. Entonces, el rostro de la joven se ilumino.

-Ah, es magnífico que hayas vuelto. Ahora, quizá podamos aclarar este malentendido.

Simón la ignoró y un frío resplandor asomó a sus ojos mientras miraba a Faringdon.

-Faringdon, imaginé que tarde o temprano vendría por aquí. Vino a despedirse cariñosamente de su hija, ¿no es cierto?

Vestido con las ropas de montar, el conde parecía grande y amenazador. Bajo la chaqueta bien cortada, los hombros se veían anchos y fuertes y los pantalones acentuaban la esbeltez de los músculos de las piernas. Golpeteó al azar el borde de sus brillantes botas negras y miró con desdén al padre de Emily.

Broderick Faringdon paseó una mirada alarmada a su alrededor, y su expresión pasó del sobresalto al enfado.

-Caramba, Blade. Un hombre tiene derecho a decir adiós a su única hija. Sin duda, ayer no me lo permitió usted.

Simón sonrió con frialdad.

-No deseaba que usted permaneciera aquí ni un minuto más de lo necesario. Pero hoy me han informado que pasó la noche en una posada cercana, en lugar de hacerlo en el camino a la ciudad. No me sorprendió cuando hace unos minutos, mi mayordomo me dijo que Emily había recibido un mensaje para venir al jardín del sur. Pero me temo, Faringdon, que en verdad no puedo permitir esta clase de encuentros clandestinos.

Emily rió aliviada.

-Simón, eso es precisamente lo que estaba diciendo a mi padre. Sabía que no tenías intenciones de alejarlo de la casa. No es necesario, pues podemos disfrutar de una agradable visita en la sala. No obstante, papá cree que tú no deseas que yo vuelva a verlo más.

Los dos hombres la miraron tan azorados, como si el ángel de la fuente hubiese hablado.

Simón le dirigió una mirada helada.

-Quizá no podamos evitar la presencia de tu padre por completo, en especial cuando estemos en la ciudad. Sin embargo, nunca, bajo ninguna circunstancia, tienes que encontrarte con él ni con los mellizos a solas. En las raras ocasiones en que estemos obligados a vemos con tu familia, siempre te acompañaré. ¿Lo entiendes, Emily?

-Pero, Simón... -La muchacha lo miró desalentada por el tono implacable del conde-. Sin duda, creo que esto es demasiado. No veo nada de malo en visitar a mi propia familia.

-Diablos, tiene razón -la apoyó de inmediato Broderick, y se volvió a enfrentar al conde-. Diablos, hombre, somos su familia.

-Ya no. Ahora Emily tiene una nueva familia -dijo Simón-. Y puede estar seguro de que, como esposo, la cuidaré y la protegeré de cualquiera que desee aprovecharse de ella.

-Maldición, Blade -escupió Faringdon-. No puede mantener prisionera a la chica.

-¿No? -Simón volvió a golpearse la bota con la fusta. Parecía casi divertido.

A Emily no le agradaba el clima que se había creado entre los dos hombres: la atemorizaba. Puso la mano en la manga del abrigo de su padre.

-Papá, por favor, hoy no discutas con Simón. Esta es mi luna de miel. Estoy segura de que todo se arreglará. Quizás ahora sea preferible que te marches a Londres.

-Faringdon, esa es una excelente idea. -Simón apoyó un pie en el borde de la fuente e hizo correr la fusta entre los dedos. Se las ingenió para dar al gesto trivial un matiz amenazador-. Es mejor que se marche. Las mesas de juego lo esperan en Londres, ¿no es verdad? Será divertido ver cuánto tiempo logra permanecer siendo miembro de los clubes de la calle Saint James.

-Maldito sea. -Broderick adoptó un aire abatido-. ¿Acaso está amenazando con hacerme echar de los clubes?

-En absoluto. -Simón se quitó una insignificante mota de polvo de los pantalones-. Claro, podría hacerlo, pero no es necesario llegar a ese extremo. Pronto, cuando no pueda pagar sus deudas usted mismo se hará echar, lo mismo que sus hijos. Y cuando no puedan acceder a los clubes, se verán obligados a frecuentar los garitos, donde la suerte se le acabará mucho más rápido, ¿no es cierto?

-Por Dios, hombre -dijo Faringdon, agitado y pálido.

Emily estaba de verdad horrorizada. Por fin se había dado cuenta de que la enemistad entre Simón y su padre era mucho más profunda de lo que ella había imaginado.

-¿Simón? -murmuró, vacilante.

-Emily, vuelve a la casa. Luego hablaré contigo.

-Simón, deseo hablar contigo ahora.

-Hazlo, Emily. -Broderick se puso con firmeza el sombrero de castor con un destello de furia y frustración en los ojos azules-. Si puedes, haz entrar en razones a este monstruo con el que te has casado. Pero no esperes ablandarlo con respecto a tu familia. Nos odia, aun a los mellizos, que jamás le
hicieron ningún daño. Y silos odia, también te despreciará a ti. Después de todo, no eres más que una Faringdon.

-Papá, no entiendes.

-Una Faringdon -repitió Faringdon, salvaje-. Cuando el conde se acerque a ti por la noche, reclamando sus derechos de esposo, acuérdate de eso. Piensa en eso cuando estés acostada con ese hombre encima de ti, montándote como un potro a una yegua.

Emily, escandalizada, tragó saliva. Se cubrió la boca con la mano, sus ojos se agrandaron tras las lentes. Ningún hombre, ni aun los mellizos cuando la provocaban, habían hablado de ese modo en su presencia.

-Váyase de aquí, Faringdon -dijo Simón con voz peligrosamente suave. Quitó el pie del borde de la fuente-. Ya.

-Mi querida hija, te deseo alegrías en tu lecho de casada -dijo Broderick, sarcástico. Giró sobre los talones y se marchó.

Emily quiso llamar a su padre pero había perdido la voz. Sólo permaneció muda, mirando cómo se alejaba; entonces, Simón se movió. Se puso delante de ella, tapándole la visión de la espalda del padre que se marchaba. Los ojos del conde, privados de expresión, eran aterradores.

-Oh, Simón, él no entiende -dijo Emily con suavidad.

-No estoy seguro de eso. -Simón la tomó del brazo y la condujo de vuelta a la casa-. En realidad, creo que por fin está comenzando a entender muy bien.

-Pero mi padre no comprende que nuestra relación es por entero diferente de lo que él imagina. -Dirigió una suplicante mirada de soslayo al perfil impasible del esposo. Le rogó en silencio que estuviera de acuerdo con ella-. Está preocupado por mf porque no conoce el género especial de nuestra relación. No ha estudiado Metafísica.

-Eso sí lo creo. Lo único que ha estudiado tu padre es una mano de naipes. Emily, debo aclararte que lo que dije hace unos instantes, lo dije absolutamente en serio. Jamás debes estar a solas con tu padre o tus hermanos. Estaré contigo siempre que los veas y quiero que esas ocasiones se reduzcan al mínimo.
Tampoco enviarás instrucciones a Davenport con respecto los negocios de ellos.

-Simón, sé que deseabas vengarte de mi padre, pero si~ duda lo has logrado recuperando Saint Clair. Sé que le dijisti que no podría yerme más, pero por cierto, no pensabas cumplí esa amenaza, pues ya tienes la casa.

-¿Qué te hace pensar que estaré satisfecho con haber recobrado la casa? Tu padre malvendió todas las tierras de la familia Las propiedades perdidas son irreemplazables. Y nada borrará e] hecho de que mi padre se pegó un tiro en la cabeza a causa de la que le hizo tu padre. Nada podrá remediar el hecho de que mi madre enfermó y murió a consecuencia de los actos de tu padre. Nada disipará el hecho de que tu padre destruyó a mi familia.

Emily quedó azorada por el furor y la amargura que resonaban en la voz de Simón. Jamás había revelado una emoción tan intensa. Por primera vez comprendía que los sentimientos de Simón hacia su familia iban mucho más allá de un simple deseo de justicia.

-Lo entiendo y, en verdad, lo siento mucho -se apresuró a contestar Emily-. Creo que lo sabes. Pero eso ocurrió hace muchos años y no nos concierne a nosotros sino a nuestros padres. Fue la obra de una generación anterior. Ahora que tienes la mansión Saint Clair tienes que dejar atrás el

Librodot

pasado. Si no lo haces, seguirás atormentándote. Simón, es necesario que mires hacia el futuro.

-¿En verdad? Y en especial, ¿qué propones que contemple cuando piense en el futuro? -preguntó Simón con sequedad.

Emily aspiró hondo.

-Bueno, milord, en nuestra relación -arriesgó, vacilante- como dijiste la otra noche, se profundizó y se intensificó a causa de la unión física. Compartimos algo muy especial. Sin duda, desearás dejar atrás la amargura del pasado y, en su lugar, concentrarte en las alegrías de nuestros modos de comunicación, que se amplían.

El conde la miró con las cejas alzadas en expresión de fría burla.

-¿Sugieres que olvide el resto de mi venganza contra tu familia y me dedique a disfrutar de los gozos del lecho matrimonial?

Emily sentía crecer sus dudas acerca del extraño humor de Simón. Observó a su marido a través de las gafas y la asaltó un hondo presentimiento. De pronto pareció en extremo peligroso: un dragón había invadido el jardín del sur, y estaba a la búsqueda de presas.

-La otra noche -dijo Emily con lentitud- comentaste que, para nosotros, los placeres del lecho conyugal serían únicos. Que estaban relacionados con las puras y nobles pasiones del reino de lo metafísico. Que nuestra unión se desarrollaba no sólo en el plano trascendente, sino también en el físico. Milord, ¿no crees que esta clase de relación tan especial tiene que nutrirse y cuidarse?

Un relámpago de furia atravesó los ojos dorados de Simón.

-Emily, por el amor de Dios, es imposible que seas tan ingenua. Lo que sucedió la otra noche entre nosotros no tuvo nada que ver con un plano trascendente: fue simple y llana lujuria.

-Simón, sin duda no quieres decir eso. Tú mismo me explicaste la conexión que hay entre el plano físico y el metafísico. -Emily se sonrojó, pero no bajó la mirada. Sabía que ahora estaba luchando por algo muy importante-. Nuestra pasión es de naturaleza trascendente. Dijiste que al hacer el amor en el reino físico estábamos acrecentando nuestra comunicación metafísica, ¿lo recuerdas?

-Emily, en muchos aspectos, eres una mujer inteligente...

La joven esbozó una sonrisa trémula.

-Caramba, gracias, Simón.

-Sin embargo, a veces hablas como si estuvieras dando un sermón. Yo recurrí a esas tonterías de la conexión entre el reino metafísico y el físico sólo con el propósito de aventar tus temores de doncella en el lecho matrimonial. Dada tu falta de experiencia, esos miedos son por completo naturales, debo agregar.

-No sentía temor de que me hicieras el amor, mi señor. Y recuerda que tengo cierta experiencia.

-Claro, estabas ansiosa -replicó el conde-. Era bastante evidente. Las novias tranquilas no dejan notas a los novios sobre la almohada: los esperan en la cama, que es donde tienen que esperarlos. Y con respecto a tu tan mentada experiencia, mi querida, es una broma. No puedes considerarte una mujer de mundo. Si en realidad tuvieras alguna idea de las relaciones entre un hombre y una mujer, no hubieras estado escribiendo tu diario, sino esperándome en la cama.

-Pero Simón, ya te expliqué: estaba preocupada por ti. No quería que te sintieras obligado, en modo alguno, a cumplir con tu deber.

Simón hizo restallar la fusta en el aire y descabezó dos capullos de dalia.

-¡Maldición, mujer! Estabas inquieta por lo desconocido e inventaste toda esa estupidez espiritual de no querer obligarme. La simple verdad, Emily, es que necesitabas que te tranquilizara, y yo te dije lo que deseabas oír.

Emily se mordió el labio.

-Entonces, me mentiste al decir que deseabas acrecentar nuestra unión metafísica.

-Emily, dije lo que hacía falta para calmar tus temores de novia reciente. Superamos la situación de una manera sensata y ya no existe posibilidad de anulación.

-¿Eso es lo único que te importa? ¿Asegurarte de que hoy ya no hubiera excusas para una anulación? -preguntó con suavidad la muchacha-. ¿Acaso no sentiste anoche que fuimos lanzados hacia las trascendentes orillas doradas del amor?

-¡Diablos! Por el amor de Dios, mujer, ¿cuándo dejarás de parlotear acerca del romance y la metaffsica? Ya me he cansado de tus estupideces románticas. Esto es un matrimonio, no un verso de algún poema épico. Es hora de que enfrentes la realidad: ahora eres mi esposa. Si guardas en tu mente toda esa historia la mayor parte del tiempo, podremos llevamos bastante bien.

-Simón, no me siento inclinada a olvidarlo.

-Ya veo -respondió el conde, con los ojos áureos inflamados-. Emily, es hora de que entiendas que pido una cosa de ti por encima de lo demás.

-¿Pides mi amor? -Emily comprendió con tristeza que aún ardía una tonta chispa de esperanza en su interior.

-No, Emily -replicó Simón con brutalidad-. Lo que quiero de ti, lo que obtendré a cualquier costo, es tu absoluta e inconmovible lealtad. Ahora eres la condesa de Blade. Eres una Traherne. Ya no eres una Faringdon. ¿Está claro?

El último rescoldo se apagó.

-Milord, te has expresado con suma claridad.

Emily dio la espalda al hombre que amaba con todo su corazón y caminó sola hacia la casa. Resistió el deseo de mirar sobre el hombro mientras atravesaba la puerta. Cuando subió al dormitorio, las lágrimas le quemaban las mejillas.

Por supuesto tendría que marcharse. Todos sus sueños y esperanzas habían sido destruidos. Era imposible que permaneciera allí como esposa de Simón. Hubiera sido una burla para todas sus puras y nobles pasiones.

Sería por entero insoportable mirar a Simón cada mañana y saber que no sentía nada profundo hacia ella. Aún más impensable imaginar que se acercara a ella cada noche y, como había expresado su padre con tanta crudeza, montarla como un potro a una yegua.

Ante esta última idea, las lágrimas desbordaron. Tenía que marcharse de inmediato. Emily se apresuró a entrar en su dormitorio y comenzó a elegir las prendas que se llevaría para huir de la mansión Saint Clair.

Capítulo 9

Simón volvió a mirar el alto reloj de la biblioteca mientras se paseaba agitado de un extremo al otro. Eran casi las seis, y Emily aún no había bajado a beber con él una copa de jerez antes de la cena.

Comenzó a pensar que esa mañana quizá la había desanimado por completo. Era una criatura tan romántica, tan apegada a los finales felices...

Simón rara vez perdía la calma. Se enorgullecía de controlar su temperamento tanto como sus restantes emociones. Pero esa mañana, al llegar a la casa de regreso de paseo a caballo matutino y descubrir que su flamante esposa se había encontrado en secreto con Broderick Faringdon, algo había estallado en su fuero íntimo.

Ese descubrimiento, sumado a la mezcla de emociones que Simón había experimentado la noche de bodas, fue más que suficiente para encender las llamas de su ira.

Simón contempló el dorado licor en su copa y recordó la audacia con que Broderick Faringdon había intentado hablar con Emily en secreto y convencerla de que siguiera atendiendo sus asuntos financieros.

¡Qué canalla! ¿En realidad creía que podía salirse con la suya empleando esos sucios trucos? Claro que lo creía. Los Faringdon eran gente hipócrita y sin escrúpulos; intentarían cualquier cosa que pudiera salvarlos, siempre que no se les descubriera. Pero ahora, el genio financiero de la hija era de Simón y él sabía cuidar lo que le pertenecía.

El conde había disfrutado al decirle a Faringdon durante la boda que no permitiría a Emily continuar vigilando las inversiones del padre y los hermanos. Había sido sobremanera satisfactorio observar la expresión en el rostro de su antiguo enemigo cuando por fin retiró la carnada que había balanceado frente a los Faringdon en las últimas semanas.

Era característico de Broderick Faringdon venir a fisgonear precisamente al día siguiente de haber perdido a su valiosa hija para salvar del desastre lo que pudiera.
Simón suspiré. Y también era característico de Emily negarse a ver que su flamante marido se proponía obtener una venganza completa.
“Y esta mujer tuvo la audacia de decir que yo tendría que dejar atrás el pasado y dedicarme a forjar una unión pura, romántica y trascendente con ella.”
Lo desdichado de todo eso, comprendió Simón, era que la joven en verdad creía esas tonterías del amor en una esfera elevada. Emily necesitaba un impacto de realismo y, por fin, Simón perdió los estribos y se lo suministró.
Sin embargo había sido poco gentil de su parte haber destruido sus dulces y románticas ideas de una manera tan brutal. Por otra parte, no había alternativas. Después de ver a Faringdon con Emily, Simón se había vi Sto forzado a mostrarle a su esposa la realidad en toda su crudeza.
“Emily ya no es una Faringdon.” Ahora era su esposa y tenía que saber lo que eso significaba. No guardaba ninguna relación con las románticas maravillas del mundo metafísico. En cambio, la obligaba a guardar una total e inconmovible lealtad al marido. Simón tenía derecho a exigir a su esposa la misma lealtad que imponía a cada miembro del personal.
Miró otra vez irritado el reloj. Luego, tiró de la cuerda de terciopelo.
Duckett apareció casi de inmediato, con una expresión más adusta de lo habitual.
-6Sí, milord?
-Envíe a alguien arriba a averiguar por que tarda lady Blade.
-Enseguida, milord. -Duckett retrocedió y cerró la puerta del estudio.
Simón observó el reloj que marcaba lentamente el paso del tiempo. Se preguntó si Emily sería una de esas irritantes mujeres que se deshacían en lágrimas, se arrojaban sobre la cama y pedían las sales cada vez que el marido les mostraba su carácter. Si era así, pronto aprendería que el conde no permitiría semejante manifestación de sensiblería femenina.
Se abrió la puerta del estudio. Duckett parecía estar a punto de anunciar una muerte en la familia.
-¿Bien, Duckctt?
-Señor, lamento informarle que la señora no esta.
Simón refunfuñó y miró por la ventana.
-¿Acaso está paseando a estas horas por el jardín?
-No, milord. -Duckett can-aspeé vacilante-. Milord, esto es difícil de explicar. Al parecer, la señora pidió el coche esta tarde, después que usted se marchó para visitar a los Gillingham. Me dijeron que fue a visitar a las hermanas Jnglebright. Mandó a Robby de regreso con el coche, y avisó que volvería a pie, pero aun no ha llegado.
-Buen Dios. ¿Acaso estará comentando esas tontas poesías románticas con las amigas? Está en su luna de miel.
-Sí, milord.
Simón lanzó una maldición.
-Envíe a alguien a la casa Rose y traiga a su señora de regreso a casa.
Duckett volvió a can-aspear tapándose la boca con la mano.
-Señor, creo que hay algo más. Robby dice que la señora tenía puesta su ropa de viaje y llevó consigo un voluminoso equipaje.
Simón se quedó helado.
-¿Qué demonios estás diciendo, Duckett?
-Señor, creo que tendría que interrogar a Lizzie, la doncella de la señora -dijo Duckett con parquedad.
-¿Por qué debería hacerlo?
-La muchacha está en su habitación, llorando, y aparentemente, tiene una nota para entregarle a usted.
Simón no necesitó ningún poder de adivinación para descubrir que su flamante esposa había huido.
-Duckett, haz venir de inmediato a la doncella. Y ve a los establos a pedir que me preparen a Lap Seng. Quiero partir en quince minutos.

Librodot

-Sí, milord. Desearía decirle que el personal está sobremanera preocupado por la seguridad de la señora. -La acusación implícita quedó suspendida en el aire. Era evidente que culpaban al nuevo amo de Saint Clair de herir la delicada sensibilidad de la señora y provocar la huida.
-Gracias, Duckett. Se lo diré a la señora en cuanto tenga ocasión.
"La señora..." pensó Simón con acritud, mientras Duckett cerraba la puerta, "cuando la encuentre, tendrá que prepararse para resultar herida en otra parte, además de su delicada sensibilidad."
¿Cómo se atrevía a huir de ese modo? Ahora le pertenecía. Ella era la que había forzado el acuerdo matrimonial. ¡Diablos, tendría que cumplirlo!

Emily, de pie en medio de la minúscula habitación de la posada, contemplaba su lastimosa colección de pertenencias y parecía que se iba a echar a llorar otra vez. Estaba agotada y hambrienta y nunca en su vida se había sentido tan desorientada y sola.
Ahora tendría que pasar la noche en ese sucio cuarto que no parecía haber soportado una limpieza ni había sido ventilado durante años. Estaba segura de que sentía el olor acre de un cuerpo masculino que emanaba de las sábanas amarillentas.
Emily nunca antes había hecho un viaje de postas y la sorprendía lo incómodo que resultaba. Se había encontrado encajada entre un hombre macizo que roncó durante todo el viaje y un joven granujiento que insistía en mirarla de soslayo. En dos ocasiones había necesitado apartar con el bolso la mano del joven, que se acercaba a su rodilla.
El único consuelo consistía en saber que al día siguiente llegaría a Londres. Sin duda, su padre y hermanos se asombrarían al verla, pero Emily estaba segura de que la recibirían con los brazos abiertos. Claro, no estaba ansiosa de oír que había hecho el ridículo, pero no podría evitarlo. Tendría que haber escuchado a su familia en lugar de prestar atención a su tonto y romántico corazón.
Emily se puso en cuclillas, alzó una de las pesadas maletas y la puso sobre la cama. Primero lo principal: estaba muy hambrienta y sabía que tenía que conservar las fuerzas. Se cambió para cenar en el comedor de la posada.
Instantes después, bajó vacilante las escaleras, sabiendo que las damas jamás viajaban solas, a menos que fueran muy pobres. Podía tener dificultades al presentarse en el comedor sin un acompañante o una doncella, pero no tenía alternativa. No podía soportar un minuto más ese cuarto minúsculo y sucio. Quizá la invitaran a compartir una mesa con otro grupo de viajeros que incluyera señoras. Después de todo, ahora era condesa.
Cuando echó un vistazo al comedor, la primera persona que vio fue precisamente de la clase que buscaba: una joven atractiva, bien vestida y que sin duda pertenecía a una buena familia. Emily lanzó un suspiro de alivio. Se presentaría, explicaría que estaba sola, y pediría permiso para compartir la mesa de la joven. Todo saldría a pedir de boca.
La mujer estaba sentada sola, junto al fuego, en el pequeño y vacío comedor. Emily se acercó con cautela y comprobó horrorizada que la joven exhibía una sospechosa irritación en tomo de los ojos, señal de que había estado llorando. Las manos calzadas con finos guantes estaban estrechamente unidas sobre la falda de su costoso vestido de viaje. Era obvio que esa noche había más de una dama con el corazón roto.
-Perdón, señorita -dijo Emily dudosa-. Veo que está sola y quizá no le moleste compartir la mesa. Mi nombre es Emily Faringdon... -hizo una pausa y agregó escrupulosa- Traherne. -No creyó necesario informar a la mujer de su flamante título. Sólo hacía un día que era condesa y, en verdad, Emily no se sentía como tal.
La bonita joven rubia, que no parecía tener más de diecinueve años, la miró alarmada. Luego los húmedos ojos castaños adoptaron una expresión de alivio igual a la de Emily.
-Por favor, acompáñeme, señorita Faringdon Traherne
-rogó-. Le estaré eternamente agradecida. -Echó una mirada frenética en torno del vacío salón y agregó en voz muy baja-: Mi nombre es Celeste Hamilton.

-Encantada de conocerla, señorita Hamilton. ¿Se dirige a Londres? -Emily se sentó frente a su nueva amiga.
-¿Londres? No, por Dios -exclamó Celeste, en un lamento acongojado. Comenzó a llorar y sacó rápidamente del bolso un pañuelo ya ajado-. ¡Ojalá fuera así! Oh, señorita Faringdon Traherne, soy tan desdichada... Cometí un terrible error. Creo que terminaré huyendo.
Emily estaba azorada.
-¿Escapó para casarse?
-Sí. -respondió Celeste sollozando.
-Pero usted está sola, señorita Hamilton. No entiendo. ¿Dónde está su futuro marido?
-Buscando un coche y caballos. Hubo un accidente: se solté una rueda. Él volverá pronto. Para decirle la verdad, me alegré cuando ocurrió ese accidente. Comencé a entender que me había equivocado. El accidente me pareció una salida para mi situación.
Emily frunció el entrecejo.
-¿Pero no resultó?
Celeste se sonó delicadamente la nariz y movió la cabeza.
-Nevil dice que seguiremos el viaje en cuanto reparen esa rueda, pero no llegaremos a la frontera hasta mañana. Mi reputación quedará destruida y, de todos modos, me veré obligada a casarme con él. -Lanzó un hondo suspiro-. A decir verdad, ese hombre ni siquiera me gusta demasiado. No es como yo lo imaginaba, pero quedaré unida a él el resto de mi vida. Y mis padres se sentirán heridos. Oh, señorita Faringdon Traherne, preferiría morir antes que enfrentar lo que me espera.
-Mi querida señorita Hamilton, cuente con mi más profunda simpatía. -Emily estiró la mano y dio unas palmadas en la mano de Celeste-. Sé exactamente lo que está sufriendo.
Entiendo bien lo que le pasa, hasta la tragedia de casarse con el hombre equivocado.
Celeste la miró con gesto de confusión.
-¿Qué quiere decir?
Emily le sonrió tranquilizadora.
-¿No es evidente? Estoy aquí. Usted tiene que quedarse conmigo esta noche y mañana partiremos juntas a Londres. Sin duda, sus padres se enfadaran mucho con usted, pero su reputación quedará a salvo porque todos sabrán que pasó la noche en compañía de una mujer. -Se inclinó hacia adelante y agregó en tono conspirativo-: ¿Sabe? En realidad, soy condesa. La condesa de Blade, y en estas circunstancias, puedo serle muy útil. Estaré en condiciones de prestarle todo tipo de apoyo en esta situación.
Celeste la miró con expresión de maravillado asombro.
-Corrió el rumor de que el conde se había casado. ¿Es cierto que usted es la condesa de Blade?
Emily asintió apesadumbrada.
-Me casé apenas ayer, pero el daño ya está hecho.
-~Cielos! No conozco a Blade, pero mi padre me ha hablado de él. Tiene reputación de misterioso. Recuerdo perfectamente que papá le dijo a mamá que era muy peligroso atravesarse en el camino del conde. -Celeste añadió en tono suave-: Se dice que Blade vivió mucho tiempo en Oriente y adquirió ideas extrañas allí.
-¿Quién lo dice?
-Por supuesto las jóvenes damas casaderas: las aterroriza.
En especial, a Lucinda Canonbury, la nieta de lord Canonbury.
Cierta vez, Blade apareció en una fiesta donde también estaba
Lucinda, y la muchacha, al verlo, se desmayó. Me contaron que
cayó inerte. Creo que imaginó que la sacaría a bailar. Emily frunció la nariz.
-¡Qué tonta! Blade jamás bailaría con una joven propensa a los desmayos.
-Lucinda Canonbury no es la única que le teme -dijo Celeste-. Varias jóvenes casaderas admitieron que les daba pavor imaginar que Blade las pidiera en matrimonio y que sus padres no pudieran rehusar. Parece que Blade intinüda a mucha
gente. Cuando corra la voz de que se ha casado, muchas jóvenes se sentirán aliviadas.

-¡Ah! No creo que esas expresiones de alivio sean demasiado sinceras -replicó Emily con convicción; no se detuvo a pensar por qué había sentido necesidad de defender al conde-. Apuesto a que la mayoría de las muchachas están fascinadas con Blade y que se sentirán secretamente desilusionadas al saber que se ha casado. De todos modos, por favor, no me llame lady Blade:
en realidad, no me siento condesa. Llámeme Emily.
-Pero si se casó ayer, ¿dónde está su esposo? ¿Ocupándose de los caballos? Oh, lo siento, lady Blade... quiero decir, Emily... entonces, es su luna de miel...
-No -contestó Emily con tristeza-. Mi luna de miel se tenninó. Fue una noche bendita y trascendente que concluyó al amanecer. -Vaciló un instante, y luego agregó con sinceridad-: Bueno, casi bendita y trascendente. Debo decir que no fue lo que yo había esperado. Pero ahora eso no importa.
-Pero, ¿por qué una sola noche?
Emily pensó con rapidez. De pronto, comprendió que no soportaría humillar a Simón, decirle a Celeste la verdad acerca del esposo.
-¡Es terrible! Una vuelta del destino nos separó.
-¡Cielos! -murmuró Celeste, convenientemente impresionada-. ¡Debió de ser espantoso para usted!
-Sí, lo fue. Sin embargo, mi desgracia será su salvación
-declaró Emily. Instintivamente se hizo cargo de la situación-. Desde ahora, hasta que regrese sana y salva al seno de su familia, contará con una respetable compañía femenina y su reputación no sufrirá el menor daño.
El rostro encantador de Celeste comenzó a iluminarse y luego volvió a expresar abatimiento.
-¿Y qué hago con Nevil? Emily, usted no lo conoce. Y ahora comprendo que yo tampoco lo conocía. Es bastante malvado e insiste en casarse. Lo confieso: mi padre tenía razón. Desde un comienzo, Nevil quiso casarse conmigo por la herencia. Pero yo confiaba en él.
El corazón de Emily se encogió de simpatía por Celeste.
-Sé exactamente cómo se siente. Pero no tiene que preocuparse por Nevil.
-Usted no entiende. Es muy tozudo y tiene un carácter terrible. Hasta que ocurrió el accidente, en realidad yo no sabía cuán depravado podía ser. Emily, le tengo miedo. Cuando regrese, me arrastrará con él y no podré impedírselo.
Emily lanzó una rápida mirada hacia la puerta.
-Ya sé lo que haremos. Iremos juntas a mi habitación ahora mismo y nos encerraremos toda la noche allí. Quizá pueda convencer a la posadera de que nos lleve algo para comer. Ven, apresurémonos antes de que vuelva Nevil.
Emily se puso de pie y se dirigió velozmente hacia la puerta. Después de un ligero sobresalto, Celeste la siguió. Emily se detuvo en la recepción el tiempo suficiente para ordenarle una cena fría a la esposa del posadero y luego las dos muchachas corrieron a ponerse a salvo.
Momentos más tarde llegó la comida. Consistía en dos tajadas de pastel de venado, un poco de queso y pan. Nada tentador, pero Emily y su flamante amiga dieron cuenta de la cena con saludable apetito.
Poco después de terminar la modesta comida, llegó el temido Nevil. La primera señal de que el hombre no pensaba darse por vencido, fueron irnos furiosos golpes en la puerta cerrada.
-~Ce1este, sé que estás ahí! ¿Qué demonios ocune? Sal de inmediato -rugió el hombre tras la puerta.
-Vete, Nevil. Ya te dije que no deseo casanne contigo
-contestó Celeste-. No eres el hombre que yo imaginaba.
-¡Pequeña zorra! Por todos los diablos, te casarás conmigo. No he sufrido todas estas malditas complicaciones para nada. De cualquier manera, pedazo de estúpida, ya es demasiado tarde para que te eches atrás. Sabes bien que tienes que casarte conmigo, o estarás perdida. Sal de inmediato -Nevil comenzó a dar puntapiés a la puerta.
-¡Dios mío! -Celeste contempló con abyecto pavor la puerta que se sacudía.
-Si no sales en este mismo instante, haré venir al posadero con las llaves -prometió Nevil. La puerta volvió a sacudirse bajo
el castigo de la bota del hombre-. Maldita seas, estúpida zona, abre enseguida.

Librodot

Emily comprendió que la puerta no resistiría. Se decidió a la acción.
-Ayúdame a correr esto contra el picaporte -urgió a Celeste, comenzando a empujar una pesada silla a través del cuarto.
Mientras el estrépito continuaba, Celeste tomó la silla. Otra vez estaba al borde de las lágrimas. Nevil lanzó un borbotón de amenazas acerca de lo que le haría en cuanto estuvieran casados, y se oyó otra andanada de golpes y gritos furiosos.
-No le prestes atención -dijo Emily, jadeando por el esfuerzo de colocar la silla contra la puerta. Comenzó a empujar una pesada cómoda hacia la silla.
-Él echará la puerta abajo -dijo Celeste con dificultad, pálida de terror.
-No creo que pueda hacerlo -afirmó Emily, aunque miró la puerta con cierta duda. Ni aun con la silla y la cómoda animadas, la puerta parecía en condiciones de resistir-. Quizá tengamos que poner algo más -murmuró a Celeste.
-Sólo queda la cama.
-¡Maldita seas, perra! -aulló Nevil-. ¡Cuando te saque de ahí, te golpearé con una fusta! ¿Me oyes, chiquilla estúpida? Por Dios, usaré un látigo. Después que pruebes el látigo, veremos si sigues desafiándome.
Entonces, otra voz resonó en el vestíbulo: una voz densa, intimidatoria y acostumbrada a mandar.
-¿Qué demonios sucede aquí?
Emily, que había tomado un atizador en previsión por si la puerta cedía, se volvió a mirar la puerta cerrada con expresión atónita.
-¡Es Simón!
-¿Simón? -Celeste la miró confusa y asustada-. ¿Quién es Simón?
-Mi marido -respondió Emily con una sonrisa de eufórico alivio-. No te preocupes, él se hará cargo de todo.
-Pero dijiste que un giro inesperado del destino te había separado de él -le recordó Celeste.
-Eso no tiene nada que ver -Emily descartó el asunto con un movimiento del atizador-. En este momento, lo importante es que el conde te defenderá de Nevil.
-¿Sí? -Celeste no pareció convencida-. ¿Por qué me defendería?
-La naturaleza de Blade es muy noble y galante -le aseguró Emily.
La voz de Nevil resonó en el vestíbulo.
-Vea, buen hombre, esto no es asunto suyo -le dijo a Simón en tono alto y ofensivo-. Mi novia se ha encerrado en esta habitación junto con otra mujer. No me marcharé hasta que Celeste salga de ahí.
-Según el posadero la otra mujer es mi esposa -dijo Simón en tono helado-. Retírese de la puerta o le romperé el cuello.
-¿Quién es usted para darme órdenes? -vociferó Nevil-. No toleraré que se meta en mis cosas. Estoy a punto de estallar, y le agradecere que... ¿Qué diablos...?
Al oír el chillido alarmado con que Nevil finalizó la pregunta, el rostro de Emily se iluminó. Le siguió un aullido y un fuerte ruido de algo que se quebraba. Emily dejó el atizador y se volvió, orgullosa, hacia Celeste.
-Te dije que Simón se encargaría de Nevil.
-¿Emily? -La voz de Simón, asombrosamente calma, sonó al otro lado de la puerta-. ¿Estás ahí?
-Sí, Simón, estoy aquí. -Emily se apresuró a acercarse a la puerta-: Abre de inmediato. Ya estoy harto de toda esta estupidez.
-Un momento, Simón -replicó Emily, y corrió la silla que estaba arrimada a la puerta.
Celeste se encogió.
-No parece estar muy contento de encontrarte, después de haberse separado trágicamente de ti.
-Eso es un detalle. De todos modos, si no abro la puerta, pronto descubrirás que el conde encontrará una manera mucho más eficaz que Nevil para abrirla.
-Oh, Emily, pobrecita. Ese hombre debe de ser una bestia.
-En realidad, un dragón. -Emily estaba nuevamente agitada por el esfuerzo de arrastrar la silla y la cómoda. Por fin logró apartarlas de la puerta.

Entonces, destrabó rápidamente las cerraduras y, segundos después, abrió la puerta de par en par con una sonrisa triunfante. Simón estaba de pie allí, con un abrigo húmedo, pantalones de montar y las botas embarcadas. Con excepción de las chispas de furia que bailaban en los ojos de reflejos dorados, la expresión del conde era tranquila y absolutamente controlada.
-~,Bien, Emily?
Emily no vaciló. Corrió a acurrucarse entre los brazos del esposo.
-Simón, nos salvaste. Le dije a Celeste que lo harías.
Simón dudó, evidentemente confundido por esa bienvenida. Entonces, la rodeó con los brazos y la apretó con tanta fuerza que la muchacha no podía respirar. Durante un par de minutos, Emily quedó aplastada por las sucesivas capas de ropa del pesado abrigo. Cuando por fin se soltó y echó una mirada al corredor, vio a un hombre joven que yacía inmóvil acurrucado en el piso.
-Oh, Simón, excelente trabajo. -Miró al esposo en radiante aprobación-. Sin duda le diste a ese hombre su merecido. ¿Está muerto?
Simón alzó una ceja, al ver la expresión expectante de su esposa.
-Eres una muchacha sanguinaria, ¿verdad? Es raro, no lo había advertido. No, no está muerto. Pero creo que por un buen tiempo no tendrá deseos de golpear puertas.
En la cima de la escalera sonó otra voz.
-Señor, señor, ¿qué es ese alboroto? -El posadero se aproximó corriendo, retorciéndose las manos. Yo dirijo un establecimiento respetable. No puedo permitir peleas en los pasillos. El barullo molestará a los otros huéspedes.
Simón lanzó una mirada letal al hombrecito.
-Las jóvenes damas no necesitan parapetarse tras las puertas en los establecimientos respetables.
El posadero miró nervioso a Emily y luego a Celeste, que espiaba fuera de la habitación.
-Bien, eh... señor, con respecto a eso, ninguna de estas
damas viajaba acompañada y, entonces, supuse que no eran realmente damas de calidad, ¿me entiende?
La expresión de Simón se tomó más amenazadora aún.
-Es evidente que usted hizo suposiciones muy estúpidas. Esta dama es mi esposa y la señora que la acompaña es su amiga. Arreglaron encontrarse aquí y esperarme. El clima me demoró. Habrá advertido que se desató una fuerte tormenta.
-Sí, su señoría -se apresuró a decir el posadero-. Llueve a mares.
Simón esbozó una fría sonrisa.
-Espero que mi esposa y su amiga hayan estado cómodas y bien atendidas mientras yo me ocupé de otros asuntos.
El posadero se amilanó, más acorralado que nunca. Su mirada ansiosa iba de Emily, que le sonreía dándose aires, al silencioso e inerte Nevil.
-Le ruego que me perdone, señor. No entendí bien la situación. Es evidente que cometí un error.
-Por supuesto. -Simón hizo una cortés reverenda hacia el hombre caído-. Le sugiero que lo saque dc ahí enseguida.
-Sí, su señoría, de inmediato. -El posadero se volvió y se precipitó escaleras abajo en busca del sirviente-. Owen, muchacho, sube a echarme una mano. Apresúrate.
Simón miró sobre la cabeza de Emily hacia el dormitorio donde Celeste permanecía vacilante. Entrecerró los ojos pensativo. Luego, volvió a mirar a Emily.
-Bueno, ahora tú y tu amiga bajaréis la escalera y me explicaréis con claridad qué sucede, ¿verdad, señora?
-Por supuesto, Simón -replicó Emily exultante-. En realidad, es muy simple.
-Por alguna razón, me cuesta creerlo. Te ruego que no me hagas esperar. -Simón se volvió hacia la escalera y el abrigo revoloteó a su alrededor como si fuera una elegante capa.
-Sí, Simón. Ya bajamos -dijo Emily.
Pero el conde ya descendía las escaleras, sin volverse a comprobar si era obedecido. Emily regresó a la habitación y encontró a Celeste mirándola con los ojos muy abiertos. En su mano, el pañuelo formaba una bola arrugada..

-¿Qué te ocurre ahora? -le preguntó Emily.
-Creo que tu esposo está muy enojado -dijo Celeste débilmente-. Quizá me culpe por meterte en este lío.
-¡Celeste, por el amor dc Dios! Simón no te echará la culpa. Es un hombre en extremo justo y honorable. Pronto solucionaremos todo. Sin embargo, creo que es mejor hacer lo que nos ha dicho. ¿Estás lista para bajar?
-Sí. Supongo que es inevitable. -Celeste se enjugó los ojos con el pañuelo-. ¡Ojalá estuviera mamá aquí!
-Bueno, no está, de modo que tendremos que arreglarnos solas, Déj ame explicar a mí. Soy muy hábil para dar explicaciones. -Emily se enderezó las gafas, sacudió la falda y encabezó la marcha hacia la escalera.
Simón las esperaba en una salita íntima. Sc había quitado el abrigo y el sombrero y estaba sentado frente al fuego con una jarra dc cerveza en la mano. Cuando Emily y Celeste entraron, se puso de pie con grave cortesía.
Emily se apresuré a presentar debidamente a Celeste, que parecía aun más nerviosa. Simón hizo una pausa deliberada antes de responder a la presentación:
-¿La hija de Northcote? -murmuré por fin, con los ojos entrecerrados.
Enmudecida, Celeste asintió. Emily estaba a punto de preguntarle por qué le había dicho que su apellido era Hamilton, pero Simón volvió a hablar.
-¿Estaba huyendo para casarse? -le preguntó a Celeste-. Sin duda su padre no estará muy contento.
Celeste bajó la mirada.
-No, milord. Seguramente.
Emily miró a Simón con el entrecejo fruncido mientras abrazaba a Celeste para tranquilizarla.
-No te aflijas, Celeste. Bladc hablará con tu padre y todo se solucionará.
-¿Sí? -Simón bebió un trago de cerveza y miró a la esposa sobre el borde de la jarra-. Eso era precisamente lo que estaba por decirle a la marquesa.
Emily parpadeó.
-¿La marquesa?
-Tu nueva amiga es la hija mayor del marqués de Northcote.
-Oh. -Emily absorbió la noticia-. Creo que oí hablar de él.
-Sin duda -replicó Simón con sequedad-. Es uno de los hombres más ricos y poderosos de Londres. -Observó a Celeste-. Y descuento que estará tras los pasos de su hija.
Celeste volvió a estallar en lágrimas.
-Papá no me perdonará nunca.
-Por supuesto que te perdonará -dijo Emily abrazándola-. Ya te lo dije: Bladc explicará todo.
-En este momento, no tengo ningún interés especial en explicar nada a Northcote -dijo Simón-. En cambio, estoy esperando ciertas explicaciones de tu parte, señora mía.
Emily se mordió el labio inferior.
-~,Encontraste mi nota?
-Sí, señora, la encontré. Sin embargo, discutiremos eso más tarde, en privado.
-Oh, sí, claro. -Emily no estaba segura si el tono de esa advertencia la preocupaba, pero antes de que pudiera decir algo más, hubo una conmoción en el vestíbulo. Segundos después, la puerta de la salita se abrió de golpe y apareció un hombre de rasgos patricios, de cuarenta años aproximadamente, y una mujer elegante, de cabellos oscuros, con un vestido de viaje a la última moda.
-¡Mamá! -Celeste rompió a llorar otra vez y corrió hacia la mujer de cabellos oscuros, que la abrazó con fuerza-. Mamá, lo siento tanto...
-Hija de mi alma estaba desesperada por la preocupación. ¿Estás bien?
-Muy bien, mamá, gracias a lady Blade. -Celeste se solté del abrazo de la madre y sonrió a Emily entre lágrimas-. Mamá, ella me salvó de un destino espantoso. Le debo más de lo que puedo expresar.
La marquesa de Northcote miró indecisa a Emily. Había un matiz reticente en su expresión.

-Lamento que no hayamos sido debidamente presentadas, lady Blade -dijo con cierta rigidez-. Pero creo que estaré para siempre en deuda con usted.
-No sea ridícula, lady Northcote -respondió alegremente Emily-. No me debe nada en absoluto.
El alivio brilló en la mirada de la marquesa. Miró otra vez a su hija y luego a Emily.
-Entonces, ¿todo está bien?
-Perfectamente bien, señora -rió Emily con suavidad-. Celeste vivió una aventura, pero no sufrió daño alguno y Blade la defendió de Nevil.
El marqués de Northcote lanzó una mirada penetrante a su hija y luego a Simón. Habló por primera vez, con una expresión aun más cautelosa que la de la marquesa. Blade.
Simón respondió el saludo con una negligente inclinación.
-Northcote.
-Al parecer, mi esposa está en lo cierto. Señor, estamos en deuda con usted.
-Conmigo no -dijo Simón en tono frío-. Fue mi esposa quien se hizo amiga de su hija y la protegió del ataque de ese joven canalla hasta que yo llegué.
-Entiendo. -Northcote cerró la puerta y entró en el cuarto-. ¿Le molestaría explicarme lo que ha sucedido?
Simón se encogió de hombros.
-¿Por qué no? Me prometieron ahogarme con explicaciones.
-¿Por qué, son muy complicadas? -Northcote le dirigió una mirada interrogante.
-En absoluto. -El rostro de Simón expresó una fría satisfacción-: No obstante, sugiero que la señora y usted se sienten y pidan un poco de cerveza. Puede llevar algo de tiempo.
Northcote asintió con gesto de agria resignación.
-Primero Pepington, luego Canonbury, y ahora yo. Al fin nos tiene a todos en un puño, ¿no es cierto, Blade? -preguntó con suavidad.
-Sí -murmuré Simón-. Usted era el último. Lo consideraré un regalo de bodas para mi novia.

Capítulo 10

-Simón, debo admitir que dominaste la situación de modo brillante -Emily se sentó en la silla próxima al fuego y observó a su esposo mientras este cerraba la puerta del dormitorio que había reservado para esa noche.

Antes, el conde había echado un vistazo al cuarto asignado a Emily y había hecho un gesto de disgusto. Ordenó que prepararan de inmediato otra habitación. El posadero había tomado las pertenencias de Emily y las había trasladado, presuroso, a esta otra habitación más espaciosa y cómoda.

-Simón, lo mejor es que lo trataste como algo por completo normal y cotidiano. Sencillamente, como si hubiéramos conocido a Celeste en nuestro viaje de bodas y la hubiéramos tomado bajo nuestra protección.

Momentos antes, el marqués y la marquesa de Northcote habían partido en su veloz y confortable carruaje. Si no surgían inconvenientes, Celeste estaría a salvo en su dormitorio por la mañana temprano. Habían acordado que el modo más sencillo de abordar la situación era llegar con la hija al amanecer, como si volvieran de una fiesta. No se podía concebir un plan más astuto.

-Me alegro de que apruebes mi manera de hacerme cargo de la situación. Confieso que no estoy tan habituado como tú a inventas historias románticas de improviso. -Simón atravesó el cuarto y se dejó caer con languidez en una silla frente a Emily. Extendió hacia el fuego los pies calzados con botas y contemplé a la esposa fugitiva con ojos entrecerrados.

-Bueno, sin duda hiciste un magnífico trabajo -le aseguré Emily, feliz-. Hasta imaginaste rápidamente lo que yo había acordado con Celeste, de modo que nuestras historias se mezclaran sin inconvenientes,

-Querida mía, dejaste caer varios indicios útiles. -Simón alzó las cejas-. De modo que fuimos

trágicamente separados la mañana posterior a nuestra boda, ¿verdad? Fue muy afortunado para ti que a Celeste no se le ocurriera averiguar la naturaleza exacta de la tragedia que nos había separado.

-Tienes razón. -Emily reflexioné un instante-. Me pregunto si la madre hará averiguaciones.

-Lo dudo. No creo que surjan más preguntas de parte de los Northcote. Ellos desearán aceptar mi versión de que me demoré con el coche y te envié primero a ti para que eludieras la tormenta. El marqués y su esposa deben de estar bastante más preocupados por los aprietos de su hija que por los tuyos.

-Pobre Celeste. Al menos se salvé de casarse con el hombre equivocado. -El rostro de Emily se iluminé-. Simón, fue un rescate maravilloso. Era lo menos que esperaba de ti.

-Me halagas. -Simón apoyé ¡os codos en los brazos de la silla, enlazó los dedos bajo la barbilla y miró a la esposa fijamente-. Y ahora, creo que ha llegado el momento de recibir tus explicaciones.

-¿Explicaciones?

-Te advierto: no quiero escuchar más tonterías como las que escribiste en la nota acerca de urnas y corazones destrozados. Recuerda que ya he leído ese poema, y no lo considero una de tus mejores obras.

La euforia de Emily por la triunfal culminación de la aventura con Celeste se desvaneció de inmediato bajo la implacable mirada de Simón. Bajó la vista hacia las manos cruzadas en su regazo.

-Una vez dijiste que ese poema era conmovedor.

-Por alguna razón ahora me produce una impresión bastante distinta. Quizá se deba a las circunstancias en que lo leí. Tu doncella lloraba sobre uno de mis mejores pañuelos de hilo. Duckett merodeaba como el asistente a un funeral. La señora
Hickinbotham clamaba y deliraba, afirmando que, sin duda, yo te encontraría asesinada a tiros por un asaltante. O algo peor.

Durante un momento Emily se distrajo.

-j,Qué podría ser peor que ser asesinada a tiros?

-Creo que la señora Hickinbotham imaginaba un destino peor que la muerte -replicó Simón con calma.

Emily dirigió una mirada acusadora al marido.

-Se podría decir que ya sufrí algo como eso anoche, señor.

Simón la sorprendió con una sonrisa débil.

-Emily, ¿en verdad fue tan terrible?

La muchacha suspiró.

-Bueno, en realidad no tanto. Como le conté a Celeste, fue una noche casi bendita y trascendente.

-¡Buen Dios! -musité Simón.

-Milord, he estado pensando mucho y he llegado a la conclusión de que completamente no fue por tu culpa que la experiencia no resultara mejor. Después de todo, me dijiste que nunca habías hecho algo como eso.

-¿Eso dije?

-Sí, así es. De modo que, según creo, parte del problema consiste en que ambos carecemos de experiencia en desarrollar una unión trascendente. Supongo que suele haber dificultades en las primeras etapas. -Lo miró esperanzada-. ¿No lo crees, mi señor?

-Querida, es muy generoso de tu parte compartir la culpa por no haber podido conducirte a un plano superior.

Emily percibió la ironía y frunció el entrecejo.

-Sí, quizá las dificultades con la parte física de nuestra unión no sean por entero tu culpa, pero eso no te excusa por lo que sucedió después. Fuiste muy poco gentil y yo te dejé esas líneas con el poema acerca de urnas y corazones destrozados porque expresaban mis sentimientos.

-,~,Dices que expresaban tus sentimientos? Te has metido en una situación potencialmente peligrosa: estamos lejos de nuestra casa, es una noche muy húmeda y desagradable, nos vemos forzados a pasar la noche en una sucia y pequeña posada
con mala comida y peores camas.., todo porque te dejaste dominar por el enfado. Señora, déjame

decirte que no considero apropiadas esas referencias románticas a las urnas y los corazones destrozados.

-Mi corazón en verdad está destrozado -afirmó Emily con pasión-. Lo destrozaste esta mañana, al decirme que la última noche no significó nada para ti.

-No dije eso, Emily.

-Sí, lo dijiste. Afirmaste que era sólo lujuria lo que para mí había sido una unión trascendente de almas gemelas. -Dentro de Emily volvió a bullir el resentimiento-. Más aun, me trataste de un modo espantoso, sencillamente porque salí al jardín a despedirme de mi padre. Sé que cometió errores, pero es mi padre y tú no tienes derecho a prohibirme que lo vea a él y a los mellizos.

-Emily, yo no te prohíbo que los veas. Pero no quiero dejarte sola con ellos.

-No pienso permitir que me limites de ese modo.

-Eres mi esposa -le recordó Simón, y su voz se tomó peligrosamente suave-. Tengo el derecho de limitarte en cualquier aspecto que considere necesario. Lo que hice fue por tu propio bien.

-¡Tonterías! -estalló Emily-. Quieres impedirme que continúe manejando los negocios de mi familia. Sólo significa otro eslabón en tu cadena de venganza, y nada más.

-Tu padre ha aprovechado tu habilidad financiera durante años.

-¿Y qué? Tú te casaste conmigo por la misma razón:
también piensas aprovechar mi destreza.

-Tú fuiste la que rogó que nos casáramos -replicó Simón entre dientes-. ¿O acaso ya olvidaste el trato que hicimos aquel día, junto al estanque? Emily, obtuviste lo que deseabas. Ahora eres mi condesa y tienes que atenerte a los términos de nuestro acuerdo.

Emily se retorció los dedos y miró a su marido angustiada pero desafiante.

-No pensé que querías apartarme por completo de mi familia,

-Sólo quiero cortar la relación financiera.

-Pero hiciste creer a ¡ni padre que no lo apartarías por completo de mí -le recordó Emily al conde.

Simón dibujé una fría sonrisa.

-Sí, durante un tiempo, usé esa carnada. ¿Sabes?, me facilitó mucho las cosas.

-Mi señor, estás llevando la venganza demasiado lejos.

-Amor mío, tú no sabes nada de venganzas.

-¿Y tú?

-Oh, sí-respondió Simón con suavidad-. He pasado veintitrés años soñando con ella. Bueno, no quiero hablar más de este tema. Mi idea de venganza no es asunto tuyo. Eres mi esposa y de aquí en adelante te comportarás como corresponde al título de condesa de Blade. ¿Está claro, Emily?

A Emily se le encogió el corazón.

-¿Y si no deseo seguir siendo tu condesa?

-Desafortunadamente, ya no tienes alternativa. Te dejaste llevar por tus impulsos románticos y por tu pasión desbordada, y tendrás que pagar las consecuencias.

-Pero Simón, si seguimos de este modo, ambos seremos muy desdichados. Tienes que entenderlo.

-No es así -dijo Simón, despiadado-. No hay motivos para que este matrimonio no funcione bien. No me habría casado contigo sino hubiera llegado a esta conclusión hace tiempo. Cuando te lo propongas, llegarás a ser una perfecta condesa. De todas maneras, no hay posibilidad de arrepentimiento. Es impensable una anulación y, por cierto, no consentiré un divorcio. Sé que atesoras tu escandaloso pasado, pero un divorcio sería más de lo que puedes afrontar. Claro, también debo tener en cuenta mi título.

-Sí, por supuesto. -Emily se miró las manos entrelazadas, y advirtió, con cierta culpa, que se sentía aliviada. Era obvio que no podía pensar en el divorcio. Estaba ligada con Simón para siempre.

"Para siempre." El ánimo de Emily se aligeré. Con renovado optimismo, pensó que hasta la actitud de un marido hacia la esposa podía cambiar en el curso de una vida.

La expresión de Simón se hizo más adusta.

Librodot

-Emily, escúchame con atención, porque no deseo volver a correr tras de ti. No saldrás huyendo cada vez que te sientas insatisfecha con la vida que te ha tocado en suerte. No le dejarás a la doncella más poemitas lamentables para que me los entregue. Estoy dispuesto a concederte amplia libertad, pero debes de acatar unas pocas reglas que te impondré. La principal es que no verás a ningún miembro de tu familia sin que yo esté presente. ¿Lo entiendes bien?

Emily lo miró a través de las pestañas.

-Con toda claridad, señor. Es espantoso. Es completamente distinto de lo que yo imaginaba que sería nuestro matrimonio.

La boca de Simón dibujé una sonrisa irónica.

-Querida, contempla el lado luminoso de la situación:
eres una criatura apasionada y ahora gozas de libertad para dar rienda suelta a esas pasiones. Si te concentras en eso, todo se pondrá en su lugar.

Eso fue demasiado. La actitud condescendiente de Simón irrité a Emily.

-En cierta ocasión, Elias Prendergast me ofreció la misma oportunidad. Esa vez no me interesó, y ahora tampoco. Soy capaz de reprimir mis pasiones excesivas, hasta el momento en que pueda compartirlas en una unión verdaderamente noble, espiritual y metafísica.

En un instante, todo rastro de benevolencia se esfumé de la expresión de Simón. De pronto, la mirada áurea del dragón se encendió.

-Estoy al tanto de que las mujeres casadas de la sociedad se permiten ciertas aventuras, pero no se te ocurra pensar siquiera en una aventura amorosa. Entiéndeme bien. Emily: yo no comparto lo que es mío, y desde anoche, eres mía por entero.

Emily lo miró con expresión inquieta.

-Celeste dijo que habías adquirido extrañas ideas en Oriente.

-Si te sirve de consuelo, siempre he sabido proteger mis posesiones. La vida en Oriente sólo me enseñé a hacerlo de manera más directa y eficiente.

Emily le creyó, pero no se alarmé demasiado. No podía imaginarse haciendo el amor con otro hombre que no fuera Simón.

-Mi señor, no es necesario que te preocupes. Lo que hicimos la noche pasada no me impresioné tanto como para inducirme a buscar una experiencia parecida con otra persona.

El fuego amenazador se extinguió en los ojos de Simón y dio paso a una expresión evidente de enfado.

-Te aseguro que la próxima vez lo disfrutarás más.

Emily se mordió pensativa el labio inferior y lo miró con los ojos entrecerrados, en gesto de rebeldía.

-Señor, ya que tocamos el tema, te diré que no estoy interesada en intentarlo otra vez.

Simón aparté la mirada de la joven. Tomé el atizador y comenzó a golpear los leños del hogar como si diera estocadas.

-Te repito, pronto cambiarás de idea. Emily se atrevió a replicar:

-No, milord, no lo creo.

Simón la miré sobre el hombro.

-¿Qué quieres decir?

-Sencillamente, no deseo que vuelvas a hacerme el amor
-declaró Emily con coraje. Ahora estaba decidida y sabía lo que tenía que hacer-. Es decir, a menos que se cumplan ciertas condiciones.

-Emily -comenzó Simón en tono amenazador-. Comprendo que los últimos sucesos pueden haberte alterado, pero te advierto que no toleraré...

La muchacha alzó la mano pidiéndole silencio.

-Por favor, mi señor, déjame terminar. No quiero que vuelvas a hacerme el amor hasta que no hayamos entablado una verdadera relación pura y trascendente, la unión que imaginé cuando te pedí que nos casáramos. No me engañarás otra vez, no me inducirás a hacer el amor, Simón, ¿entiendes?

-No te engañé para que hiciéramos el amor -replicó Simón entre dientes-. Ya te expliqué: traté de calmar tus normales ansiedades de doncella la noche de nuestra boda. Admitirás que me porté

como un marido amable y considerado.

-No es cierto, me engañaste. Y no volverás a hacerlo. Es definitivo.

Los ojos de Simón adquirieron un brillo peligroso al reflejar las llamas de la chimenea. Entonces, se relajé ligeramente, como el cazador que acepta esperar antes de atacar a la presa.

-Muy bien, señora.

El inmediato consentimiento de Simón dejé pasmada aEmnily.

-¿Estás de acuerdo en no volver a forzarme?

Simón se encogió de hombros.

-No me interesa imponenne a una esposa renuente. -Dejó el atizador y se senté nuevamente. Tamborileé con los dedos en el apoyabrazos de la silla. Se hizo un prolongado silencio y entonces su boca volvió a esbozar una fría sonrisa.

Emily se inquieté ante esa expresión.

--¿En qué piensas, mi señor?

-Sólo que estoy satisfecho de esperar que vengas a mi, Emily. De hecho, creo que así será mejor. -Asintió, como confirmando un pensamiento íntimo-. Sí, mucho mejor.

Emily vaciló, y se preguntó si habría dejado un hueco en su astuto plan.

La aceptación de Simón era demasiado rápida

-¿Y si yo no me acerco a ti?

-Lo harás. Y muy pronto. -Simón se puso de pie y sirvió dos copas de jerez del botellón que había sobre la mesa-. Eres una criatura apasionada y eso me hace pensar que no tendré que esperar mucho tiempo. Eres lo bastante inteligente como para saber que, si la noche pasada no colmé tus expectativas románticas, aún hay mucho por descubrir en el plano físico. Sin duda no habrás olvidado la experiencia de esa noche en que te senté sobre el escritorio de la biblioteca, te separé los muslos y te hice descubrir tu propia naturaleza apasionada, ¿no es cierto?

Emily se sonrojé y aparté la mirada.

-No -murmuré-. No lo he olvidado.

-Imagina lo que sería revivir ese mismo cúmulo de sensaciones mientras yo te penetro profundamente -dijo Simón en tono deliberado-. Piensa en qué trascendente sería en verdad esa experiencia. Qué metafísica. Cómo estimularía tus
sentidos. ¡Qué excitante! Querida mía, así será la próxima vez que te haga el amor. Te doy mi palabra.

De pronto, Emily se sintió acalorada y supo que no tenía nada que ver con el calor del hogar.

-Simón, estás tratando de engañarme otra vez. No quiero hablar de esto. Ya he tomado una decisión y espero que la respetes.

-Señora, tienes mi palabra. -Comenzó a quitarse las botas-. Ni una palabra más hasta que vengas a mí y me pidas con mucha gentileza que te muestre lo que te pierdes y cuánto puedes experimentar.

-Señor mío, puedes esperar tranquilo hasta que eso suceda -replicó la muchacha de inmediato.

Simón comenzó a desabotonarse la camisa. Sonrió con expresión de cazador a la espera.

-Amor mío, puedes estar segura que la próxima vez no sólo pedirás, me rogarás que me acueste contigo.

-Jamás -aseguré Emily, furiosa ante la fría arrogancia masculina del esposo.

-Una mujer tan apasionada tiene que ser cautelosa antes de hacer afirmaciones tan contundentes.

-Haré cualquier afirmación que desee. Simón, ¿qué haces? -Los ojos de Emily se agrandaron de asombro mientras el esposo se quitaba la camisa de hilo y la dejaba caer al descuido sobre el respaldo de la silla.

-Me preparo para acostarme. Amor mío, ya sabes que he tenido un día agotador. -Comenzó a desabotonarse los pantalones.

-Pero acabo de decirte que no haría el amor contigo.

El conde asintió.

-Te escuché. Sólo deseo acostarme y dormir lo mejor posible sobre ese colchón lleno de bultos.

Por la mañana alquilaré un coche de postas que nos lleve a casa lo más rápido posible. No quiero quedarme en esta deprimente posada ni un minuto más de lo imprescindible.

-¿Dormirás en la cama? -Emily paseé la mirada por el cuarto y por primera vez advirtió lo limitado de sus condiciones-. Simón, sólo hay una cama.

-Es bastante amplia para los dos. -Comenzó a quitar-se los pantalones de montar. Las llamas brillaban sobre los esbeltos contornos de la espalda y las nalgas del conde.

Emily contemplé profundamente fascinada el cuerpo delgado y musculoso de su marido. El hombre se desvestía de espaldas al fuego, pero aun en la penumbra, la muchacha pudo ver que estaba excitado. La virilidad del conde se proyectaba desde la mata de oscuro vello rizado. Emily recordó cómo había tocado ese poderoso miembro la noche anterior y la respuesta inmediata de la carne. También recordé cómo el hombre había usado esa parte de su cuerpo para abrirse paso hasta lo más profundo del interior de Emily.

-Emily, ¿hay algún problema? -Sin demostrar que advertía la mirada anhelante de la muchacha, Simón atravesé el cuarto hacia la cama y aparté las mantas. Se acosté y cruzó los brazos sobre la almohada, bajo la cabeza-. ¿Bien?

Emily pasó la punta de la lengua por sus labios resecos.

-No. No hay ningún problema. -Se quitó los anteojos y los dejó sobre la mesa. En ese momento, prefirió no ver con claridad. Se puso de pie de un salto y arrastró un taburete frente a la dura silla de madera.

-¿Qué haces? -preguntó Simón, curioso.

-¿No es evidente? Me preparo un sitio para dormir. -Se acercó a la cama, tomó una manta y volvió a la silla. Se sentó, apoyé los pies en el taburete y se tapé con la manta.

-A la mañana estarás entumecida en esa silla. Y el cuarto se enfriará cuando se apague el fuego -le advirtió Simón.

-Mi señor, no espero estar cómoda. Espero sufrir. Lo tomaré como un castigo por mis errores y mi mala suerte.

-Emily apagó la vela y se acomodé para reflexionar sobre su cruel destino.

Media hora después, aún despierto por una serie de molestos y penosos ruidos que llegaban desde la silla, Simón acostado de espaldas contemplaba el techo. El fuego se había reducido a un montón de brasas, pero la luz bastaba para adivinar el contorno de Emily acurrucada bajo la manta. Sin duda, estaba congelándose y Simón pensó que no deseaba que se enfermara. Una esposa sufriente sería insoportable.

Pensó el mejor modo de atraer a Emily y a la tibieza de la cama. El conde sabía que sólo el orgullo la mantenía en esa silla. Pero también sabía, por su propia experiencia, que el orgullo era una fuerza muy poderosa: a veces era lo único que quedaba.

Simón decidió que no era necesario que Emily sufriera esa noche. Pronto, su orgullo femenino tendría que afrontar una prueba más dura. Sería el momento en que tuviera que declararse derrotada en esa pequeña guerra que ella misma había desatado.

El conde lamentaba hacerla pasar por la humillación de aceptar la derrota, pero era inevitable. Emily tendría que aprender duramente que Simón era el amo en el hogar y en la cama.

De cualquier manera, era Emily la que había trazado las líneas de batalla al apresurarse a negarle sus derechos maritales. Al parecer, todavía tenía mucho de Faringdon en ella, y creía que podía manipularlo, pensó Simón con acritud. El conde pronto curaría ese aspecto del carácter de su e6posa. Cuando Emily aceptara su nuevo papel en la vida, ambos serían mucho más felices.

Entretanto, Simón decidió que estaba harto de escuchas ruiditos provenientes de la silla. Abrió la boca para ordenar a Emily que se acostara en la cama, pero fue interrumpido.

-¿Simón? -dijo Emily en un hilo de voz-. ¿Estás dormido?

-No.

-Estaba pensando en algo.

Simón sonrió satisfecho en la oscuridad. Por supuesto, era mucho mejor si esa noche Emily tomaba la iniciativa. Pensó: “AMe pedirá directamente acostarse conmigo o será más sutil y dirá que tiene frío y necesita abrigarse con las mantas?”. Cualquiera que fuese la táctica, él la ayudaría.

-¿En qué estabas pensando, Emily?

-¿Es cierto que Lucinda Canonbury se desmayé cuando entraste en esa fiesta?

-¿De qué diablos estás hablando? -Simón hizo un gesto ceñudo a la figura de la silla.

-Celeste me conté que eso fue lo que sucedió en Londres. Me dijo que todas las damas jóvenes casaderas sentían tenor de ti y de la posibilidad de que las pidieras en matrimonio.

-Nunca me entero de esas tonterías acerca de desmayos cuando entro en un salón -murmuré Simón. Claro, le habían contado que la señorita Canonbury se había desmayado, pero en el momento, no lo advirtió. El salón estaba atestado.

Emily lanzó una risita en la oscuridad.

-Le dije a Celeste que eran habladurías. Estoy segura de que todas las damas jóvenes casaderas estaban fascinadas contigo y creo que deben de haberse sentido decepcionadas porque no les prestaste atención.

Simón advirtió que, al parecer, Emily aún no conocía la reputación que él tenía en la ciudad. Como de costumbre, había considerado el aspecto romántico de la situación.

-Creo que tienes razón -dijo el hombre con parsimonia-. Son habladurías. -De pronto se le ocurrió una idea. La consideré brevemente y tomé una decisión-. Emily, ¿te gustaría ir a Londres?

-Oh, sí, me encantaría. Pero, ¿crees conveniente que vaya? Papá siempre dijo que yo no debía ir muy a menudo a la ciudad porque corría el riesgo de que se recordara el escándalo. Simón, no quisiera ponerte en una situación embarazosa.

-Emily, ya no hay ningún escándalo en tu pasado.

-¿No? -Emily estaba confundida.

-No. Informé a las pocas personas que están enteradas de tu pequeña aventura de hace cinco años, incluyendo a lord y lady Gillingham y a Prendergast, que jamás deberán mencionarla. Eso también vale para ti. En lo que a ti respecta, Emily, no existió tal escándalo.

-Pero, Simón...

-No se discute más. No hay nada que discutir. Y si alguien intenta comentarlo, tienes que decírmelo enseguida. ¿Entiendes?

-Sí, pero Simón, en realidad creo que...

Simón se suavizó de inmediato.

-Sé que te aferras al recuerdo de ese incidente como si fuera lo más excitante que te ha ocurrido, pero creo que podré brindarte momentos aun más excitantes para que recuerdes.

-Bueno, yo también lo pensé -dijo Emily con candidez-. Por eso quise casarme contigo. Pero ahora no estoy tan segura. Creo que cometí un grave error.

-Querida mía, tu único error es creer que puedes manipularme como lo haces con los asuntos financieros. Señora, no soy tan fácil de controlar.

-Lo que dices es horrible.

-Es la verdad. Pero pronto le pondremos remedio. En poco tiempo más vendrás a pedirme perdón humildemente por haberte rebelado. Luego, me rogarás que te admita otra vez en mi cama y todo quedará resuelto.

-¡Demonios!, no lo haré.

-Creo que estábamos hablando de viajar a Londres.

-Estábamos hablando de tu insoportable arrogancia.

-Partiremos a ¡a ciudad lo antes posible.

-¿Por qué? -preguntó Emily-. ¿Por qué tenemos que apresuramos a marchar a Londres?

Simón pensó en la profunda gratitud del marqués y la marquesa de Northcote y respondió:

-Porque creo que es un momento muy oportuno para que frecuentes la sociedad. -Al fin, Northcote, y también Peppington y Canonbury eran vulnerables. El marqués podría ser muy útil y Simón pensaba aprovecharlos a él y a la marquesa para presentar a Emily en sociedad.

Durante largo rato, Emily permaneció en silencio.

Librodot

-Simón, ¿en realidad lo crees?

El conde volvió a sonreír.

-Sí. -Aparté las mantas y se puso de pie-. Ahora estoy sintiendo frío e incómodo. Insisto en que vengas a la cama y traigas esa manta.

El hombre se aproximé y Emily se irguió, alarmada, aferrándose a la manta. Lo miró inquieta entre las sombras.

-Te lo he dicho, Simón, no dejaré que me hagas el amor.

El conde se acercó y la levantó de la silla.

-Amor mío, despreocúpate. Es cuestión de comodidad y de salud. Te di mi palabra de que no te forzaría. -La hizo ponerse de pie y comenzó a desvestirla con eficiencia y minuciosidad.

-¡Ja! ¿Crees que cuando esté en la cama te rogaré que me hagas el amor? -lo desafié, mientras intentaba inútilmente apartarle las manos-. ¿Crees que tengo tan poca fuerza de voluntad?

-No, mi amor, no tienes poca fuerza de voluntad. -Simón dejó caer el vestido de viaje sobre la silla y dejó a Emily sólo con la camisa de muselina-. Eres altiva, apasionada e impulsiva, que no es lo mismo.

Emily dejó de apartarle las manos y lo miró, tratando de verle el rostro con más claridad.

-¿En realidad piensas eso, Simón?

El hombre solté una breve risita y la alzó para llevarla a la cama.

-Querida mía, estoy seguro de eso. Y aunque ahora estés enfadada conmigo, sé que no quieres que me congele. No tenemos alternativa, porque no podemos compartir la manta a menos que compartamos la cama. Tienes que dormir conmigo.

Emily suspiré resignada y se deslizó rápidamente bajo las mantas. Permaneció rígida en el extremo de la cama, mirando al techo, cuando Simón se acosté a su lado.

-Está bien, en resguardo de nuestra salud, compartiré la cama contigo. Pero no me harás el amor, Simón.

-No te preocupes, Emily. No te forzaré mientras duermes. Acepto esperar a que tú vengas a mí.

-Eso sucederá cuando esté convencida de que lo que sientes por mí es parecido a lo que yo sentí por ti la otra noche, cuando me destrozaste el corazón -afirmó.

-Señora esposa, ya lo veremos. Mientras tanto, te propongo que duermas. Has tenido un día muy agitado.

-Ha sido muy excitante-admitió, bostezando-. Debo decir que fue muy romántico que vinieras a buscarme como lo hiciste. Simón, creo que hay esperanzas para nosotros.

Simón abrió la boca.

-¿Porque te seguí? No centres demasiadas esperanzas románticas en eso. Vine a buscarte porque me perteneces, y yo cuido lo que es mío. Emily, nunca lo olvides.

Al otro lado de la cama sólo hubo silencio. Simón esperé alguna respuesta a su severa afirmación. Como no llegó, se volvió y miró a Emily.

Estaba profundamente dormida.

Simón la contemplé un instante en la penumbra y luego la acercó con cuidado a él. Sin despertarse, Emily se acurrucó contra él como si hubieran dormido juntos durante muchos años.

Momentos después, Simón también dormía.

Capítulo 11

Al oir un alboroto en el vestíbulo, Simón alzó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio. Al parecer, Emily y su tía habían vuelto de la excursión de compras. Simón se puso de pie y cruzó la madriguera repleta de dragones enjoyados, sintiendo curiosidad por los resultados del ataque a la calle Oxford. Abrió la puerta del estudio y sonrió divertido ante el cuadro que se le presentaba.

Dos lacayos se apresuraban a descargar una enorme cantidad de paquetes del coche detenido al pie de las escaleras. Emily, con uno de los vestidos de mañana de colores suaves que había traído

del campo, daba órdenes a diestra y siniestra con voz excitada. Los rizos rojos quedaban a medias ocultos bajo un sombrero de paja bordeado de flores y los anteojos estaban algo ladeados sobre la nariz.

Lady Araminta Menyweather se había apartado y miraba la escena: era obvio que la divertía tanto como a Simón.

-Por favor, lleven todo arriba -dijo Emily, vigilando cada paquete que sacaban del coche-. Díganle a Lizzie que desembale de inmediato. Yo subiré enseguida para asegurarme de que todo esté en orden. Oh, Harry, por favor, tenga cuidado con eso. Es la sombrilla más hermosa que existe. Tiene dibujos de dragones verdes y dorados.

-Sí, señora -dijo Harry, y dirigió a la señora una sonrisa llena de dientes rotos que, según se decía, era capaz de asustar al más pintado-. No se preocupe. Lo cuidaré como si fuera algo que achaqué pa' mí.

Además de los dientes, el ex pirata tenía otras cosas rotas o ausentes. Por ejemplo, la nariz quebrada que nunca se había curado del todo y la mano izquierda que había sido remplazada por un gancho de aspecto tremebundo. Las pocas veces que Blade estaba en casa, Greaves no permitía que el lacayo sirviera la mesa, porque su aspecto podía asustar a los visitantes. Pero Emily no se inmutó por el garfio cuando el mayordomo, por órdenes de Simón y con cierta vacilación, había asignado a Harry para atender a la nueva señora de la casa. Harry había sido adoptado de inmediato.

-Gracias, Harry, es muy amable. -Emily ofreció al lacayo una brillante sonrisa de agradecimiento.

Simón vio que el lacayo se ruborizaba y tartamudeaba como un niño y se preguntó si Emily sabía que "achacar" significaba robar en el argot de los ladrones.

Emily se volvió hacia lady Merryweather con el rostro radiante.

-Araminta, he pasado una mañana de verdad estupenda. ¿Cómo podré agradecértelo?

-Yo también he disfrutado, Emily. -Araminta se apartó para dejar que entraran una enorme caja.

-Por favor, George, tenga cuidado -indicó Emily al otro lacayo, que subía por las escaleras y atravesaba la puerta con otro paquete. La muchacha se apresuró a controlar que el envoltorio estuviera en buenas condiciones-. Es de la casa de madame Claude: el sombrerito más delicioso del mundo. -Vio a Simón recostado contra la puerta y se le iluminaron los ojos-. Espera y verás, mi señor. Es un sombrero a la militaire, y encargué un hermoso traje de montar para usar con él. Tiene charreteras, alamares y todos esos detalles militares:
causará un verdadero impacto.

-Estoy ansioso de ver cómo te queda -dijo Simón con gravedad.

George, el lacayo, un individuo de rasgos pronunciados, que había llevado una vida turbulenta en las escarpadas rocas del Lejano Oriente, encabezó la marcha hacia la escalera llevando la sombrerera como si fuera un bebé.

Emily vio que estaban descargando otro envoltorio y se adelantó a vigilar.

-Estas son mis nuevas botas -dijo a Simón sobre el hombro-. También he comprado varios pares de chinelas y zapatillas. El gasto ha sido horroroso, pero la tía dijo que tenía que comprar un par para cada vestido.

Simón cruzó los brazos sobre el pecho y alzó una ceja mirando a la elegante tía.

-Lady Merryweather sabrá lo que dice. Araminta esbozó una sonrisa serena.

-También he comprado varios abanicos y cuatro bolsos
-dijo Emily sobre el hombro, subiendo veloz las escaleras-. Bajaré en unos momentos.

Desapareció en el descansillo, con las faldas de color claro revoloteando a su alrededor.

Araminta miró riendo a Simón que la conducía a la biblioteca.

-Simón, es encantadora. En verdad, encantadora. Y cuando esté vestida con buen gusto, causará sensación. Todavía es necesario recordarle que se quite las gafas en público y habría que domesticar esos rizos rojos con un par de tijeras, pero ya puedo prever el resultado: será espectacular.

-Tía, lo dejo enteramente en tus manos. Pero no permitas que se ponga en la cara ninguna de esas horribles pociones con agua de mercurio, plomo o azufre que se usan para quitar las pecas.

-No te aflijas. Tengo mucha fe en los cosméticos caseros hechos con hierbas. Deduzco que te agradan las pecas.

-Sí -contestó Simón-. Me gustan.

Araminta lanzó una risita.

-Cuando por fin elegiste esposa, debí imaginar que te decidirías por una mujer fuera de lo común. Pero aún no puedo creer que sea una Faringdon.

-No es una Faringdon. Ya no lo es. -Simón cerró la puerta con firmeza y se dirigió al escritorio.

Araminta lo miró inquisitivo, se sentó en una de las recargadas sillas de laca negra y se quitó los guantes.

-No obstante, creo que ella no se considera por entero tu esposa. ¿Cuál es la situación real de Emily?

-~.,Dijo que no se consideraba mi esposa? -pregunté Simón, suspicaz.

-No exactamente. En realidad, se refirió a que aún no se siente en total armonía contigo. Creo que hizo un comentario impreciso acerca de que por ahora vivís en diferentes esferas celestiales, o alguna tontería por el estilo. Simón, ¿qué es lo que ocurre?

Simón se relajó.

-Nada que deba preocuparse. A menudo, Emily se expresa de un modo extraño. Es muy aficionada a la literatura romántica.

-Lo he advertido. Me habló mucho acerca de un poema épico, La dama misteriosa, en el cual trabaja. ¿Lo has leído?

-Me dijo que aún no está listo para ser leído -respondió Simón con sequedad.

-¿Sabes?, es una muchacha sorprendente. Ya conoce los nombres de todo el personal y es evidente que ellos la adoran. Quizá tengas que advertirle que no trate con demasiada familiaridad a esa banda de forajidos y malhechores que trajiste de Oriente.

Simón no se preocupó.

-Cada integrante del personal sabe que respondería ante mí si la mirara siquiera de manera impropia. De todos modos, ninguno de ellos tocaría uno solo de los cabellos de Emily. Mi esposa ya estuvo comentando con el mayordomo algunos planes de inversión para ellos. Y a la servidumbre le fascina la idea de ganar tanto dinero por la vía legal.

-¡Por Dios! ¿Inversiones? ¿Para la servidumbre?

-Sí, ya sé. Es una idea bastante novedosa, ¿verdad?

Araminta movió la cabeza, maravillada.

-Lo repito: es una persona especial. Simón, espera a ver los vestidos que encargó.

-Parece que prefiere los vestidos de corte sencillo y los colores suaves y pálidos -dijo Simón, recordando satisfecho el guardarropa que Emily usaba en el campo.

-Ya no -rió Araminta-. Simón, es posible que ahora se le ocurra usar tu uniforme cuando salga de paseo. Todo lo que compramos hoy está confeccionado en los colores que ella llama “colores de dragón”.

Simón miró a la tía.

-4?,Colores de dragón?

-En su mayoría, dorado, verde, negro y rojo. -Arainínta recorrió con la mirada la biblioteca decorada exóticamente-. No sé de dónde ha sacado la idea de elegir colores tan fuera de lo común. Y hallarás que los diseños de los bordados, las guarniciones y las joyas tienen un aire muy familiar.

-¿Dragones?

-Casi todo. Emily eligió su estilo personal y parece estar dispuesta a sumergirse en él por completo. -Araminta miró a Simón con expresión especulativa-. Te repito, puede tener la idea de usar tu uniforme o una bandera que la proclame como un objeto de tu propiedad. Te das cuenta que todo el mundo lo advertirá, ¿no es cierto?

Simón sonrió satisfecho.

-No hay problema. Araminta, ¿crees que estará preparada para la primera fiesta, el viernes?

Araminta se irguió en la silla.

-Creo que sí. ¿Ya has recibido invitaciones?

Simón le entregó en silencio una tarjeta que había llegado esa mañana. A medida que la leía, la cara de Araminta manifestaba mayor asombro.

-¡La fiesta del marqués y la marquesa de Northcote! -exhaló Araminta en tono reverente-. Simón, es maravilloso. ¡Qué golpe! Es la ocasión perfecta para presentar a Emily en la buena sociedad. Se abrirán todas las puertas cuando se sepa que la recibe lady Northcote.

-Esa invitación cumplirá su cometido -acordó Simón, lacónico-. Sin duda, servirá para lanzar a Emily con bombos y platillos. Pero, ¿qué ha ocurrido, Simón? No creo que tú y Northcote seáis amigos. Sobre todo después de lo que pasó hace años. ¿Cómo es posible que la esposa de Northcote acepte presentar a tu mujer en sociedad?

-La hija de los Northcote y Emily se hicieron amigas por casualidad. Además, el marqués y su esposa tienen una deuda de gratitud con mi mujer.

-¿Gratitud? Simón, ¿qué es lo que está sucediendo?

-Sólo he hecho arreglos para que mi esposa se introduzca sin tropiezos en la sociedad. Si Northcote no hubiera abierto el camino, yo encontraría otro modo de lograr el mismo objetivo.

-¿En serio? -Araminta le lanzó una mirada inquisitiva-. Si lady Northcote no se hubiera adelantado, ¿a quién recurrirías?

Simón pensó un instante y luego se encogió de hombros.

-Sin duda, a Peppington o Canonbury. Estoy seguro de que cualquiera de los dos habría convencido a las respectivas esposas para que cooperaran.

-Otros dos antiguos enemigos. -Araminta lo observó-. Por Dios, Simón. Empiezo a entender lo que sucede. Había oído rumores acerca de tu vinculación actual con Peppington y Canonbury. Me han contado que ambos bailan en la palma de tu mano. Circulan rumores de que los dos enfrentan un inminente desastre económico. ¿Cuál es la verdad?

-Araminta, no creo que te interese. Se trata de un negocio aburrido relacionado con inversiones mineras, un canal y un error de apreciación de parte de Canonbury y Peppington.

-Ah, Simón -dijo Araminta con lentitud moviendo la cabeza- la gente tiene razón cuando te tilda de misterioso y amenazador. Tienes a tres de los hombres más importantes de Londres en tu bolsillo. Y ahora los tienes a todos, ¿no es cierto?: Northcote, Canonbury, Peppington y Faringdon. Estás jugando con ellos al gato y el ratón.

-Es un juego que aprendí muy bien en Oriente.

Un temblor casi imperceptible recorrió a Araminta.

-Te juro que me alegro de estar de tu lado, Simón. A veces me das escalofríos. Pero creo que tu esposa duende no sabe que sólo es un peón en tu grandiosa trama. Aún habla acerca de crear una relación metafísica pura y noble con su flamante esposo.

Simón refunfuñó.

-Emily es una mujer muy inteligente, pero a menudo la estupidez romántica le enturbia el entendimiento. Pronto aprenderá su verdadero papel como esposa.

Emily se zambulló con deleite en el encanto, la sofisticación y el entusiasmo de su primer gran baile. El resplandor de los candelabros, el crujir de la ropa de fiesta a la última moda, la danza y la conversación ingeniosa le quitaban el aliento y la deslumbraban. Le parecía que toda la buena sociedad había asistido al gran baile de la marquesa.

Emily se sentía elegantísima con un vestido de seda verde esmeralda con el escote más profundo que había lucido en su vida. Tenía sandalias verdes de satén bordadas con pequeños dragones dorados, como el vestido, y un delicioso dragoncito de oro coronaba su nuevo peinado. Los ojos del dragón eran rubíes diminutos y también llevaba pendientes en forma de dragón.

El peluquero de lady Merryweather había sujetado los rizos rojos de Emily en una artística cascada que caía desde la coronilla sobre el cuello. Había dejado algunos rizos sueltos con gracia sobre las mejillas. Completaba el atuendo un elegante abanico con un espectacular dragón pintado a mano, que pendía de la muñeca de Emily por medio de un cordón dorado, junto con los

Librodot

impertinentes. Lady Merryweather no había aceptado que usara las gafas en una ocasión tan formal.

Cuando Emily bajó las escaleras para ir a la fiesta, Simón estaba esperándola en el vestíbulo. Examinó a su esposa de pies a cabeza y lo que vio lo satisfizo profundamente.

-Simón, ¿nos encontraremos más tarde contigo? -le preguntó Araminta mientras subían al coche.

-Iré al club un par de horas, pero me reuniré con vosotras más tarde y os acompañaré de regreso a casa. -Miró a Emily mientras la ayudaba a subir al vehículo-. Diviértete, duende. Sin duda esta noche eres un diamante purísimo. Y por
cierto, la criatura más original que haya visto la sociedad en años. Tendrás al mundo elegante a tus pies.

Emily resplandeció.

-Gracias, Simón.

Simón hizo una mueca y cerró la puerta del coche.

-Ten cuidado de no meterte en problemas.

Emily se reclinó en el asiento al tiempo que el coche partía.

-No sé por qué necesita decir esas cosas a cada rato. ¿Qué problema puedo tener en la fiesta de los Northcote?

Araminta sonrió.

-Emily, a veces tengo la sensación de que Blade no siempre sabe qué esperar de ti. En general, creo que eso es bueno. De vez en cuando, Simón necesita que lo sacudan un poco.

-Nada lo sacude -replicó Emily orgullosa-. Es el hombre más frío que he conocido.

-Sí -dijo Araminta mirando por la ventana la calle atestada-. Esa es la reputación que conquistó. Algunos consideran que es demasiado frío. En realidad, hay gente que le tiene miedo.

-Porque no lo conocen bien -respondió Emily confiada.

-¡Oh! ¿Y tú lo conoces bien?

-Sí, sin duda. Ya te dije que nos comunicamos en un plano superior. -Emily frunció el entrecejo pensativa-. A veces. Quizás esos servidores tan extraños asustan a la gente. Tal vez tienen una apariencia espantosa, pero son sumamente agradables e interesantes. Me pregunto de dónde los ha sacado Simón.

Araminta esbozó una ligera sonrisa.

-Emily, ¿sabes qué fue lo que hizo Simón para la Compañía de las Indias Orientales?

-Entiendo que los ayudó en ciertos negocios y la compañía quedó sobremanera agradecida.

-En verdad, muy agradecida. La tarea de Simón consistía en desalentar a los piratas que representaban una constante amenaza para los buques de la compañía. Mi sobrino empleó un método bastante particular para resolver el problema.

Emily rió con suavidad.

-Déjame adivinar. Por casualidad, ¿no reclutó piratas retirados para combatir a los que aún estaban activos?

-Exacto, así fue.

-Es una idea brillante -dijo Emily satisfecha-. Y algunos de ellos regresaron a Inglaterra junto con él, como sirvientes.

-Si los puedes llamar así -respondió Araminta con sequedad.

Celeste y su madre les brindaron la más encantadora de las bienvenidas. Presentaron a Emily a todo el mundo y la gente formó fila para conocerla. Durante una pausa en las presentaciones, Araminta explicó que la sociedad estaba fascinada por la exótica mujer que el misterioso conde de Blade había elegido por esposa. Emily ocultó unas risitas tras el abanico ante la idea de que la consideraran exótica.

El ánimo entusiasta de Emily duró hasta el momento en que alzó los impertinentes para echar un vistazo y distinguió a Richard Ashbrook que se le acercaba. Por un instante, se paralizó mientras

los recuerdos afloraban a su memoria.

Ahora era lord Ashbrook, recordó, dejando caer los impertinentes, que quedaron colgando del cordón de terciopelo. Desde que lo había visto por última vez, hacía cinco años, Ashbrook se había transformado en barón.

Siempre había sido apuesto, pero ahora era la perfecta estampa del poeta romántico, con los rizos oscuros artísticamente desarreglados, la mirada intensa y melancólica y la figura elegante. Emily advirtió que, con el paso de los años, la boca del poeta había adquirido la curva precisa que expresaba una mezcla de fatigado aburrimiento con cinismo. No le resultó particularmente atractivo. Entonces comprendió de pronto que Ashbrook ya no le resultaba en absoluto interesante.

Comparado con el dragón que había irrumpido en su vida, Ashbrook no parecía más que una divertida mascota. Emily se preguntó qué había visto en él.

-Es Ashbrook -murmuró Celeste excitada-. Mamá me dijo que lo había invitado, pero yo temía que no viniera. Tiene acceso a cualquier salón o fiesta en la ciudad, pero es muy difícil lograr que asista. Declara que las veladas ylos bailes lo aburren.

Emily estaba por replicar, pero Ashbrook ya estaba frente a ella, con la boca curvada en una irónica sonrisa y los ojos velados bajo los párpados entrecerrados. La corbata nívea lucía un nudo impecable.

-Hola, Emily -dijo Ashbrook con suavidad.

-Richard. -Emily le dio la mano y volvió a preguntar-se por qué alguna vez lo había hallado irresistible. Después de conocer al dragón, Ashbrook parecía tan manso...

-Ha pasado mucho tiempo. -Ashbrook inclinó con galantería la cabeza oscura sobre la muñeca de Emily.

-Emily, no me dijiste que conocías al barón -dijo Celeste.

-Lady Blade y yo somos viejos amigos -dijo Ashbrook con tono plácido, sin apartar la mirada de los ojos de Emily-. ¿No es así, Emily?

-Conocidos -lo corrigió Emily con parquedad-. Ahora, si me perdonas, Richard...

-Por cierto, no serás tan cruel como para despedirme sin concederme el honor de una pieza. Me dijeron que lady Northcote permitió que se bailara un vals, y creo que es este.

-Pero yo...

Era demasiado tarde. Ashbrook ya la conducía a la pista. La tomó con audacia de la cintura y Emily se sintió arrastrada por la música encantadora y escandalosa del vals. Era la danza más apropiada para una mujer de pasiones desbordadas. Sólo que Emily prefería bailarlo con Simón.

-Has cambiado, Emily.

-No tanto, Richard. Para ser franca, lo dices como si me hubiera convertido en una criatura por completo diferente.

-Sí -respondió pensativo el barón-. En verdad, creo que te has metamorfoseado en “un ser de luz etérea y destellos radiantes, una criatura que mora en otras esferas”.

-Richard, por casualidad, ¿estás citáadote a ti mismo?

-Un par de versos de El héroe de Marliana. ¿Lo has leído?

-No -respondió Emily encrespada- no lo he leído.

Ashbrook asintió comprensivo.

-Me imagino que debe de resultarte demasiado doloroso. Emily, ¿piensas a veces en nosotros?

-Casi nunca.

El barón esbozó una sonrisa caprichosa.

-Querida, yo pienso en ti a menudo. Y lamento lo que perdí hace cinco años.

-Yo también perdí algo -le recordó Emily.

-¿Tu corazón?

-Mi reputación.

Por un momento, Ashbrook pareció irritado.

-Es obvio que el incidente no ha afectado a tu proyecto matrimonial. Has progresado mucho, Emily. Nada menos que un conde. Y ya que estamos, diría que es un conde muy exótico y peligroso.

Librodot

-Blade no es peligroso -replicó impaciente la joven-. No sé de dónde saca la gente esa impresión.

-Supongo que tú no temes a tu esposo.

-Claro que no. Si le tuviera miedo, jamás me habría casado con él -respondió Emily.

-Emily, ¿por qué te casaste con él?

-Somos almas gemelas y nos comunicamos en un plano superior -le explicó la muchacha-. Compartimos una comunión mística y trascendente.

-En un tiempo, tú y yo compartimos ese tipo de comunión -le recordó Ashbrook en tono significativo.

-¡Ja! Ni en sueños. Entonces yo era muy joven y no conocía el verdadero significado o el carácter de una unión metafísica.

eso es lo que compartes con tu marido? Perdóname, pero me cuesta creer que Blade goce de tan refinada sensibilidad.

-Bueno, estamos intentándolo -farfulló Emily-. Claro, desarrollar una perfecta comunicación trascendental requiere su tiempo.

-Recuerdo que entre nosotros resultó instantánea. Al menos de mi parte.

-¿Es así, señor? -Emily alzó orgullosa la barbilla-. Entonces, por favor explícame cómo es que intentaste atacar-me esa noche, en la posada.

Ashbrook interrumpió de pronto el baile, tomó a la joven por la muñeca y la arrastró por la puerta hacia el jardín. Luego, se volvió y la enfrentó.

-Yo no te ataqué -dijo con brusquedad-. Esa noche me acerqué a ti porque me indujiste a creer que nuestros corazones se habían unido para siempre en un plano espiritual. Creí que éramos uno solo en el reino metafísico y que tú deseabas ser una sola persona conmigo también en el reino físico. Si hubiéramos pasado la noche juntos, habrías conocido una verdadera unión trascendente.

Emily recordó su noche de bodas y alzó las cejas con gesto apaciguador.

-Richard, he oído la teoría de que lo ocurrido en una esfera influye sobre lo que sucede en la otra. Te diría que tengo mis serias dudas acerca de la validez de esa filosofía.

-Quizá tu comprensión de la ciencia metafísica no está bastante desarrollada -contestó Ashbrook-. Dime Emily, ¿aún te interesa la poesía?

La muchacha vaciló.

-En realidad, estoy componiendo un poema épico.

Ashbrook pareció divertido.

-Estás compitiendo conmigo, ¿eh?

Emily advirtió que se sonrojaba avergonzada. Ashbrook podía ser cualquier cosa, pero era un poeta con trabajos publicados y ella jamás había publicado una sola línea.

-Apenas -murmuró.

-¿Cómo se llama el poema?

-La dama misteriosa.

-Suena interesante -concedió Ashbrook pensativo.

Emily alzó de pronto la vista y lo miró a través de los impertinentes para saber si hablaba en seno.

-¿Lo crees así?

-Sin duda. -Ashbrook hizo una pausa con gesto deliberado-. Es un título excelente. Es muy apropiado para la clase de personas que compran esos libros. Emily, yo podría echar un vistazo a tu trabajo para saber si en realidad parece prometedor. Si es así, me daría placer presentarte a Whittenstal, mi editor.

-¡Richard! -Emily quedó. atónita ante la generosidad de la oferta. ¿Lo dices en serio?

-Claro, por supuesto. -Ashbrook sonrió con aire confiado-. Creo que una palabra de mi parte ayudaría a atraer la atención de Whittenstal.

-Richard, sería muy gentil de tu parte. No puedo creerlo. Tengo que volver a trabajar de inmediato en La dama misteriosa. Estuve pensando en agregar a la historia un fantasma y un pasaje secreto. ¿Qué opinas?

-Los fantasmas y los pasajes secretos siempre son muy populares. Yo los he utilizado en algunas ocasiones.

-Todavía no he permitido que nadie leyera La dama misteriosa. Antes de mostrártelo, quiero pulirlo. -Emily recordó todos los cambios, los agregados y las correcciones que quería hacer al poema-. Pero me dedicaré a ello enseguida. Richard, es maravilloso. No puedo expresarse lo que significa tu oferta para mí: presentarme a tu editor. Es increíble.

-Creo que no es un gran sacrificio para hacer por una antigua amiga.

-Richard, no sé cómo agradecértelo.

El poeta alzó un hombro en gesto desinteresado.

-No es necesario que me agradezcas nada. Pero si deseas hacerlo, puedes unirte a un pequeño salón literario al que asisto los jueves por la tarde.

Emily estaba impresionada.

-¿.Un verdadero salón literario londinense? Lo disfrutaré mucho. Ya no asisto a los encuentros de la Sociedad Literaria Vespertina de los Jueves en Little Dippington. -La asaltó un arrebato de inquietud-. Pero ¿crees que tus amigos literarios me aceptarán? Es inevitable que hayan leído mucho más que yo y que sean más sofisticados. Quizá yo les parezca demasiado rústica.

-En absoluto -murmuró Ashbrook-. Te aseguro que lady Turnbull y los demás te recibirán con gusto. Sin duda te hallarán... encantadora.

Emily suspiró feliz.

-Es demasiado bueno para creerlo. Mi primera fiesta importante, una presentación en un salón literario y una oportunidad para que un verdadero editor lea mi trabajo. Por cierto, la vida en la ciudad es mucho más excitante que en el campo.

-Sí -respondió Ashbrook-. Sin duda. Y con tu carácter de mujer casada -añadió con suavidad- descubrirás que tienes mayor libertad aquí en Londres que la que tuviste como soltera sepultada en Hampshire. Querida mía, la única regla en la ciudad es la discreción.

-Claro, por supuesto. -A Emily no le interesaba en lo más mínimo ¡a discreción por la sencilla razón de que no pensaba cometer indiscreciones, menos aún con este hombre que una vez la había arruinado con tanta negligencia. Ninguna mujer casada con un hombre como Blade podía tener interés en una criatura tan plana como Ashbrook.

Emily adoptó una expresión pensativa.

-Richard, ¿crees que en realidad mi título tendrá peso? No me importa suprimirlo si crees que eso hará mi trabajo más interesante para el editor.

-Después que yo haya leído tu trabajo, lo discutiremos
-dijo Ashbrook mirando sobre la cabeza de Emily al salón brillantemente iluminado-. Y ahora, hablando de discreción, creo que debemos volver al salón.

-Tienes razón. Celeste se preguntará qué me ha sucedido.

Emily, alegre, se volvió para entrar de nuevo al salón con la mente bullendo de ideas para La dama misteriosa. Alzó los impertinentes para echar un rápido vistazo al salón y casi chocó con su marido que apareció de pronto como una enorme figura salida de la nada.

-Oh, hola, mi señor. -Emily le sonrió-. Esperaba que llegaras pronto. Todo es tan excitante, ¿no es cierto? Lo estoy pasando de maravilla. Estaba hablando con... -Se interrumpió, miró alrededor a través de los impertinentes y advirtió que
Ashbrook no había regresado al salón con ella-. No importa. Por Dios, Simón estás espectacular.

Blade, vestido con ropa de noche de elegante corte, miró pensativo unos instantes sobre la cabeza de Emily hacia el jardín. Luego contempló a Emily.

-Querida mía, me alegro de que te diviertas. ¿Me harías el honor de acompañarme en este vals?

-¿Tocarán otro vals? Creí que esta noche lady Northcote sólo permitiría un vals.

-La convencí de que permitiera otro más para poder bailarlo contigo. -Simón la condujo a la pista.

-Simón, qué maravilloso de tu parte -dijo Emily, de verdad encantada con el gesto.

-A mí también me agradó la idea. -La guió por los complicados arabescos de la danza-. Y podría decir que lady Northcote se mostró cooperativa.

Librodot

Todos los pensamientos sobre La dama misteriosa y los planes para unirse al círculo literario de Ashbrook se esfumaron de la cabeza de Emily. Estaba bailando el vals con su amado dragón. Nada podía ser más perfecto.

Simón se deslizó indiferente en torno del salón, advirtiendo que todas las miradas de la buena sociedad estaban pendientes de él y de su flamante esposa. Al día siguiente. Emily sería tema dc comentarios en toda la ciudad. Simón sabía que él y su esposa formaban un atrayente contraste sobre la pista de baile. Eso lo complacía.

Lo que no lo complacía era la ráfaga de celos corrosivos que lo asaltó cuando vio que Emily volvía del jardín con Ashbrook pisándole los talones.

Capítulo 12

-Simón, me encanta tu casa -manifestó Emily, mientras valsaba sola alrededor de la biblioteca roja, dorada, verde y negra. Giraba y, al pasar ante cada uno de los dragones enjoyados, estiraba la mano y daba unas palmadas de afecto sobre las cabezas salvajes. La falda verde oscuro del vestido flotaba en torno de sus pies calzados con sandalias.

El baile había finalizado hacía una hora y acababan de regresar a la casa después de esperar el coche y atravesar las calles atestadas, pero Emily aún no podía dejar de bailar. Se sentía voluble, efervescente y llena de vida. Canturreaba las melodías del vals que había bailado antes con Simón.

-Y en particular, adoro esta habitación -continuó con una enérgica afirmación de cabeza-. Es casi perfecta, tal como la había imaginado. Exótica, deliciosa, repleta de objetos extraños y misteriosos. -Al pasar bailando frente a la chimenea, dio unas palmadas a un dragón negro y dorado.

-No me extraña. Sabía que te gustaría. -Simón sirvió dos copas de coñac y le entregó una.

-Eso demuestra que estamos en armonía. -Tomó la copa de la mano de su esposo y siguió bailando-. ¿Te das cuenta, Simón? Sigo diciendo que tú y yo nos comunicamos...

-En un plano superior -concluyó el conde-. Sí, querida mía. Te he escuchado decir eso muchas veces. -Alzó su copa en un brindis. Por ti, señora esposa. Esta noche fuiste un gran éxito.

-Gracias a lady Merryweather. -Emily lanzó una risita y se alejó bailando hacia el otro extremo del cuarto-. Y a lady Northcote. Fue tan gentil. Simón, ella y Celeste me presentaron a todo el mundo y bailé casi todas las piezas. Incluso, dos valses.

-Araminta me dijo que el primero lo bailaste con Ashbrook.

Emily le lanzó una rápida mirada de soslayo, mientras pasaba junto a uno de los enormes almohadones satinados. Se preguntó si Simón sabría que era Ashbrook el hombre con el que había huido cinco años atrás. “Y silo sabe, ¿estará celoso?”, pensó. Por cierto que no. Simón era demasiado controlado y seguro de sí mismo para sentir celos. Además, él sabía que era el dueño de su corazón.

-Sí, Ashbrook me sacó a bailar el primer vals. Simón, creo que debo confesarte algo acerca de él.

-¿De qué se trata? -Simón la observó con atención por encima del borde de la copa.

Emily se detuvo frente a una delicada pintura china que representaba a unos robustos caballos y a unos guerreros de extrañas vestiduras. Los examinó atentamente a través de las gafas.

-Richard fue el hombre que creí amar hace cinco años... el hombre con el que me fugué.

-Pero si no te fugaste con nadie hace cinco años -afirmó Simón con calma-. Creo que ya te lo expliqué: para todo propósito y circunstancia, no existe ningún infortunado incidente en tu pasado.

Emily se volvió sorprendida.

-Pero Simón... Oh, ya entiendo -dijo y de pronto comprendió y valoró lo que el esposo hacía-. Es parte de tu plan para presentarme con éxito en sociedad, ¿no es cierto? Tenemos que afrontar con audacia el problema del escándalo. Sencillamente, negaremos que ocurrió.

-Exacto.

-Una solución brillante. -Emily frunció el entrecejo pensativa-. Pero, ¿y si Richard lo menciona?

-No creo que lo haga.

Emily asintió y reflexionó sobre ese punto.

-Quizá tengas razón. Creo que para él sería embarazoso.

La boca de Simón se curvó en una mueca amarga y los ojos de reflejos dorados brillaron.

-Creo que sería algo más que embarazoso. De hecho, más bien peligroso.

-Sí, el poeta necesita tener en cuenta su reputación.

-Entre otras cosas.

Emily volvió a asentir y retomó el vals. Dirigió a Simón otra mirada especulativa.

-Por casualidad, no estarás celoso de Ashbrook, ¿verdad?

-¿Por el infortunado incidente o porque esta noche bailaste con él?

-Por cualquiera de las dos cosas -dijo Emily ansiosa. Al pensar en esa posibilidad, su corazón se encogió.

-¿Debería estar celoso? -La voz de Simón estaba privada de toda emoción.

-No, ni por un instante -le aseguró Emily con solemnidad-. Hace cinco años cometí un error muy tonto. La verdad es que cuando nos marchamos de Little Dippington de inmediato comprendí que en realidad no deseaba casarme con Richard. Era muy excitante quebrar los límites, y además, Richard citaba todo el tiempo las poesías más bellas. Pero pronto me vi forzada a reconocer que no lo amaba. No podía casarme con él.

-¿Y el vals de esta noche? ¿Descubriste un nuevo sentimiento mientras estabas en sus brazos?

-No. -Emily inclinó la cabeza pensando en lo que había sentido. No, en absoluto. Fue como encontrar a un conocido que hacía tiempo no veía.

En ese mismo instante decidió no contarle a Simón acerca de la generosa oferta de Ashbrook de leer su manuscrito. Al menos, no en ese momento. De cualquier manera, no era seguro. Tal vez Ashbrook dijera que La dama misteriosa no era apto para publicar. Que el poeta supiera que su poema no se podía editar ya sería suficiente humillación.

-Entiendo. Fue como encontrar a un viejo conocido.

-Sí, así es. -Emily canturreó otra vez las melodías del vals-. ¿Sabes, Simón? Es extraño pero, al parecer, esta noche no puedo calmarme. Todavía estoy muy excitada.

-Deberías estar agotada. -Simón apoyó la espalda contra el escritorio de laca negra. Ya se había quitado la chaqueta y desanudado la corbata. El lazo de seda blanca colgaba en tomo de su cuello.

-Lo sé, pero no estoy ni un poco cansada. -Emily tomó un sorbo de coñac. Su mirada se posó sobre uno de los grandes almohadones adornados con borlas-. Dime, Simón, ¿trajiste estos almohadones de algún harén turco?

-No. En realidad, los encargué aquí, en Londres. -Sorbió su coñac-. ¿Te agradan?

-Son maravillosos. -Emily dejó la copa y se estiró cuan larga era sobre el almohadón de satén dorado que tenía cerca. Se acomodó en lo que supuso la postura lánguida y sensual de una dama de harén-. ¿Cómo estoy? ¿Podría pasar por una cálida cortesana oriental?

Los ojos de Simón recorrieron con parsimonia desde la punta de las sandalias de satén bordadas con dragones hasta la cascada de rizos cobrizos en la coronilla.

-Quizá -concedió por fin.

-No pareces convencido. Tal vez los anteojos arruinen el efecto. -Se los quitó y los dejó sobre la mesa que tenía cerca. Luego volvió a reclinarse en el almohadón e intentó una mirada mortífera tras las pestañas. Simón era sólo un gran bulto oscuro al otro lado de la habitación-. ¿Así es mejor?

-Creo que pareces más auténtica.

Emily se estiro sobre un costado. La falda del vestido se alzó mostrando las medias. Apretó los labios imitando un mohin de mujer de harén.

-Así. ¿Qué te parece?

-Emily, ¿por casualidad, estás coqueteando conmigo?
-preguntó Simón con suavidad.

-Bien, en verdad... -Como no podía distinguirlo con claridad, se atrevió. Emily sintió calor en

las mejillas mientras
pensaba con cuidado la respuesta-. Sí, creo que sí. -Contuvo el aliento, esperando la reacción del esposo.

-Esta noche estás de un humor extraño, ¿verdad?

-Simón, estoy feliz -dijo Emily, abarcando con un gesto de la mano al mundo entero-. Me siento flotar. He pasado la velada más excitante y maravillosa de toda mi vida.

-~,Y ahora deseas concluirla pidiéndome que te haga el amor?

Emily suspiró y se dejó caer sobre la espalda, estirando los brazos sobre la cabeza. Contempló el cielo raso borroso.

-Te lo dije, Simón: soy una criatura de pasiones desbordadas. Quizá la excitación de esta noche me haya estimulado.
-Es posible.

-¿Simón?

-¿Sí,Emily?

La muchacha lanzó un profundo suspiro.

-La última vez que hicimos el amor me dijiste que yo todavía no había captado el sentido de la cuestión.

-Recuerdo que te dije que necesitabas práctica -murmuró el conde.

Emily giró de lado y se apoyó en un codo.

-Sí, práctica. Creo que esta noche me gustaría mucho practicar.

Hubo una pausa. Luego se oyó la voz de Simón baja, oscura y sedosa, cargada, de amenaza sensual.

-Emily, también te dije otra cosa.

Emily se sentó sobre el almohadón y alzó las rodillas bajo la barbilla, de modo que la falda le rodeó los dedos de los pies. Tanteó en busca de la copa de coñac. Cuando la halló, tomó un largo trago y volvió a dejarla con cuidado sobre la mesa. Luego, rodeó con los brazos las rodillas levantadas.

-Me dijiste que tendría que rogarte que me hicieras el amor -dijo Emily por fin, abrazando con fuerza las rodillas.

-Me conformaré con que me lo pidas con gentileza. Querida mía, el asunto es que no deseo recibir acusaciones por la mañana. No podrás decir que te engañé.

-Simón, no lo diré. -Aguardó en una agonía de ansiedad mezclada con incertidumbre-. ¿Simón?
-¿Sí, Emily?

-Por favor, ¿me harías el amor?

La oscura y exótica habitación se colmó de una extraña quietud. Se oyó un suave golpecito y Emily supo que Simón había apoyado la copa sobre el escritorio. Lo vio acercarse a ella. Sin las gafas, no podía distinguir la expresión de su esposo, pero todo su cuerpo hormigueaba de expectativa. Pudo percibir la pesada y envolvente fragancia de su masculinidad y supo que eso se debía a que en realidad ellos se comunicaban en una esfera superior.

Simón se detuvo al borde del gran almohadón de satén:
el dragón más poderoso en ese ámbito lleno de ellos. Sin una palabra se agachó junto a Emily y la tomó en sus brazos.

Con lentitud y deliberación la recostó otra vez sobre el brocado dorado. Se inclinó sobre ella y le observó el rostro. Estaba tan cerca que Emily podía ver los destellos de oro fundido en sus ojos.

-¿Estás segura de que eso es lo que deseas? -Simón frotó la delicada línea de la mandíbula de la joven con el pulgar.

-Sí -murmuró, casi incapaz de hablar, sintiendo un nudo en la garganta. Otra vez la inundaba esa extraña sensación, como siempre que Simón la tomaba en sus brazos-. Por favor, Simón.

-Muy bien, Emily-. El conde inclinó la cabeza y depositó un cálido beso sobre el pecho, expuesto por el profundo escote del vestido de fiesta. Pero mañana recuerda que lo pediste.

-Sí, Simón. -La joven enlazó lentamente los brazos en torno del cuello del hombre. Luego esbozó una sonrisa trémula-. ¿Sabes? No fue tan malo como podrías creer.

-¿ Qué es lo que no fue tan malo? -El conde deslizó del hombro la manga abullonada del vestido de Emily.

-Pedirte que me hagas el amor. -La sonrisa se transformó en una risa exuberante-. No fue malo en absoluto.

-Me alegro. -Simón bajó más el corpiño del vestido y descubrió un pecho con forma de manzana. Trazó un círculo
con el índice alrededor del pezón-. Tal vez vuelvas a pedírmelo.

-Espero que sí -dijo Emily complacida-. Si resulta la experiençia trascendente que me prometiste.

Simón lanzó una risa ronca que se transformó en un gemido.

-Veo que esta vez tendré que hacerlo bien.

Emily se estremeció cuando sintió que el dedo del esposo volvía a trazar un circulo en torno del otro pezón. Se movió inquieta y deslizó las piernas sobre el satén. La boca de Simón se posó sobre la de ella y, al mismo tiempo, las caderas del hombre se apretaron contra las de Emily.

Emily separó los labios y la lengua deSimón se deslizó en la tibieza de su boca. Pudo sentir el sabor del coñac. Y el aroma del hombre invadió su cabeza. Apretó los brazos alrededor del cuello de él e instintivamente trató de arquear las caderas.

-No -murmuró Simón, separando la boca de la de Emily-. Esta vez lo haremos con lentitud. -Desabrochó el corpiño del vestido y empujó la tela tenue hasta la cintura de Emily.

Emily tenía los ojos cerrados pero podía sentir el calor de la mirada del hombre sobre los pechos. La quemaba, la marcaba, le encendía la sangre. El enorme almohadón sobre el que estaba acostada le parecía una gran nube vaporosa. Se hundía cada vez más a medida que Simón dejaba caer su peso sobre ella.

-Emily, tienes una piel hermosa. Suave, delicada, está hecha para ser acariciada. -Simón trazó una huella de pequeños besos húmedos sobre el cuello y los pechos. Los dientes del conde se cerraron con suavidad sobre el pezón y la mano se deslizó tras el corpiño del vestido.

Emily contuvo el aliento. Se retorció bajo la mano del hombre deseando dolorosamente un contacto más íntimo.

-~,Simón?

-No, todavía no. Te dije que esta vez no me apresuraría. Esta vez conservaré el control, duende, y tú enloquecerás.

Tiró del vestido verde y de la delgada camisa y las sacó sobre la cabeza de Emily. Luego se agachó y desató con habilidad
la ropa interior. Deslizó la mano con íntima confianza por las piernas mientras le quitaba las medias.

Emily volvió el rostro ardiente hacia la blanca camisa plisada y la aferró. Simón se rió con suavidad y le tomó las nalgas con las manos, sacudiéndolas con delicadeza.

Emily advirtió la sensación del satén dorado bajo las piernas y las caderas. Era una sensación maravillosamente pagana.

-¿Ahora parezco una mujer de un harén?

Simón sonrió y pasó los dedos por el triángulo de rizos rojos de la entrepierna.

-Una mujer de harén muy rara, poco común -concordó-. En realidad, site vendieran en subasta, alcanzarías un precio muy elevado.

Emily lo miró entre las pestañas sintiéndose deliciosamente desenfrenada.

-¿Me venderías?

-Jamás -juró el hombre y de pronto la voz se oscureció. Cerró posesivo los dedos sobre los rizos rojos. Luego se apartó un tanto.

Cuando lo sintió alejarse, Emily abrió los ojos de inmediato.

-¿Pasa algo malo?

-En absoluto, mi amor. Sólo me estoy poniendo cómodo. -Simón se quitó la camisa y la corbata, y luego se desató los pantalones. Un instante después, estaba desnudo, en toda su gloria. La luz del fuego brillaba sobre los contornos musculosos de los hombros y las caderas y exponía la

excitación completa-. En general, los pachás se quitan la ropa cuando hacen el amor a algún miembro de su harén -dijo Simón mientras se tendía otra vez junto a Emily.

Emily rió al sentir que la oprimía de nuevo contra el almohadón.

-Mi señor, tengo que advertirte: no toleraré ningún otro miembro en este harán particular. Sólo yo.

-Entonces, ¿tengo un harán de un miembro?

-Me temo que así es. No pienso compartirte con ninguna otra mujer -Sonrió con picardía-. Creo que tampoco necesitarás otra.

-Por lo tanto, piensas mantenerme muy ocupado, ¿verdad? -Deslizó la cálida palma por el muslo de Emily y la miró de una manera que le produjo una oleada de calor en el cuello y en los pechos.

-Muy ocupado -prometió Emily con voz ronca. Enroscó los dedos en el vello del pecho del hombre amando la textura áspera y la sensación de fuerza de los músculos poderosos bajo la piel-. Simón, eres hermoso -dijo maravillada.

-No, duende, tú eres hermosa. Tus pechos son perfectos para mis manos. -Cubrió uno con la mano y acarició el pezón con el pulgar hasta que la joven se estremeció-. Tu boca se adapta a la mía a la perfección. -La besó de un modo profundo, íntegro, extático hasta que la mujer se retorció en el abrazo-. Y el interior de tus muslos es lo más suave y cálido que he conocido. -Deslizó las manos entre las piernas de Emily.

Emily tragó saliva cuando sintió que los dedos de Simón la tocaban con quemante intimidad. Lo tomó con fuerza de los hombros y lo apretó contra ella. Una profunda y dolorosa urgencia florecía con rapidez en su interior. Todo su cuerpo comenzó a añorar el explosivo alivio que había vivido una vez en manos de Simón.

-Aún no -murmuró Simón. Le sujetó las manos, le estiró los brazos sobre la cabeza y le sostuvo las muñecas con fuerza. Se inclinó sobre ella y le besó los párpados-. Te aseguro que esta vez no me volverás loco. Esta vez, yo seré el que mantendrá el control y tú aprenderás a disfrutar de hacer el amor.

-Simón, disfruto. En verdad, disfruto. -Emily alzó las caderas buscando el calor del hombre. Ahora de verdad estaba ansiosa de tenerlo.

-Será todavía mejor -le prometió el conde. Sin soltarle las muñecas, le separó ampliamente los muslos y se colocó entre las piernas de la mujer.

Por instinto, Emily apretó las piernas y trató de soltar las manos para poder enlazar los brazos alrededor del cuello del hombre y acercarlo a ella.

Simón la miró y le sonrió.

-Ahora te soltará las muñecas, pero no tienes que moverte.

-No seas tonto, No puedo quedarme inmóvil -dijo Emily jadeando.

-Entonces te daré algo que te ayudará. -Simón buscó la corbata que estaba tirada sobre la alfombra. Enlazó la seda blanca en torno de la pata tallada del canapé que estaba detrás de la cabeza de Emily. Entonces colocó los extremos de la corbata en los dedos estirados de la mujer.

-Tienes que sostenerlos con fuerza -le dijo Simón mientras los dedos de ella se cerraban instintivamente en torno de la seda.

Emily lo obedeció, confundida pero ansiosa por continuar, tomando una parte de la seda blanca y almidonada en cada mano.

-¿Y ahora? -preguntó impaciente.

-Ahora tienes que tirar con fuerza de la corbata cada vez que la necesidad de moverte sea insoportable. No te preocupes. El canapé no se caerá. Es muy pesado y la tela de la corbata es fuerte.

Emily miró a su marido con los brazos estirados sobre la cabeza.

-Demonios, Simón, no quiero jugar con tu corbata.

-Haz lo que te he dicho -le respondió con una risa profunda-. Eres la mujer de un harén, ¿te acuerdas? En el harén, las mujeres obedecen.

-Pero Simón... ¡Oh! - Emily gimió y apretó obediente los dedos en torno de la seda blanca al

sentir la lengua de Simón en el centro mismo de su estómago suave y curvo.

-Recuerda, cuando no puedas soportar, tira fuerte de la corbata. -Simón se deslizó más abajo, con las manos firmemente apretadas sobre las caderas de Emily. La sostuvo y la besó en la cara interna de los muslos.

-¡Simón! -Emily se paralizó por la sorpresa.

-Así es mejor. Ahora estás quieta. Estás estirada, bien tensa, como la cuerda de un arco. Arqueada y ansiando que te toque. -La mano del hombre la recorrió y ella se estremeció. En ese momento, la boca del conde estaba dentro de ella.

-¡Simón!

-Tira con fuerza de la corbata -le ordenó con gentileza. Volvió a besarla con mayor intimidad-. Más fuerte, Emily.

El tumulto de sensaciones que amenazaba sepultar a Emily era alarmante y confuso. Sintió que se hundía bajo la superficie de un mar tibio. Apenas podía respirar y tampoco pensar. Obedeció a ciegas las órdenes murmuradas de Simón.

Emily tomó la seda blanca con un apretón feroz y tiró de ella con toda su energía. La agitación y tensión en la parte baja del cuerpo se hicieron más intensas.

-Emily, tira más. Ahora tienes que usar toda tu fuerza. Tira tan fuerte como puedas. -El dedo de Simón se deslizó en el húmedo pasaje y chupó con delicadeza el erguido nudo de exquisita y sensible carne femenina.

-¡Demonios! -Emily estaba en plena tormenta sensual. Respondía a las órdenes que susurraba Simón y tiraba con violencia de la seda. Cuanto más fuerte tiraba se sentía más próxima a estallar en llamas en cualquier momento.

-Emily, sólo un poco más. Tira un poco más. Ahora estás muy húmeda, muy apretada. Muy preparada. Casi has llegado. Creo que tienes que tirar un poco más de la corbata. Sí, creo que sí.

Emily tragó saliva al sentir que el pene duro de Simón exploraba la entrada de su cuerpo. Se aferró con energía a los extremos de la corbata, miró entre las pestañas y vio que el marido se erguía sobre ella.

-¡Simón!

-Emily, no sueltes la seda. -Penetró en ella con lentitud-. Duende, estás muy apretada. Pero esta vez no sientes dolor, ¿verdad?

-No. Oh, no, Simón. Creo que no podré soportarlo -Abrió la boca. Los dedos estrujaban la seda blanca.

-¿No? -El hombre comenzó a retroceder, a salir de dentro de la mujer.

-Simón, no me dejes. -Ante la idea de que el hombre se alejara en el preciso momento en que ella se balanceaba a la orilla de esa experiencia pasmosa y trascendente, la asaltó el pánico.

-No pienso dejarte, duende. Y tú nunca me dejarás, ¿verdad? -Simón penetró otra vez en ella lentamente.

-No, jamás. Simón, nunca te abandonará. ¡Oh, demonios!

-Emily, sujeta con firmeza la corbata. Sólo un poco más.

Estaba profundamente dentro de la mujer, se abría paso, se tornaba parte de ella. Emily no pudo soportarlo más. Todo su cuerpo se convulsionó.

-¡Simón!

A la distancia se oyó el ruido de la corbata de seda que se desgarraba. De pronto, los brazos de Emily quedaron libres. Envolvió a Simón con ellos y lo apretó contra su cuerpo mientras los increíbles estremecimientos de alivio la recorrían de pies a cabeza.

Oyó el grito ronco, exultante de triunfo de Simón y lo sintió empujar con violencia dentro de ella. Sin miedo, Emily se aferró al hombre mientras las oleadas de pasión los sumergían a ambos bajo la superficie de ese cálido mar.

Largo rato después, Emily advirtió que Simón se agitaba entre sus brazos. Abrió los ojos con pereza, sintiéndose demasiado lánguida para moverse.

-Creo que tendré que salir a comprar otra corbata -dijo Simón girando para ponerse de costado. Rió tomando los trozos desgarrados de la corbata de seda blanca. que había sido una parte muy

elegante de su atuendo. -Balanceó los extremos sobre la nariz de Emily-. Señora, no conoces tu propia fuerza.

-Parece que no. -La muchacha rió y sopló una punta de la tela que flotó en el aire-. Por casualidad, ¿era una de tus corbatas favoritas?

-Sin duda. Estoy desolado por la pérdida.

Emily rió entre dientes. Se estiró, se sentó y plegó las manos sobre el pecho del hombre. Apoyó el mentón sobre los brazos.

-Trataré de compensarte por esa pérdida.

-Tendrás que esforzarte mucho para compensarme. -Los dientes de Simón brillaron en una sonrisa maligna.

-Simón, ¿sabes algo? Creo que serías un buen pachá. A veces tienes algo de bárbaro.

-No tengo nada de bárbaro. -Simón rodeó la nuca de Emily con la mano y acercó a su esposa para besarla-. En
realidad, en ciertos aspectos soy demasiado civilizado. Incluso un poco aburrido.
-Jamás.

-¿Crees que no? Bueno, déjame decirte algo, mi apasionada esposa. Al menos una vez, me encantaría hacerte el amor en una cama, en lugar de hacerlo en el piso de la biblioteca. ¿No te parece que eso es ser juicioso y aburrido?

-¿En una cama? -Emily hizo una mueca-. Eso suena demasiado normal y poco imaginativo. Me rectifico: mi señor, después de todo, eres un poco aburrido. ¡Qué sorpresa! Por cierto, me engañaste.

-¡Arpía! -El conde la hizo acostar de nuevo en el almohadón y la besó con entusiasmo.

El beso empezó como un castigo juguetón pero pronto se transformó en algo mucho más poderoso. Emily se entregó al gozoso abandono hasta que por fin Simón se interrumpió para mirarla con expresión que ya no era divertida. En cambio, su mirada fue extrañamente atenta.

-¿Y bien, Emily? ¿Esto se ha acercado más a lo que esperabas del amor? -le preguntó con calma.

-Oh, sí, Simón. Esta vez en verdad me sentí transportada a las doradas orillas trascendentes del amor. -Sonrió Con timidez y supo que quizás el corazón se reflejaba en sus ojos-. Fue maravilloso... una experiencia realmente metafísica. Muy estimulante para los sentidos. Estoy impaciente por volver a hacerlo.

Simón gimió y cayó hacia atrás riendo.

-Debí imaginar que una mujer de pasiones desbordadas como tú sería completamente insaciable. -Se sentó, se puso de pie y tomó la camisa-. Ven, esposa. Subiremos y, por una vez, nos comportaremos como un matrimonio civilizado.

-¿Qué idea excelente, señor mío! -Emily tomó las gafas y las puso sobre la nariz-. Piensa: en tu dormitorio tienes un cajón lleno de corbatas.

-Es cierto. -Simón miró a su esposa que sólo llevaba puestos los anteojos y volvió a reir-. Señora, te aseguro que estarás asombrada de la versatilidad que posee una corbata bien hecha.

Se aproximaba el amanecer, pero Simón no podía dormir. El cuerpo esbelto y tibio de Emily estaba acurrucado muy cerca del suyo y el conde podía sentir el aroma de la mujer mezclado con los olores del amor reciente. Aún colgaba de los dedos de Emily un trozo de seda blanca que atravesaba el pecho de Simón.

Simón se convenció de que esta vez había controlado mucho mejor las cosas. Había mantenido su promesa de esperar a que Emily se acercara a él. Y lo más importante: se había controlado hasta el momento en que decidió gozar de su propia satisfacción.

Ahora, la relación con su nueva esposa se acercaba más a lo que debía ser, concluyó Simón tratando de ser frío y objetivo al analizar la situación. Emily había aprendido que él podía brindarle placer cuando hacían el amor y también que el esposo era capaz de un inconmovible autocontrol.

La muchacha había tenido que reconocer que la voluntad
de Simón era la más poderosa. Se había tomado su tiempo y
valió la pena hacerlo. El hombre había reafirmado su punto de
vista al esperar que Emily sucumbiera a su propia curiosidad y

a su floreciente pasión. De ahora en adelante, él sería el amo, y
Emily lo sabía.

Era necesario que una esposa respetara la voluntad del esposo. En especial si esa esposa fue una Faringdon.

-¿Simón? -La voz de Emily era lánguida.

-Duende, creí que dormías.

-Sí, dormía. Pero acabo de recordar algo que quería decirte antes. Esta noche tuve una conversación con lady Northcote. -Emily bostezó.

De inmediato, Simón se puso alerta.

-¿Sí? ¿Y de qué hablasteis?

-Bueno, le agradecí la invitación a la fiesta y me aseguró que no podía hacer menos porque yo había salvado a Celeste de Nevil. También me parece que creyó que me debía esa
gentileza por algo que sucedió en el pasado entre el padre de Northcote y el tuyo.

-¿Eso fue lo que dijo?

-Fue muy indefinido pero, por supuesto, le aseguré que no tenía que preocuparse más por ello.

Simón se quedó quieto.

-Emily, ¿qué fue exactamente lo que le dijiste?

-Le dije que cualquier obligación que pudo existir en el pasado quedaba por completo pagada por la gentileza que tuvo al presentarme en sociedad. Simón, fue tan amable conmigo. No podía tolerar que creyera estar en deuda conmigo. Y por cierto, no deseo que nuestra amistad se base en un sentido de imposición.

-Entonces, ¿le dijiste que la deuda estaba pagada?

-Sí, exacto. Y debo decir que se sintió muy aliviada.

-¡Demonios! -murmuró Simón-. Apuesto a que sí. Y eso no es nada comparado con lo que sentirá Northcote.

-Espero que así sea. Son una pareja encantadora.

"Así que yo soy el que manda..."

"Ah, bueno", se consoló Simón. Northcote era el último de los cuatro. En realidad, había sido el padre de Northcote el que había ignorado la carta de Simón hacía veintitrés años, no el actual marqués.

Y Simón tenía que admitir que la marquesa había ayudado mucho en la presentación de Emily. Quizás, en verdad, la deuda de Northcote estuviera cancelada.

-Emily -dijo con tanta severidad como pudo- en el futuro no harás promesas ni asumirás compromisos en mi nombre sin consultarme antes. ¿Está claro?

-Perfectamente claro, Simón. Pero sabía que en este caso no te importaría. Es obvio que se trataba de un viejo malentendido.

-Duende, te equivocas. Northcote y yo nos entendemos muy bien.

Capítulo 13

-¿Y bien, Blade? -Preguntó con calma el marqués de Northcote-. Me dijo mi esposa que su joven señora considera pagada la antigua deuda. ¿Es eso cierto?

Simón bajó con lentitud el periódico y observó a Northcote con mirada fría. Los sonidos apagados de voces masculinas, ruido de papeles y los leves tintineos de las botellas le indicaron que era una tarde ajetreada en el club. No obstante, Northcote y él tenían ese rincón de la sala para ellos solos.

-La otra noche mi esposa se divirtió mucho -dijo Simón con voz monocorde-. Lady Merryweather me aseguro que Emily hizo un buen ingreso en la sociedad. Por favor, agradezca a su esposa en mi nombre.

Northcote se inclinó en la silla que ocupaba junto a Simón y tomó la botella de oporto que estaba en el extremo de la mesa, y se sirvió una copa.

-No estoy hablando de nuestras esposas y usted lo sabe. Le pregunto si considera usted que el conflicto entre nosotros ha quedado resuelto.

Simón se encogió de hombros.

-Así parece. Un marido tiene que honrar las promesas y compromisos de su esposa y creo que Emily asumió el deber de sacarlo a usted del brete. -Siguió leyendo el periódico.

-¡Maldición, Blade, no se haga el misterioso conmigo! Dígame directamente si considera que la antigua deuda está saldada.

-Tiene mi palabra. -Simón no alzó la vista de las noticias sobre el continente que estaba leyendo. Sin embargo, percibió que Northcote, a su lado, se relajaba.

-Gracias, Blade. Se dice que usted es inflexible como el hierro, pero también que su palabra es inamovible. Aquella noche, en la posada, mi esposa estaba histérica. Estaba segura de que el futuro de Celeste había sido destruido por ese maldito cazafortunas.

-Supongo que se ocupó del miserable de Nevil.

-Jamás regresará a Londres -confirmó Northcote, satisfecho.

-Entonces, todo está bien. -Simón volvió la página.

Mientras Northcote sorbía el oporto, se hizo un largo silencio. Entonces, el marqués dijo en voz baja:

-Quizá no lo crea Blade, pero lamento lo ocurrido tantos años atrás. Le pido perdón por el comportamiento de mi padre.

Simón bajó el diario y se topó con la mirada directa de Northcote. Hizo una pausa en silencio y luego asintió con parquedad, sorprendido por la disculpa.

-Considere el asunto concluido.

Northcote estiró las piernas y contempló su copa de oporto.

-Yo era el último, ¿verdad? De algún modo se las ingenió para atrapamos a todos. A Canonbury, a Peppington ya mí. Y por supuesto, a Faringdon. Blade, creo que fue endemoniadamente astuto. Lamento que mi padre no haya vivido para apreciar su brillante actuación.

-Comparto su pena -dijo Simón con burlona sinceridad.

-Le llevó a usted mucho tiempo encontrar una manera de presionarme. Pero tuvo la suene de encontrar a mi hija esa noche en la posada.

-Resultó útil -acordó Simón sirviéndose una copa de oporto-. No obstante, tarde o temprano habría aparecido algo. Es cuestión de saber esperar.

-Y usted lo sabe muy bien. Soy consciente de que escapé con poco daño. Me siento muy aliviado de que usted sólo
quisiera aprovechar las relaciones sociales de mi esposa. Me imagino que hubiera cobrado un precio mucho más elevado por lo que le hizo mi padre si él hubiese vivido.

-Sí.

Northcote suspiró.

-Si le sirve de consuelo, antes de morir, hace dos años, mi padre me dijo que lo vigilara a usted. Me dijo que algún día usted volvería y cuando lo hiciera, sería peligroso. ¿Cuándo les hará pagar a Canonbury y a Peppington?

-Prefiero que esperen un tiempo.

-Vivir en medio de la incertidumbre económica es el verdadero castigo, ¿no es cieno?

Simón bebió un sorbo de oporto.

-La venganza se saborea mejor lentamente y no de un trago.

-Tortura lenta y profunda. -Northcote esbozó una sonrisa torcida-. Me parece que es una forma muy oriental de venganza. Le repito, me alegro de que su esposa sea espontáneamente generosa.

-En el futuro, vigilaré mejor los impulsos generosos de mi mujer -le aseguró Simón con sequedad.

Northcote rió entre dientes.

-Lady Blade ha originado una grata impresión en el mundo social.

-Me he enterado.

-Blade, le aseguro que mi esposa y mi hija están en verdad encariñadas con su mujer a pesar de que esté casada con usted. ¿Qué papel desempeña ella en su venganza?

-No tiene nada que ver -dijo Simón con llaneza.

-Pero es una Faringdon -señaló Northcote con mirada astuta.

-Ya no -dijo Simón.

-Advierto que ella le pertenece a usted tanto como St. Clair Hall. -Northcote vaciló-. Mi padre, Canonbury y Peppington estaban en deuda con usted porque le dieron la espalda a su familia luego de la muerte de su padre. Pero el inconstante e irresponsable Faringdon fue el que más daño le causó. Fue un Faringdon el que provocó el suicidio de su padre. El mismo Faringdon le quitó la casa y destruyó a su familia. Y por fin usted aplastará a Broderick Faringdon y a su clan, ¿no es así?

-Es una conclusión lógica -acordé Simón en tono neutro--. Pero mi esposa ya no pertenece a ese clan.

-¿Sabe, Blade? Me alegro sobremanera de que la ofensa de mi padre fuera menor comparada con el resto y que usted la haya perdonado -dijo Northcote con cierto humor-. En este momento, no me gustaría estar en los zapatos de Faringdon.

Emily salió eufórica de la librería Asbury. Lizzie, la doncella y el lacayo George, con su rostro anguloso, la seguían con los brazos repletos de libros con las últimas novelas y poemas épicos que la señora acababa de elegir en el negocio.

La pequeña comitiva se dirigió hacia el borde de la acera, donde esperaba el coche negro y dorado. George se apresuraba a abrir la puerta para la señora cuando la figura familiar de un rubio Adonis saltó de un vehículo cercano y se aproximé.

-Hola, Em. Qué casualidad encontrarte aquí.

-¡Devlin! -Emily sonrió contenta a su apuesto hermano-. Es maravilloso verte. ¿Dónde está Charles?

Devlin lanzó una mirada inquieta al lacayo y a la doncella, tomó del brazo a la hermana y se alejó con ella unos pasos.

-Em, es precisamente a causa de Charles que estuve esperando una oportunidad para hablarte. Ha sucedido algo espantoso.

-¡Por Dios! -Los ojos de Emily se agrandaron de súbito horror. Advirtió que nunca había visto a Devhin tan preocupado-. ¿Está herido o enfermo? Dcv, dime, ¿está.., está muerto?

-Aún no -dijo Devlin con aspereza-. Pero pronto lo estará.

-¡Cielos, entonces está enfermo! Debo verlo enseguida. Rápido, Dey, sube al coche. ¿Llamaste a un médico? ¿Cuáles son los síntomas? -Se volvió pero se detuvo porque el hermano volvió a tomarla del brazo.

-Espera, Em. No se trata de eso. Es decir, Charles no está enfermo en realidad. -Devhjn miró ceñudo a la doncella, al lacayo y al cochero que aguardaban. Ellos también le devolvieron sendas miradas ceñudas. Devhin bajó más la voz-. Em, tengo, que decirte toda la verdad. Dentro de dos días, se batirá a duelo.

Emily se llevó a la boca la mano enguantada.

-Demonios

-Em, las perspectivas no son buenas. Claro, Charles y yo hemos practicado un poco en la galería Manton, pero Dios sabe que ninguno de los dos tiene muy buena puntería. -Devhin agité la cabeza-. Yo seré uno de los padrinos, pero estamos buscando otro.

-No lo puedo creer. -Emily estaba atónita-. ¿Quién lo desafié?

-Bueno, en realidad fue Charles el que hizo el desafío -admitió Devlin-. Tenía que hacerlo: era cuestión de honor.

-¡Dios mío! Pero, ¿a quién desafié? -lo urgió Emily.

-A un completo desconocido llamado Grayley. Se dice que ese hombre peleé ya en dos duelos y venció en ambos. En las dos ocasiones hirió de gravedad a los rivales, pero sobrevivieron y eso

evité el escándalo. Em, la cuestión es que no hay seguridad de que Grayley no mate a Charles. Se comenta que los otros dos sobrevivieron por casualidad. Ese hombre tiene una puntería fatal y mucha sangre fría.

-Esto es increíble -murmuré Emily.

Devhin la miré.

-Mira, Em sé que no te permiten ver a la familia porque ahora estás casada con Blade. Pero, demonios, eres nuestra hermana. Y pensé que querrías despedirte de Charles.

Emily enderezó los hombros.

-Haré algo mucho mejor que despedinne de él. Pienso detener esta estupidez. Dcv, llévame de imnediato a verlo. -Se volvió y se dirigió hacia el coche.

-Em, no te precipites: no hay modo de detener el duelo.
-Devhin corrió tras ella-. Ya te dije que es una cuestión de honor.

-No es cierto. Es una cuestión de imbecilidad. -Emily trepé al coche seguida por Lizzie y por su hermano. Notó que la doncella y George, con su aspecto feroz, miraban a Devhin disgustados, pero los ignoré-. Devhin, dale al cochero la dirección de tu casa -dijo con firmeza.

Devlin alzó la puertecilla del techo del carruaje y dio con rapidez las indicaciones al cochero. Luego se dejó caer en el asiento frente a Emily y Lizzie.

-Por todos los diablos. Espero estar haciendo lo correcto.

-Por supuesto. -Emily hizo un gesto atribulado-. ¿Dónde está papá?

-Lo primero que hice esta mañana fue buscarlo en su alojamiento, pero no estaba allí. Me dijeron que se había marchado por toda la semana. Fue a pasar unos días al campo, con los amigos. Sufrió una mala racha en los garitos. No tuve tiempo de buscarlo y traerlo de regreso. -Devhin lanzó un lento suspiro-. Aunque hubiera sido inútil traerlo.

Emily abrió la boca para formular otra pregunta, pero notó la mirada de advertencia de Devlin y callé. Comprendió que el hermano no deseaba que Lizzie se enterara de lo que sucedía. Emily se recliné de nuevo en el asiento y esperé con quemante impaciencia hasta que el coche llegara a la casa de Charles y Devlin.

El vehículo se detuvo y se abrió la portezuela. La cara de George expresaba severidad.

-Disculpe, señora, pero ¿está segura de que es aquí donde desea apearse?

Emily miré sobre el hombro.

-Devlin, ¿esta es la dirección?

-Sí. -El joven tomó el bastón y bajó tras ella. Luego usó el bastón para llamar la atención del cochero-. Puede esperar aquí a la señora. No tardará.

-Sí, señor. -Pero el cochero no parecía más convencido que George.

Emily no hizo caso de las miradas de censura de los servidores y subió los escalones del brazo del hermano.

Instantes después entró en las habitaciones que compartían los mellizos. Observé con curiosidad el confortable ambiente masculino. Sabía que en la ciudad los hermanos pasaban una vida de solteros negligentes, pero en realidad nunca los había visitado en su domicilio.

Desde la ventana que daba a la bahía se divisaba un agradable panorama del parque; había dos escritorios repletos de diversos papeles, una mesita con licores y dos enormes sillones de cuero.

Charles Faringdon estaba repandingado en uno de los sillones. Estaba dando buena cuenta de una de las botellas que habían en la mesita junto a él. Cuando vio entrar a los hermanos, sus ojos azules se abrieron asombrados.

-Devlin, ¿qué diablos hace ella aquí? -Charles golpeó con la copa sobre la mesa.

-Charles, qué pregunta estúpida. -Emily se senté en el otro sillón y observé ansiosa al atractivo hermano-. Tenía que venir.

-Dey no tendría que haberte traído. -Charles se incorporé de un salto y comenzó a pasear inquieto por el pequeño cuarto-. Esto no es asunto tuyo.

-Tenía que traerla. -Devlin atravesé la habitación y se sirvió una bebida. La tomé de un trago-. Tenía derecho a despedirse de ti.

-Por todos los diablos, ¿quién dijo que yo soy el que va a estirar la pata dentro de dos días?

Quizá sea Grayley el que muera.
-Charles miró primero al hermano y luego a Emily-. Em, no tendrías que haber venido. Sé que piensas convencerme de que no me bata, pero es imposible.

-¿Por qué diablos desafiaste a duelo a ese Grayley?
-pregunté Emily con suavidad-. ¿Se trata de una partida de naipes?

-En absoluto -murmuré Devlin sirviéndose otro trago. Hizo una pausa dramática-. Se trata de una mujer.

Emily no podía creer lo que oía. Fijé en Charles una mirada azorada.

-¿Te propones batirte por una mujer? ¿Qué mujer?

-No debo de mencionar su nombre -declaró Charles, solemne-. Baste decir que es inocente y pura como un corderito y recibió un grosero insulto. No tengo más alternativa que exigir una satisfacción.

-Oh, mi Dios -murmuré Emily, y se hundió más en el sillón. Trató de pensar en algo-. ¿Amas a esa mujer?

-Sí. Y si sobrevivo al duelo, pienso pedirla en matrimonio.

-Será inútil que lo intentes -dijo Devlin desde su sitio junto a la ventana-. Ya se corrió la voz de que nuestros días están contados. Todos dicen que Blade nos cerró los cordones de la bolsa y que tú, yo y papá pronto seremos insolventes.

-Mañana se casará conmigo aunque esté arruinado. Me ama.

-Bueno, pero los padres de ella no te aman -dijo Devlin con brutalidad.

Charles dirigió al hermano una mirada furiosa.

-Me preocuparé por eso más adelante. Emily no nos volverá la espalda para siempre, ¿no es cierto, Em? Papá dice que tarde o temprano volverás a encargarte de esos malditos negocios. Después de todo, eres una de los nuestros. Por Dios, eres una Faringdon.

-En este momento, tus problemas financieros son lo que menos importa -replicó Emily con rapidez-. Debemos encontrar un modo de detener ese duelo. Charles, simplemente no tienes que batirte con ese Grayley.

-No hay alternativa -dijo Charles con decisión. Tomó la botella-. Después de todo, está en juego el honor de una dama.

-Pero Charles, ese hombre espantoso podría matarte.
-Emily comenzó a desesperarse cuando comprendió que el hermano estaba decidido a correr semejante peligro-. De todas maneras, batirse a duelo es ilegal.

-Em, todos saben eso -dijo Devlin, irritado-. Pero no importa. El honor de un hombre está por encima de la ley.

Emily miró a uno de sus hermanos y después al otro y se le encogió el corazón.

-Charles, estás decidido a correr este riesgo, ¿no es cierto?

-No tengo elección.

-Deja de decir eso -replicó Emily-. Sí, tienes alternativa. Sin duda puedes disculparte ante Grayley.

-¡Por Dios! Ni lo menciones. -Charles pareció en verdad escandalizado-. Cuando está en juego el honor de una dama, un caballero debe defenderlo.

-¡Demonios! -exclamó Emily disgustada. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta-. Veo que no hay modo de disuadirte.

-Espera, Emily -dijo Devlin siguiéndola-. ¿Dónde vas?

-A casa.

-Adiós, Em-dijo Charles con gran calma a la espalda de la hermana.

La muchacha se detuvo y se volvió hacia él.

-Charles, no digas eso. Todo se solucionará.

Charles le dirigió la traviesa y encantadora sonrisa de los Faringdon.

-Sí, hermanita, pero por las dudas, quiero que sepas que siempre te quise. Y espero que seas feliz.

-Oh, gracias Charles. -Las lágrimas quemaron los ojos de Emily. Se quitó las gafas y se secó

las mejillas con el dorso de la mano enguantada. Atravesé la habitación y besó al hermano en la mejilla-. Todo estará bien, ya lo verás.

Se volvió y corrió hacia la puerta, con la mente en ebullición, pensando qué hacer. Mientras George la ayudaba a subir al coche, la respuesta le pareció evidente. La situación era desesperada. Iría de inmediato a ver a Simón y le pediría ayuda. Sin duda, él entendería.

Su dragón resolvería el problema.

En realidad, Emily tuvo que serenarse y esperé más de una hora hasta que Simón regresó a casa. Cuando por fin Lizzie subió a decirle que Blade estaba en el estudio, Emily se puso en pie de un salto y casi voló escaleras abajo. El lacayo manco, Harry, se precipité a abrirle la puerta.

-Simón, gracias a Dios que estás aquí -exclamó Emily entrando a la habitación-. Debo hablarte enseguida.

Simón la miró divertido mientras se ponía de pie en un gesto galante.

-Así me han dicho. Greaves me conté que en la hora pasada preguntaste por mí cada diez minutos. Señora, ¿por qué no te sientas, tomas aliento y me dices lo que sucede?

-Gracias. -Emily se dejó caer en la silla más cercana, sintiendo un gran alivio-. Se trata de Charles. Simón, ha ocurrido una desgracia.

La divertida complacencia se esfumé de la expresión de Simón. Se sentó, se apoyé en el respaldo de la silla y tamborileé con los dedos en la superficie negra del escritorio.

-¿Te refieres a Charles Faringdon?

-Claro. ¿De qué otro Charles podría hablarte?

-Es interesante, si tenemos en cuenta que te he dicho con toda claridad que no debes ver a nadie de tu familia cuando yo no estoy presente.

Emily hizo un ademán impaciente con la mano.

-Oh, ahora eso no tiene importancia. Cuando escuches toda la historia, comprenderás que es algo muy grave.

-Ardo en deseos de oírla.

-Sí, bueno, me encontré con Devlin en la acera de la librería Asbury y él me llevó de inmediato a ver a Charles. Me dijo que tal vez no volviera verlo vivo.

-áA quién? ¿A Charles?

-Sí. Simón, sucedió algo espantoso. Charles piensa batirse a duelo con un hombre llamado Grayley. Es casi seguro que matará a mi hermano. Al menos, puede herirlo de gravedad. Devlin me conté que este Grayley ya se ha batido a duelo dos veces e hirió a sus dos rivales. Tienes que detenerlo.

Simón la observó con los ojos entrecerrados.

-Te dije que no vieras a tus hermanos a solas.

-Lo sé, Simón, pero es cuestión de vida o muerte. Comprendo que no les tienes cariño, pero estoy segura de que dejarás de lado tus sentimientos personales y harás algo para impedir el desastre.

-¿Por qué?

Emily lo miró perpleja.

-~,Por qué? Simón, Charles es mi hermano. Y no sabe nada de duelos.

-Espero que aprenda pronto.

-¿Estás loco? Esto no es una broma. Tienes que rescatarlo de esta locura. Podrían matarlo.

-No lo creo. Sin duda, Grayley se conformará con herirlo. Tiene tan buena puntería que no necesitará matarlo. No tiene sentido. Si asesinara al rival, Grayley tendría que marcharse del país y no pienso que quiera hacerlo.

Emily quedó sin habla un instante. Cuando recuperé la voz, el tono era débil.

-Simón, por favor, no me asustes. Tienes que prometerme que salvarás a Charles.

-Señora, al parecer no has comprendido un punto fundamental.

-¿De qué se trata? -preguntó Emily quejumbroso.

-No me importa en absoluto lo que le ocurra ni a Charles ni a ningún otro Faringdon. Quizá tu hermano sea el primero de la familia que pavimente su camino al infierno y no pienso impedírselo.

Emily oprimió con tanta fuerza los brazos de la silla que los nudillos se le pusieron blancos.

-No lo dirás en serio.

-Querida mía, nunca dije nada con más seriedad. Desde el principio deberías de saber que no tengo interés en salvar a los Faringdon. Si no te quedó bastante claro es porque no prestaste la debida atención.

-Pero Simón, estaba segura de que me ayudarías a salvarlo.

-¿Es cierto, querida? ¿Acaso imaginaste que porque ahora te acuestas conmigo como corresponde a una buena esposa podrás manejarme? ¿Crees acaso que estoy tan embrujado por tus encantos en la cama que te permitiré tomar el control fuera de ella? Si es así, aún no conoces a tu marido.

La helada suavidad de las palabras de Simón y la acusación que implicaban congelaron a Emily como un viento frío. Inquieta, se levantó de la silla.

-Estaba convencida de que me ayudarías -repitió, incapaz de creer en el rechazo.

-Emily, ya has cuidado mucho tiempo de esos hermanos disolutos que tienes. -Simón la miró enfadado-. Es tiempo de que aprendan a cuidarse solos.

-Pero son mis hermanos.

-No les debes nada. -Simón se puso de pie tras el escritorio con una expresión aun más fría-. Menos que nada. Cinco años atrás tendrían que haberse batido a duelo. No lo hicieron y eso no me inspira para tratar de detener este combate.

-No entiendo de qué hablas. -Emily caminó a ciegas hacia la puerta-. Y no me importa. No puedo creer que no me ayudes a salvar a Charles. De hecho, no lo creo. Estaba tan segura...

-¡Emily! -La voz de Blade sonó como un latigazo en la habitación poblada de dragones.

Emily se detuvo con la mano en el picaporte. Una pequeña llama de esperanza se encendió en su alma.

-¿señor?

-Ya te lo había dicho pero al parecer, tengo que repetirlo. Ya es hora de que entiendas que no eres más una Faringdon. Cuando te casaste conmigo, cortaste todos los lazos con tu familia. Ahora me perteneces y harás lo que yo te diga.

Emily no traté de responder a esas palabras abrumadoras. Salió de la habitación sin hablar.

Subió desanimada las escaleras hasta su dormitorio y se sentó en una silla junto a la ventana. Miró hacia afuera y se entregó a la autocompasión, dejando correr las lágrimas durante largo rato.

Cuando dejó de llorar, se acercó a la mesa donde estaba la jarra de agua, vertió un poco en la palangana y se mojé la cara. Luego se miré al espejo.

Había que hacer algo de inmediato.

Con los ojos secos, Emily se sentó ante el pequeño escritorio y tomó la pluma. Afilé distraída la punta con una pequeña navaja mientras pensaba las posibles soluciones para el problema que tenía ante ella.

Después de unos instantes, se le ocurrió una respuesta evidente. Tenía que encontrar la manera de asegurar que Charles no llegara a esa cita al amanecer. Tenía que esforzarse por trazar un plan para evitar el duelo, del mismo modo que se concentraba en los negocios o en inventar tramas para un cuento romántico y de aventuras.

De pronto, comenzaron a ocurrírsele ideas y Emily decidió aplicar sin demora un plan especialmente brillante. A medida que el plan tomaba forma, Emily comenzó a sentirse mejor.

Simón sintió que el tictac del reloj de la biblioteca era más fuerte que de costumbre. En verdad, el silencio del cuarto estaba tomándose opresivo. Ahora que lo advertía, toda la casa parecía sumida en un silencio muy particular.

Era extraño cómo influía el talante de Emily en el ánimo de todo el personal de la casa. Esos hombres curtidos, que en otro tiempo se habían sumergido en sangre hasta los tobillos, ahora andaban por la casa silbando o bien melancólicos, según fuera que la señora sonriera o estuviera triste. Era ridículo.

Simón se levanté del escritorio y se detuvo junto a la ventana. Suponía que tarde o temprano el duende aprendiera que la indulgencia del esposo tenía sus límites. Emily tenía una inquietante inclinación a andar por la vida llena de entusiasmo y a aplicar sus ideas románticas a todo y a todos. Su naturaleza era optimista y siempre esperaba finales felices.

También tenía la mala costumbre de creer que podía adularlo y lograr que él hiciera lo que a ella se le antojaba. Era obvio que esa creencia se había fortalecido después de la apasionada noche pasada en la biblioteca.

La mirada de Simón voló hacia el almohadón de satén dorado donde había tenido a Emily entre sus brazos, mientras ella se aferraba con desesperación a la corbata de seda blanca. El recuerdo endureció su cuerpo. En toda su vida, ninguna criatura lo había excitado tanto como su fascinante duende de ojos verdes.

-¿Señor?

Simón parpadeé ahuyentando las imágenes y recobró el control. Volvió la cabeza y miró sobre el hombro al mayordomo que estaba en la puerta.

-¿Qué hay, Greaves?

-Lamento molestarle, señor. Golpeé la puerta pero no me oyó.

-Estaba pensando -replicó Simón impaciente-. ¿Qué quiere?

Greaves tosió con discreción, con una expresión más reprobadora que nunca en el rostro lleno de cicatrices.

-Señor, creo que hay algo que debe de saber. La señora Blade... eh... ha dado ciertas instrucciones a George, el lacayo.

-¿Qué clase de instrucciones? -Simón volvió junto al escritorio.

-Le pidió a George que encuentre a un miembro de la clase criminal que tenga habilidad para los secuestros.

Simón levantó la vista con brusquedad y miró atónito al mayordomo.

-¡Secuestro! ¿Está seguro?

-Muy seguro, señor. Imagínese, George estaba espantado. Vino de inmediato a decírmelo y yo acudí enseguida a usted. Al parecer, la señora desea tratar con un criminal de talento que esté buscando un empleo temporario. Señor, ¿acaso estará buscando argumentos para su poema épico?

-Más bien habrá decidido tomar en sus manos cierto problema -murmuré Simón. Se sentó al escritorio y tomé papel y pluma. Escribió rápidamente una nota.

Señora:

Estoy interesado en el trabajo que usted requiere. Encontrémonos en el Camino Negro en Vauxhall, esta noche, a medianoche. Lleve un abanico blanco. La encontraré y nos pondremos de acuerdo.

Suyo

x

P.S.:Utilice el coche de su esposo y traiga con usted a su doncella.

Simón revisé la nota, la plegó con cuidado y se la entregó a Greaves.

-Asegúrese de que la señora Blade la reciba más o menos en una hora. Y no se preocupe, Greaves. La situación está bajo control.

-Sí, milord. -Greaves pareció un tanto aliviado.

Simón esperé hasta que el mayordomo abandonara el cuarto, se levanté y se sirvió un vaso de vino.

Estas eran las consecuencias de consentir a las mujeres. Las cosas habían llegado demasiado lejos. Era el momento de que Emily aprendiera una importante lección.

Capítulo 14

Los fuegos artificiales que iluminaban el cielo sobre los jardines Vauxhall deleitaron tanto a Emily como a Lizzie. Nunca había visto algo así, y a pesar de sus preocupaciones, se detuvo a mirar la lluvia de colores. Desde el cielo caían cascadas de luces, y las explosiones cubrían el crescendo de la orquesta entusiasta y los gritos de la multitud.

Era un espectáculo fascinante y le habría encantado de no ser por el problema acuciante que tenía que afrontar.

-Señora, por amor de Dios, nunca vi algo así en Little Dippington. -Lizzie contempló maravillada otro despliegue de fuego y luz contra el cielo nocturno.

-Sí, Lizzie, lo sé. Es estupendo, pero no debemos demoramos. Tenemos que encontrar el Camino Negro.

-Está hacia allá, señora, al otro extremo de los jardines
-dijo Lizzie con urgencia-. No es como este camino, sino muy estrecho y oscuro. Está rodeado de árboles y arbustos. Se sabe de muchachas que fueron arrastradas hacia allí, al interior de la espesura y fueron violadas.

Emily lanzó una mirada suspicaz a la doncella.

-Lizzie, ¿y tú cómo sabes cosas acerca del Camino Negro?

-La noche que usted fue al baile de los Northcote, George, el lacayo, me trajo aquí -le confesó Lizzie con una risa traviesa-. Me invitó a tomar un helado.

-Entiendo. -Emily se arrebujó en el chal que llevaba alrededor de los hombros y trató de parecer severa aunque no
pudo evitar sentir cierta envidia de la doncella. La idea de tomar un helado y pasear con Simón por el Camino Negro fue suficiente para reavivar su imaginación romántica-. Entonces, podrás ayudarme a encontrarlo.

-Por aquí, señora.

Lizzie se hundió en las sombras. Emily la siguió mirando inquieta alrededor. Cuanto más se alejaban las dos jóvenes del camino principal, era menor el número de faroles encendidos. De la espesura que bordeaba el sendero brotaban risitas, pequeños gemidos femeninos y risotadas masculinas.

Por fin, Emily y Lizzie llegaron al angosto Camino Negro flanqueado por árboles. Algunas parejas paseaban, perdidas en su propio mundo. Delante de Emily, un joven inclinó la cabeza y murmuró algo al oído de su compañera. Ella rió, echó una mirada adelante y atrás por el sendero y luego siguió a su pareja hacia la espesura. Ambos desaparecieron rápidamente.

-Es como le dije, señora. Los violadores merodean por aquí esperando atrapar a alguna muchacha inocente -murmuró excitada Lizzie.

-Lizzie, quédate cerca de mí. No me gustaría que te atrapen. ¿Dónde podría encontrar una doncella tan hábil como tú?

-Creo que eso es cierto.

Ahora no se veía a nadie. Emily miró alrededor y sólo divisó los árboles envueltos en sombras. Sin advertirlo se acercó más a la doncella.

-Señora, no olvide mostrar el abanico -le recordó Lizzie, menos animada ahora que estaban solas en la penumbra del Camino Negro-. George insistió en que usted tenía que traerlo. Dijo que así la reconocería el criminal.

-Oh, sí. El abanico. -Emily desplegó con rapidez el abanico blanco con un elegante dragón pintado. Lo agitó con energía-. Espero que George supiera lo que hacía cuando contrató a ese villano.

-Señora, no se ofenda, pero yo espero que usted sepa lo que hace. Si no le importa que lo diga, creo que este es un asunto muy extraño.

-Lizzie, no seas impertinente. -Pero en verdad, Emily empezaba a coincidir con la doncella. Cuando había trazado el plan en la seguridad de su dormitorio le pareció perfecto, pero ahora comenzaba a sentir cienos escrúpulos. En realidad, no sabía bien cómo tratar con un asesino profesional. La sobresaltó un súbito movimiento en el camino.

-¡Demonios! -Emily reprimió un grito agudo cuando un rapazuelo salió de entre los árboles y se detuvo justo frente a ella. Lizzie gritó asustada y se aferró al brazo de Emily.

-¿Usté es la dama del abanico? -preguntó el muchacho.

-Sí -respondió Emily tratando de calmarse-. ¿Quién eres tú?

-N'importa. Usté vaya derecho a esos arbustos. Sola.

-El niño miró significativamente a Lizzie.

-¿Y yo? -preguntó Lizzie temerosa.

-Usté se queda aquí y espera a que la señora vuelva -le dijo el bribón con brusquedad-. Luego giró y se marchó a toda velocidad. Pocos segundos después había desaparecido entre la maleza.

Lizzie miró implorante a Emily.

-Señora, no quiero quedarme sola aquí.

-Cálmate, Lizzie. Estarás bien. Quédate aquí, en el centro del camino.

-Pero señora...

-Lizzie tienes que ser valiente. -Emily le dio unas palmadas en el hombro para tranquilizarla y enderezó los hombros. Pero también deseó que alguien viniese a calmarla a ella.

Había que ser valiente para meterse entre la oscura maleza. Cuando las ramas se cerraron sobre ella, las sombras se hicieron más densas. Emily adelantó el abanico como un talismán y se esforzó por distinguir algo en la penumbra de los espesos matorrales. No pudo evitar el recuerdo de lo que le había contado Lizzie acerca de los violadores que merodeaban por allí.

Desde detrás de un enorme árbol a la derecha de Emily llegó una voz masculina profunda y ronca que la hizo dar un brinco.

-¿Usted es la dama que quiere contratar un secuestrador?

Emily tragó saliva y sintió las palmas húmedas.

-Así es. Supongo que usted es... eh... el profesional que busca trabajo.

-Depende de lo que quiera que haga.

-Nada demasiado difícil -aseguró Emily a la voz áspera-. Un insignificante secuestro, como sin duda le habrá adelantado mi servidor. Se trata de un caballero a quien quiero alejar de la ciudad por algunos días. No deseo que lo lastime, ¿entiende? Sólo necesito que lo mantenga en lugar seguro durante unos cinco días. ¿Podrá hacerlo?

-Le costará mucho.

Emily se relajó un poco: estaba en territorio familiar. Al parecer, los negocios en el mundo criminal eran parecidos a los que se realizaban en la sociedad.

--Entiendo. Naturalmente, estoy dispuesta a pagar una suma razonable. Pero antes de que me diga el precio, quisiera aclararle que este trabajo no implica ningún peligro. En realidad, es un asunto muy sencillo.

-¿Por qué cinco días?

-¿Perdón? -Emily frunció el entrecejo.

-¿Por qué quiere hacer desaparecer a ese caballero durante cinco días? -repitió la voz ronca en tono impaciente.

-Eso no le incumbe -dijo Emily cortante- pero supongo que más o menos en ese lapso se aclarará la situación en la ciudad. Cuando las cosas se resuelvan, Charles estará seguro... quiero decir, el caballero podrá volver a su hogar.

-Usted no es más que una mujer. ¿De qué modo piensa arreglar el problema de ese sujeto? ¿O acaso me contratará también para eso?

-Oh, no, no lo necesitaré para resolver el problema principal -se apresuró a explicar Emily-. Pronto mi esposo se hará cargo de la cuestión. Él se ocupará de los detalles. Una vez que lo haga, usted podrá liberar a mi her... al caballero de quien hablamos.

Desde detrás del árbol se produjo una pausa. Cuando la voz ronca volvió a hablar, sonaba algo

contrariada.

-¿Su marido se ocupará de la cosa?

-Por supuesto.

-Si eso es cierto, ¿por qué diantres no está él aquí? ¿Por qué no se ocupó él de negociar el rapto?

Emily se aclaró la voz.

-Bueno, le diré. En este momento, está algo enfadado conmigo. No está muy de acuerdo en rescatar a ese caballero del que le hablé, ¿entiende? Pero pronto se le pasará. Sólo necesita pensarlo un poco.

-¡Maldición, señora! ¿Por qué imagina que él cambiará de idea? -inquirió la voz áspera en tono irritado-. ¿Usted cree que tiene a su marido comiendo de la palma de su mano? ¿Piensa que está tan embobado por usted que sólo necesita mover un dedo, atraerlo a su cama y entonces él hará lo que usted quiera?

Emily se irguió, orgullosa.

-Esto no tiene nada que ver con lo que mi esposo siente por mí. Es un hombre justo y honrado y hará lo que corresponde. Sólo necesita pensarlo un poco. Además, no dispongo de tiempo.

-Quizá su esposo no crea que salvar a ese sujeto de sociedad sea lo que corresponde -replicó la voz.

-Lo es, y mi marido no tardará en comprenderlo. El caballero es un joven inocente que se ha metido en aguas turbulentas y es probable que lo maten antes de que logre salir de ellas. Mi esposo no permitirá que eso suceda.

-¡Demonios! -murmuró la voz-. Yo escuché decir otra cosa. Escuché decir que su esposo es un tipo duro. No es de esos que se dejan llevar de las narices por una mujer. Me imagino que no sólo dejará a ese caballero librado a su suerte sino que le dará a usted una lección.

-No es así -replicó Emily de inmediato-. Usted no conoce a mi marido. Es un verdadero caballero. En ocasiones, es un poco lento de entendederas, pero creo que la mayoría de los hombres son así. Bien, vayamos a nuestro trato. ¿Cuánto pide?

-Apuesto a que es más de lo que usted querría pagar -le aseguró la voz.

-¿Cuánto?

-¿Y si le digo que el precio de mis servicios es que se dé un revolcón conmigo en el heno? -De pronto la voz se había vuelto salvaje.

Emily se paralizó, realmente asustada por primera vez en esa noche. Retrocedió un paso.

-Si usted se atreve a decirme algo semejante otra vez, se lo diré a mi esposo y le romperá el cuello.

-¿Ah, sí? -la provocó ásperamente la voz.

-¡Sin duda! -exclamó Emily de manera feroz-. Mi esposo protege lo que es de él. Le garantizo que, aun si me tocara, él no descansaría hasta encontrarlo. Creo que usted no viviría un día más.

-¡Cristo! Señora, me ha hecho temblar de pies a cabeza
-dijo la voz, arrastrando las palabras.

-Ya puede echarse a temblar. -Emily alzó la barbilla-. Le advierto: si usted está pensando en alguna treta sucia, sepa que dejé una carta en mi dormitorio. En esa nota le digo a mi esposo exactamente lo que estoy haciendo esta noche. Si yo sufriera alguna clase de daño, el conde acudiría a George, el hombre que trató con usted, para que lo identificase. Sería imposible que escapara a la furia de su señoría. ¿Me ha entendido?

-No -dijo Simón abatido saliendo de detrás del árbol-. Pero al parecer, estoy eternamente condenado a no entender tus extraños arrebatos.

Simón! -Emily contempló atónita la alta figura oculta en un abrigo-. ¿Qué diablos haces aquí?

-Maldita sea si lo sé. Creo que tenía idea de darte un buen susto y, al mismo tiempo, una severa lección. Pero es asombrosamente difícil asustarte si me amenazas conmigo mismo.

-Oh, Simón, sabía que me ayudarías a salvar a Charles.
-Emily voló a refugiarse en los brazos del conde-. Estaba segura que sólo necesitabas un poco de

tiempo para pensarlo. Era imposible que permitieras que mi pobre hermano se batiese a duelo.

Por un momento, Simón la apretó contra sí.

-Debería darte una paliza y encerrarte en tu cuarto durante un mes por maquinar este plan delirante. Lo sabes, ¿no es cierto? Por Dios, mujer, ¿cómo se te ocurre contratar asesinos profesionales? ¿Tienes idea del problema en que te estabas metiendo? ¡Nada menos que un secuestro!

-Milord, sé que estás enfadado conmigo -dijo Emily y su voz sonó ahogada por la gruesa tana del abrigo-. Sin embargo, tienes que entender que el tiempo era fundamental. Sabía que al final te convencerías, pero yo tenía que actuar de inmediato para rescatar a Charles. Sólo estaba tratando de hacer tiempo, esperando a que recobraras la razón y comprendieras que tenías que ayudarme a salvar a mi hermano.

-¿Y sin duda crees que eso es precisamente lo que haré?
-preguntó Simón en tono frío.

Emily alzó la cabeza para mirarlo a la cara en sombras.

-Simón, no creo que lo dejes correr ese riesgo mortal. Me parece que no lo odias. Mi hermano no tuvo nada que ver con lo que ocurrió hace muchos años. Era sólo un niño.

-Los pecados de los padres... -citó Simón en tono suave.

-No es verdad. Si eso fuera cierto, recaería tanto sobre mí como sobre Charles y Devlin. Y tú no me culpas por lo que le sucedió a tu familia hace veintitrés años, ¿verdad?

Simón dejó escapar un prolongado suspiro y empujó suavemente a Emily hacia el sendero.

-Lo discutiremos más tarde.

Emily miró sobre el hombro a su esposo que salía de entre los árboles.

-Simón, ¿qué haremos ahora?

-Al parecer, no tengo más alternativa que idear algo para rescatar a ese bribón. Es obvio que no tendré paz si no lo hago.

-Gracias, Simón.

-Duende, es mejor que lo recuerdes: es el último favor que pienso hacerle a un Faringdon.

-Entiendo -respondió Emily en voz suave-. Y te estaré eternamente agradecida.

-No me interesa demasiado tu gratitud -le contestó Simón.

-¿Qué es lo que quieres?

-La tranquilidad de saber que nunca más te meterás en un embrollo como este. Emily, esta noche podrían haberte asaltado, violado o asesinado. La idea de enviar a George a contratar a un raptor fue increíblemente descabellada.

Mientras retomaba el sendero, Emily apretó más el chal alrededor de sus hombros.
-Sí, milord.

-Más aun, de aquí en adelante no deberás... -Simón soltó un juramento pues en ese instante, al verlos juntos, Lizzie gritó y se acercó corriendo a la señora.

-~ Señora, ha vuelto! Gracias a Cristo. Estaba tan preocupada... Temí que la hubieran atrapado y violado; ¿qué le habría dicho a su señoría si preguntaba por usted? Sería difícil ocultarle que había desaparecido. Tarde o temprano lo descubriría y... -Lizzie se interrumpió de pronto al ver quién estaba junto a Emily.

-Tienes razón -dijo Simón en tono frío-. Tarde o temprano descubriría que la señora había sido secuestrada.

-¡Oh, señor! -Lizzie se sobresaltó y alcanzó a hacer una pequeña reverenda-. Es usted.

-Muy perspicaz. Y si no deseas quedar en la calle sin recomendaciones, te asegurarás concienzudamente de que la señora no vuelva a pasear sola por el Camino Negro.

-Sí, señor. -Lizzie estaba aterrada.

Emily miró aprensiva al marido.

-Simón, deja de asustar a la pobre chica. Y tú, Lizzie, deja de sollozar y domínate. Todo está bien. Desde el comienzo, su señoría estaba al tanto de mi plan. ¿No te parece brillante?

-Sí, señora. -Lizzie miró dudosa la cara adusta de Simón-. Brillante.

-Y ahora, Lizzie -dijo Emily alegre- irás directamente a casa en el coche. Su señoría y yo

tenemos que salir. Esta noche debemos resolver un asunto. No me esperes levantada.

-Señora mía, un momento, por favor -dijo Simón arrastrando las palabras-. Me parece que hay un pequeño malentendido. Tú irás directamente a casa junto con la doncella.

-Pero Simón, esto fue idea mía y quiero presenciar el desenlace.

-Tú me has metido en esto, y en esos casos, prefiero estar a cargo de las cosas. Tú irás a casa. Te acompañaré fuera del parque y te pondré yo mismo en el coche.

-Pero Simón, me necesitarás a tu lado.

-Esto es cosa de hombres.

-Se trata de mi hermano -dijo desesperada.

-Me pediste que yo resolviera el problema.

Emily hizo caso omiso de lo que decía Simón y se lanzó a una detallada explicación de por qué era imprescindible que ella lo acompañara a resolver la situación de Charles, pero era lo mismo que hablar a una pared. Simón se mostró implacable e incomnovible.

Pocos momentos después, se encontró acurrucada en el coche junto a Lizzie. Simón cerró la portezuela y dio al cochero órdenes estrictas de ir sin rodeos a la casa. Luego se volvió y se hundió en la noche sin mirar atrás.

-¡Demonios! -Emily se removió impaciente en el asiento, abrió el abanico en ademán furioso y después, con un suspiro, se rindió a lo inevitable.

Un instante después, sonreía aliviada. Ahora todo se arreglaría. El dragón había tomado el mando.

Simón subió los escalones de la casa que ocupaban los mellizos Faringdon sacudido por una mezcla de emociones. Golpeó la puerta. Casi de inmediato la abrió uno de los mellizos, que lo miró asombrado.

-Creo que tú eres Devlin, ¿es así? -preguntó Simón lacónico.

Devlin dominó su extrañeza.

-Sí, milord. Blade, ¿qué está haciendo aquí?

-Una pregunta excelente. De hecho, yo también me lo pregunto. ¿Puedo pasar?

-Bueno, creo que sí. -Renuente, Devlin se apartó de la entrada.

-Gracias -dijo Simón en tono seco. Entró en la habitación y entregó el sombrero, el abrigo y los guantes al mayordomo.

Charles Faringdon tardó en comprender quién era el visitante y se incorporó a medias de la silla junto al fuego.

-¡Blade! En nombre de Cristo, ¿por qué apareció a esta hora?

-Emily me dijo que piensas batirte en duelo con Grayley.
-Simón se acercó al fuego para calentarse las manos.

Charles dirigió a su hermano una mirada venenosa.

-Te dije que nunca tendrías que haberla traído aquí. Fue inmediatamente a contárselo todo.

-Tenía que darle una oportunidad de despedirse de ti
-protestó Devlin-. No tenía alternativa.

-Jamás tendrías que haberle dicho una palabra. Es un asunto privado. -Charles se hundió en la silla.

-Estoy de acuerdo en que hubiera sido mucho más conveniente que tú te las arreglaras para hacerte matar -le replicó Simón-. Pero como has involucrado a Emily, no tengo más remedio que intervenir.

-Esto no le incumbe -murmuró Charles, mirando melancólico las llamas.

-Ah, sí que me incumbe. Has alarmado e inquietado mucho a Emily. Y yo no puedo permitirlo; por lo tanto, tengo que hacer algo para remediar la situación. -Simón clavó en Charles una mirada torva-. Bien, supón que me cuentas la historia completa, de modo que yo pueda decidir qué conviene hacer.

Librodot

-Es una cuestión de honor -gruñó Charles mirando a Simón de soslayo-. Se trata del honor de una mujer.

-¿Desde cuándo te preocupas tanto por proteger el honor de una mujer?

Se hizo un silencio letal hasta que Charles contestó lentamente:

-Desde aquel día en que usted nos golpeó en la biblioteca, Devlin y yo hemos reflexionado mucho.

-¿Sí? -Simón contempló las llamas.

-Él dice la verdad, señor -dijo Devlin con calma-. Comentamos exhaustivamente el tema. Usted tenía razón. Cuando Ashbrook huyó con nuestra hermana, tendríamos que haberlo desafiado.

Simón reflexionó.

-Para ser estrictos, era el deber de vuestro padre.

-Claro, cualquiera de nosotros. En aquel momento, nos sentimos insatisfechos de no hacer nada, pero nuestro padre dijo... -Devlin se interrumpió bruscamente y se encogió de hombros.

-Papá dijo que el daño ya era irremediable y que no tenía sentido arriesgar la vida por eso -finalizó tranquilo Charles-. Y Emily estuvo de acuerdo. Dijo que la culpa era suya.

-Conociendo a Emily, tal vez eso sea cierto -dijo Devlin tomando su copa de coñac-. No obstante, Charles y yo llegamos a la conclusión de que eso no tenía nada que ver. Lo menos que podíamos haber hecho era insultar a Ashbrook.

-Sí. -Simón contempló las llamas doradas. Comenzaba a entender el problema. Al parecer, sólo él era responsable de este embrollo-. De modo que se ha presentado la oportunidad de que al menos uno de vosotros se redima ante sus propios ojos y la vais a aprovechar. ¿Quién es la dama en cuestión?

-Señor, no puedo decírselo -dijo Charles rígido.

-Comprendo tu repugnancia, pero de todos modos debo insistir. Nunca me muevo hasta no tener la mayor cantidad posible de información. Y en estas circunstancias, no veo qué puede importar que me lo digas. Después de todo, quizá Grayley lo sepa y en eso radica el problema principal.

-Charles, el conde tiene razón -dijo Devlin irritado-. Díselo.

-Mariana Matthews -dijo Charles.

Simón asintió.

-Una muchacha muy agradable. Creo que la familia proviene de Yorkshire.

-Exacto, señor. Pienso casarme con ella -dijo Charles con cierto matiz desafiante.

Simón se encogió de hombros.

-Eso es asunto tuyo. ¿De qué modo fue insultada la muchacha?

Charles adoptó una expresión furiosa.

-No hizo absolutamente nada impropio. Es una inocente de modales encantadores y carácter dulce. Sencillamente, la noche pasada Grayley se me acercó en el club y lanzó una expresión despreciativa por completo infundada acerca del carácter de mi novia.

Devlin miró a Simón.

-Grayley dijo que la muchacha sólo era una más de las rústicas licenciosas y que quizá se había acostado con todos los granjeros de Yorkshire.

Al oirlo Simón alzó las cejas.

-Un poco fuerte.

-Fue una maldita y deliberada provocación -exclamó Charles, golpeando con el puño el brazo de la silla.

-Sí, lo fue. Parece que Grayley está buscando sangre fresca.

-¿Qué quiere decir'? -preguntó Devlin.

-Grayley es uno de esos raros individuos que les gusta la excitación de aterrorizar al rival en el campo del honor. -La boca de Simón se endureció-. Tiene una puntería mortífera y toda la situación le produce cierta euforia. Al elegir a sus víctimas, siempre cuida de averiguar que no tengan buena puntería. Sin embargo, su reputación se ha extendido y en la actualidad le resulta difícil encontrar a alguien bastante tonto para enfrentarse con él. Cuando se las ingenua para forzar un desafío, mu-

chos hombres tienen la prudencia de enviar a sus padrinos a expresar las más abyectas disculpas.

-Yo no me disculparé -aseguró Charles-. Prefiero morir en el campo del honor que permitir que el honor de Mariana sea impugnado.

Simón lo observó con atención.

-Creo que en realidad estás convencido de ello.

-Señor, no se moleste en tratar de convencerme para que desista del duelo. Hice un juramento.

-Entiendo. -Simón tamborileó pensativo con los dedos en la repisa de la chimenea-. Muy bien, entonces, Devlin y yo seremos tus padrinos. Acércate, Dey.

Devlin lo miró.

-¿Dónde vamos?

-A encontrarnos con Grayley, por supuesto. Tenemos que arreglar infinidad de detalles.

-Pero ya sabemos cuándo y dónde se realizará el encuentro -dijo Devlin.

Simón movió la cabeza sintiéndose muchos años más viejo que estos cachorros. Pensó que Broderick Faringdon era en gran medida culpable de eso.

-Tienes mucho que aprender, y por desgracia, parece que tendré que ser yo quien te lo enseñe.

Simón y Devlin permanecieron sentados dentro del carruaje a oscuras observando la puerta principal del club hasta que se abrió para dar paso a Grayley. Sin quitar la vista de la presa, Simón golpeó el techo del coche con el bastón. Como se le había ordenado, el cochero condujo el vehículo alquilado frente a Grayley.

Grayley, un hombre de rostro macilento y labios finos, con inquietos ojos de cazador, se introdujo en el coche. Antes de advertir que ya estaba ocupado, se dejó caer en el asiento.

-Buenas tardes, Grayley. -Simón volvió a golpear el techo del carruaje y el cochero lo puso en movimiento.

-¿De qué diablos se trata? -preguntó Grayley mirando ceñudo a Devlin y luego a Simón.

-Faringdon y yo seremos los padrinos de Charles Faringdon -dijo Simón-. Hemos venido a arreglar algunas cuestiones de menor importancia.

-Tendrían que hablar con Barton y Evingly, mis padrinos.

-Imagino que estos detalles son de su panicular interés.
-Simón sonrió sin alegría-. Y creo que a usted no le gustaría que Barton y Evingly se enteraran de esos detalles.

Grayley sonrió despectivo.

-¿Vinieron a ofrecer disculpas en nombre de Faringdon?

-Por supuesto que no. Me informaron que insultó usted groseramente a la dama en cuestión -dijo Simón-. Es usted quien debiera disculparse.

Grayley entrecerró los ojos.

-Dígame, por favor, ¿por qué tendría que pedir disculpas?

-Porque si no lo hace -le explicó Simón en tono amable- entonces, el aquí presente Faringdon y yo nos veremos obligados a difundir que sus inversiones pronto sufrirán un grave revés y usted no podrá afrontar sus considerables obligaciones financieras, sin hablar ya de sus deudas de juego.

Grayley se apaciguó un tanto.

-Maldito sea, Blade, ¿me está amenazando?

-Sí, así es. Entiendo que invirtió importantes sumas en cierta empresa arriesgada en la que también estoy involucrado.

-¿Y qué? Trato de hacer fortuna.

-Si yo decido que el riesgo no vale la pena y decido vender mi participación mañana, me parece difícil que usted logre hacer fortuna. Hacia el mediodía se difundiría la noticia de que el trato no es seguro. Si yo me retiro, todos querrán hacer lo mismo. El valor de las acciones se derrumbaría y usted, como los demás inversores, perdería todo lo que invirtió en el proyecto.

Grayley lo observó.

-Por Dios. Usted me arruinaría a mí y también a los demás.
-Sin duda.

-¿En beneficio de un Faringdon? -preguntó Grayley incrédulo-. He oído decir que no siente afecto alguno hacia esa familia.

-Y creo que por eso usted se atrevió a desafiar a uno de ellos. Pero ya lo ve. De vez en cuando el destino cambia bruscamente. ¿Debo transmitirle a Charles Faringdon sus disculpas y explicarle que todo ha sido un malentendido?

Durante largo rato Grayley calló.

-Blade, los que dicen que usted es un canalla sin corazón están en lo cierto.

Simón se encogió de hombros y miró distraído por la ventana del coche. A pesar de la hora tardía, la calle estaba atestada de coches que llevaban a los elegantes miembros de la sociedad a la interminable ronda de fiestas.

-¿Y bien, Grayley? Sin duda podrá encontrar un rival más fácil en cualquier lado.

-Maldito sea, Blade.

-Vamos, hombre -dijo Simón en tono suave-. No necesita probar su puntería con el joven Faringdon. Busque otra víctima.

-Blade, uno de estos días usted irá demasiado lejos.
-Es posible.

Grayley apretó los labios. Golpeó el techo del carruaje para indicar al cochero que detuviera el vehículo. Cuando el coche se detuvo, abrió la puerta y se apeó.

-Transmita mis disculpas a su hermano -dijo secamente a Devlin-. Mañana al amanecer no habrá encuentro.

Grayley retrocedió y cerró la puerta de un golpe. El coche se alejó por la calle. Devlin contempló a Blade con admiración, como si fuera un héroe.

-Le digo que ha sido sorprendente. En verdad, consiguió que Grayley se echara atrás. Nunca supe que pasara algo asi.

-En el futuro, espero no tener que ocuparme de nada semejante -le advirtió Simón con aspereza-. ¿Está claro?

-Sí, señor. Muy claro. -Devlin estaba eufórico-. Pienso que su actuación fue muy astuta. El hombre desistió del duelo sencillamente porque usted lo amenazó con atacar las inversiones.

Simón movió la cabeza ante tamaña ingenuidad.

-Faringdon, ya es hora de que tú y tu hermano comprendáis el poder real del dinero y de la información. Un hombre provisto de esas dos cosas puede llegar mucho más lejos que el que sólo tiene una pistola o una baraja de naipes.

-¿Y si el hombre carece de riquezas? -preguntó Devlin perspicaz.

-Entonces tiene que concentrarse en obtener información. Con buena cantidad de conocimientos, pronto podrá conseguir lo demás.

-Lo recordaré -respondió Devlin tranquilo. Quedó un momento en silencio y luego volvió a animarse-. De paso, Charles y yo quisiéramos que nos enseñe esa fascinante
técnica de lucha que usó contra nosotros la otra vez en la biblioteca. ¿Sería mucho pedir?

-Creo que puedo haceros una demostración. Lo que no entiendo por completo, en primer lugar -dijo Simón pensativo- es cómo he llegado a esta situación.

Devlin exhibió la encantadora sonrisa de los Faringdon.

-¿Se refiere al rescate de Charles y a enseñamos algunos métodos para triunfar en la vida? Creo que se lo debemos a Emily.

-Claro, tienes razón. Es culpa de ella.

-¿Sabe?, Emily es la única persona en la faz de la Tierra que no lo cree a usted un canalla sin corazón -respondió Devlin.

-A veces, la inclinación de Emily al romanticismo es asombrosa.

-Lo sé -dijo Devlin con simpatía-. Uno no podría decepcionarla.

Capítulo 15

Emily suspendió su paseo por el dormitorio al oír las ruedas del carruaje que sonaban fuera, en la calle. Cuando advirtió que el vehículo se detenía frente a la casa, corrió a la veniana. Apartó las pesadas cortinas en el mismo momento en que Simón se apeaba. El abrigo con capucha flotaba alrededor de las botas mientras el hombre subía la escalera. La joven se apresuró a abrir la ventana y espiar hacia abajo.

-Simón -llamó con voz suave-. ¡Estás bien? ¿ Se ha arreglado todo?

Simón miró hacia arriba y respondió en tono irritado.

Mujer, por el amor de Dios! Entra y cierra la ventana. ¿Qué pensarán los vecinos? -Terminó de subir la escalera.

Mientras cerraba la ventana, Emily llegó a la alegre conclusión de que todo se había solucionado dc manera sensata, Si Simón se preocupaba por los vecinos, las cosas no podían estar demasiado mal.

Emily pensó satisfecha que estaba empezando a entender mejor el carácter de Simón. Dio unos pasitos sobre la alfombra con los pies enfundados en las chinelas y esperó a oír el ruido de las botas en el vestíbulo del piso alto. Cada día que pasaba, la comunicación con el esposo en la esfera metafísica se hacía más intensa. Sin duda, se debía al mejoramiento de sus relaciones en el plano físico.

Oyó los pasos del conde en el vestíbulo y corrió hasta la puerta que comunicaba ambos dormitorios. Mas en el preciso
momento en que iba a abrir la puerta, oyó la voz de Higson y comprendió que el leal guardián del conde había estado esperando al amo.

Desalentada por la demora, Emily cerró en silencio la puerta y volvió a pasearse hasta que oyó que Simón despedía a Higson hasta el día siguiente.

Corrió otra vez a la puerta y la abrió de par en par. Simón estaba sentado en la penumbra, cerca de la ventana, con una copa de coñac en la mano. Llevaba puesta la bata de seda negra. Había una sola vela encendida en la mesilla junto a la cama. El cabello oscuro del conde estaba en desorden y la cara tenía el aspecto de haber sido tallada sobre la ladera de una montaña. Observó a Emily que entraba en la habitación y los ojos de reflejos dorados brillaron de un modo extraño.

-Ah, mi inquieta, impulsiva y enojosa mujercita... Imagino que estás ardiendo de curiosidad.

-Oh, sí, Simón. En las últimas horas he vivido en agonía esperándote. -Emily se dejó caer en la silla frente al conde y lo observó atenta-. ¿Está todo solucionado?

-El problema está arreglado, si eso es lo que querías saber
-respondió Simón con frialdad-. No habrá duelo. -Tomó otro sorbo de coñac y contempló la copa-. Pero no estoy seguro de que todo esté bien.

Emily sintió una nueva oleada de angustia al percibir que el talante del marido no concordaba con las circunstancias.

-¿Pasa algo malo, mi señor?

-¿Algo malo? -Simón agitó la copa entre las manos y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla-. Querida, es difícil explicarlo.

La muchacha lo observó más atentamente a través de las gafas.

-Simón, no estarás herido, ¿verdad? -preguntó algo alarmada.

-No se derramó una sola gota de sangre.

-Gracias a Dios. -De pronto, Emily sonrió-. No es a Dios sino a ti a quien tengo que agradecer el haber solucionado
el problema, lo sé bien. Simón, te agradezco mucho el que hayas arreglado las cosas.

-¿Sí? -El hombre bebió otro sorbo.

Emily se mordió el labio.

-Señor mío, estás de un humor extraño.

-Me pregunto por qué -reflexionó el conde-. Ha sido una noche perfectamente normal, ¿no es

cierto? De rutina. Encuentro a mi esposa paseando a medianoche por el Camino Negro, en Vauxhall, a la espera de un villano profesional. Me dejo convencer para rescatar de su propia estupidez a un maldito Faringdon. Me veo obligado a poner en peligro una inversión potencialmente rentable para asustar a uno de los canallas más redomados de la sociedad. Y llego a mi casa para ver a mi esposa asomada a la ventana, llamándome como una muchacha traviesa.

Emily suspiró.

-Cuando tú las describes, mis pequeñas aventuras suenan peor de lo que en realidad son.

-Lo he advertido.

Emily se animó.

-Sin embargo, te digo que tu idea de atraerme hacia Vauxhall fue magnífica. Simón, qué inteligente fuiste. ¿Sabes?, cuando encontré tu nota, en ningún momento sospeché que fuese tuya. Ahora comprendo que un villano profesional difícilmente sabría leer y escribir.

-Te aseguro que tu alabanza me emociona. Pero, pensándolo mejor, creo que debo de haber sufrido una demencia temporal para trazar semejante plan.

-No, en realidad querías darme una lección, ¿no es así?

-Sí, tenía idea de hacer algo así. -Simón bebió otro sorbo de coñac.

-Y se te ocurrió una trama en verdad brillante.

-¿Te parece? No me pareció que te sintieras demasiado castigada. Te quedaste ahí y regateaste como una tendera con un hombre al que suponías un asesino y, cuando traté de asustarte pidiendo tus favores a cambio de mis servicios, lo amenazaste enseguida con la furia de tu esposo.

Emily comprendió que Simón estaba realmente furioso.

-Mira, Simón, no entiendo por qué estás tan enfadado conmigo. Tú arreglaste el encuentro en Vauxhall.

-Ya te dije: debí de estar loco. -Agité el resto de coñac en la copa y lo bebió de un trago.

-En realidad, creo que fue un profundo elemento romántico de tu naturaleza lo que te hizo imaginar una idea tan estupenda -concluyó Emily-. Fue como un episodio de una novela de amor y aventuras y tú sabías que yo respondería como lo hice. Espero que el motivo sea la armonía que reina entre nosotros en un plano superior.

-¡Cristo, Emily! ¿Cuándo dejarás de hablar de esferas metafísicas y elevadas? Te juro que si aún no estoy loco, pronto lo estaré.

De pronto Simón se puso de pie y lanzó la copa de coñac vacía a la chimenea con un veloz y violento ademán.

Se oyó un agudo y enervante ruido de explosión que retumbé en el cuarto. Los brillantes trocitos de cristal cayeron sobre las cenizas ya frías.

Emily tragó saliva y se quedó inmóvil en la silla hasta que el cristal terminó de caer en el hogar. Contemplé la chimenea y luego giró lentamente la cabeza para mirar a Simón.

La rígida expresión del rostro del conde y el feroz brillo de su mirada le hicieron comprender de inmediato que él estaba más atónito que ella por haber perdido el control. Después de todo, Emily sabía que su esposo era un hombre de profundas pasiones. Pero no siempre era capaz de aceptar su verdadera naturaleza.

-¡Maldición! -Simón se quedó mirando el hogar. Se hizo un profundo silencio.

Emily apreté las manos en el regazo.

-Señor mío, no quería enfurecerse -dijo con suavidad.

-Esto no es natural, ¿te das cuenta? -Se volvió para enfrentarla, mostrando una expresión demoníaca a la luz vacilante de la vela. Completamente anormal.

-¿Qué, mi señor?

-Tu estúpida manera de insistir en considerarme una suerte de héroe. De una vez por todas, señora esposa, debes
saber que no soy el personaje de un poema épico. No tomo decisiones ni llevo a cabo mis actos pensando en satisfacer tus frívolos caprichos y tus fantasías románticas No soy una criatura apasionada como tú. Cada uno de mis movimientos está cuidadosamente calculado Todo lo hago en persecución de mis propios objetivos. ¿Comprendes lo que digo?

Emily lanzó un profundo suspiro.

-Estás irritado conmigo porque esta noche te obligué a salvar a mi hermano.

-¿lrritado contigo? Esa es una pobre descripción de mi actual estado de ánimo. Permití que me manipularas y me convencieras para hacer algo que había jurado no hacer.

-¿Te refieres a ayudar a un Faringdon'? -Se atrevió a mirarlo a través de las pestañas

-Sí, maldito sea. Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. No sé qué me ha ocurrido esta noche.

-Milord, no creo que tus acciones hayan sido muy extrañas -dijo Emily con voz suave-. Has actuado como el hombre noble y honorable que sé que eres. En el fondo de tu corazón, sabes que mis hermanos no son responsables de lo que tu padre perdió hace veintitrés años.

-Son Faringdon. Por Dios, son la imagen de tu padre.

-No, señor mío. Mi padre jamás se habría batido a duelo por defender el honor de una dama. Charles y Devlin no son como él. Mi padre los crié y ellos siguieron sus pasos porque no tenían otro ejemplo. Pero te juro que son diferentes. Y dentro de ti lo comprendes, porque de lo contrario esta noche no habrías ayudado a Charles.

-Emily, no deseo escuchar una palabra más acerca de los motivos que tuve para hacer lo que hice. Tú no tienes idea de mis razones. Ni siquiera yo estoy seguro. -Simón cerró el puño y golpeó con él sobre la repisa de la chimenea. Hace veintitrés años, juré vengarme de todo el clan Faringdon Me juré que destruiría a toda la familia.

-Entonces, ¿por qué te casaste Conmigo? -preguntó Emily con súbita fiereza.

Simón entrecerré los ojos.

-Porque me divertía. Porque me servía para quitar a tu padre y tus hermanos su fuente de ingresos. Porque me rogaste que nos casáramos y porque, en verdad, me complace que una Faringdon se arrastre a mis pies.

Estas últimas palabras hirieron a Emily.

-Yo no me arrastré a tus pies, milord. Como recordarás, te presenté toda la situación en términos de negocios.

El conde la ignoré.

-Y por fin, pero no por último, porque tus pasiones desbordantes -como las llamas- me divierten en la cama. Eso es. Ahora sabes por qué me casé contigo. No fue porque nuestras almas se encontraron y se fusionaron en el vapor del té ni en un plano superior, maldición.

Emily se estremeció. Esta noche, el dragón lanzaba fuego. Era la primera vez que ella lo veía de ese talante y sin duda resultaba muy intimidatorio.

-Por favor, Simón, no digas nada más.

-~,Por qué no? Dime, ¿,porque destrozaría tu tonto y romántico corazón?

-Sí, milord.

-Por todos los cielos, pequeña tonta, tienes que afrontar la realidad. -Simón se volvió y comenzó a pasear por la habitación-. Y al parecer yo no he logrado obligarte a hacerlo.

Eso fue demasiado. Emily se levantó de un salto.

-¡Demonios, Simón!

-¡Deja de decir "demonios"! -le ordenó-. Ese lenguaje no es apropiado para la condesa de Blade.

-¡No me importa lo que es apropiado para la condesa de Blade! -replicó Emily apasionada-. Al decirme que enfrentara la realidad, has ido demasiado lejos. No tienes idea de cuánta realidad he tenido que enfrentar toda mi vida. Ni te imaginas la realidad que tuvo que afrontar mi pobre madre. Te aseguro que había momentos en que yo odiaba a mi padre tanto como tú debes de haber odiado al tuyo.

Simón giró la cabeza con brusquedad para mirarla.

-~,De qué diablos estás hablando? Nunca odié a mi padre.

Emily lo observo.

-Después de lo que te hizo, ¿cómo es posible que no hayas estado furioso con él?

-Debes de estar loca. Por el amor de Dios, ¿por qué habría de odiarlo?

-Porque se puso la pistola en la cabeza y se maté, dejándote a cargo de tu madre. Porque tomó el camino fácil, escapé de la situación que había creado y te dejó a ti para que la soportaras. Porque sólo tenías doce años: eras demasiado pequeño para remediar el daño causado. Por Dios, Simón, ¿cómo es posible que no lo hayas odiado?

Simón quedó con los pies clavados en el sitio, como si de pronto su mujer se hubiera convertido en un monstruo con cabeza de hidra.

-Estás delirando.

Emily le volvió la espalda.

-Si te sirve de consuelo, yo viví la misma situación.

-¿De qué modo?

-El año que yo cumplí diecisiete, el dinero se esfumé. Pero entonces, mi padre ya había descubierto que yo tenía habilidad para los negocios y las finanzas. Estaba extasiado. Claro: esperaban que fuera la salvación de la familia. Y a mí no me molestaba estudiar las inversiones y tomar decisiones. En realidad, de algún modo me divertía. Sin embargo, nunca pude olvidar que me volví una experta porque mi padre era un irresponsable derrochador. Todavía recuerdo cómo hacía llorar a mamá. -Emily se enjugó una lágrima con el dorso de la mano.

-Emily, te ruego que no empieces a llorar.

La muchacha se sonó la nariz con un pañuelo que encontró en el bolsillo de la bata.

-~,Sabes?, lloraba con frecuencia. Pero nunca en presencia de mi padre. A pesar de su conducta, ella lo amaba, ¿entiendes? Acostumbraba decirme que no había que culparlo por su vicio de jugador. Decía que lo llevaba en la sangre.

-Emily, estás muy nerviosa. Es mejor que vayas a acostarte.

-Oh, señor mío, deja de ser tan condescendiente conmigo.

-Emily se enjugó el resto de las lágrimas y metió el pañuelo en el bolsillo-. Cuando mi madre y mis hermanos supieron que yo podía mantener a flote las finanzas de la familia, me dijeron que tenía cl deber de hacerlo. Nunca olvidaré que mi madre, en su lecho de muerte, tomó mm mano y me dijo que tenía que cuidar de ini padre y de mis hermanos. Me aseguré que, sin mi vigilancia, pronto estarían arruinados y el pobre papá no podía vivir sin bastante dinero.

-Emily. en realidad, no deseo seguir oyendo estas tonterías.

-No son tonterías. Es la realidad. La realidad que me acusaste de no afrontar. Bien, milord, te aseguro que le he hecho frente toda mi vida. Y no me gusta. Pero no desaparecerá mágicamente, por lo tanto, seguiré dándole la cara cuando tenga que hacerlo.

-¿Incluso la realidad de nuestro matrimonio? ---preguntó Simón arrastrando las palabras en tono amenazador.

-Desde todo punto de vista, nuestro matrimonio es una cuestión diferente. Aunque tú no lo veas así, es la unión pura y noble de las almas.

-No, Emily, no es pura ni noble. Es real. Tan real como la conducta licenciosa de tu padre y como mi venganza. Quizás haya llegado el momento de que yo te obligue a reconocerlo.

Al percibir el tono extraño de estas últimas palabras, Emily frunció el entrecejo.

-Milord, ¿de qué hablas?

-Me refiero a mostrarte los motivos verdaderos por los que me casé contigo. Emily, no soy un héroe.

-Sí, milord, lo eres. Sólo que te niegas a considerarte como tal. Quizá porque tenias parecer débil ante los demás.

-¡Por Dios, mujer, eres increíble! No conozco ninguna mujer capaz de urdir semejantes fantasías -dijo Simón entre dientes-. En verdad, necesitas una lección. -Hizo una pausa deliberada y luego volvió a hablar en un tono más profundo y duro aun-. Ven aquí, Emily.

La mujer no se movió. Sus emociones eran un torbellino.

-Señora, acércate a mí. Esta noche no estoy de humor para tus fantasías románticas.

La muchacha se dio la vuelta con gran lentitud para mirarlo. De pronto, se sintió hondamente desasosegada.

-Milord, ¿qué quieres de mí?

La boca dura del conde se curvé en una sonrisa fría y provocativa

-Esposa mía, ¿qué crees que deseo de ti? Ya te dije los motivos que tuve para casarme contigo.

-Lo hiciste, milord. Creo que dijiste que te divertía. Y que servía a tus propósitos de venganza.

-Recordarás que mencioné otro motivo. Aún eres una novata en las delicias del boudoir, pero aprendes con rapidez. Y demuestras tanto entusiasmo, querida mía... Silo deseas, me gustaría manifestarte un poco de ese entusiasmo. Ven aquí y aplícate a tus deberes de esposa.

La frialdad de la orden era alarmante. En el rostro de Simón no se veía calor ni pasión, sólo una furia controlada y salvaje.

-Estás verdaderamente encolerizado conmigo porque te forcé a salvar a Charles -susurré Emily-. Milord, no creí que te enfadaras tanto. Semejante cólera sólo puede deberse a tu idea de que, al ayudarme demostraste tu debilidad Simón, te ruego que no consideres de ese modo el rescate de Charles.

-Señora mía, si bien en ocasiones me encanta que me ruegues, podrías dejarlo para otra oportunidad En este momento, sólo quiero acostarme contigo.

Simón se quitó la bata y atravesé el dormitorio hasta la enorme cama con baldaquino. Estaba completamente desnudo y la vela danzaba titilante sobre su piel, subrayando los músculos flexibles de la espalda, el estómago plano y rígido y las nalgas duras. La luz suave también revelaba su erecta virilidad.

Aunque Emily sólo lanzó una inquieta mirada de soslayo, el pene se hinchó y se irguió más aún. La joven aferré las solapas de su bata con una mano y desvié la mirada.

-¿Ves el efecto que me causas? -le espeté Simón deslizándose en la cama-. Señora mía, tendrías que estar orgullosa. La capacidad de hacer reaccionar a un hombre de inmediato ante tus encantos es una forma de poder, ¿no te parece?

-Milord, no todos estamos obsesionados por el poder y la manipulación.

-Emily, estás equivocada. Y como eso, en muchas otras cosas. Acércate.

Emily vacilé y luego obedeció muy despacio. Se acercó a la cama con suma cautela, manteniendo aún apretadas las sola. pus de su bata de noche. De pronto comprendió que en ese momento tenía que habérselas con un dragón herido. Es cieno que se trataba de antiguas heridas, pero habían vuelto a abrirse. Incluso a un hombre con la nobleza y el temperamento de Simón. el dolor podía llevarlo a castigar a todo el que se pusiera a su alcance.

No obstante, también sabía que esa noche el dragón necesitaba tibieza y amor. La necesitaba a ella. Pero aunque la chamuscara un tanto con algunas chispas fugaces, en realidad no la lastimaría.

Nunca, ni en varios siglos, Simón sería capaz de herirla. Emily recordó la promesa que le había hecho la noche de bodas: “Emily, te prometo que siempre te protegeré. Recuérdalo. Pase lo que pase, tienes que saber que siempre te cuidaré”.

Mientras se detenía junto a la cama, Emily dejó deslizar la bata hasta el piso. Vio que lo>s ojos de Simón se posaban la curva de sus caderas que se revelaba a través de la fina tela del camisón. Esa mirada ardiente la recorrió con lentitud, deliberadamente hacia arriba, para detenerse en los pezones erectos contra la tela delicada.

Emily se sintió expuesta. Estaba acostumbrada a una expresión de pasión controlada en el rostro de Simón, pero no a esta mirada provocativa. Se metió rápidamente en la cama y se cubrió con las mantas hasta el mentón. Nerviosa, esperé a que su esposo la tocara. Sabía que cuando lo hiciera, todo estaría bien.

Simón no se movió. Cruzó los brazos bajo la cabeza y la observó con divertida burla.

-¿Bien, señora? Bajo una pila de mantas, ¿cómo esperas atraparme con tus pasiones desbordantes?

Emily parpadeé.

-¿Esperas que yo... yo haga algo?

-Espero que me muestres lo que aprendiste hasta ahora como esposa mía.

-Oh. --Emily reflexioné. “Quiere que yo le haga el amor”, pensó. La idea la entusiasmó. Si ella tomaba el mando para hacer el amor podría explorarlo a su entera satisfacción. Podría percibir la sensación de tocarlo, de demostrarle cuánto lo amaba.

Emily se puso de costado y enfrenté a Simón. Algo vacilante, estiró una mano y le tocé el hombro. El conde no se movió. Se acercó más bajo las mantas y le besó el pecho desnudo. El aroma le excité los sentidos.

Emily enredé con delicadeza los dedos en el áspero vello. Se acercó más y besó un pezón masculino. Simón suspiré.

-Señora esposa, parece que aprendes rápido -murmuré.

Emily no hizo caso del filo de la lengua de Simón.

-Simón, me encanta tocarte. Eres duro, esbelto y fuerte. Como si uno de tus bellos dragones enjoyados hubiese cobrado vida.

-¿No temes que te despedace?

La mujer sonrió, incliné la cabeza y le tocó el pecho con la punta de la lengua.

-Tú no harías algo así.

-Tienes demasiada confianza en tu poder, ¿no es así? Quizá demasiada confianza

-Simón no se trata de poder. Se trata de amor.

Se volvió más audaz y comenzó a prodigarle lentas y amorosas caricias. Percibió la tensión en los músculos de los muslos de Simon y se sorprendió al descubrir que él tenía que esforzarse para mantener el control sobre sí mismo.

-Milord, relájate. -Oprimió con lentitud los músculos tensos. Estás demasiado rígido. Creo que es la consecuencia de tus esfuerzos en beneficio de mi hermano.

-¿Crees que estoy tenso?

-Sí. mucho. Trataré de ayudarte a que te relajes. -Emily aparté las mantas y se arrodillé junto a Simón, Ignoré la clamorosa embestida de su virilidad erecta y comenzó a apretar y sacudir con suave firmeza los largos músculos de los muslos y las pantorrillas

-¿Qué demonios estás haciendo? -preguntó Simón mirándola tras los párpados entreabiertos.

-Vi a mi padre hacerles esto a sus caballos después de un paseo agotador. Dice que impide que sufran contracturas.

-Emily mantuvo el rítmico masaje. Trabajó lentamente desde la parte superior del muslo hasta el tobillo, dando masajes a los músculos de la pierna izquierda de Simón.

Cuando terminó, cruzó encima del hombre y comenzó con la pierna derecha. Los pliegues tenues del camisón rozaban la virilidad erecta de Simón. Un espasmo le recorrió todo el cuerpo.

-¡Maldición! -murmuré Simón.

-Milord, ¿estás bien? -preguntó Emily haciendo una pausa para mirarlo.

-Creo que todavía estoy algo tenso en cierto sitio, Emily le sonrió tranquilizadora.

-Milord, pronto lo calmaremos y lo aquietaremos. -Siguió masajeando la pierna derecha y luego le dio una suave palmada-. Por favor, vuélvete,

El hombre vaciló mirándola ceñudo, En ese momento, tenía los ojos ardiendo de excitación.

-¿Que me vuelva?

-De ese modo, podré masajearte la espalda. ¿No has advertido lo rígidos que se ponen los músculos de los hombros cuando uno está nervioso?

-Emily, te aseguro que no tengo un ataque de histeria.

-De todos modos, Simón se volvió sobre el estómago con cierta renuencia. Hizo una mueca y se acomodé.

Emily comenzó a trabajar sobre los amplios hombros, pero se sintió incómoda pues en esa posición no podía ejercer bastante presión y se acercó. Como esta nueva posición tampoco resulté, alzó la falda del camisón, pasó una pierna encima de Simón y se arrodillé a horcajadas sobre el hombre.

-Deja de moverte -gruñó Simón contra la almohada.

-Sí, señor. -Emily aspiré mientras se inclinaba hacia adelante para masajear los músculos de la parte superior de la espalda. Sin duda, comprendió que era estimulante para una criatura apasionada como ella. Sentía entre sus rodillas los duros muslos de Simón y le parecía estar cabalgado un potro brioso. “O un dragón.”

-Emily, ¿estás riéndote?

-No, milord. -Intensificó el masaje, frotando, oprimiendo, explorando y pellizcando. Transcurrió un momento sin que se oyera ningún sonido desde la almohada. Milord, ¿te sientes más relajado ahora? -preguntó al fin Emily.

-No.

Emily se sintió desalentada.

-¿Estás seguro?

-Bien seguro. Puedes desmontarme.

-¿Cómo dices?

-Ya me has oído. -Simón se agité y comenzó a volver-se. Emily se aparté de encima del hombre y volvió a arrodillar-se entre las mantas.

-¿Simón?

El hombre permaneció de espaldas contra las almohadas y le tendió los brazos.

-Ven, duende -murmuré y volvió a ponerla sobre él. Alzó el camisón sobre los muslos.

Le aferré las caderas y la sostuvo mientras empujaba hacia arriba, venciendo la resistencia natural de la entrada al cuerpo de la mujer dentro del pasaje húmedo y apretado. Con una sola arremetida prolongada la llenó por completo. Emily ahogó una exclamación alarmada y apoyé los dedos en el pecho de Simón.

-Señora, ahora me cabalgarás, -Apreté los dedos en las caderas de Emily-. Fuerte.

Emily obedeció la orden con los ojos cerrados y el aliento escapando en suaves suspiros excitados y pronto se adapté a la marcha y el ritmo que Simón fijaba.

-Sí. Más rápido. Más fuerte. -Ahora la voz de Simón era ronca. Sus manos la estrujaron-. ¡Diablos, duende, qué bueno! Es maravilloso, Demuéstrame cuánto me quieres. Dime que me perteneces. ¡Dilo!

-Te quiero, Simón. Te he estado esperando toda mi vida. No podría amar a ningún otro. -Las palabras brotaban
entrecortadas, en pequeños gritos, de los labios de Emily. Se estremeció de ansiedad, húmeda de deseo. Clavé las uñas en el pecho de Simón, dejándole fieras marcas sobre la piel.

-¡Así, mi amor! -susurré el hombre-. Entrégate a mí.

-Te amo -susurré Emily-. Te amo con todo el corazón. -Y entonces, la desbordé una deliciosa excitación. Se puso rígida y, al mismo tiempo, Simón la penetró profundamente una vez más.

-Emily. ¡Oh, Emily! -La voz de Simón estaba cargada de pasión y de alivio. Estrechó a Emily contra el pecho y sus brazos la rodearon con fuerza. La apreté contra él y derramé en ella un manantial infinito.

El último pensamiento coherente de Emily fue que había aprendido la bella arte de cabalgar a un dragón. Estaba ansiosa por volver a intentarlo.

Capítulo 16

Las campanadas del reloj dieron las once. Simón se arrellanó en la silla y observó a Emily. Había estado contemplándola los últimos veinte minutos con suma paciencia mientras el reloj marcaba las horas y la lluvia caía fuera.

Contemplar a Emily era una ocupación nada desagradable. Esa mañana estaba cautivante con un vestido verde de rayas doradas adornado de volantes. En torno del dobladillo habían bordado varios bellos dragones. Los rizos brillantes estaban recogidos en un gracioso peinado que hacía el efecto de una cascada de llamas cayendo sobre la nuca.

Estaba sentada al otro lado del escritorio, ansiosa, con la cabeza inclinada sobre una lista de nombres. Era obvio que la tarea de seleccionar los nombres de los invitados para su primera fiesta le resultaba un tormento.

-No es necesario que te agotes haciendo eso -dijo por fin Simón de malhumor-. Pon una marca junto al nombre de la persona que desees invitar. Mi secretario se ocupará del resto.

Emily lo miró con vivacidad, los ojos entrecerrados a través de las lentes.

-¿Sabes?, me resulta más difícil que elegir inversiones. En este caso, tengo que tomar decisiones de consideración. No quisiera ofender a nadie. Se volvería contra ti, Simón.

Simón suspiró y cayó en un silencio triste. Se sentía intranquilo, inquieto y sospechaba que también culpable.

La culpa era una emoción nueva y enervante en su vida y no quería rendirse a ella. No tenía cabida en su vida claramente definida. Ni siquiera podía entenderla. Hasta el momento, su mundo había consistido en conceptos simples y directos como la venganza, el honor y el deber.

La mirada de Simón se deslizó por la dulce curva de los pechos de Emily y comprendió que ahora tendría que agregar la pasión a esa lista.

No tenía dudas al respecto. Estaba de un talante extraño y desagradable.

Se sentía así desde esa mañana temprano, al despertar con la mente bullendo de recuerdos de la noche anterior. En cierto momento pensaba en su debilidad al rescatar al mellizo Faringdon. Al siguiente, se sentía excitado de deseo rememorando la dulce y generosa pasión de Emily.

Aún podía sentir las manos suaves de su esposa sobre los hombros y el calor de los muslos cuando se sentó con audacia a horcajadas sobre él embrujándolo y fascinándole hasta el punto de que pensó que se volvería loco tratando de mantener el control sobre sí mismo.

Pero lo que más desasosegaba a Simón eran las palabras inquietantes: “Había momentos en que yo odiaba tanto a mi padre tanto como tú debes de haber odiado al tuyo”.

-Simón, el problema es -explicó Emily expresando intensa concentración- que tu secretario preparó una enorme lista de nombres de la cual tengo que escoger; no conozco a casi nadie y no quisiera cometer ningún error. Tu tía me explicó lo importante que es invitar a la gente apropiada a mi primera fiesta.

-Te aseguro que en esa lista sólo figura la gente apropiada -gruñó Simón-. Mi secretario sabe qué nombres incluir. Más aun, no hay peligro de que ofendas a nadie al no invitarlo. Sólo acentúa tu poder de anfitriona.

Lo miró inquisitivo.

-No lo había pensado desde ese punto de vista. Pero, milord, no me gustaría herir los sentimientos de nadie.

- ¿Como yo herí los tuyos anoche?”, pensó Simón.

-Envíale tarjetas a todas las personas de la lista, si eso te hace sentir mejor.

Los ojos de Emily se abrieron asombrados.

-Pero no podríamos recibir a tanta gente en esta casa.

-Ya has estado en bastantes fiestas para comprobar que sólo tienen éxito si el lugar queda completamente atestado. Los coches tienen que formar una fila que se alargue por varias manzanas. Los invitados tienen que estar hacinados como leña apilada en el salón. Con un poco de buena suerte, una o dos damas se desmayarán por falta de aire. Todos recordarán el suceso como un apretujón fatal y una gran aglomeración. Emily, invita a todos.

La muchacha se mordió el labio inferior.

-No sé, Simón. Me parece tan incómodo. Si fuéramos pocas personas, sería más fácil conversar y servir refrescos.

-Querida mía, al infierno con las conversaciones inteligentes y el servicio correcto. No es el momento ni el lugar. Como sin duda te habrá explicado ini tía, el punto crucial consiste en que hagas un buen debut como anfitriona. Y para eso, la gente tiene que comentar la fiesta tiempo después. Para que las personas comenten, ha de ser un acontecimiento sobremanera grande y ruidoso. Invita a todas las personas de la lista, Emily.

-¿Y qué ocurre con Canonbury, Peppington, Adley y Renton? En realidad, no conozco a ninguno de ellos y yo...

-Muy en especial a Canonbury y Peppington -respondió Simón en tono suave-. Debemos asegurarnos de que ambos reciban invitaciones

Emily dejó la hoja de papel y lo miró con la cabeza inclinada a un lado.

-Si tú lo dices, Simón. -Luego frunció el entrecejo con súbita preocupación. ¿Y si nadie

responde a las invitaciones que enviemos?

Simón reprimió una sonrisa satisfecha.

-Querida, créeme, todos aceptarán -se estiró sobre el escritorio y le arrebató la lista de los dedos-. Haré que mi secretario se ocupe de esto y envíe las tarjetas. Emily, ahora quiero hablar contigo.

-ASí, señor? -aguardó expectante.

Maldición! ¿Es necesario que me mires así, duende? Te juro que si sigues mirándome con esa mezcla de ingenuidad y picardía vas a volverme loco. Casi me haces olvidar que apenas ayer estabas tratando de contratar a un asesino.

-Lo siento, milord -dijo Emily, sin el menor atisbo de arrepentimiento--. ¿Acaso vas a sermonearme otra vez?

--No. -Simón se puso de pie y fue hasta la ventana volviéndole la espalda. Mientras ordenaba los pensamientos. contempló el jardín húmedo-. Emily, esto es difícil para mí.

-¿De qué se trata, milord?

-Quiero pedirte perdón -dijo en tono suave. Emily hizo una breve pausa antes de preguntar:
-¿Por qué?

-Por mi conducta tan poco caballeresca de la noche pasada -murmuró Simón-. Duende, te traté muy mal. Me comporté del modo más grosero y poco gentil.

-¿Te refieres a ordenarme que me metiera en tu cama? ¡Tonterías! Por favor, milord, no te preocupes por eso -dijo Emily en tono ligero-. Lo pasé de maravilla cuando te obedecí.

Simón movió la cabeza atónito.

-Emily, eres sorprendente.

-Bueno, Simón, no fuiste cruel ni desconsiderado. Sólo estabas colérico y tenías toda la razón para estarlo, teniendo en cuenta que te obligué a olvidar una promesa de venganza que acariciaste veintitrés años. Si hubiera estado asustada, me habría refugiado en mi cuarto y habría cerrado la puerta con llave. No me atemorizaste en absoluto.

-Parece que no. -Simón permaneció largo rato en silencio-. Hay algo más por lo que quisiera pedirte perdón.

-Blade, ya estás preocupándome -dijo Emily en tono risueño--. ¿Y cuál es ese pecado tan grave?

-Querida, te subestimé. Me pareciste tan ingenua y optimista, tan decidida a contemplar el lado luminoso de todos y de todo, tan segura de que yo era cierto tipo de héroe, cuando sé perfectamente que no lo soy, que no creí que comprendieras a fondo la situación de tu familia. Debí saber que una persona
tan hábil en lo referido a las finanzas y el dinero no podía estar ciega a la naturaleza humana. ¿Es cierto que a veces odiabas a tu padre.>

-Sí -la voz de Emily había perdido el tono despreocupado.

-Cuando dijiste que yo también debía de haber odiado a mi padre por dejarme para que recogiera los fragmentos cuando se mató, tenías razón. -Simón cerró el puño y luego aflojó cada dedo-. Hasta que tú lo señalaste anoche, yo no sabía hasta qué punto lo odiaba.

-Milord, a mí me parece una reacción completamente natural --dijo Emily en tono dulce-. A los dos nos impusieron responsabilidades de adultos cuando aún éramos muy jóvenes, y esperaron que nos comportáramos como personas mayores. A una edad en que, por derecho propio, tendríamos que preocupamos sólo por nuestro propio bienestar, tuvimos que ocupamos del bienestar de los demás.

-Sí. No lo había pensado de ese modo. -Simón contempló la neblina gris-. La noche que lo encontré, llovía. Había regresado de Londres dos horas antes. Oí que mi madre le preguntaba qué sucedía. Mi padre no le respondió. Fue al estudio y ordenó que no se le molestara en ninguna circunstancia. Mi madre subió y se puso a llorar. Después de un rato, oímos el disparo.

-¡I)ios mío, Simón!

-Llegué a la biblioteca antes que nadie y abrí la puerta. Mi padre yacía con la cara sobre el escritorio. La pistola había caído de su mano. Había sangre por todos lados. Y vi que había dejado

una nota. Para mí. ¡Maldita sea su alma! No se despedía, ni explicaba por qué se había matado, ni me decía cómo, en nombre de Dios, se suponía que yo tenía que arreglar el desastre que él había producido. Sólo dejó una maldita nota pidiendo que me ocupara de mi madre.

-¡Simón! Mi querido Simón

El conde no oyó el momento en que Emily se levantaba de la silla pero, de pronto, estuvo detrás de él y le rodeó la cintura con los brazos. Lo abrazó. ferozmente protectora, como
si, de algún modo, pudiera borrar la imagen de los fragmentos de cerebro del padre esparcidos en la pared detrás del escritorio.

Simón no se movió durante largo rato. Se limitó a permitir que Emily lo abrazara. Podía sentir la calidez y la suavidad de la joven y comprendió que era parecido a lo que sentía cuando hacían el amor, pero no del todo. Lo que sentía no era pasión sino otra clase de intimidad que jamás había experimentado con ninguna mujer.

Después de unos momentos, Simón percibió que se sentía más tranquilo, más en paz consigo mismo. Se había disipado la inquietud que lo despertó esa mañana.

La biblioteca estuvo silenciosa hasta que Greaves golpeó la puerta para anunciar la llegada del secretario de Simón.

Emily entró al parque a paso vivo de su corcel seguida por el mozo de cuadra. Montaba una hermosa yegua gris de orejas sensibles, delicadas fosas nasales y una estampa magnífica. El caballo era el regalo con que Simón la había sorprendido dos días atrás, después de la conversación en la biblioteca. Emily y la doncella habían llegado a la conclusión de que el novísimo e impactante vestido de montar a la militaire iba a la perfección con la nueva cabalgadura.

-Ah, Emily, eres tú -dijo lady Merryweather aproximándose en un caballo de refulgente pelaje-. Ese traje negro te queda estupendo. -Examinó con ojo crítico las guarniciones rojas y doradas en el cuello y los puños-. Te confieso que tenía mis dudas cuando lo encargamos, pero me complace sobre manera ver que te queda magnífico con tu piel clara y tu cabello cobrizo. Impresionante.

Emily rió.

-Gracias. Araminta.

-Sin embargo, tendrías que haberte quitado las gafas -la retó Araminta-. No le hacen mucho favor a tu atuendo.

-Araminta, no puedo cabalgar sin poder ver lo que hago o dónde voy.

-Tiene que haber alguna solución. Ya la encontraremos.
-Araminta condujo su caballo junto al de Emily y las dos comenzaron a recorrer el sendero seguidas por los caballerizos a distancia prudencial.

-A Simón no le molestan mis anteojos -señaló Emily.

---Simon tiene un particular sentido del humor. Lo di-vienen tus excentricidades. Y tengo que admitir que no dañan tu éxito social. En estos momentos la sociedad está cautivada contigo. La noche pasada, en el baile de lady Crestwood, tu pobre marido soportó enormes dificultades cuando quiso bailar contigo.

Emily se ruborizó.

-Él sabe que podría haber bailado conmigo cuantas piezas deseara.

-Sí, creo que es verdad -reconoció Araminta mirándola comprensiva Estoy segura de que Simón sabe que harías a un lado toda una montaña de tus pobres y fieles admira-dores para seguirlo en cuanto moviera un dedo desde el otro lado del salón. Es obvio que toda la sociedad conoce tus sentimientos.

-En realidad, Araminta, lo dices como si yo fuera un sabueso que corre junto al amo cuando él lo llama.

-Bueno, tienes tendencia a manifestar claramente tu preferencia por Simón. Querida, eso no es muy elegante. Y para serte franca, no creo que sea demasiado prudente. No querrás que Blade te considere segura.

-No hay nada que Blade considere seguro -puntualizó Emily~. Tiene una profunda comprensión de todo lo que decide obtener y del costo que eso implica.

Araminta lanzó una risita.

-Ya veo que es inútil aleccionarle sobre las ventajas de no demostrar tus verdaderos sentimientos a tu marido. Bien, querida, dime cómo van los preparativos para tu primera fiesta. ¿Has enviado las tarjetas?

-Ayer. Araminta, invité a todas las personas de la lista que me dejo el secretario de Simón. Confío haber hecho lo correcto, .Será una aglomeración espantosa.

-Eso es lo que necesitas. Confía en mí, querida. Tienes que asegurarte de que la casa esté tan repleta que los invitados necesiten media hora para entrar.

Emily hizo una mueca.

-Eso es lo que dice Simón, pero sigo pensando que es incómodo.

-No se trata de comodidad, sino de consolidar tu posición como anfitriona en el haute monde.

-Sí, lo sé. No quisiera avergonzar a Simón de ninguna manera -dijo Emily con expresión sincera-. Araminta, créeme, entiendo bien lo importante que es esta fiesta para mi esposo. Es mi deber como esposa de Blade conseguir que la velada sea un éxito completo. La sociedad estará observando qué clase de anfitriona es la mujer con la que se casó y estoy decidida a no avergonzarlo en lo más mínimo.

Araminta frunció el entrecejo.

-Emily, creo que no entiendes. Es tu debut como anfitriona. Es tu fiesta.

-Y todo lo que yo haga repercutirá en Simón -concluyó Emily, firme-. La velada tiene que ser perfecta hasta en el mínimo detalle. Ya pasé horas haciendo planes. Si quieres saberlo, es agotador.

Araminta se rindió y saludó con la cabeza a una dama que se acercaba a ellas en un landó pardo.

-Sonríe -ordenó a Emily en voz baja-. Esa es lady Peppington. Te presentaré.

Emily dirigió una alegre sonrisa a la elegante mujer de mediana edad mientras Aramninta hacía las presentaciones. Lady Peppington inclinó la cabeza en un gesto helado y desvió la mirada. El coche prosiguió su camino.

Emily sintió pánico.

-¡Demonios!

Araminta alzó las cejas.

-Por Dios, Emily, ¿qué te ocurre?

-Dijiste que era lady Peppington -susurró Emily. qué?

-Es una de mis invitadas y es obvio que no le gusté. ¿y si no concurre a mi velada? Simón se pondría furioso Me subrayó la importancia de que Cofleumeran los Canonbu~ y los Peppington. Aratninta, ¿qué haré?

-Absolutamente nada. Puedes estar segura de que los Canonbury y los Peppington acudirán a tu fiesta, como todos los que sean invitados.

Emily miró a su acompañante Con suspicacia.

-¿Cómo es posible que Simón y tú estéis tan seguros?

-Simón no te habló de Canonbmy y Peppington, ¿verdad?

Emily recordó la expresión torva de Simón cuando le dijo que Canonbu~ y Peppington acudirían a la velada.

-Araminta, ¿hay algo que deba saber acerca de esas personas?

-No Corresponde que yo te lo cuente -dijo Araminta pensativa... pero creo que lo haré. Por tu propio bien, debes saber en qué te estás metiendo y me parece que Simón no está dispuesto a contártelo Tiene una fuerte inclinación a guardarse sus secretos.

-Araminta, no andes con rodeos Por el amor de Dios, ¿de qué se trata?

-El padre de Northcote Canonbury y Peppington eran amigos íntimos y socios del padre de Simón.

-Simón sólo tenía doce años cuando el padre se mató, pero lo sabía porque había oído a los

padres comentar que Northcote, Canonbury y Peppington invirtieron junto con el padre de Simón en una compañía comercial de los Mares del Sur. La noche que se mató, el conde dejó a Simón una nota diciéndole, entre otras cosas, que después de pagar las deudas de juego, los Únicos recursos financieros que dejaba para su esposa e hijo eran lo que quedara de esa inversión.

-¡Oh, Cristo! -dijo Emily, empezando a adivinar lo que seguía.

-A esa tierna edad, Simón se sentó y escribió a los tres hombres Pidiéndoles que adelantaran a su madre cierta cantidad sobre la base de los beneficios que SC esperaban de la participación de su padre.

-¿Y se negaron?

-Ni siquiera se molestaron en responderle. En cambio, aprovecharon una cláusula del contrato de la compañía para vender la participación de Blade a otro inversor. Excluyeron por completo a Simón y a su madre de la sociedad. No les dejaron ni un penique.

-~ Demonios!

-Todo lo que hicieron Northcote, Canonbury y Peppington era perfectamente legal: cuestión de negocios, ¿entiendes?

-No obstante, privaron a Simón y a su madre de la única fuente de ingresos que les había quedado.

-Sí. Simón nunca perdonará ni olvidará.

Emily frunció el entrecejo.

-Me sorprende que no se haya vengado de ellos como de mi padre.

-Oh, Emily, sí lo hizo. -Araminta saludó con la cabeza a otra persona conocida-. Por cierto que se vengó: una venganza sutil. Se aseguró de que cada uno de ellos estuviera a su merced. Hace unos seis meses, Canonbury y Peppington ya estaban en sus ganas. Querida, al parecer, algo que hiciste le sirvió a Northcote en bandeja de plata.

Emily abrió la boca asombrada, al recordar el rescate de Celeste y la fría hostilidad que se manifestó luego entre Simón y el marqués.

-¡Demonios! Sin embargo, el actual marqués es el hijo del que perjudicó a Simón y a la madre, no es el que vendió la participación de Blade. -La voz se le apagó cuando comprendió la rigidez de la ética de su marido.

-Claro -murmuró Araminta-. Simón vivió mucho tiempo en Oriente. A su juicio, los pecados de los padres recaen sobre los hijos; o más bien, sobre toda la familia.

-No me extraña que Simón reaccionara de modo tan raro cuando le conté que le había dicho a lady Northcote que las deudas entre ambas familias quedaban saldadas.

-Sí. Me imagino cómo habrá impresionado eso a Simón.
-Araminta hizo una mueca divertida-. No obstante, una vez
que diste tu palabra, hay que reconocer que Simón ha hecho honor al compromiso

-En cierta ocasión, mi padre comentó algo acerca de que Simón tenía a Canonbury y Peppington en sus manos. Entonces no lo entendí. Pensé que sólo se refería al poder de mi esposo.

-Y lo tiene. Logra ese poder asegurándo$_{5}$~ de conocer los secretos más profundos de aquellos con quienes trata. La información se lo brinda. Y no vacila en aprovecharla.

-Así supo que yo era el punto débil de mi padre -dijo Emily en tono ahogado.... Mi esposo es un hombre sobremanera astuto, ¿no?

-También es peligroso. Seguramente eres la única persona en todo Londres que no le teme. Querida, creo que esa es una de las razones Principales de que la sociedad esté fascinada contigo. Donde los ángeles apenas se atreven a pisar, tú danzas alegremente. Emily, ¿estás Segura de que no puedes cabalgar sin anteojos?

-Saldría del camino o me estrellaría contra un árbol -le aseguró Emily. Se ajustó con firmeza las gafas en la nariz-.. Vamos, Araminta. Veo a Celeste y estoy impaciente por mostrarle mi nueva yegua.

-Emily, un momento, por favor. Cambiar rápido de tema no es habitual en ti. ¿Qué estás tramando? Sé que tienes una idea.

-Nada importante, Araminta De todos modos creo que invitaré a lady Canonbumy y a la señora

Peppíngton a tomar el té lo antes posible. ¿Vendrás tú también?

-¡Buen Dios! -Araminta miró azorada a Emily. -Ya lo creo que iré. Será una experiencia interesante.

La reunión literaria en la sala de lady Turnbull no fue lo que Emily esperaba. Desde que había recibido la invitación, Emily se sintió muy ansiosa, pues suponía que Conocería a lo más granado de la sociedad literaria londinense y se mezclaría con los intelectuales de ese medio.

Pasó horas eligiendo la ropa y el peinado apropiados. Por fin, se decidió por un atuendo discreto y clásico, creyendo que
las personas aficionadas a la poesía romántica y otros temas intelectuales lo encontrarían adecuado.

Llegó a la casa de lady Turnbull vestida con un vestido de fina muselina dorada de corte severo, con talle alto y bordado con dragones negros. Lizzie le hizo un peinado clásico.

Sin embargo, en cuanto fue conducida al salón de lady Turnbull, descubrió de inmediato que todas las damas lucían elegantes vestidos de profundos escotes y llevaban al descuido frívolos sombreritos sobre la cabeza.

Cuando lady Tumbull se apresuró a saludar a Emily, algunas de las señoras rieron entre dientes. Emily se sentó y advirtió dolorida que la observaban con curiosidad y burla. Pensó enojada: “Es como si me hubiesen contratado para que las divierta”.

Comenzó a preguntarse si no habría cometido un grave error al aceptar la invitación para unirse al grupo. Pero en ese momento, Ashbrook cerró de golpe una elegante caja de rapé esmaltada y se apartó de la repisa de la chimenea donde había estado apoyado con graciosa indiferencia. Se acercó a besar la mano de Emily otorgándole así inmediata relevancia. La muchacha le sonrió agradecida.

No obstante, Emily pronto se decepcionó, pues la conversación derivó hacia los últimos chismes más que hacia las recientes novedades literarias. Oyó impaciente las habladurías y se preguntó cuándo podría marcharse. En último análisis, era evidente que ella no encajaba en un grupo de intelectuales. Por cierto, todos en el salón tenían un elegante aire de indiferencia y cada palabra era vertida con mundano cinismo, pero allí no había interés por la literatura. Ashbrook cruzó con ella una mirada conspirativa desde el otro extremo del salón.

-De paso, lady Blade -dijo arrastrando las palabras un caballero a quien le presentaron como Crofton- hace poco tuve el placer de jugar a los naipes con su padre.

Esto atrapó de inmediato la atención de Emily. Lo miró sorprendida. Tenía puestas las gafas y distinguía claramente la expresión cruel y disoluta de Crofton. Imaginó que en otros
tiempos debió ser un hombre apuesto, de facciones audaces pero melancólicas Pero ahora tenía una apariencia agotada y por completo corrupta Desde el momento en que le fue presentado, Crofton había disgustado a Emily.

-¿Sí? -Trató de no hacer caso y tomó un sorbo de té.

-De hecho, así es. Su padre juega a todo o nada.

-Sí. -Emily rogó que se le ocurriera cambiar de tema.

-Últimamente parece algo abatido -señaló Crofton..... Sin embargo, se podría creer que está entusiasmado con el casamiento que usted hizo.

-Ya sabe cómo son los padres -dijo Emily desespera da-. Soy su Única hija.

-Tengo entendido que usted era sobremanera importan.. te para él -murmuró Crofton Casi podría decir vital para sus intereses.

Emily miró a Ashbrook y sonrió esperanzada.

-Señor, ¿ha leído el Último trabajo de la señora Fordyce?

-La Señora Fordyce es una arpía estúpida y, es triste decirlo, pero carece de talento e inteligencia -Ashbrook pronunció la tajante Sentencia con aire de total aburrimiento

Emily se mordió el labio.

-A mí me gustó la última novela. Muy extraña e interesante.

Ante tal manifestación de rusticidad, el pequeño grupo rió indulgente y retomó la conversación

acerca del último adefesio de Byron. Emily miró de soslayo el reloj y deseó que fuera hora de marcharse Oyó el parloteo alrededor y llegó a la conclusión de que la Sociedad Literaria Vesper.. tina de los Jueves, en Little Dippington, obtenía resultados mucho más importantes a los que jamás llegaría este Ciegan.. te salón. Comenzó a pensar nuevos versos para La dama misteriosa, como hacía cada vez que se sentía aburrida o desdichada.

Decidió que incluiría un fantasma El Poema necesitaba más melodrama. Quizás haría que la heroína encontrara un fantasma en un castillo abandonado Tenía que recordar decirle a Ashbrook que pensaba incluir un fantasma Había traído el manuscrito en el bolso, pero se preguntó si era conveniente dárselo tan pronto. Tal vez fuese mejor esperar hasta que hubiera introducido al fantasma.

En el salón, la conversación tomó un giro distinto.

-Si hablamos de inversiones seguras -dijo en tono pomposo un caballero de aire afectado- puedo hablarles de un nuevo proyecto que estoy considerando. Se trata de participaciones en un canal que va a construirse en Hampshire.

Emily volvió con desgana la atención al presente. Miró interrogante al caballero que acababa de hablar.

-Señor, ¿se refiere al proyecto del canal Kingsley?

La mirada del caballero se fijó de inmediato en Emily.

-Claro, de eso hablo. Mi agente me informó acerca de ese proyecto hace poco.

-Señor, en su lugar yo no participaría en ese proyecto
-dijo Emily-. Conozco los negocios previos del caballero que participa en la empresa del canal Kingsley y sé que tiene un récord de fallos y pérdidas.

La atención del hombre se concentró por completo en Emily.

-Lady Blade, ¿es cierto? Como estoy a punto de invertir una suma considerable en ese proyecto, tengo enorme interés en escuchar más acerca del mismo.

-Si desea invertir en canales -dijo Emily- le sugiero que primero investigue el área de las minas de carbón. O bien de la alfarería. He descubierto que, donde existe un producto que busca salida al mercado, surge la necesidad de construir canales. Pero es fundamental conocer a la gente que respalda la empresa tan bien como el proyecto en sí.

Ante esta afirmación hecha de pasada, todos los ojos masculinos se fijaron en Emily y las mujeres los imitaron. Emily parpadeó inquieta bajo la intensa curiosidad. En la ciudad había retomado el trabajo con las inversiones. Después de todo, las damas de la sociedad literaria de Little Dippington aún dependían de ella. Pero Emily no esperaba hablar de temas económicos esa tarde. Había venido para hablar de temas más elevados.

-Digo yo -comenzó un hombre, abandonando de súbito la actitud de hastío cuidadosamente Sostenida hasta el momento--. ¿Acaso apoya usted algún proyecto en especial?

-Bien -dijo Emily marcando las palabras. cuento con varios corresponsales en las regiones del interior y hace poco dos de ellos me escribieron para hablarme del proyecto de un nuevo canal. Admito que últimamente no he prestado demasía.. da atención a los asuntos financieros, pero este plan me interesa mucho. En otra época realicé negocios de éxito con este grupo de inversores

Emily concitó la atención de todos y toda pretensión de discusión literaria fue abandonada La bombardearon Con preguntas y Peticiones de información sobre proyectos financieros. Aunque no era demasiado excitante, le resultaba territorio familiar y se concentró en las respuestas, ansiosa de causar una impresión agradable,

Antes de que tuviera tiempo de volver a mirar el reloj, pasó una hora y media. Cuando vio la hora, se sobresaltó

-Espero que me disculpe -dijo a la anfitriona, poniéndose de pie Y tomando el bolso-. Tengo que marcharme Le agradezco mucho la invitación.

-La esperamos con impaciencia en nuestra próxima reunión la semana que viene -dijo lady Turnbull dirigiendo una mirada conocedora a las expresiones ansiosas de los hombres. Quizá pueda suministramos más información financiera

-Sí, vuelva la semana próxima -la instó uno de los caballeros

-Apreciaría mucho su opinión sobre la cosecha de grano de este verano -dijo otro.

-Gracias -respondió Emily dirigiéndose velozmente hacia la puerta. Pensó que tendría que inventar un compromiso para la semana siguiente..... Si me disculpan...

-Te acompañaré hasta el coche -dijo Ashbrook con grave galantería

Emily lo miró sorprendida

-Oh. Gracias.

Afuera, la joven esperó en tenso silencio a que el hombre le preguntara si había llevado el manuscrito. No soportaba entregárselo sin que lo pidiera.

-Me alegra que hayas venido hoy -dijo Ashbrook en tono suave, mientras el carruaje negro y dorado de Blade se aproximaba-. Te esperaba. Ahora sé que no puedo esperar hasta nuestro próximo encuentro. ¿Irás a la reunión de los Olmstead mañana por la noche?

-Sí, creo que sí. -Emily apretó el bolso y se preguntó si le convenía mencionar de pasada el manuscrito. Tal vez conviniera aludir con encantadora indiferencia a Whittenstall, el editor de Ashbrook. Buscó frenética en su mente algo adecuado.

-¿Tuviste tiempo de trabajar en el poema épico? -preguntó Ashbrook observando al coche que se detenía frente a la puerta.

Emily suspiró aliviada. Después de todo, no se había olvidado.

-Sí, sí, lo hice. De casualidad, lo tengo aquí.

-¿De veras? -Ashbrook sonrió burlón-. Entonces, ¿podría echarle un vistazo para saber si es publicable?

-Oh, Richard eres tan amable. Temí que lo hubieras olvidado y no quería forzarte. -Emily abrió el bolso de un tirón y extrajo el precioso manuscrito-. Decidí agregar un fantasma -dijo mientras se lo entregaba con dedos temblorosos. Cuando lo leas, tenlo presente.

-Por cierto. -Ashbrook tomó el manuscrito y le dirigió una sonrisa suave-. Mientras tanto, ¿me reservarás una pieza mañana por la noche?

-Sí, por supuesto -dijo Emily, feliz mientras Harry la ayudaba a entrar en el coche-. Gracias, Richard. Y por favor, te ruego que tu opinión sea por completo sincera.

La puerta del carruaje se cerró de golpe y Emily partió antes de que Ashbrook tuviera tiempo de responder.

Un rato después, el vehículo se detuvo ante la puerta de la casa Blade. Emily se apeó, ansiosa, y subió de inmediato las escaleras hasta su dormitorio.

Pasaba por la puerta cerrada del antiguo cuarto de niños cuando oyó un fuerte golpe seguido de un gemido y se detuvo en seco.

-¿Qué diablos sucede? -Abrió la puerta y miró dentro: vio azorada que Simón y los mellizos estaban desnudos hasta la cintura. En ese momento, Charles se levantaba de la alfombra. Simón estaba firme, de pie encima de él, y Devlin los observaba muy Concentrado

-No tienes que golpear con el puño -dijo Simón severo-. Debes dejar que el hombre se acerque derecho a ti y luego girar ligeramente a la derecha. Por instinto, te seguirá y, al hacerlo, perderá el equilibrio. El equilibrio es fundamental. ¿Entiendes?

-Creo que sí. -Charles se frotó el hombro desnudo...-.. Déjame intentarlo otra vez.

-¿Qué estáis haciendo? -preguntó Emily fascinada.

Los tres hombres se volvieron para mirarla en unánime expresión de furia masculina.

-; Emily! -vociferó Charles.

Los mellizos buscaron sus camisas que colgaban de unas sillas, haciendo gestos de horror.

-¡Emily, diablos! -dijo Simón iracundo Este no es lugar para una mujer. Vete enseguida. Y cierra la puerta.

-Simón, ¿estáis practicando algún tipo de boxeo? ¿Algo que aprendiste en Oriente? Me encantaría mirar. Quizá yo también podría aprender un poco. -Emily lo miró esperanzada.

-Señora, sal de este cuarto inmediatamente. Y al salir, cierra la puerta -tronó Simón.

Emily miró de soslayo las caras ceñudas de sus hermanos y también tenían expresiones implacables.

-Oh, bueno. Pero os diré que, sin duda, los tres parecéis un hato de terribles y tristes

aguafiestas,

Emily retrocedió hacia el pasillo y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 17

-Me niego a cortar esta conversación hasta no saber qué estabais haciendo. ¿Estabais practicando alguna técnica de lucha?

Simón se rindió.

-Sí, eso era lo que hacíamos. No sé bien cómo ocurrió, pero lo cierto es que tus hermanos me convencieron de que les hiciera una demostración. Lo aprendí en la época en que vivía en el Este.

-6Me enseñarás?

Simón quedó atónito ante esa petición. A veces, las encantadoras rarezas de Emi ¡ y podían ser divertidas, pero otras, iba demasiado lejos.

-Te aseguro que no. No es una actividad apropiada para una mujer y sin duda no es la clase de cosas que un marido le enseña a su esposa.

-Ajá. Sin embargo, creo que no sería mala idea que me enseñaras -reflexionó Emily inmutable-. Después de todo, las calles de Londres no son demasiado seguras, sin hablar del parque Vauxhall. Por ejemplo, nunca se sabe cuándo puede toparse una con un villano peligroso y verse obligada a defenderse de un destino peor que la muerte.

-;Señora, es suficiente!

De pronto, George, el lacayo que esa noche atendía la mesa, sufrió un fuerte acceso de tos. Salió corriendo de la habitación. En el corredor, la tos se convirtió en un estallido de risa incontenible. El mayordomo, Greaves, mostraba una expresión muy afligida.

Simón miró ceñudo a Emily.

-Querida mía, los peligros de la calle son una de las razones por las cuales no debes salir nunca sola por la ciudad. Y hablando de salir, me dijo mi tía que recibió una invitación de Almacks para ti.

-Me lo mencionó -dijo Emily distraída mientras se servía condimentos de frutas-. Pero, Simón, en realidad, no tengo interés en ir a Almacks. Celeste me contó que las asambleas son espantosamente aburridas. Que concurren las mujeres que tienen que buscar marido y yo no necesito hacerlo, ¿verdad?

-No, pero sería conveniente que aparecieras en Almacks
-le dijo Simón en tono firme. Seria otra joya en la corona del
éxito social de Emily-. Espero que asistas el miércoles por la noche.

-Preferiría no hacerlo. Simón, tu cocinero prepara unos platos magníficos. ¿Lo conociste en Oriente?

-Sí, Humo ha estado conmigo durante años.

-¿Por que lo llaman Humo? ¿Porque quema la comida?

-No, porque es el hijo natural de una isleña y un marinero británico Cuando nació, nadie lo quería y sobrevivió porque aprendió a moverse y actuar como el humo. Siempre está, pero pasa inadvertido -Simón pensó que esa habilidad era sobremanera conveniente para un nombre que vivía de arrebatar las billeteras ajenas en las sucias ciudades portuarias

-¿Cómo lo conociste?

-Creo que estaba tratando de robarme en ese momento
-murmuró Simón.

Emily rió encantada.

-¿Qué te decidió a tomarlo como cocinero?

-Se siente muy feliz preparando la comida que me acostumbré a comer en el Oriente. Con un cocinero como él, no necesito comer la habitual comida inglesa: carnero duro, salchichas grasientas y budines pesados.

» -He advertido que comemos muchos platos con fideos y arroz -observó Emily~. Me encantan.

Estas especias maravillosas estimulan la sensibilidad

Simón la miró impaciente, pues sabía que Emily estaba tratando de cambiar de tema.

-Querida, irás a Almack~ -dijo en tono suave pero firme.

-~,Sí? -Emily adoptó una encantadora expresión de indiferencia Lo consultaré con lady Merryweather Es una fuente de sabiduría en lo que se refiere a la conducta en sociedad, ¿no? Simón, he estado pensando en crear mi propio salón literario. Esta tarde concurrí a uno y debo decir que me decepcionó. Apenas se mencionaron temas literarios. Todos querían hablar sobre inversiones.

Por fin, este comentario logró distraer a Simón.

-¿Sí? -Tomó otro bocado de curry y observó atento la expresión de la esposa ¿Quiénes asistieron a ese salón?

-Se realizó en la casa de lady Tumbull -dijo Emily vivaz-. Había mucha gente. Te confieso que olvidé algunos nombres. -Frunció el entrecejo, pensando-. Había un caballero llamado Crofton. Lo recuerdo porque no me interesó en absoluto.

Simón pensó torvo: “Si Crofton estaba allí, Ashbrook tenía que estar cerca”. Decidió sondear delicadamente a Emily para lograr más información.

-Creo que una vez conocí a Crofton en la calle, frente al club. A mí tampoco me causó buena impresión. ¿Recuerdas quién más estaba en el salón de lady Tumbull?

-Bueno... -Emily lo miró cautelosa-. Quizás un par más. Ya te dije que no recuerdo los nombres.

De modo que Ashbrook estaba y, por alguna razón, Emily trataba de ocultar el hecho. De pronto, Simón sintió una súbita cólera y con una mirada mandó a Greaves que saliera del cuarto. Aguardó hasta que la esposa y él quedaron solos, mientras Emily saboreaba con entusiasmo su porción de curry y salsa picante.

-Emily, me gustaría saber todo lo que pasó hoy en el salón de lady Tumbull.

-Milord, lo que ocurre es que prefiero no contártelo hasta no estar segura de que ciertas cosas resultarán bien.

Simón la contempló furioso y frustrado. ¡Demonios! ¿Acaso la muchacha estaba pensando en volver a huir con Ashbrook? No podía creerlo pero, al mismo tiempo, los celos comenzaron a roerle las entrañas.

-Señora, ¿qué es exactamente lo que esperas que resulte?

-Milord, es un secreto.

-Quiero saberlo.

-Señor, si te lo digo, ya no sería un secreto -señaló Emily razonable.

-Emily, ahora eres una mujer casada. No tienes que ocultarle secretos a tu esposo.

-Lo que sucede es que a mí me daría mucha vergüenza si la cuestión no llega a un final feliz.

Simón había tomado la copa de vino, pero la dejó por temor de romperla entre los dedos crispados.

-Me vas a decir de qué se trata. Señora, insisto en saberlo.

Emily lanzó un suspiro y le dirigió una mirada inquisitiva.

-¿Me das tu palabra de honor de que no se lo dirás a nadie?

-Por cieno, no tengo intención de difundir chismes acerca de mi esposa.

Emily se relajó un tanto. De pronto, le chispearon los ojos y dejó escapar la excitación que había estado ocultando toda la tarde.

-No, creo que no lo harías. Bueno, milord, el secreto es que Ashbrook me prometió leer mi poema épico y decirme si le parece adecuado como para mostrárselo a Whittenstall, su editor Estoy tan ansiosa y excitada que no puedo aguantarlo.

Simón sintió que se deshacía el nudo de aprensión que se había formado en su interior al ver la cara expectante de Emily. Claro que no pensaba huir con Ashbrook. Tenía que haber estado loco al pensarlo siquiera. Emily estaba perdidamente enamorada del dragón con el que se había casado.

De todos modos, pensó Simón colérico, que su exagerada reacción ante esa posibilidad era una prueba de cuánto afectaba Emily al control que tenía sobre sí mismo.

No obstante, ahora se encontraba frente a un nuevo problema. Si bien Emily no pensaba dejarse seducir por Ashbrook, Simón no dudaba de que los propósitos del poeta no eran inocentes. La joven estaba conviniéndose en un éxito social y Ashbrook se creía muy elegante. Sin duda, Ashbrook creía que vivir una aventura con la encantadora y excéntrica esposa del conde de Blade era un interesante desafío. Quizá se preguntara en qué había fallado cinco años atrás, cuando Emily lo había golpeado en la cabeza con el orinal.

"¡Ashbrook, canalla! Adivinaste de inmediato que el camino más seguro para obtener la atención de Emily era mostrar interés en los poemas." Simón llegó a la conclusión de que tenía que ocuparse del poeta, pero al menos por el momento no tendría que preocuparse de que Emily quisiera huir.

Aunque se dijera que no había motivo de alarma, Simón comprendjó que Emily se había vuelto muy importante para él.

Cuando Emily habló otra vez, el conde luchaba con esa idea inquietante.

-Simón, ¿no crees que es la más maravillosa oportunidad para mí?

La boca de Simón esbozó un gesto torcido ante la esperanzada excitación en los ojos de la joven.

-Sí, querida, es una interesante posibilidad.

Emily asintió satisfecha.

-Sí. ¿Ahora comprendes por qué no quiero que nadie se entere hasta que Richard me dé su opinión? Si él considerara que La dama misteriosa no es adecuado para publicar, sería muy humillante. He descubierto que a la sociedad le fascinan los chismes sobre humillaciones.

-Tienes mucha razón en mantenerlo en secreto -murmuró Simón-. Y creo que es una buena idea la de crear tu propio salón literario en vez de asistir al de lady Turnbull. Me temo que no se la considera demasiado interesada en la literatura. El salón de esa dama es sólo una excusa para que cierta gente se reúna y comparta los últimos chismes. Y habrás advenido que en la ciudad los comentarios pueden ser bastante crueles.

-Si, creo que es así. -Emily volvió a concentrarse en el curry. Tan pronto como sea posible, formaré mi salón literario. Pienso invitar a Celeste, a la madre y, por supuesto, a lady Merryweather. Hace poco conocí a algunas damas que están bastante interesadas en la literatura actual. Espero que concurran.

-Tienes que darme una lista de las señoras que piensas invitar -dijo Simón.

Emily lo miró con expresión preocupada.

-No, señor. Prefiero no hacerlo.

El hombre parpadeó ante el inesperado desafío.

-¿Puedo saber por qué?

La muchacha lo señaló acusadora con el tenedor.

-Porque tu tía me hizo notar, por fin, de qué modo manipulas todos mis asuntos. Al parecer, estás acostumbrado a intimidar a las personas para que hagan lo que deseas. Para serte sincera, no te daré oportunidad de que obligues a nadie a concurrir a mi salón.

Al principio, Simón se sintió sobresaltado y luego divertido, aunque a desgana.

-Está bien, Emily. Invita a quien desees y yo no intervendré en absoluto.

La muchacha lo miró suspicaz.

-Milord, estoy muy decidida con respecto a este asunto.

-Sí, ya veo. No te preocupes Emily. No aterrorizaré a tus invitados.

-Magnífico. -Le dirigió una sonrisa de aprobación y se le aclaró el rostro como por encanto- Entonces, comenzaré de inmediato a hacer planes.

-No olvides que aún tienes que concluir los preparativos para tu velada.

De súbito, la cara de Emily expresó ansiedad.

-Señor, estoy esforzándome mucho con esos preparativos. Te aseguro que hago todo lo posible para que la velada sea un éxito. No obstante, todavía no sé cómo entrarán todos en esta casa.

En algún momento, Simón encontró a Ashbrook en uno de los clubes de Saint James. El poeta estaba atrincherado en una silla junto al fuego, con una botella de oporto y, al parecer, se tomaba un descanso entre partidas de naipes.

-¡Ashbrook! ¡Qué circunstancia afortunada! -Simón se sentó en una silla frente al poeta y tomó la botella de oporto. Se sirvió un vaso del oscuro vino rojo-. He estado buscándolo durante una hora más o menos. ¿Dónde está su amigo Crofton?

-Me reuniré con él más tarde. -Ashbrook abrió la caja de rapé con un elegante ademán que, sin duda, había ensayado durante horas. Hemos pensado en hacer una gira por los garitos más recónditos.

-Es mejor que su amigo no esté. -Simón probó el oporto. Para su gusto, era un tanto dulce-. Quería hablar con usted a solas.

Los dedos de Ashbrook apretaron la copa.

-No veo por qué. He cumplido nuestro acuerdo. No mencioné una palabra del escándalo en el pasado de Emily.

Simón esbozó una sonrisa amenazadora.

-No sé de qué habla. No existe ningún escándalo en el pasado de mi esposa. ¿Acaso insinúa que pudo haber existido?

-No, por Dios. No insinúo nada semejante. -Ashbrook tragó el oporto-. Blade, ¿qué diablos quiere de mí?

-Entiendo que usted tiene algo que pertenece a mi esposa. Quiero que lo devuelva de inmediato.

Durante un instante, la mirada de Ashbrook expresó asombro pero la reemplazó de súbito por un gesto indolente.

- Supongo que habla del poema épico.

-Así es. -Simón sonrió sin alegría-. Ashbrook, no intente burlarse de mí. Sabemos por qué se ofreció a leer el poema de mi esposa. Después de todo, no pudo resistir la tentación de seducirla, ¿no es cierto? Sin duda, ahora ella es mucho más interesante que hace cinco años. Cuanto más se corrompe uno, tanto más atractiva le resulta la ingenuidad y la inocencia, ¿verdad? Y usted piensa seducirla alabando su obra.

Ashbrook alzó una ceja.

-Parece que está familiarizado con esa táctica. Blade, ¿fue así como la convenció de que se casara con usted? ¿Alabando su poesía en lugar de sus ojos?

-No es asunto suyo cómo la convencí de que se casara conmigo. Todo lo que usted debe recordar es que, en efecto, estoy casado con ella. Le advierto que si intenta llevarla a su cama, me aseguraré de que la carrera literaria de usted se corte en seco.

-Blade, ¿acaso está amenazándome con un duelo?

-Sólo si es imprescindible. Prefiero los métodos de persuasión más sutiles. En su caso, creo que mi primer movimiento será llamar a Whittenstall, su editor, y convencerlo de que, en realidad, usted carece de talento.

Ashbrook abrió la boca atónito.

-¿Le pagará para que no publique mi obra?

-Me aseguraré de que ningún editor respetable de la ciudad considere que su obra vale la pena. ¿Está claro, señor?

Ashbrook cerró la boca y se reclinó en la silla. La expresión azorada del Principio se convirtió en un gesto de desgana da admiración.

-¡Blade, usted es increíble! Había oído decir que siempre lograba lo que se proponía, pero le confieso que no lo creí del todo. Estoy impresionado.

-No es necesario que se impresione. Lo fundamental es que no intente seducir a mi esposa mostrándole la carnada de la posible publicación de su poema.

-¿Usted no cree que la obra sea tan buena como para ser publicada? -preguntó Ashbrook astutamente.

-He llegado a la conclusión de que entre los variados talentos de mi esposa no figura la literatura. No me molesta que se divierta picoteando en la poesía. Pero no permitiré que ni usted ni nadie utilice el interés de Emily en la literatura para atraer su atención.

-~,Acaso cree que es tan fácil apartarla de su lado? -lo provocó Ashbrook con sonrisa burlona.

-Sencillamente, no está en su carácter. Pero las personas que le hacen promesas sin intención de cumplirlas, pueden lastimarla. Suele creer en las mejores cualidades de la gente.

cree usted que yo pensaba leer La dama misteriosa?

-No. -Simón se puso de pie-. No lo creo ni por un instante. Espero que el manuscrito esté en mi casa mañana por la mañana.

-¡Maldición, Blade! Cálmese. ¿Cómo le explicaré esto a Emily?

-Dígale que no es capaz de darle una opinión objetiva
-sugirió Simón-. Después de todo, no es ni más ni menos que la verdad. ¿Cómo es posible que alguien dé una opinión sincera cuando sabe que de ello depende su carrera?

-¡Canalla! -Pero la exclamación de Ashbrook sonaba más resignada que desafiante Blade, será mejor que se cuide. Se ha ganado unos cuantos enemigos. Uno de estos días, alguno de ellos podría probar suene y tratar de traspasar esa barrera de criminales y guardaespaldas que usted llama sirvientes.

Simón sonrió.

-No lo creo. Vea, Ashbrook, no tengo tantos enemigos como usted imagina. Porque, en definitiva, ofrezco más favores que amenazas. En alguna ocasión puedo ser útil. Le sugiero que lo considere.

Ashbrook asintió y quedó pensativo.

-Ahora entiendo cómo se mueve usted. Blade, usted es tan astuto y misterioso como dicen. Ofrece favores a cambio de cierta ayuda, y paga con la misma moneda si se lo contraría. Es una táctica interesante.

Simón se encogió de hombros y se marchó sin molestarse en responder. Por esa tarde, había terminado sus negocios. Era hora de buscar a Emily. Recordó que había tenido que asistir al baile en Linton. Estaba impaciente por bailar el vals con su esposa.

Veinte minutos más tarde se apeó del coche y subió los escalones de entrada de la enorme mansión. Lacayos de librea azul se apresuraron a recoger el sombrero y conducirlo al vestíbulo y luego al salón, escaleras arriba.

Por encima del rumor de risas y conversación se oían los aires de una danza campesina. Simón se detuvo en la puerta y echó una mirada alrededor, buscando a Emily entre el gentío. En los últimos tiempos, era fácil localizarla: bastaba con buscar un gran amontonamiento de gente en tomo de un duende pelirrojo.

El conjunto solía estar formado por una variedad de los nuevos amigos y admiradores de Emily. Entre los hombres había caballeros de cierta edad que querían hablar acerca de inversiones y participaciones, un grupo de aspirantes a poetas de rizos desordenados y ojos tristes que querían comentar la poesía romántica, y un racimo de jóvenes elegantes que deseaban ser vistos conversando con una persona original.

Y cuando localizó a su presa y se dirigió hacia el lugar, Simón descubrió que también había muchas mujeres rodeando a Emily. Había señoras que estaban tan fascinadas como Emily por la reciente literatura romántica y distintas mujeres, como lady Northcote y su hija Celeste, que consideraban a su esposa como una amiga encantadora.

En el grupo había, asimismo, una cantidad de damas a las que los astutos maridos habían instado a cultivar la amistad de la
nueva condesa de Blade. Estaban las muchachas que acababan de dejar la escuela, y sus madres entendían que el trato con la nueva condesa pondría a las hijas en contacto con algunos solteros codiciados. Y por fin, estaban las marisabidillas que consideraban a Emily inteligente y deliciosamente excéntrica.

Simon acababa de acercarse a la periferia del grupo, pero Emily ya había sentido su presencia. Un murmullo recorrió el grupo de admiradores que rodeaba a la muchacha y se apartaron para dejar

pasar al esposo.

-¡Blade! -Emily alzó los impertinentes para echarle una mirada y luego los dejó caer. Le dirigió una amplia sonrisa de bienvenida y una mirada radiante de placer-. Esperaba que tuvieras tiempo de venir.

-Querida mía, vine a pedirte una pieza -dijo Simón, y se inclinó para besarle la mano-. Por casualidad, ¿has reservado alguna para mí?

-No seas tonto. Por supuesto. -Dirigió una mirada de disculpa a un joven que llevaba los cabellos rubios en un elaborado y rígido peinado. Armistead, ¿no le importa si postergamos nuestra danza?

-En absoluto, lady Blade -dijo Armistead mirando a Simón con respeto.

Emily volvió el rostro ansioso y risueño hacia el esposo.

-¿Lo ves, Blade? Estoy libre para bailar contigo.

-Gracias, querida. -Simón sintió una oleada de posesiva satisfacción al conducir a Emily a la pista. Cuando Emily estuvo entre sus brazos, con los ojos brillantes, el conde sintió la fría convicción de que todos sabían lo que él sabía.

Emily era de él.

La sociedad también sabría que el conde protegía lo que le pertenecía.

Dos días después, Simón llegó a su casa en mitad de la tarde y quedó sorprendido cuando el mayordomo le dijo que la señora estaba en el saloncito con tres damas que habían llegado de visita.

-Lady Merryweather, lady Canonbury y la señora Peppington -dijo Greaves impertérrito.

-¡Demonios! -murmuré Simón, mientras se precipitaba al saloncito-. ¿Qué diablos está tramando ahora?

-La señora ordenó que se sirviera el mejor té Lap Seng
-agregó Greaves en voz baja, y abrió la puerta para el amo-. Le pidió a Humo que preparara una variedad de tortas. Todavía está quejándose.

Simón lanzó al mayordomo una mirada ceñuda y entró en la biblioteca. Se detuvo de inmediato al ver a su mujer que conversaba desenvuelta con las esposas de sus dos antiguos enemigos. Emily lo miró y le sonrió.

-Oh, hola, Blade. ¿Te quedas con nosotras? Estaba por pedir más té. Creo que conoces a lady Canonbury y a la señora Peppington.

-Nos hemos conocido. -Simón saludó a ambas mujeres con helada cortesía. A su vez, ellas parecieron confusas e incómodas.

-En realidad, ya nos íbamos -dijo lady Canonbury, poniéndose de pie majestuosamente.

-Sí, esta tarde tengo varios compromisos -la secundó la señora Peppington rápidamente.

-Entiendo. -Emily miró enfadada al marido mientras las dos damas se apresuraban a pasar al vestíbulo.

Cuando la puerta se cerró tras ellas, sirvió, parsimonioso, una taza de té y se la alcanzó a Simón, que se había sentado.

-No había necesidad de asustarlas para que huyeran, Simón.

Araminta Merryweather rió entre dientes.

-Simón es eficaz para esas cosas.

Simón ignoré a su tía y contemplé a su esposa, que era la imagen de la inocencia, con la expresión más amenazadora posible.

-Señora, quisiera saber qué tienes que hablar con esas dos damas en particular.

-Hmm. Sí, creo que te interesa. -Emily sonrió con picardía-. Bueno, milord, la verdad es que hablamos de negocios.

-LEs cierto? -Simón vio con el rabillo del ojo que la tía hacía una mueca al percibirla frialdad de su voz, pero Emily permaneció imperturbable ¿Qué clase de negocios?

-Minería -dijo Emily-. Al parecer, tanto lord Canonbuiy como el señor Peppington invirtieron

considera bIes sumas en un proyecto minero. Ahora necesitan colocar el mineral en el mercado y descubrieron asombrados que el canal que pensaban utilizar es de propiedad privada. El dueño no está dispuesto a darles permiso para usar ese canal. Hace meses que los tiene en ascuas.

-Entiendo.

-Milord, tú eres ese propietario -señaló Emily- Sin tu permiso, nada circula por ese canal. Tienes el poder de convertir todo el proyecto minero en un desastre financiero para Canonbury y Peppington. Ambos están sobremanera preocupados por ese tema. Semejante pérdida podría arruinarnos. Han invertido importantes sumas en esa empresa.

Simón se encogió de hombros y no intentó disimular su satisfacción

-Pues, yo les decía a lady Canonbury y a la señora Peppington que, sin duda, estarías dispuesto a vender el canal a sus esposos.

El té de Simón formó violentas olas en la delicada taza de porcelana. Cayeron algunas gotas y se derramaron sobre los impecables pantalones de montar de color claro.

-¡Demonios!

Emily contemplé preocupada las manchas de té.

-¿Llamo a Greaves?

-No, no llames al mayordomo ni a ninguna otra persona. -Simón dejó con un golpe la taza y el platillo en una mesa cercana-. ¿Con qué derecho les has prometido tal cosa a esas damas? ¿Cómo diablos esperas cumplir tu palabra?

-En realidad, no piensa cumplir ninguna promesa porque no ha prometido nada -intervino Aramjnta con suavidad, los ojos bailoteando Lo que Emily espera, Simón, es que tú lo hagas.

Simón lanzó a la tía una mirada colérica y se volvió furioso hacia Emily. Advirtió que parecía serena y dueña de sí misma. Era evidente que en los últimos tiempos la había consentido demasiado.

-Señora, espero una explicación.

Delicadamente, Emily se aclaré la voz.

-Simón, comprendo perfectamente el motivo de que quieras vengarte de Canonbury y Peppington. Tu tía me lo explicó y creo que tienes todo el derecho de castigarlos.

-Me alegro de que me concedas ese derecho.

-El asunto, milord -prosiguió la joven en tono suave- es que, hablando con lady Canonbury y la señora Peppington, comprendí que ya han sufrido demasiado y en verdad no creo necesario agregarles más penas.

-¿De veras? ¿Cuáles han sido esos sufrimientos? -preguntó Simón entre dientes.

-Al parecer, lord Canonbury sufre del corazón. Los médicos dijeron que quizá no viva más de un año. También ha soportado considerables pérdidas financieras en los últimos tiempos. La única alegría de su vida es la nieta. ¿La recuerdas? La muchacha que padeció un ataque de histeria y se desmayé cuando entraste en aquel salón.

-La recuerdo.

-La pobre chica estaba aterrada pensando que Blade podía pedirla en matrimonio para vengarse del abuelo -murmuré Araminta.

-No es cierto-dijo Emily-. Como le dije a Celeste, Blade nunca se casaría con una joven que suele tener ataques de nervios. Continúo. La nieta es la mayor alegría en la vida de Canonbury. Desea usar los beneficios del proyecto minero para dejarle una buena dote. Simón, si tú lo destruyes, la muchacha quedará sin un penique. Sé que no querrías que la pobrecita soporte la perspectiva de un mal matrimonio por no tener una dote importante.

-¡Por Dios! -musité Simón.

-Y en lo que se refiere a Peppington, me entristeció mucho saber que perdió a su único hijo hace tres años en un accidente, La esposa dice que, desde entonces, no es el mismo.

Al parecer, lo Único que lo anima es saber que su nieto está convirtiéndose en un joven bueno e inteligente, muy interesado en adquirir tierras. Peppington no desea otra cosa que dejar al muchacho una herencia sólida.

-No veo el motivo para preocupanne por el futuro de la nieta de Canonburyo del nieto de Peppington -respondió Simón.

Emily Sonrió pensativa.

-Lo Sé, milord. Al principio, tampoco yo estaba muy interesada, pero luego comencé a reflexionar acerca de la importancia de los hijos y los nietos en general, ¿entiendes?

Simón la miró fijamente.

-No, no sé lo que quieres decir. ¿A qué rayos te refieres?

-A nuestros hijos, milord. -Emily sorbió el té con gravedad.

Durante Unos momentos, Simón quedó mudo.

-¿Nuestros hijos? -barboté al fin. Entonces, lo sacudió un ramalazo de pura exaltación ¡Señora!, ¿estás diciéndome que vas a tener un hijo?

-Bueno, en realidad no lo sé. No creo. Al menos, no en este momento. Pero imagino que pronto lo tendré, ¿no te parece? Al ritmo que vamos, no tardará en llegar. -Emily se ruborizó pero siguió sonriendo.

Ararnjnta se atraganto con el té y tosió.

-Perdón -dijo, sin fuerzas, tratando de recuperar el aliento.

Simón no hizo caso de la tía. En ese momento, sólo podía pensar en la figura de Emily que se redondeaba con un hijo del propio Simón en su seno. Entonces advirtió que hasta ese instante no había reflexionado mucho acerca del futuro. Aparentemente, todos sus planes y tácticas se concentraban en el pasado. Y ahora Emily hablaba detener hijos. ¡Los hijos de él!

-¡Maldición! -murmuré.

-Sí, milord, sé lo que sientes. Pensarlo así produce impresión, ¿no? Pero, por supuesto, tenemos que reflexionar al respecto. Te confieso que al imaginar cuánto querremos y cuidaremos a nuestros hijos, comprendí que tú no desearías perjudicar a los nietos de Canonbury y de Peppington. La crueldad
no forma parte de tu naturaleza, milord. Yo sé que, en tu interior, eres un hombre bueno y generoso.

Simón se limité a quedarse sentado mirando fijamente a Emily. Sabía que hubiera debido sermonearla para que no interviniera en sus asuntos, pero no podía apartar de la mente la imagen de un hijo en brazos de su esposa.

-6Crees que nuestro hijo tendrá los ojos como los tuyos? -preguntó Emily pensativa, como si le hubiera leído el pensamiento-. Ya puedo imaginarlo corriendo por aquí. Travieso y lleno de energías. Podrías enseñarle esas técnicas de lucha que les mostraste a mis hermanos. A los muchachos les encantan esas cosas.

-Creo que tengo que irme -dijo Araminta en voz suave, y se puso de pie-. ¿Me disculpáis?

Simón casi no notó la partida de la tía. Cuando la puerta se cerró suavemente tras ella, comprendió que aún observaba a Emily, y la imaginaba amamantando a un bebé de cabellos oscuros y ojos dorados. O quizás, una niñita de ojos verdes y cabellos rojos.

-¿Simón? -preguntó Emily parpadeando.

-¿Me disculpas? Creo que hay un par de asuntos que requieren mi atención en la biblioteca -dijo Simón con aire ausente, y se puso de pie.

“Me he aferrado al pasado durante veintitrés años”. pensó Simón. Le había brindado fuerza y decisión. Pero finalmente, ahora comprendía que el día de su casamiento con Emily había adquirido una visión del futuro, lo quisiera o no.

Esa noche, cuando Simón entró en el club, aún luchaba con la imagen de Emily rodeada por sus hijos y todavía se sentía inquieto e inseguro de sus propios deseos.

Como si el destino los hubiese materializado, Canonbury y Peppington fueron las primeras personas a las que vio.

En su mente surgió una visión de la tonta nieta de Canonbury desmayándose en el salón y el grave nieto de

Peppington estudiando la administración de tierras. Lanzó un hondo suspiro y atravesé el salón hacia sus dos antiguos enemigos.

Antes de darse tiempo para arrepentirse, Simón ofreció el canal en venta a Canonbury y Peppington. Lo satisficieron enormemente las expresiones atónitas de los dos hombres mayores.

Canonbury se puso de pie con dolorosa lentitud.

-Señor, le estoy muy agradecido. Soy consciente de que poco tiempo atrás usted tenía otras intenciones. Nos habría arruinado a Peppington y a mí. ¿Podría decirme qué lo ha hecho cambiar de idea?

-Blade, ¿no será una nueva triquiñuela? -preguntó Peppington suspicaz-. Durante los últimos seis meses nos ha mantenido al borde del abismo. ¿Por qué ahora nos libera?

-Mi esposa considera que tengo un alma noble y generosa -respondió Simón exhibiendo una fría sonrisa.

Canonbury se sentó de golpe y bebió el oporto.

-Entiendo -dijo.

Peppington se recobró un tanto de su asombro y miró a Simón con aire comprensivo.

-A veces las esposas son muy extrañas, ¿no es cierto?

-Sin duda, suelen complicar la vida de un hombre -admitió Simón.

Peppington asintió pensativo.

-Señor, gracias por su generosidad. Canonbury y yo sabemos que no la merecemos. Lo ocurrido hace veintitrés años.., fue una canallada de parte de nosotros.

-Blade, estamos en deuda con usted -murmuré Canonbury.

-No -replicó Simón-. La deuda es con mi esposa. No lo olviden. -Se volvió y se alejó de los dos ancianos a quienes había odiado durante veintitrés años.

Salió por la noche y comprendió, de manera imprecisa, que se sentía más libre, más relajado, menos prisionero. Era como si acabara de soltar una antigua cadena herrumbrada y liberara una parte de sí mismo que había estado encerrada mucho tiempo.

Un día después llegó un frenético mensaje de Broderick Faringdon. Emily estaba consultando al cocinero de Simón y la consulta se había transformado en una agria discusión.

-No me molesta que haya alguna de sus maravillosas especialidades exóticas en el bufé -decía Emily con fu-meza al extraño hombrecito que usaba un arete de oro en una oreja-. Pero debemos tener en cuenta que la mayoría de los invitados no está acostumbrada a los refinamientos extranjeros. Los ingleses son muy conservadores en las costumbres relacionadas con la comida.

Humo se irguió orgulloso.

-Su señoría nunca se quejé de mi comida.

-Por supuesto que nunca se quejé -respondió Emily apaciguadora-. Humo, usted cocina de maravilla. Pero me temo que el paladar de su señoría está mucho más educado que el de los invitados al sarao. Me refiero a la gente que no considera completa una comida si no tiene muchas patatas hervidas y una buena porción de carne.

-Humo, la señora tiene razón -canturreé el ama de llaves-. Quizá deberíamos servir pescados en gelatina de tomate. También salchichas y algo de lengua.

-¡Salchichas! ¡Lengua! -Humo estaba indignado-. No permitiré que en esta casa se sirvan salchichas grasientas ni lengua.

-Entonces, jamón frío, ¿no? -dijo Emily esperanzada.

Un fuerte y apremiante golpe en la puerta de la cocina interrumpió la discusión. Harry, el lacayo, fue a abrir la puerta y después de un breve diálogo ~on la personá que había golpeado, se acercó a la señora.

-Perdone, señora. Hay un mensaje para usted.

Emily se volvió, aliviada de escapar de la discusión.

-¿Para mí? ¿Dónde?

-Un muchacho está a la puerta, señora. Dice que tiene que entregar el mensaje en sus manos. -Harry alzó el brazo con el garfio-. ¿Le digo que se marche?

-No, hablaré con él.

Emily cruzó la cocina hasta la puerta, y vio que la esperaba un muchachito harapiento.

-Sí, muchacho, ¿de qué se trata?

El niño contemplé los brillantes cabellos rojos de Emily y las gafas y asintió para sí, como asegurándo$_{5\sim}$ de que era la persona justa.

-Tengo que decirle que su pa' tiene que verla ya, señora. Me dio esta nota para que le entregue. -Le dio una pequeña hoja de papel bastante manchado, que llevaba apretado en el puño sucio,

-Está bien. -Emily dej6 caer una moneda en la mano del niño y la asalté una intensa sensación de inquietud cuando miró el papel-. Gracias.

El rapaz observó atentamente la moneda, la mordió y ensayé una amplia sonrisa.

-Gracias, señora.

Harry se adelanté a cerrar la puerta de la cocina. El muchachito contemplé el garfio lleno de asombro y maravilla, y luego salió corriendo.

-Tendremos que terminar más tarde con los arreglos para el bufé -dijo Emily a Humo y al ama de llaves y salió presurosa de la cocina.

Se precipité escaleras arriba con la nota ardiendo entre las manos. Temía lo peor. Cuando llegó a la intimidad de su dormitorio, cerró la puerta con llave.

Temblando de zozobra, se sentó a leer la nota del padre.

Mi querida y obediente hija:

Ha ocurrido el desastre. En las últimas semanas, la fortuna se ha ensañado conmigo. Perdí una gran suma de dinero a los naipes y ahora tengo que vender mis últimas posesiones para levantar el embargo y cubrir mis últimas deudas. Por desgracia, no me alcanza para pagar todo. Hija querida, tienes qun ayudarme. Espero que en mi hora de desesperación recordarás los lazos de sangre y amor que nos ligan desde siempre. Sabes
que tu pobre madre desearía que acudieras en mi auxilio. Pronto me pondré en contacto contigo.

Tuyo
Tu amante padre.

P. S.: Dadas las circunstancias, no tienes que mencionar este problemita familiar a tu esposo. Sabes que siente por mí un profundo e inexplicable aborrecimiento.

Mientras volvía a plegar el papel, Emily sintió náuseas. Había comprendido que tarde o temprano pasaría algo así. Había deseado pensar que su padre conservaría cierta sensatez en relación con los naipes pero, en su interior, sabía que su pasión por el juego y el azar era demasiado intensa. A menudo su madre le había dicho que el padre jamás cambiaría.

Y ahora el padre acudía a la hija en busca de ayuda, sabiendo que la obligaba a elegir entre la lealtad hacia el marido y su deber de hija.

Era demasiado. Una vez más, la realidad había irrumpido en su mundo y había rasgado el velo romántico con que Emily trataba de cubrir su vida.

Emily apoyé la cabeza sobre los brazos y lloró.

Capítulo 18

Esa noche, Emily estaba vistiéndose para ir al teatro cuando Simón entró por la puerta que comunicaba ambos dormito-nos. Al verlo, tuvo un breve sobresalto, pero se las arregló para mostrar una pálida sonrisa.

-Gracias, Lizzie. Eso es todo. Por ahora.

-Sí, señora. -Lizzje esbozó una pequeña reverencia y se marchó.

Emily se topó con la mirada de Simón a través del espejo. Luego, lo contempló. Se le veía poderoso e imponente con su austera ropa de noche.

-¿Sales, milord?

-Mientras vas al teatro con lady Northcote y su hija, yo cenaré en el club. -Simón la miró con atención-. Luego te buscaré en casa de los Bridgeton.

Emily asintió de inmediato, haciendo bailoteas las plumas que llevaba en la cabeza. Estaba nerviosa, y sabía que tenía que ser precavida, pues Simón podía notar que algo la preocupaba.

-Entonces, nos vemos allí. Te he mostrado los gemelos de teatro que compré ayer? -Tomó el bolso y comenzó a buscar afanosamente. Cualquier cosa, para evitar la mirada observadora del marido.

-Muy bonitos. -Simón asintió, aprobando el delicado diseño de los gemelos.

-Me dan una visión magnífica. Antes los usé para observar un pájaro por la ventana y pude ver hasta los más mínimos
detalles de las alas -dijo Emily, adoptando valerosa un aire de entusiasmo.

-Querida, estoy seguro de que son unos gemelos excelentes.

Emily no notó la expresión reflexiva en la mirada de Simón.

-Celeste y su madre me dijeron que la representación de Otelo que veremos esta noche es una de las mejores que se han hecho.

-Será estupendo.

-Sí, estoy segura de que así será. ¿,Te he dicho que hoy he tenido una larga charla con Humo acerca del mcmi para el bufé de la velada?

-No, no me lo has dicho. Emily, ¿te pasa algo?

-No, milord, por supuesto que no. -Fingió una alegre sonrisa y le lanzó una rápida mirada a través del espejo-. Sólo que estoy nerviosa porque iré al teatro.

-Emily...

-Como te decía, Humo no quiere preparar comidas tradicionales para los invitados. Dice que prefiere su acostumbrado estilo exótico de cocina; sé que es muy sabroso, pero temo que a nuestros huéspedes les parezca extraño.

-Humo preparará lo que lo ordenes; de lo contrario, puede ir buscando otro empleo -dijo Simón con tono indiferente. Se acercó y puso una mano fuerte sobre los hombros de Emily tratando de ver la expresión de su cara-. Querida, no te preocupes por el menú. Dime qué te inquieta tanto esta noche.

La joven se quedó inmóvil y miró al espejo con cara angustiada.

-Simón, no puedo decírtelo.

La boca de Simón se curvó en una mueca.

--Insisto. Nos comunicamos en un plano superior y sé que algo te preocupa, querida. Si no me dices la verdad, pasaré la noche atormentado. ¿Quieres hacerme sufrir?

Emily sintió una punzada de culpa.

-Claro que no, milord. Es que... es un problema personal y no quisiera molestarle con eso. -Suspiró y añadió-: De
cualquier modo, no se puede hacer nada. El destino dio el zarpazo final.

Sin embargo, aunque pronunció esas trágicas palabras, una chispa de esperanza se encendió en su mirada y supo que Simón la había notado. El conde le apretó ligeramente los hombros con los dedos.

-Me parece que se trata de una partida de naipes -dijo Simón con suavjdad ¿Es así?

-Peor que eso: varias partidas de naipes -admitió Emily-. Y la última resultó un desastre. Oh, Simón, es tan espantoso que no sé qué hacer. Soy consciente de que no puedo pedirte ayuda en esta cuestión.

Simón alzó las cejas.

-Duende, ¿acaso estás bajo el hacha? Sé que, en ocasiones, las señoras apuestan fuerte, pero nunca imaginé que fueras de las que adquieren deudas.

-No soy yo la que estoy bajo el hacha -exploté Emily, es mi padre. Oh, Simón, hoy me envió una nota donde dice que lo perdió todo y un poco más.

Simón no se movió pero de pronto el reflejo de su mirada en el espejo ardía. Sus grandes

manos se cerraron sobre los hombros desnudos de Emily.

-¿Es cierto? Claro que sí. Debí de haberlo sabido. Por supuesto, era sólo cuestión de tiempo, pero no esperaba que fuera tan pronto.

Emily advirtió la salvaje satisfacción en el rostro de su marido y sintió una breve punzada en la boca del estómago. Sabía que una parte de ella había esperado contra toda esperanza que, llegado el momento, Simón se ablandara ante el mayor de los Faringdon, como había ocurrido con los mellizos y con Northcote, Canonbury y Peppington.

-~,Simón? -susurré inerme.

-Tienes razón, querida -murmuré el conde-. Esta vez, no puedes pedirme ayuda. He estado esperando este momento demasiado tiempo. -Retiró las manos de los hombros de Emily. Miró y vio que había dejado unas marcas rojas en la suave piel pálida. Tocó una de ellas con delicadeza y se Volvió hacia la
puerta-. Nos veremos más tarde, en casa de los Bridgeton. -Se detuvo un instante con la mano en el picaporte-. ¿Emily?

-¿Sí, milord?

-Recuerda que ya no eres una Faringdon.

Cerró la puerta suavemente tras de sí.

Emily permaneció sentada, con las manos apretadas sobre el regazo y se dijo que no tenía que llorar otra vez.

No obstante, la verdad era que no se había sentido tan indefensa y atrapada desde la muerte de la madre, cuando quedó a cargo de la responsabilidad financiera total de su padre y hermanos.

Covent Garden estaba repleto de vocingleros asistentes al teatro provenientes de distintos niveles de la sociedad. Las personas más encumbradas se mostraban esplendorosas en los palcos y paseaban por los vestíbulos. Los menos afortunados colmaban las galerías y las plateas. Todos estaban entusiasmados y dispuestos a expresar su opinión sobre las actuaciones. Muchos habían traído restos de verduras, campanillas y una variedad de objetos ruidosos para manifestar mejor sus reacciones.

-~,Has traído tus nuevos gemelos? -preguntó Celeste, mientras el pequeño grupo se abría paso por el atestado vestíbulo. Lady Northcote se había detenido un momento a conversar con un amigo.

-Sí, aquí los tengo. -Emily miró ciegamente alrededor, pues los gemelos estaban metidos en el bolso. Sólo veía una mancha difusa de color y movimiento.

Celeste y Emily fueron empujadas y la condesa iba a ponerse las gafas para no sentirse tan indefensa cuando una mano de hombre se posó en su brazo.

-¿Qué pasa? -Emily se volvió y distinguió un indefinido halo de cabellos rubios que comenzaban a encanecer. El corazón le dio un vuelco. Advirtió la curiosidad de Celeste-. ¡Papá! ¿Qué estás haciendo aquí?

-Vine a presenciar la función y te vi entrar en el vestíbulo -dijo Broderick Faringdon con fingida cordialidad ¿Cómo estás, querida?

-Estoy bien, papá. Permíteme presentarte a mi amiga.
-Emily hizo rápidamente las presentaciones deseando que lady Northcote volviera pronto y las condujera al palco.

Broderick respondió a la presentación con su acostumbrado encanto. Luego, tomó con firmeza a Emily del brazo.

-Querida, quisiera hablar contigo en privado, si no te molesta. Hace tiempo que no te veo.

-No puedo dejar sola a Celeste -dijo Emily desesperada.

-Emily, no te preocupes por mí -replicó Celeste en tono jovial-. Buscaré a mi madre. Tu padre puede acompañarte al palco.

-Sí, claro -respondió Emily, sabiéndose atrapada. Se recobró mientras Celeste desaparecía entre el gentío--. ¿Y bien, papá?

-¿Recjbiste mi mensaje? -preguntó Broderick, cortante, abandonando toda ficción de cortesía. Era evidente que sufría una gran tensión.

-Sí, papá, lo siento. Sabes que no puedo hacer nada. Oh, papá, ¿cómo pudiste ser tan tonto?

-No fui tonto. Sólo tuve una racha de mala suene. Suele suceder. -El hombre se inclinó y le susurré al oído-: Oye, sé que puedo contar con una pequeña ayuda económica de tu parte.

-Quizás, en un tiempo, Blade se ablandará Pero aún es demasiado pronto para esperar algo de él. Papá, tendrías que saberlo.

-¡Maldición!, no tengo tiempo. Debo pagar mis deudas.

-¿Es cieno que vendiste todo?

-Todo -confirmó Brodenck en tono grave-. El problema es que no alcanzo a cubrir la suma completa.

A pesar de conocer la conducta irresponsable de su padre, Emily se sintió afectada.

-Papá, ¿cómo pudiste perderlo todo? Trabajé durante años para labrar una seguridad económica para ti y para los mellizos. Esto es terrible, espantoso. ¿Qué haremos?

-Querida, no es necesario sentir pánico. Em, lo primero que hay que hacer es conseguir que Blade pague mis deudas.

Emily lo miró, tratando de adivinar su expresión.

-Pero, papá, sabes que él nunca lo hará.

-Em, tienes que lograrlo. ¿No lo entiendes? Es urgente. Emily, querida, te confieso que cometí un terrible error. La otra noche había bebido demasiado. Ya sabes lo que ocurre cuando un hombre está ebrio. Creo que hablé demás.

-¿Acerca de qué? ¿Con quién? -Ahora Emily estaba desesperada y trataba de captar el matiz de tensión en la voz del padre. Al parecer, era mucho peor que una pérdida en las mesas de juego.

Una sombra oscura apareció junto a Broderick Faringdon.

-Su padre cometió el error de hablar conmigo, lady Blade
-dijo una voz sardónica, familiar.

- ¿Señor Crofton? -Emily volvió una mirada indefinida hacia la oscura sombra. La asaltó un sentimiento de terror e hizo un violento esfuerzo para controlarse-. No entiendo. ¿Qué sucedió?

Crofton se acercó más y bajó la voz, adoptando un tono tenue y confidencial.

- Últimamente, su padre y yo nos hicimos muy amigos. Él estaba muy preocupado por su pérdida en el juego, lady Blade. Estoy seguro de que usted lo comprende y sabe lo que sintió cuando tuvo que afrontar sus deudas de honor. Me temo que bebió demasiado y dejó escapar el relato del terrible escándalo en el que usted estuvo enredada.

Emily sintió la boca seca. Contemplé azorada a su padre.

-¿Papá?

-Es cierto, niña -dijo Faringdon arrastrando las palabras-. Dios me perdone, le conté el infortunado Incidente. Estaba ebrio como una cuba, ¿sabes? Y también un poco desequilibrado por mis pérdidas. Sé que entenderás. Pero el problema es que amenaza con difundir la historia si no pago mis deudas.

-Creo que el desagradable rumor sobre el pasado de su esposa tendrá un horrible efecto: será la ruina social de Blade
-murmuré Crofton-. Casi todos se apartarán y, sin duda, tendrá que abandonar la ciudad y retirarse al campo. Y me parece, querida mía, que no sentirá mucha gratitud hacia usted por eso.

-En realidad señor Crofton, creo que lo destruirá a usted por esta causa -dijo Emily en tono feroz.

-Pero el daño ya estará hecho. La gente hablará. Imagine el escándalo que surgiría, el baldón sobre el título de Blade, la humillación que tendría que afrontar. Señora, su esposo ha luchado duramente para lograr el poder y la posición que hoy disfruta. Pero se ha ganado muchos enemigos. Hay personas que lo odian y que no vacilarían en utilizar el escándalo para destruirlo. Y usted sería culpable, lady Blade.

Emily sintió náuseas, pero se mantuvo tan inexpresivo como pudo, mirando la mancha de la cara de Crofton.

-¿Acaso usted no aprecia su vida, señor Crofton? -pregunté en tono helado.

-Señora, no me amenace con la cólera de su esposo. Es una ficción. Estoy seguro de que usted no querrá llegar a ese punto. Eso sería ir demasiado lejos y el daño sería irreparable ¿no cree?

-Señor Crofton...

-Lady Blade, asegúrese de que las deudas de su padre queden saldadas. Todos saben que usted adora a su marido. Para decirlo sin vueltas, tiene el delicioso hábito de quedar como una tonta en lo que respecta al conde. Creo que hará todo lo necesario para evitarle el escándalo.

Emily inspiré profundamente

-¿Y cómo espera que pague las deudas de mi padre? Recibo una asignación trimestral, pero eso quizá no alcance en absoluto para cubrir las deudas de mi padre.

Crofton rió.

-Querida, se dice que Blade es sobremanera indulgente con usted. Dios sabe por qué, pero así es. Es un secreto a voces. Al parecer, la encuentra divertida No creo que le resulte difícil decirle que las pérdidas son de usted y rogarle que las pague. Podría decirle que las perdió con lady Malcon o con la esposa de Bndgeton. Es sabido que ambas juegan fuerte.

-¿Está usted loco? -exhalé Emily-. Descubriría el engaño con facilidad.

-Si no se arregla para sonsacar a su marido de esa manera, intente otra más femenina. Como dije, se sabe que Blade es indulgente con usted. Quizá tenga más éxito pidiéndole un collar de diamantes o una cadena de perlas. Podría encargar una copia y vender el original a un joyero discreto.

-Eso no resultaría. Blade reconocería la copia la primera vez que yo la usara. Tiene un ojo experto para esas cosas.

-Entonces, señora, si quiere salvar a su esposo de la humillación y el escándalo, tiene que ser más imaginativa. Veamos. Quizá sea mejor intentar un simple robo.

-¿Un robo?

-Claro, ¿por qué no? He oído relatos acerca de la fabulosa colección de dragones enjoyados que Blade trajo dc las Indias Orientales. Se dice que tiene estatuas de esas criaturas distribuidas en la biblioteca y que cada una vale una fortuna. ¿Quién notaría la falta de una? Y aunque se advirtiera la pérdida, se podría acusar a algún sirviente.

-¡Por Dios! Papá, deténlo. -Emily, desesperada, se volvió hacia el padre, pero supo que no podía esperar ayuda de él.

-Lo siento mucho, Em-dijo Faringdon; era obvio que se sentía desgraciado por el giro de los acontecimientos, pero estaba dispuesto a esquivar la responsabilidad como lo había hecho siempre-. Si no hubieras entregado tu tonto corazón a Blade, nada de esto habría ocurrido. Te lo advertí, pero insististe en casarte con ese hombre.

-Es una triste verdad -acordé Crofton-. Bien, lady Blade, he pensado cómo puede realizar el robo sin ser descubierta y culpada. Esperará la noche de la velada y se las arreglará para sacar uno de los dragones. Toda la ciudad estará allí. La casa estará atestada y habrá sirvientes de refuerzo. En el momento en que se descubra la pérdida del dragón, puede culpar a alguno de los criados temporales.

-Pero nunca podría empeñar una pieza tan exótica como uno de los dragones de Blade -replicó Emily de inmediato-. Cualquier joyero sospecharía.

-No es necesario empeñar toda la pieza. Me limitaré a extraer las piedras incrustadas en ella y las venderé una a una.

-Crofton rió-. Sí, es un plan excelente, ¿no cree?

-¡Demonios! -musité Emily sintiendo que la trampa se cerraba en tomo de ella.

-Querida, qué lenguaje peculiar -dijo Crofton burlón-.. No me extraña que Blade la encuentre divertida. Siempre tuvo inclinación por las cosas originales. -Hizo una irónica reverencia a Emily y al padre..-.... Bien, si me disculpan, tengo que ir a mi palco. Otelo es una obra tan interesante, ¿no es cierto? El marido furioso que ahoga a la esposa inocente al final es mi parte preferida. Lady Blade, en su caso, por supuesto, la situación es un poco distinta. Después de todo, usted no es tan inocente.

Emily miró a la oscura figura alejarse entre la multitud y se sintió ~ indefensa. Cuando Crofton desapareció, se volvió hacia su padre.

-Papá, ¿cómo te atreviste? ¿Cómo te atreviste a hacerle esto a esposo?

-Eh, muchacha, no puedes culparme -Broderíck Faringdon estaba auténticamente indignado por la acusación El único culpable es Blade, que te arrebaté del seno de tu familia.

-Él no me arrebaté, papá, tú lo sabes.

-Fueron esas malditas ideas románticas que te hicieron creer enamorada de ese hombre. Ninguna mujer sensata se habría puesto en ridículo de ese modo. Toda esta situación es por tu culpa, Em. Sabía que era imposible mantener el escándalo en secreto. Él también tendría que haberlo sabido. Para ser sincero, debo decir que este embrollo también es por su culpa. Por Dios, habría que obligarlo a pagar por ello.

-¡Demoníos! -Emily giró sobre los talones, calzada con sus nuevas sandalias verdes y se alejó de su padre sin ver dónde iba.

Un rato después, Emily yacía sola en la cama, contemplando el dosel bordado. Desde que había vuelto del baile de los Bndgeton no podía dormir Una hora antes había oído mo-verse a Simón en la habitación contigua y esperé, tensa, a que viniera a desearle las buenas noches como lo hacía casi siempre. Pero el conde no había abierto la puerta que comunicaba ambos dormitorios. Ahora, el dormitorio vecino estaba silencioso. Al parecer, Simón se había ido a acostar solo.

Emily se volvió de costado y acomodé la almohada, frustrada y colérica. Su mente era un torbellino. Todavía no entendía cómo había podido soportar la función de Otelo sin que lady Northcote y Celeste se percataran de que algo espantoso había ocurrido. En cierto momento, Celeste había tenido que recordarle que usara los gemelos nuevos.

Cuando llegó la terrible escena en que Otelo se venga de su inocente esposa, Emily la contemplé helada de horror y las palabras de Crofton ardieron en su mente: “Usted no es tan inocente”.

No obstante, no se trataba de inocencia. Se trataba del escándalo. Blade se había casado con ella suponiendo que el espantoso escándalo no la seguiría desde Little Dippington.

Y ahora existía el peligro de que ocurriera precisamente eso.

Emily se sentó y volvió a golpear la almohada. Luego aparté las mantas y salió de la cama. Tenía que encontrar un modo de salvar a Simón de la humillación y la desgracia que caerían sobre los hombros del conde si el mundo social descubría el pasado de la joven.

El padre tenía razón. Todo este embrollo era por su causa. Emily comenzó a pasearse por la habitación. Ella había convencido a Simón de que se casaran. Lo había logrado demostrándole que sería una esposa excelente. Un seguro que impediría el desastre económico.

Emily tenía deseos de llorar. Simón no necesitaba protección contra las penurias financieras. Lo que le hacía falta era defenderse del escándalo.

Emily frunció el entrecejo y se detuvo inmovilizado por una idea. Eso era justamente lo que hacía falta: seguridad. La seguridad de que Crofton callara.

Emily volvió a pasearse, con el cerebro ocupado por la primera idea sensata que había concebido en toda la noche. Cuanto más pensaba en el problema, más obvia le resultaba la respuesta.

Si quería proteger a Simón del escándalo, tenía que asegurarse del silencio de Crofton. Necesitaba un plan para deshacerse de Crofton. Definitivamente.

Emily se sentó bruscamente en la silla cerca de la ventana. Definitivo significaba “para siempre”. Encontrar el modo de saldar las deudas del padre no resolvería el problema. Crofton siempre estaría cerca, amenazando con arruinar el poder y la Posición que a Simón le habían costado tanto lograr.

Emily pensó en la situación durante largo rato y llegó a la conclusión de que sólo tenía dos alternativas si quería proteger a Simón de su pasado.

Una era desaparecer para siempre de la vida de Simón y que la gente creyese que había muerto trágicamente. La dificultad consistía en que conocía bien a Simón y sabía que no descansaría hasta encontrarla.., o hallar su cadáver.

La otra posibilidad era hacer desaparecer a Crofton definitivamente.

Por un instante, esa posibilidad dejó a Emily sin aliento. Hacer desaparecer a Crofton.

Cuando Emily pudo respirar otra vez con facilidad, comenzó a pensar de modo claro y lógico. Ahora, ella sabía lo que tenía que hacer.

Después de largo rato, se puso de pie, se acercó a la puerta entre los dormitorios y la abrió con dedos temblorosos.

La habitación de Simón estaba a oscuras. Sin las gafas, apenas pudo distinguir la cama en sombras. Permaneció unos momentos inmóvil contemplando el cuarto, y experimenté un feroz sentimiento protector y un amor igualmente intenso.

-Te Protegeré, dragón -musité.

-¿Emi1y? -La voz de Simón era un gruñido ronco en la oscuridad

Emily dio un brinco.

-Lo siento, milord. No quería despertarte -No había hablado con él desde que hizo su breve aparición en casa de los Bridgeton. El conde no le había pedido que bailara con él... en realidad, apenas le había dirigido la palabra. Había confirmado que la joven estaba presente y luego había desaparecido.

-Duende, ¿has venido a rogarme? -preguntó Simón con voz indiferente-. Porque en ese caso, es mejor que sepas que estás perdiendo el tiempo. No rescataré a tu padre como lo hice con tu hermano. Ni lo sacaré del apuro como hice con Northcote, Canonbury y Peppington. Esta es una situación por completo distinta.

Emily percibió la helada decisión en la voz del marido y supo que decía la verdad.

-Simón, no te pediré que pagues las deudas de papá. Sé que eso sería mucho pedir.

-Sería lo mismo que me pidieras las estrellas. He esperado demasiado tiempo para vengarme.

-Lo sé, milord.

En la cama reiné el silencio. Un instante después, Simón volvió a hablar en un tono más duro aún.

-¿Bien? ¿Te quedarás en la puerta toda la noche? Con ese camisón pareces un pequeño fantasma desasosegado.

Emily miró instintivamente la fina y pálida muselina que flotaba a su alrededor.

-¿De verdad lo crees, milord? Yo nunca he visto un fantasma.

-Yo sí -dijo Simón en tono llano-. El de mi padre. Juro que el maldito espectro me persigue desde que tenía doce años. Pero al fin está a punto de desaparecer. Emily, vete a la cama.

-Sí, milord. -Obediente, la muchacha volvió a su dormitorio y comenzó a cerrar la puerta.

-Espera -dijo Simón con inesperada urgencia.

-¿Qué pasa, milord?

-Si no pensabas rogarme, ¿para qué viniste a mi cuarto?

-No sé si puedo explicarlo -dijo Emily en tono suave-. Sólo sentí... deseos de mirarte.

-¿Estás segura de que no viniste a suplicarme que olvide la venganza?

-Sé que sería inútil, milord. Tienes derecho a vengarte. Sólo espero que te traiga la paz que estás buscando.

-¡Maldición, mujer! En este momento, tú eres la mayor amenaza para la paz de mi espíritu. Lo has sido durante toda la noche.

Desde la oscuridad del lecho hubo un movimiento brusco: Simón aparté las mantas y se puso de pie. Se aproximé a su esposa.

-¿Simón? -Emily, confundida, retrocedió un paso-. ¿Estás enfadado Conmigo?

-No, no estoy enfadado. -Se acercó y la alzó en brazos antes de que pudiera volver a retroceder. Luego se volvió y se dirigió hacia la cama-. No sé cómo me siento en este momento, ni me importa. Estás aquí, en mi dormitorio y te quiero en la cama. Por ahora, es bastante, señora esposa.

Emily no discutió. Cuando él la deposité suavemente en el centro de la cama y se acomodé

sobre ella con súbita y arrasadora pasión, le abrió los brazos y lo estrechó contra sí.

La boca de Simón se cerró sobre la de Emily, inquieta y exigente. Emily respondió a la demanda y juré en silencio que haría cualquier cosa para protegerlo.

Largo tiempo después, Emily despertó y descubrió que la llevaban a su cama. Se movió en los brazos de Simón, disfrutando del poder y la fuerza de su esposo.

-¿Te quedarás conmigo? -preguntó adormilado mientras el conde la depositaba entre las desordenadas sábanas de la cama.

-No. -Simón se irguió junto a la cama, mirándola pensativo. -Duende, no creo que me anime. Esta noche, no. Estoy comenzando a preguntarme silos Faringdon no me jugaron una última treta al convencerme de que me casara con mi mayor debilidad.

-Milord, yo no soy tu mayor debilidad -dijo Emily con voz suave-. No padeces ninguna debilidad.

-¿No? Espero que estés en lo cierto. De cualquier modo, pretendo ser cauteloso. No permitiré que arruines todo lo que planeé y lo que he esperado estos veintitrés años.

-No lo haré, Simón.

-Será interesante ver si vienes a mi cama tan dispuesta como anoche cuando tu padre tenga que dejar la ciudad por su desgracia. Buenas noches, señora esposa.

Simón volvió a su dormitorio y cerró la puerta con gesto decidido.

Emily permaneció acostada, con los ojos secos y la cabeza despejada hasta el amanecer. En su mente comenzaron a delinearse los contornos del plan. La noche de la fiesta sería perfecta para lo que tenía que hacer.

Lo primero que necesitaba era conseguir una pistola adecuada, pequeña como para esconder en un bolso o bajo una capa. Quizá fuera preferible conseguir dos, por si acaso.

Y había que pensar en el cadáver

De pronto, Emily sintió un temblor incontrolable. Tenía las manos húmedas y frías y el corazón le latía enloquecido. Se sintió aturdida ante la perspectiva que se le presentaba.

Se dijo, enérgica, que la heroína de La dama misteriosa no sería tan débil. ¿Y acaso no se había considerado siempre la valiente mujer que había salvado a su amado? Matar a Crofton no sería mucho peor que vérselas con un fantasma real o con un monstruo.

Emily rogó que los nervios no la traicionaran la noche de la velada. Sabía que no tendría una segunda oportunidad si su plan fallaba.

Para Simón sería tan espantoso soportar que la esposa fuera encarcelada como que se descubriera el escándalo.

Capítulo 19

Simón esperó a Emily en la biblioteca. Un momento antes había ordenado buscarla. “Será interesante comprobar si acude a mi llamada con la acostumbrada celeridad”, pensó. Por lo general entraba volando por la puerta del estudio segundos después de que algún sirviente le comunicara que el conde había pedido verla.

Emily aún no había aprendido el arte de hacer esperar al esposo.

No obstante, esta mañana Simón no sabía qué podía esperar. La noche anterior, después que dejó a Emily en su cama, él había permanecido despierto durante horas tratando de extraer alguna satisfacción de su victoria sobre el padre de la joven. Pero todo lo que había podido percibir era cuán helada y vacía le parecía la enorme cama sin Emily a su lado.

Se oyo un breve golpe en la puerta de la biblioteca, y un instante después Emily entró en la habitación con una prenda matutina de tela dorada, adornada con dragones negros y dorados. Parecía estar sin aliento y algo desgreñada. Tenía una mancha en la nariz y una adornada gorra de muselina, un poco torcida sobre los rizos rojos.

-¿Me has llamado, milord? -Se detuvo frente al escritorio empujando las gafas sobre la nariz mientras lo miraba dubitativo.

-Si estabas ocupada, no quería interrumpirte. -Simón, que se había puesto cortésmente de pie cuando ella entró, volvió a sentarse y le indicó una silla.

-Estaba controlando la limpieza del salón -explicó Emily-. Después de todo, faltan sólo dos días para la fiesta. Hay que hacer tantas cosas de último momento.

-Ah, sí. Más preparativos para la maldita fiesta. Tendría que haberlo adivinado.

-Milord, quiero que todo sea perfecto -dijo Emily con calma-. Soy consciente de que todo lo que hago, inclusive mi papel como anfitriona, revierte sobre ti.

-Querida, no te preocupes demasiado. Mi posición en la sociedad es lo bastante sólida como para tolerar que se descubran algunas manchas en las alfombras del salón o en el empapelado. -Para su sorpresa, Emily palideció y se hundió bruscamente en la silla.

-Milord algunas manchas y borrones son especialmente difíciles de ocultar. A veces, uno se ve obligado a tomar medidas drásticas.

El conde frunció el entrecejo al oír el tono extraño de la voz de Emily.

-Emily, ¿acaso has trabajado demasiado para esta velada? Empleo suficiente personal y espero que los aproveches a todos. Si alguno, de ellos no cumple con su deber, quisiera saberlo de inmediato. Greaves se hará cargo del problema.

La muchacha se recobró rápidamente ante la sospecha de que algún miembro del personal pudiera comportarse de modo incorrecto.

-Como sabes, tu personal es muy eficiente, Simón. Todos trabajan mucho.

El hombre asintió, pero la respuesta no lo satisfizo del todo. Emily estaba inquieta por algo y él sabía de qué podía tratarse. Estaba afligida por el canalla del padre.

-Estupendo. Me alegra oírlo. Bien, te llamé para devolverte tu manuscrito.

-¿Mi manuscrito? -Por primera vez, Emily miró el paquete apoyado en una esquina del escritorio. Miró a su esposo-. Milord, no entiendo. ¿Por qué tienes mi manuscrito? ¿Acaso Richard te lo devolvió?

-Yo le pedí que lo enviara. Seré muy claro, Emily. Él no ha tenido ocasión de leerlo y no me parece correcto que lo haga. No quiero que le pidas su opinión.

-Pero, milord, él es un autor con libros publicados Pensé que estaría en condiciones de juzgar si mi poesía era apta para editar.

-No creo que su opinión sea objetiva -dijo Simón en tono llano-. Descubrirás que él está de acuerdo conmigo.

Emily le lanzó una mirada rápida y esperanzada.

-En fin, ¿estás celoso de él, Simón? Una vez te dije que no era necesario. Te aseguro que mi relación con Richard es estrictamente profesional.

-No estoy celoso de Ashbrook. -Simón remarcó cada palabra-. Y espero que tengas la suficiente sensatez como para no darme motivos de celos.

-Sí, milord. Quiero decir, no. No haré nada semejante.

-Emily se mordió el labio inferior y miró unos segundos el manuscrito. Luego se puso de pie y tomó el paquete-. Si eso es todo, es mejor que continúe trabajando. Después que el salón esté limpio, tengo que volver a revisar con Humo el menú para el bufé. Luego quiero inspeccionar la despensa con Greaves para asegurarme de que haya llegado todo lo necesario.

-Por favor, señora, un momento.

Emily a mitad de camino hacia la puerta se volvio a mirarlo estrechando el manuscrito contra el pecho.

-~,Sí, milord?

-Si me dejas Lo dama misteriosa, puedo arreglar que se lo envíen a Whittenstallo a Pound, o a algún otro editor -dijo Simón en tono suave.

Algo parecido a la diversión bailoteó en los ojos de Emily.

-Simón, ni sueño con permitir que le lleves mi manuscrito a un editor.

-¿Acaso confías más en Ashbrook que en mí? -preguntó el conde en tono suave.

La muchacha rió.

-No es así. La verdad es que te conozco bien. Tal vez aterrorices a Whittenstall o a Pound para que acepten publicar
mi manuscrito, o bien le pagarás a alguno de ellos para que lo haga. De cualquier manera, yo nunca sabría si mi manuscrito es aceptable por sus propios méritos. Prefiero arriesgarme como cualquier otro autor novel.

Simón tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

-Entiendo.

-De todos modos, aunque puedas hacer publicar La dama misteriosa, no puedes garantizar que la gente lo compre. Milord, incluso para tu enorme poder en la ciudad, existen ciertos límites. Pero te agradezco el ofrecimiento. -Emily se volvió y salió de la biblioteca.

Simón observó que la puerta se cerraba tras ella y lanzó un hondo suspiro.

-¡Demonios!

Por supuesto Emily tenía razón. Conseguir la publicación no sería una gran hazaña. Tanto Whittenstall como Pound estarían contentos de hacerlo por un precio, o bien bajo amenaza. Sin embargo, conseguir que la gente comprara el libro era otro problema.

Estaba reflexionando esta cuestión cuando se abrió la puerta y entró Araminta Merryweather. Simón se puso de pie.

-Buenos días, tía. Supongo que estás aquí para ofrecer ayuda y consejo a la anfitriona debutante.

-Prometí hacer un análisis final del plan de batalla.

-Araminta sonrió, se quitó con gracia los guantes y se sentó en la silla que había dejado Emily hacía unos momentos-. Tu esposa está decidida a que la velada sea tan perfecta que no sufras humillación frente al beau monde.

Simón gruñó.

-Lo sé. Le dije que no se preocupara tanto.

-No está en condiciones de prestarte atención. Blade, esa pobre chica está tan perdidamente enamorada de ti que haría cualquier cosa. Y se siente muy presionada por el temor de avergonzarte en público. Le has dado una gran responsabilidad. Confío en que lo merezcas.

Simón le lanzó una mirada suspicaz.

-Te aseguro que soy plenamente consciente de mis responsabilidades hacia mi esposa.

-Um. Sí. Ella también lo cree así. Considera que no eres capaz de equivocarte.

-En las últimas veinticuatro horas, es posible que esa Opinión se haya alterado -dijo Simón con una mueca-. El inútil de su padre ya se ha arruinado. Debo agregar que lo hizo vanos meses antes de lo que yo esperaba. Tuvo la osadía de abordarla para pedirle ayuda.

Aramjnta alzó las cejas.

-Entiendo. ¿Y ella recurrió a ti?

-Emily me dijo que sabía que, tal vez, fuera inútil pedirme ayuda para rescatar a Faringdon y le contesté que era cierto. -Simón dio una palmada contra el escritorio y contempló la mandíbula abierta de un dragón incrustado de joyas apoyado sobre una esquina de la biblioteca-. No lo haré, Aranunta. Esperé demasiado este momento. Una cosa fue salvar al hermano y liberar a Northcote, a Canonbury y a Peppington. Y otra muy distinta es salvar a Broderick Faringdon. Emily lo supo desde el principio.

-Sí, pero Emily tiene gran inclinación hacia las ideas románticas y los finales felices. Y hasta el momento, la has consentido.

-Si se creó falsas expectativas, es problema de Emily. No tiene excusas.

-Por supuesto, tienes razón. No tiene motivos; sin embargo, piensa que tú eres un héroe increíble y también el marido más maravilloso sobre la faz de la Tierra.

Simón entrecerró los ojos.

-¿Te parece divertido?

-Más bien me parece ingenuo -dijo Araminta en tono seco--. Pero creo que, al final, destruirás sus ilusiones. Emily es demasiado inteligente para ser eternamente ingenua.

Simón sofocó el arrebato de ira que lo atravesó.

-No me provoques, tía. Esto no es asunto tuyo.

-Quizá no. -Aranunta reflexionó un instante y se encogió de hombros-. ¿Acaso Emily está enfadada contigo?

Simón se puso de pie y se acercó a la mesa de té. Tomó la tetera esmaltada dorada y verde y sirvió dos tazas de Lap Seng.

-Para ser sincero, no sé cómo se siente Emily hoy. Está de un humor extraño.

-¿Cómo?

Simón alcanzó a Araminta la taza con el platillo y luego sorbió su delicada infusión.

-Distraída. Desolada. Corre para todos lados como si estuviera preocupada por asuntos mucho más importantes que la ruina inminente de su padre. Pero no parece enfadada.

-Bueno, supongo que pronto notarás si está furiosa contigo.

-,Cómo descubriré una información tan fascinante?

-Musité Simón.

-Por su respuesta en la cama, claro. -Araminta sonrió, comprensiva, sobre el borde de la taza-. ¿Acaso ha comenzado a negarte sus favores?

Simón se alarmó, al darse cuenta que se había ruborizado violentamente.

-¡Maldición, Araminta, no pienso comentar mi vida privada contigo!

-Por supuesto que no.

El conde le lanzó una mirada mordaz.

-Emily sería incapaz de usar el sexo para obtener lo que desea o para castigarme.

-Tal vez tengas razón. -Araminta movió la cabeza-. En realidad, tu condesa es demasiado inocente para utilizar las triquiñuelas femeninas habituales.

-¡Por favor!, ¿puedes tener la gentileza de no decir más esas cosas? -replicó Simón furioso-. ¡Maldita sea!, que Emily no emplee las acostumbradas tácticas femeninas no significa que sea ingenua.

-¿Y qué me dices de su opinión acerca de ti: que eres el paradigma de los maridos? ¿Acaso eso no es ser ingenua?

-¡Maldición! -Simón estaba a punto de continuar pero en ese momento se abrió la puerta del estudio y entró Emily.

-Milord, discúlpame. Gracias a Dios que estás aquí, Araminta -dijo Emily sin aliento-. Acaban de decirme que los músicos quieren una lista de las piezas que queremos que
ejecuten en la vejada. Estoy tratando de decidirme. ¿Tienes alguna Sugerencia?

-Querida, no te apartes de Mozart -dijo Araminta, dejando la taza y poniéndose de pie-. Con Mozart, nunca puedes equivocarte ¡Es un compositor tan sofisticado!

-Si, si, es cierto -acordé Emily de inmediato-.. Decididamente, quiero que la música suene Sofisticada. Después de todo, la gente sabe que Blade es un hombre de mundo. Esperará que la música esté de acuerdo con su categoría.

-No quisiéramos empañar su imagen, ¿verdad? Araminta dirigió a Simón una sonrisa serena y acompañé a Emily friera de la habitación.

Simón permaneció de pie en la desolada biblioteca y volvió a preguntarse por qué no sentía la impetuosa oleada de triunfo y satisfacción que debía experimentar ese día.

Al día siguiente, mientras se marchaba a desgana del salón literario de lady Turnbull, Emily se dijo afligida que vérselas con un chantajista y simultáneamente preparar una velada era en verdad demasiado para una sola mujer.

A medida que el coche traqueteaba y se balanceaba por las calles, la muchacha hurgó en su mente desesperada una vez más, tratando de encontrar un plan para enfrentar a Crofton. Pero en el fondo de su corazón sabía que había un solo modo seguro de enfrentar a un chantajista, sólo una manera de proteger a Blade. En el instante mismo en que fue conducida al salón atestado y encontró

la mirada cruel y burlona de Crofton, Emily se decidió definitivamente. Si no podía convencer a Crofton de que abandonara su plan, tenía que adoptar medidas drásticas. Encontraría la manera de asustarlo como para que nunca más volviera.

Emily tragó con dificultad y enfrenté la mirada de Crofton con tanta calma como pudo. El hombre esperó a que la conversación se generalizara y luego la llevó aparte. Se quedaron cerca de una ventana. Nadie les presté atención.

-¿Y bien, lady Blade? ¿Ha trazado ya sus planes? -Crofton sorbió el vino y la miró bajo los párpados entrecerrados. La curva cruel de su boca mostraba cierta expectativa.

-Señor Crofton, espéreme en el callejón que está al otro lado del muro del jardín de Blade, mañana a medianoche. Le llevaré el dragón.

-Ese callejón es un tanto estrecho y las calles estarán ocupadas por los vehículos de sus invitados -murmuré Crofton.

Emily alzó la barbilla.

-Será una ventaja para usted que la casa y las calles de los alrededores estén repletas. Nadie advertirá a otro hombre que ande por allí. Señor Crofton, ya hice un acuerdo y pienso atenerme a él. Quiero terminar de una vez con este asunto.

Crofton se encogió de hombros.

-Muy bien, señora. Entonces, será en el callejón. No importa mucho dónde nos encontremos. Estaré vigilando desde un lugar seguro. Si usted intenta venir acompañada con uno de sus hermanos, por ejemplo, no apareceré. Y la próxima vez, mis exigencias serán mucho mayores.

-Estaré sola. Pero quiero que me jure que este será el fin de la cuestión. Señor Crofton, no quiero volver a verlo. ¿Está claro?

-Por supuesto. Uno de los dragones de Blade bastará para saldar la parte todavía sin pagar de la deuda de su padre. Querida, luego desapareceré de su vida.

Emily lo miró a los ojos y comprendió que mentía. Crofton pensaba volver una y otra vez. Tenía la intención de desplumarla y la amenaza sobre Simón pendería siempre sobre su cabeza. Blade nunca estaría seguro.

-Hasta entonces, señora. -Crofton se incliné con provocativa galantería y atravesé el salón para unirse a Ashbrook y a otro grupo de invitados.

Emily se quedó cerca de la ventana un momento, inspirando profundamente para calmarse. Luego, con la barbilla alta, cruzó el salón y se reunió con un pequeño grupo que intercambiaba chismes acerca de Byron.

Esa noche, poco después de las once, incluso mientras buscaba a Broderick Faringdon en uno de los garitos de las afueras de Saint James, Simón aún estaba encolerizado consigo mismo por su inexplicable debilidad. No podía creer en la decisión que había tomado, no entendía lo que iba a hacer.

Esa tarde, cuando concibió la idea, pensó que, de algún modo, Emily lo había embrujado, lo había ablandado con sus tontas ilusiones y la ingenua fe en su naturaleza supuestamente heroica.

Las últimas horas se había debatido, creyéndose loco o tonto. Tenía todo lo que quería al alcance de la mano. Faringdon estaba a punto de destruirse. No era hora de debilidades.

Sin embargo, se había ablandado.

Simón encontró a Brodeñck sentado a una mesa, en un rincón del ruidoso y repleto salón. Estaba solo y, al parecer acababa de terminar una botella de vino y una mano de naipes. La irresistible sonrisa Faringdon se encendía cuando alzó la vista y vio a su enemigo de pie frente a sí.

-Blade, es demasiado pronto para alardear. Aún quedan algo de bríos en el viejo corcel.

A pesar de sí mismo, Simón contemplé atónito a su enemigo. Según las circunstancias, en ese momento el hombre tendría que haber estado desesperado.

-Lo felicito, Paringdon Por cierto, no parece un hombre que no puede saldar sus deudas de honor.

-Señor, estoy completamente dispuesto a saldar mis deudas. No tema.

Simón se sentó con lentitud y se preguntó cómo diablos el hombre estaba tan confiado, si era evidente que el desastre se aproximaba.

-Imagino que no será tan inconsciente como para esperarayudade su hija.

-Emily es una buena hija. Siempre pude confiar en ella.

-Faringdon alzó su copa de oporto y bebió un gran trago.

-Esta vez no, Faringdon.

-Veremos. -Broderick paseé la mirada por el salón como si buscara algún jugador dispuesto a jugar.

Simón lo observó.

-Faringdon, ¿eso significa que no está interesado en hacer un trato? -pregunté en tono suave.

Broderick giró bruscamente la cabeza con los ojos azules alerta.

-¿De qué habla?

-Bajo ciertas condiciones, estoy dispuesto a pagar sus deudas.

Brodenck tomó el aspecto de un galgo que siente el rastro de un conejo.

-¡Por Dios! Entonces, ¿ella lo engatusé? ¿Lo convenció de que fuera justo conmigo? Sabía que lo haría. Como siempre lo dije, es una buena chica. En verdad, es una dulzura, ¿no es cierto? Igual que la madre.

-Esto no tiene nada que ver con Emily. Esto es entre usted y yo, Faringdon. ¿Le interesa?

Broderick rió entre dientes.

-Por supuesto. Siempre me interesa una proposición, financiera. Blade, ¿qué me ofrece?

-Saldar sus deudas a cambio de que usted acepte un puesto como administrador en una de mis propiedades, en Yorkshire.

-¡Yorkshire! -Broderick se atraganto con el licor.

-En ese lugar crío caballos y estoy seguro de que tiene buen ojo para los caballos de pura sangre. Pero tendrá que darme su palabra de que no regresará a Londres ni a los hábitos de juego. Faringdon, este será un trabajo, y espero que lo realice con el mismo entusiasmo que siempre ha dedicado a los juegos de azar.

-Usted debe de estar completamente loco -escupió Broderick-. ¿Me manda a Yorkshire, a administrar una maldita granja de cría de caballos? No, Blade, jamás. No soy granjero sino hombre de mundo. Váyase de aquí. No necesito su maldito puesto. Puedo hacerme cargo de mis propias deudas.

-¿Sin la ayuda de su hija?

-¡Por Dios!, ¿quién dijo que mi hija no me ayudaría?

-Yo lo afirmo. -Simón se puso de pie, enojado consigo mismo por haberle ofrecido ese puesto-. Faringdon, eso es inamovible. Para siempre. Nunca más permitiré que utilice a Emily.

-¡Canalla! Ya lo veremos.

Simón se encogió de hombros, tomó el sombrero y salió del salón.

No entendía por qué alguien podía ceder al impulso fortuito e inexplicable de perdonar. Era evidente que el mundo no valoraba esas ingenuas cualidades y lo Único que se lograba actuando de ese modo era sentirse un imbécil.

No obstante, Simón estaba satisfecho de haber hecho esa demencial oferta a Broderick. Pensaba comentárselo a Emily después de la velada. La esposa lo miraría con la acostumbrada adoración y le diría que ella sabía que al final cedería a sus impulsos y sería generoso en la victoria. Si el padre había rechazado la oferta de Simón para trabajar en Yorkshire era problema de Broderick, no de Simón.

Simón ya no sentiría la punzada de la culpa cuando mirara a Emily a los ojos.

Mientras salía del garito pensé que en verdad se sentía mucho mejor. Le habría gustado contarle a Emily, su buena acción esa misma noche, pero sin duda estaría enloquecida con la preparación para la fiesta. Era preferible esperar a que la casa volviera a la normalidad.

-Emily puede estar tranquila -murmuré Araminta a Simón la noche siguiente-. Su fiesta es un éxito formidable. La casa está repleta de invitados, la calle está bloqueada por los vehículos, el bufé

es una combinación perfecta de manjares exóticos y sólida comida inglesa, y la música es excelente. Mañana por la mañana todos comentarán que este fue el gran suceso de la temporada.

Simón asintió con frialdad y contemplé el salón atestado. Las risas, la música y la conversación llenaban toda la casa. En realidad, la velada de Emily era un éxito completo.

-¿Has visto a Emily hace poco?

-Hace un rato la vi conversando con lady Linton. -Ara¡ninta eché una mirada al gentío-. Ahora no la veo. Quizás esté con Greaves para controlar que todo marche bien. Se preocupé por cada detalle de esta fiesta. Es un milagro que no haya caído agotada.

Simón frunció el entrecejo sintiendo una indefinida inquietud. La había notado minutos atrás y se acentuaba de tensa.

-Si me disculpas, creo que voy a buscarla.

-Buena suerte. Puedes preguntarle al mayordomo. Ha estado vigilando todo.

-Lo haré. -Simón se abrió paso entre los grupos de personas elegantes, deteniéndose para intercambiar cortesías y elogios acerca del encanto de Emily como anfitriona.

Por fin llegó al vestíbulo, tan repleto como el salón. Enseguida encontré a Greaves.

-¿Ha visto a lady Blade? -preguntó Simón.

-Hace minutos, milord. -Greaves miró alrededor-. Ahora no la veo. ¿Quiere que la mande a buscar por alguno de los lacayos?

La inquietud se hacía más intensa.

-Sí -contestó Simón-. De inmediato. Yo buscaré en la cocina.

-Señor, no creo que esté allí. -Greaves hizo un gesto de disgusto. Le dije que era preferible que se quedara con los invitados y dejara que la servidumbre se ocupara de reponer la bebida y la comida.

-Quizás esté descansando un rato en la biblioteca. Primero la buscaré allí.

La inquietud se había tomado apremiante. Simón entré al estudio, al que no tenían acceso los invitados, y cerró la puerta tras de sí.

En cierto modo, era un alivio entrar al apacible cuarto. Sin embargo, Simón vio que Emily no estaba allí y la sensación de apremio se volvió un presagio ominoso.

Se acercó a las ventanas y miró hacia el jardín. Desde la casa llegaba luz suficiente como para ver un fragmento de sombra cerca de un extremo.

Simón quedó helado al reconocer el borde ondulante de una conocida capa oscura.

Se dijo que, sin duda, era algún invitado que había salido a tomar aire, pero aunque trataba de convencerse, supo que algo ocurría.

Actuando por instinto Simón abrió la ventana, sacó una pierna fuera y se dejó caer con agilidad sobre la hierba húmeda.

Instantes después se deslizaba en silencio a la sombra del alto muro. En unos momentos, divisé a su presa.

Comprendió horrorizado que se trataba de Emily. No cabía duda. Tenía puesta su capa de terciopelo negro.

Mientras Simón la observaba, abrió la puerta y salió cautelosa hacia el callejón oscuro. Simón la siguió con el estómago contraído de miedo. Se inmovilizó al oir una conocida voz masculina que surgía de la oscuridad al otro lado del muro.

-Bien, bien, bien -pronunció Crofton arrastrando las palabras con malvada satisfacción De modo que se las arregló para traerlo, ¿verdad? Espero que haya traído uno de los mejores especímenes de Blade escondido bajo la capa, querida. No me gustaría mandarla a buscar otro tan pronto.

-No habrá más, señor Crofton -contestó Emily fieramente.

-Oh, lady Blade, yo creo que sí. Se discute mucho acerca de la riqueza de su esposo pero, sin duda, es considerable. No me parece que vaya a echar en falta una o dos estatuas más.

-Señor Crofton, usted es un canalla.

Crofton rió con crueldad.

-Querida, recuerde lo que ocurrirá si usted no coopera. El marido que usted evidentemente,

adora se verá expuesto al ridículo público a causa del antiguo escándalo. Siempre será humillado por su culpa. Pero usted hará todo lo necesario para proteger a Blade, ¿no es cierto? ¡Una esposa tan amante!

Simón buscó una grieta con la punta de la bota y se alzó en silencio sobre el borde del alto muro de piedra. Se agazapé
sobre la áspera superficie, miró hacia abajo y vio dos figuras apenas iluminadas por la débil luz de la luna. La cólera lo dominó y cerró la mano formando un puño.

La cara de Emily estaba cubierta por la capucha y las manos entre los pliegues de la capa. Crofton estaba de pie a corta distancia, vestido con un abrigo amplio y sobre los ojos un sombrero que le ocultaba el rostro.

-¿Está seguro de que no quiere echarse atrás en este plan siniestro? -preguntó Emily con calma-. ¿No hay esperarías de apelar a sus buenos sentimientos?

-Ninguna. querida. En absoluto. Siento una enorme curiosidad, ¿sabe? Me interesa descubrir por qué Blade la encuentra tan divertida. Señora, creo que arreglaremos otra cita muy pronto. Me parece que tendría que ser en privado, donde usted pueda demostrarme cuán inteligente, excéntrica y divertida es... en la cama.

-Crofton, usted es un monstruo.

-¿Caramha, querida! Recuerde lo que pasaría si usted no cooperara conmigo. Sé que tal vez usted sea demasiado excéntrica para que le preocupe su propia reputación, pero haría cualquier cosa por proteger a Blade de la humillación, ¿verdad? Y yo disfrutará la experiencia de acostarme con usted, senora. Imagino que será novedoso. ¿Acaso el conde le ha enseñado algunos trucos orientales para satisfacer a un hombre?

-En algo tiene razón. Crofton: haré cualquier cosa para proteger a mi esposo.

Emily sacó las manos de entre los pliegues de la capa. Simón vio la luz de la luna reflejada en una pequeña pistola que ella llevaba y comprendió azorado lo que iba a hacer.

Para protegerlo del escándalo pasado, Emily, estaba a punto de matar a Crofton de un disparo.

Al ver el arma, Crofton abrió la boca. Los ojos se agrandaron de sorpresa.

Maldición, mujer!, ¿,está loca? Deje esa pistola.

-Señor Crofton, le di una oportunidad. Y, contra toda esperanza. deseé no tener que llegar a este punto para hacerlo desaparecer. Pero usted no cedió. Sólo hay un modo de proteger a mi marido de usted. -Apuntó. apretó los dientes y comenzó a oprimir el gatillo.

-¡Demonios! -murmuró Simón Claro era un gesto, conmovedor y lo atesoraría hasta el fin de sus días, pero no podía permitir que Emily matara a Crofton para protegerlo a él.

Simón se dejó caer desde lo alto del muro y cayó sobre Emily un segundo antes de que disparara la pistola.

Capítulo 20

Emily sintió como si el muro del jardín le hubiera caído encima.

Soy yo, maldición! -le gruñó Simón al oído, tirándola al suelo de piedras húmedas con el impacto de su cuerpo-. ¡No dispares!

-¡Simón! ¿Qué... ? -La pistola cayó de las manos de Emily. La oyó golpear al otro lado del angosto callejón. Los pliegues ondulantes de su enorme capa la protegieron de la suciedad y el pedregullo del suelo pero también le impidieron ver. Durante unos momentos no pudo ver nada.

-¡Blade! Así que la perra se lo dijo, ¿no? Le advertí que no dijera nada -aulló Crofton-. Fue una tonta. Por Dios, ahora los mataré a ambos.

Simón se puso de pie de un brinco y liberó a Emily de su peso. La joven se sentó rápidamente y se quitó el terciopelo negro de la cara. Al quitarse la capa, sólo pudo ver las figuras borrosas de los dos hombres. En la refriega se le habían caído las gafas. Frenética, las buscó tanteando hasta que los dedos se cerraron sobre la delicada montura de metal. Aliviada, comprobó que estaban intactas.

Emily se puso los anteojos justo para ver que Crofton sacaba una pistola del bolsillo de su abrigo. La apuntó directo a Simón.

-¡No! -balbuceó Emily, tratando de ponerse de pie.

Pero en ese instante, Simón lanzó los pies hacia adelante y golpeó la mano de Crofton con tanta fuerza que algo se quebró y la pistola voló por el aire.

Los ojos de Crofton se abrieron en genuino terror mientras Simón se arrojaba sobre él. Se hizo a un lado pero no tuvo tiempo de huir. Tomó una piedra que había sobre el suelo y la lanzó contra la cabeza de Simón, pero falló, yendo a dar contra la pared del callejón. Entonces, Crofton se precipitó a tomar la pistola que Emily había dejado caer.

En un abrir y cerrar de ojos, Simón cubrió la distancia hasta el otro hombre. Golpeó el cuello de Crofton con el canto de la mano en el mismo momento en que el otro tomaba la pistola.

Crofton se derrumbó sobre el suelo y quedó inmóvil.

Emily miró al hombre caído y alzó la mirada hacia el rostro de Simón, que mostraba un gesto de severo autocontrol. El conde le devolvió la mirada que ardía con dorado resplandor a la luz de la luna.

-Yo le dije que esta noche traería al dragón -susurró Emily.

-Vuelve a la casa -dijo Simón con calma-. Busca a Greaves. Dile que mande a George o a Harry aquí.de inmediato. Luego vuelve a atender a tus invitados.

Emily se sacudió la extraña parálisis que la inmovilizaba.

-Espera, Simón, yo tenía un plan perfecto.

-¿Sí? -Simón se acercó exhibiendo un brillo extraño en los ojos.

Por instinto, Emily retrocedió un paso.

-Sí, milord. Iba a hacer que pareciera el ataque de un cnminal aquí en el callejón. Pasé mucho tiempo pensando los detalles.

-Yo me ocuparé de los detalles.

-¿Está muerto?

-No. No creo que sea necesario matarlo. Hay otras maneras de librarse de gente como él. -Simón la aferró del brazo y la condujo hacia la puerta del jardín-. Vuelve a la casa enseguida y haz exactamente lo que te dije. ¿Está claro, señora?

-Sí, Simón.

Emily volvió la mirada una vez encima del hombro y al ver a Crofton tirado sobre el pavimento húmedo la recorrió un
escalofrío. Luego regresó hacia la seguridad del jardín y se apresuró a buscar las luces cálidas y los sonidos de las risas que salían de la casa.

El último invitado se marchó cerca del amanecer. Antes de ascender a su coche, lady Merryweather llevó a Emily aparte y le aseguró que había tenido un éxito clamoroso y que se hablaría ese mediodía de la fiesta en toda la ciudad.

“Si ella supiera qué excitante fue realmente la fiesta”, pensaba Emily mientras Lizzie, bostezando, le ayudaba a desvestirse y la dejaba en el dormitorio.

Al oir la puerta del dormitorio de Simón que se abría y se volvia a cerrar comprendió que por ese día también Higson había terminado con sus tareas. Emily saltó de la cama, tomó la bata y corrió por la alfombra hacia la puerta que comunicaba los dormitorios. Desde que Simón había vuelto discretamente a la fiesta y se había reunido con los invitados, estaba ardiendo de impaciencia.

El resto de la noche se comportó como si nada grave hubiera sucedido y, por supuesto, Emily tuvo que imitarlo. Habían desempeñado juntos el papel de anfitriones durante largas e insoportables horas. Ahora, por fin, podrían hablar.

Emily abrió la puerta de golpe y vio a Simón de pie cerca de una mesa en un rincón. Se había puesto la bata de noche y estaba sirviendo coñac de la botella. Miró sobre el hombro a Emily que

irrumpía en el cuarto.

-Pasa -dijo Simón en tono tranquilo. Estaba esperándote.

-Simón, estaba volviéndome loca. ¿Está todo bien? ¿Te deshiciste de Crofton? ¿Qué hiciste con él?

-Señora mía, ten la gentileza de bajar la voz. No quiero asustar a los sirvientes.

-Sí, claro. -Después de sufrir la reprimenda, Emily se sentó a un costado de la cama-. Simón, por favor -lo instó en un alto susurro-. Debes contarme todo.

-No, Emily. Creo que eres tú quien debe explicarme.

-Simón cruzó el cuarto y se dejó caer sobre el otro lado de la cama. Se acomodó sobre las almohadas y estiró las piernas frente a sí. Miró a la mujer a los ojos y agitó el coñac en La copa-. Por favor, desde el comienzo.

Emily se volvió y lo miró ansiosa. Lanzó un largo suspiro.

-Es un poco difícil de explicar.

-Inténtalo.

-Sí. Bueno, ¿recuerdas que me dijiste que mi padre estaba en aprietos económicos?

-Claro -acordó Simón-. Supongo que Crofton era el acreedor.

-Sí. La otra noche, los encontré a él y a mi padre en el teatro.

-Sin duda estaban esperándote.

-Es muy probable -admitió Emily-. De cualquier modo, papá me dijo que se había afligido mucho al comprobar que había perdido toda su fortuna. Parece que una noche bebió demasiado. Estando ebrio, habló con Crofton y le contó el infortunado incidente de mi pasado.

-¿Acaso te refieres al incidente que no existe?

Emily hizo una mueca.

-Bueno, sí, pero Crofton supo que había sido real, ¿entiendes?

-¡Canalla chantajista! -exclamó Simón sorbiendo el coñac.

-Crofton dijo que, a menos que yo ayudara a papá a saldar la deuda, difundiría la historia del incidente por toda la sociedad.

-Entiendo.

-Por supuesto, a mí no me inquietaba la amenaza. Hace mucho tiempo que aprendí a vivir con esa mancha en mi reputación. Y de todos modos, en Little Dippington a nadie le importaba. Pero si se conocía la verdad aquí, en la ciudad, habría un espantoso escándalo. Sería un baldón terrible sobre tu título. Por mi culpa, tú serías humillado,

Simón, y eso yo no podría soportarlo. Sé que te casaste conmigo suponiendo que podías mantener oculto el escándalo.

-¿Entonces tuviste la idea de matar a Crofton?

-Bueno, sí. No se me ocurrió otra alternativa, ¿entiendes? Él había oído hablar de tus bellos dragones. Me dijo que con uno solo de ellos se podía cubrir las deudas de juego de mi padre. Entonces le dije que esta noche le traería una de las estatuas. Le mentí. Lo que pensaba hacer era herirlo de gravedad. Quería aterrorizarlo, ¿te das cuenta?

-Ibas a matarlo para protegerme a mí de la humillación.

-Simón movió la cabeza incrédulo-. ¡Dios Santo! Realmente, jamás dejas de asombrarme

Al percibir el extraño tono de su voz, Emily sintió un escalofrío de miedo. Retrocedió un poco y apretó las manos sobre el regazo. Lo observó atenta.

-Simón, ¿al final, te impresioné? -murmuró.

-Sí, Emily, me has impresionado.

Finalmente, Emily comenzó a entender cómo veía Blade el episodio. No era asombroso que actuara de modo tan extraño. Sin duda, ahora sentía asco y repulsión hacia ella. Lo había estropeado todo. Emily se puso lentamente de pie y los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Milord, lo siento. Te confieso que hasta ahora no había visto el asunto desde tu perspectiva. Comprendo lo disgustado que debes de estar al saber que te casaste con una mujer capaz de matar.

-No importa demasiado, pero esta noche no mataste a nadie, Emily.

-No porque no lo haya intentado.

La boca del conde se copió.

-No, es cierto. Cuando tienes que defender lo tuyo, te vuelves una tigresa, ¿verdad, querida mía?

Emily lo miró confundida.

-Simón, no podía permitir que te humillara.

-No, claro que no. Me amas. Me adoras. Crees que soy noble, generoso: un paradigma entre los maridos. -Simón tomó un sorbo de coñac-. Harías cualquier cosa por mí.

-¿Simón? -El tono de Emily era vacilante.

-Perdóname, pero me siento algo aturdido en este momento. En realidad, estoy así desde hace unas horas. Duende, jamás en mi vida, alguien intentó protegerme.

Emily siguió mirándolo muda.

-Desde que tengo memoria, me he cuidado solo -continuó Simón-. Y cuando te conocí, supe que también a ti quería cuidarte. Pero saber que alguien es capaz de arriesgar la vida por mí, de disparar a un hombre para protegerme, me ha dejado momentáneamente atónito.

-Simón, ¿me estás diciendo que, después de todo, no te repugnan mis acciones?

-Duende, lo que trato de decirte es que quizá no te merezca, pero que sería capaz de matar a cualquiera que ame-nace apartarte de mí. -A la luz de la vela, resplandecieron tos reflejos dorados de sus ojos-. Según parece, los dos somos iguales.

-Oh, Simón.

-Hace mucho tiempo escribí tres cartas pidiendo ayuda.

-Escribiste a Northcote, a Canonbury y a Peppington. Sí, lo sé -respondió Emily en voz suave.

-Cuando me negaron esa ayuda, juré que nunca más, ni en esta vida ni en la otra, volvería a pedir ayuda. Pero ahora descubro que puedo quebrar ese juramento. Duende, por favor, nunca dejes de amarme. Perder tu amor sería el fin para mí.

-¡Oh, Simón! -Emily enroscó los dedos en los pliegues de su bata y la felicidad estalló en su interior.

-Te amo, Emily -dijo Simón en tono calmado, sin apartar los ojos de su mujer-. Quizá te haya amado siempre, Dios sabe que en los últimos tiempos mi conducta dejó bastante que desear, pero cuando te vi a punto de disparar a Crofton para protegerme, lo supe. También supe que tenía que decírtelo.

-¡Simón! -Emily no pudo contenerse más. Atravesó la cama y se arrojó en brazos del esposo.

El conde la abrazó con fuerza. La copa de coñac vacía cayó sobre la alfombra mientras Simón estrujaba a su esposa y
le besaba los cabellos. La abrazó con tanta fuerza que Emily no pudo respirar, pero no le importé en lo más mínimo.

-Promete que me darás lo que te pida -susurré el hombre-. Promete que siempre me amarás, duende. -Simón le levantó la barbilla para mirarla en los ojos.

-Siempre, Simón.

-¡Magnífico! Hay otra cosa que quisiera aclarar esta noche.

-¿Qué? -la muchacha lo miró expectante.

-Quiero que me des tu palabra de que nunca volverás a intentar algo tan peligroso como lo que intentaste con Crofton
-dijo Simón en tono áspero.

-¡Pero Simón, no tenía alternativa! El escándalo...

El conde le apoyó los dedos sobre los labios.

-Emily, el escándalo no existe. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

-No obstante, Crofton lo conocía. Lo habría contado a todos.

-No, mi amor, no se habría atrevido a decfrselo a nadie. Sabía lo que tendría que pagar si difundía el rumor. Y no tenía motivos para correr ese riesgo. Sabía que yo podía destruir el rumor... como destruirlo a él mismo.

-Simón, ¿tanto es tu poder?

-Sí, Emily, lo es. La única esperanza de Crofton para utilizar lo que sabía era amenazarle a ti.

Yeso es justamente lo que hizo.

-Oh. Y yo caí en la trampa.

-Porque me amas. Pero de aquí en adelante espero que me tengas la suficiente confiwma como para acudir a mí si vuelves a encontrarte frente a un problema semejante. ¿Estás de acuerdo?

-Sí, Simón. -Esbozó una sonrisa trémula.

El hombre le quitó con cuidado las gafas y luego acercó la boca a la de Emily con una urgencia tan abrasadora que ella se estremeció.

La muchacha gimió contra la boca de Simón y cedió gozosa al abrazo. Se apretó al esposo con profundo abandono y compasión.

-¡Oh, Dios, duende, te necesito tanto! -murmuró Simón con voz enronquecida contra el cuello de la esposa-. ¡Amaine! ¡Amaine!

-Simón, no puedo hacer más que amarte.

El conde recosté suavemente a Emily de espaldas. Mientras la desnudaba, las manos de Simón estaban en todas partes, se movían con tierno y posesivo apremio sobre los pechos y a lo largo de los muslos. El rugiente deseo de él despertó el deseo abrasador de Emily. Se estremeció otra vez en el abrazo del dragón.

Cuando el hombre se colocó entre las piernas de ella y la penetró con un único impulso poderoso, Emily gritó y le clavé tas uñas en la espalda. Simón le aferré las caderas y la sostuvo junto a él al tiempo que la penetraba.

Y entonces se perdieron en el mundo maravilloso que habían creado juntos.

Mucho tiempo después, Emily se movió soñolienta entre los brazos de Simón.

-¿Y bien, milord?

Simón lanzó un sonoro bostezo. Parecía un enorme dragón, perezoso y saciado.

-¿Y bien, qué?

-¿Estás de acuerdo en que hay una sola manera de describir la culminación de nuestro acto de amor?

-Supongo que te refieres a ese verso inmortal de tu poema épico. En verdad, “fuimos lanzados hacia las trascendentes orillas doradas del amor”.

-En realidad -dijo Emily pensativa mientras recorría la pierna de Simón con el dedo del pie- creo que nuestro acto de amor es mejor aún. Pienso que ese verso no refleja toda la esencia del hecho.

-Tienes mucha razón. No la refleja.

-Tendré que escribir nuevos versos para el poema.

-Señora, quizá tendrías que ampliar el alcance de tu experiencia sensual. -Los dedos de Simón trazaron una cálida huella sobre el muslo de Emily.

Emily se volvió hacia él. Quería besarlo, pero una idea la asaltó.

-¿Simón?

-¿Eh? -El conde estaba distraído Olisqueándole el cuello. -~,Cómo supiste anoche que yo tendría ese encuentro espantoso con Crofton en el callejón?

Simón encogió los hombros desnudos en ademán negligente.

-Sólo tuve la intuición de que algo malo sucedía. Te busqué entre la gente, no te encontré y entonces seguí buscando.

-¡Ja! Lo sabía.

-- ¿Qué es lo que sabías? -Simón pasé la punta de la lengua por un pezón.

-Simón, en verdad nos comunicamos en un plano superior -dijo Emily excitada. Los sucesos de esta noche lo demuestran. Si no hubieras recibido cierto mensaje místico en una esfera trascendente, ¿cómo habrías sabido que yo estaba involucrada en algo terrible?

Simón alzó la cabeza para mirarla. Al principio, pareció pasmado. Luego, una sonrisa traviesa le curvé la boca dura.

-Amor mío, tienes mucha razón. Sin embargo, en el futuro preferiría que no confiaras del todo en la comunicación metafísica. Quiero tu palabra de que, la próxima vez que planees alguna aventura parecida, me lo comunicarás verbalmente, además de usar la vía metafísica ¿De acuerdo?

-Lo que desees, Simón. Estoy pensando en mi poema épico.

-Sí. Estoy pensando en cambiar el título. En lugar de La dama misteriosa, El conde misterioso Simón gimió.

-Imagínate, Simón. Abre muchas posibilidades para aventuras excitantes y escenas estremecedoras.

-Emily, ven aquí y hazme estremecer.

-Claro, milord.

Simón estaba sentado tras el escritorio negro y contemplaba la biblioteca poblada por miembros de la familia Faringdon. Broderick Faringdon estaba sentado en una silla, cerca del botellón de coñac. Devlin y Charles estaban ubicados, expectantes, a ambos lados de la repisa negra de la chimenea, como un par de bellos candelabros dorados.

Emily, con un vestido adornado con dragones dorados, estaba sentada recatadamente en una silla tapizada de terciopelo rojo, cerca del escritorio. A Simón no se le escapaba el significado de la situación que había elegido en el cuarto. Estaba junto a él.

-Hoy los he reunido a los tres aquí porque ha llegado el momento de aclarar ciertos asuntos - dijo Simón lentamente.

-Bueno, bueno, bueno. -Broderick Faringdon asintió-. Debo decir que era hora de que asumiera sus deberes hacia su familia política. Puedo proporcionarle la suma exacta de mis pérdidas en efectivo e informarle qué cantidad adicional necesitaré para continuar hasta que Emily pueda restaurar nuestras economías.

Simón tamborileé con los dedos sobre el escritorio, consciente de que Emily se mordía el labio inferior.

-Primero, nos pondremos de acuerdo con respecto al futuro de Devlin y Charles. -Simón miró a los jóvenes. ¿Ambos aceptáis mi ofrecimiento?

-Se podría decir que nos abalanzamos sobre él -dijo Devlin en tono alegre.

-Estamos impacientes por partir hacia la India -acordé Charles-. Me alegro de no haber pedido la mano de Mariana Mathews. Prefiero marchar al extranjero y hacer fortuna. La India es la tierra de las oportunidades y las aventuras. Estoy seguro de que regresaré rico.

-¡Magnífico! -murmuré Simón, divertido con la sorpresa que expresaba la cara de Emily-. He hablado con mi
agente y él consiguió puestos convenientes para los dos en Bombay. Ya se reservaron los pasajes en el barco de una empresa de la que soy socio. Zarpa mañana, con la primera marea. El capitán Adains os espera a bordo.

-Señor, ya estamos listos y con el equipaje preparado
-le aseguré Devlin feliz.

Brodenck Faringdon miró ceñudo a sus hijos y luego a Simón.

-¿De qué diablos estáis hablando? ¿Acaso Dey y Charles se marchan a la India?

-Han decidido buscar fortuna por sí mismos, sin el apoyo de la hermana -dijo Simón con tono tenso-, Y espero que usted haga lo mismo. Sabe cuán importante es un buen ejemplo.

Broderick escupió, furioso y sorprendido.

-Vea, si este es otro ofrecimiento para engañarme con un insignificante empleo en su criadero de caballos de Yorkshire, usted puede irse al infierno.

-¡A qué ofrecimiento se refiere? -preguntó Emily.

-El tacaño de tu marido vino el otro día con la ridícula propuesta de pagar mis deudas si yo aceptaba administrar un maldito criadero de caballos en Yorkshire -respondió. Broderick en tono ofendido-. ¿Puedes creerlo? ¿Yo? ¡Trabajar en un criadero de caballos!

Emily parpadeé y se volvió hacia Simón.

-¿Le ofreciste ese puesto? Simón, fuiste espléndidamen te generoso. No tenía idea de que lo habías hecho.

Simón se encogió de hombros.

-Mi oferta fue rechazada de inmediato.

-¡Maldición, por supuesto que lo fue! -Broderick desbordaba virtuosa indignación. No puede esperar que un hombre de mundo como yo vaya a sepultarse en Yorkshire.

-A mí me parece una idea excelente -señaló Devlin. Padre, siempre tuviste buen ojo para los caballos de pura sangre.

-Pienso que tendrías que haber aceptado -acordé Charles-. Es la solución perfecta.

-Ved -gritó Broderick, irritado por las palabras traicioneras de los hijos-. No lo hice.

-A vuestro padre se le ocurrió otra solución -dijo Simón con calma-. Pero parece que no tuvo éxito. -Por alguna razón, el conde no quería contarles a Charles y a Devlin la clase de canalla que era el padre. Emily tenía razón. Los mellizos eran diferentes de su padre. Habían vivido sin un ejemplo adecuado pero estaban ansiosos de madurar si se les mostraba el camino.

-¿No tuvo éxito? -Broderick lanzó a la hija una mirada fugaz y alarmada y se volvió, ceñudo, hacia Simón-. ¿De qué diablos habláis?

-He hecho algunos arreglos para usted -dijo Simón.

Broderick asintió algo aplacado.

-Sabía que accedería. Le dije a Emily que ella podría convencerlo. ¿No te lo dije, acaso, muchacha?

-Sí, papá, lo dijiste -musité Emily.

-Todos saben que Blade te consiente de un modo asombroso. Y, por supuesto, no desea provocar otro escándalo. -Broderick sonrió satisfecho-. Bien, Blade. Hablemos de reponer mi capital.

-Sí, por supuesto. -Simón plegó las manos sobre el escritorio y contemplé el rostro expectante de Broderick-. Según entiendo, usted desea recomenzar cuanto antes y en estos momentos se encuentra casi sin fondos.

-Así es.

-Por lo tanto, me he tomado la libertad de reservarle un pasaje de ida en otro de mis barcos. No obstante, en este caso no se dirige a la India, porque considero preferible que sus hijos se arreglen solos. En cambio, usted marchará hacia una pequeña isla en las Indias Orientales, donde tengo intereses económicos.

Broderick lo miró atónito.

-Señor, usted se ha vuelto loco.

Simón prosiguió sin hacerle caso.

-En esa isla lo espera un puesto en una de mis empresas. Cuando llegue, usted tiene la posibilidad de aceptar ese
puesto o bien, rechazarlo. A mí no me importa. Pero en cualquier caso, usted irá a esa isla y no podrá regresar a Inglaterra a menos que consiga el dinero para el pasaje. Es bastante caro.

-Vea -replicó Broderick, furioso, poniéndose de pie-. No iría a Yorkshire, y mucho menos a cualquier maldita isla de las Indias Orientales.

-Tiene razón en lo que respecta a ir a Yorkshire. No volveré a ofrecerle un puesto allí. En síntesis, quiero que se marche de Inglaterra; escúcheme bien: mañana por la mañana, cuando zarpe el Demonio del Mar usted deberá estar a bordo. Tiene sólo dos alternativas: o se marcha por su propia voluntad, o mandaré que lo amarren y lo embarquen. Puede elegir.

-¡Maldición, no puede hacerlo! -refunfuñó Broderick.

-El Demonio del Mar me pertenece, así como la tripulación y el capitán -dijo Simón con calma-. Le he dicho al capitán Conway que usted partiría con él hacia las Indias Orientales. En este momento, dos de sus hombres lo esperan en la calle. Lo acompañarán a su casa y lo ayudarán a hacer las maletas. Pasará la noche a bordo para que no tengamos que preocupamos de que huya como polizonte hacia el interior.

Broderick desesperado se volvió hacia Emily.

-Em, no puedes permitir que me haga esto.

Emily se incorporé y miró al padre.

-Como de costumbre, mi esposo se muestra excesivamente generoso, dadas las circunstancias Pero, claro, siempre se inclina por la acción más noble. Está en su naturaleza. Papá, te deseo buen

viaje. No dejes de escribir cuando llegues.

-¡Emily!

-Necesito un buen corresponsal en esa región. Nunca tuve suficiente información de las Indias Orientales para guiarme con las inversiones en ese área. Papá, podrías representar un importante activo para mí.

-¡Buen Dios! -dijo Broderick, evidentemente aturdido-. Mi propia hija se ha vuelto en contra de su amante padre. No puedo creerlo.

-Y a mí me costó creer que usted permitiera el arreglo que se hizo para pagar sus deudas de juego -replicó Simón, sintiendo que volvía a montar en cólera y recordando la escena del callejón.

-ÉSe... se ha enterado de eso? -preguntó Broderick inquieto.

-Lo sé todo. Emily y yo compartimos una forma especial de comunicación -explicó Simón.

-¡Dios mío! Yo nunca quise... en realidad nunca pensé que las cosas tomaran ese cariz. Creí que Emily lo convencería de que pagara mis deudas. El que sugirió el chantaje fue Crofton, ¿sabe? Dijo que quizás Emily necesitara cierto incentivo.

-En su lugar, yo no diría una palabra más -le advirtió suavemente Simón-. No obstante, tal vez le interese saber que no viajará a Oriente solo. Lo acompañará su amigo Crofton. En verdad, ya está a bordo esperándolo.

Broderick abrió la boca y la volvió a cerrar cuando por fin percibió la fría furia de Simón. Era obvio que se enteraba por primera vez de que su rival lo sabía todo. Lo que descubrió en la mirada de Simón, fuera lo que fuese, lo convenció de que ya no tenía esperanzas. Broderick volvió hacia Emily una mirada suplicante. La hija se mantuvo impasible.

-Adiós, papá.

-Exiliado en las Indias Orientales. Qué destino injusto! Quisiera que tu madre estuviera aquí. Ella sabría qué hacer.

-Broderick se puso de pie, caminó lentamente hasta la puerta y salio al vestíbulo.

En la biblioteca se hizo un profundo silencio. Devlin miró a su hermano. Los dos se apartaron de la chimenea; de pronto se sintieron mayores y más maduros de lo que habían sido pocas semanas antes.

-Es hora de que nos vayamos -dijo Charles rígido-. Tenemos mucho que hacer antes de la partida de mañana. -Se inclinó para besar afectuosamente a Emily en la mejilla-. Em, ¿vendrás al muelle a despedirnos?

-Por supuesto. -Emily le sonrió.

-Em, te escribiremos. -Devljn la besó en la mejilla y le sonrió. Y te enviaremos todas nuestras ganancias para que las inviertas.

-Vosotros dos, cuidaos. -Emily se puso bruscamente de pie para abrazar a los mellizos.

-Lo haremos. -Charles le obsequió la encantadora sonrisa de los Faringdon. Y la próxima vez que nos veamos, ambos seremos unos ricachones. -Se volvió hacia Simón-. Adiós, señor. Y gracias por todo.

-Sí-agregó Devlin mirando de frente a Simón-. Gracias. Sabemos que dejamos a nuestra hermana en buenas manos. Cuídela.

-La cuidaré -respondió Simón.

Esperé hasta que la puerta se cerré tras los mellizos, se puso de pie y se acercó al botellén de coñac. Sirvió dos copas y entregó una a Emily.

-Señora esposa, propongo un brindis.

La joven alzó la copa y lo miré sonriente.

-Milord, ¿por qué brindaremos?

-Por una Inglaterra libre de los inconstantes e irresponsables Fanngdon. -Simón bebió un buen trago de licor.

--- ¿Y yo?

-Tú -replicó Simón dejando la copa- no eres una Faringdon. -Cruzó la habitación y cerró la puerta con llave-. Desde el día en que nos casamos ya no lo eres.

-Entiendo. -La mujer observó cada movimiento del esposo con ojos brillantes-. Simón, tengo

que agradecerte todo lo que has hecho por mi familia. Fuiste sobremanera generoso. Nunca, había visto a Charles y Devlin tan entusiasmados como lo están con el viaje a la India. Y en cuanto a mi padre...

-¿Qué hay con él?

-Repito que fuiste demasiado generoso con él. No lo merecía.

-No, no lo merecía.

-Simón, eres tan bueno -dijo, impulsiva, la muchacha-. Tan generoso, noble y...

El conde alzó la mano pidiéndole silencio.

-Lo hice para librarme de los Faringdon. Fui absolutamente egoísta.

-No, lo hiciste por mí -replicó la joven convencida. Lo miró, risueña-. Todos saben que me consientes de un modo impúdico.

-Y también todo el mundo sabe que estás perdidamente enamorada de mí, atrapada y por completo a mi merced. -Deshizo el nudo de la corbata mientras volvía a cruzar la biblioteca.

-Me parece una situación justa.

-Lo que el mundo sin duda descubrirá pronto -dijo Simón, secándose del cuello la corbata de seda- es que yo también estoy perdidamente enamorado de ti.

-Milord, ¿acaso te preocupa que se sepa?

El conde se detuvo frente a ella balanceando la corbata de seda blanca entre los dedos.

-En absoluto.

-¿Simón? ¿Qué harás con la corbata? -preguntó Emily.

El hombre la envolvió con ademán sensual en torno del cuello de la mujer.

-Lo mismo que hice con ella la última vez que hicimos el amor aquí, en la biblioteca.

-¿Sí? -Abrió los ojos azorada-. Milord, es pleno día.

-Mi amor, nunca es bastante temprano para “lanzamos navegando hacia las trascendentes orillas doradas del amor”.

-La alzó en brazos y la llevó hasta uno de los grandes almohadones de satén.

La dejó sobre el almohadón dorado y se recosté junto a ella. La joven le sonrió, y el amor resplandeció en sus bellos ojos.

Y cuando estuvo desnuda, salvo por la blanca seda de la corbata, se refugié entre los brazos del esposo como siempre lo hacía: con jubilosa pasión, tan intensa como para durar una vida entera.

Simón observó con el rabillo del ojo que uno de los dragones reía. El conde rió y la risa se convirtió en el canto del dragón que colmé la casa.